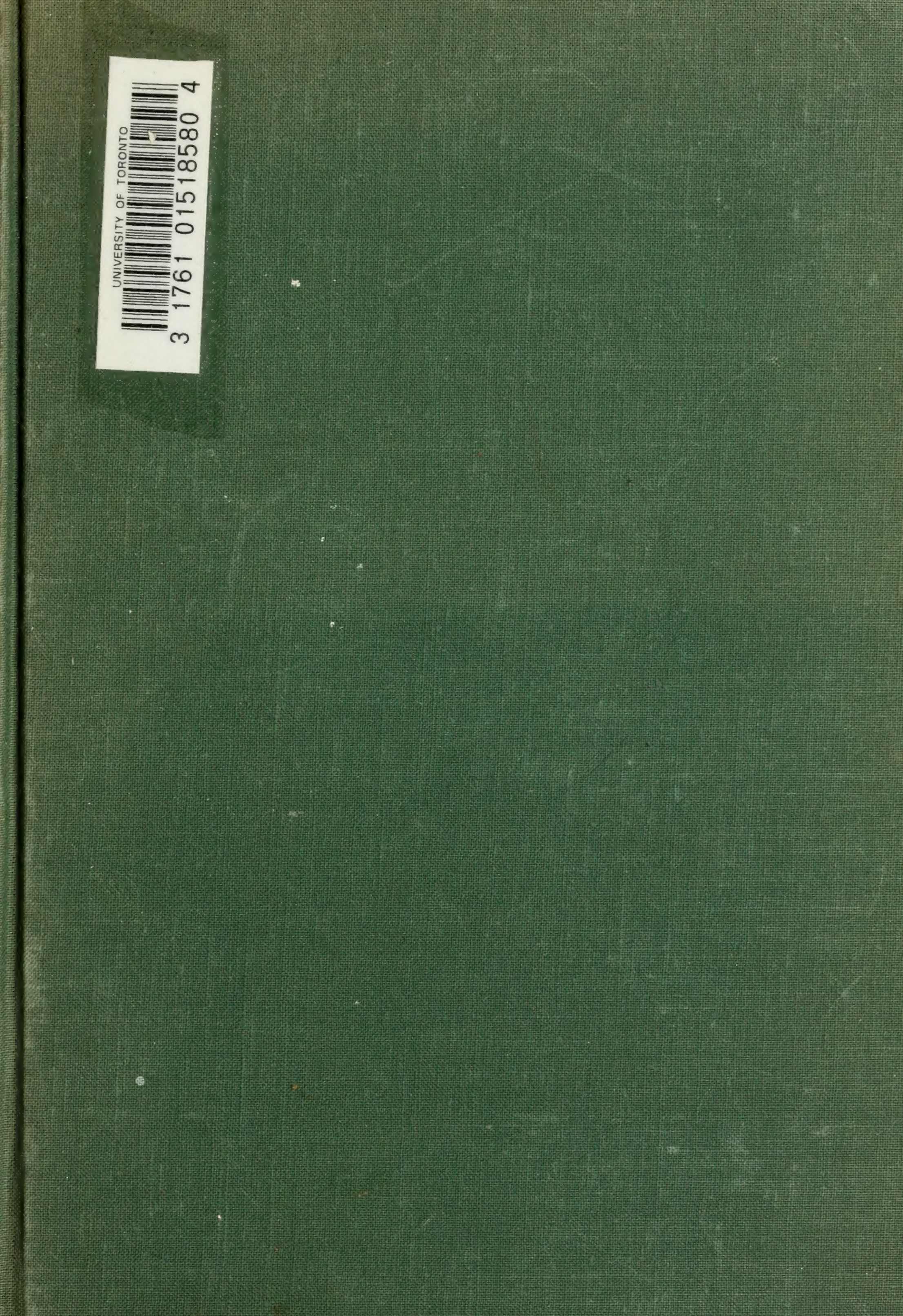
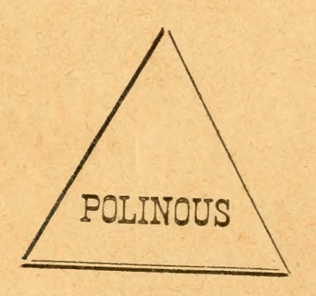

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01518580 4

INTERPRETACION

DEL

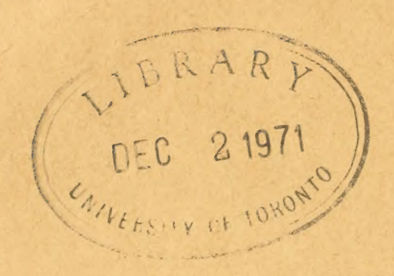
QUIJOTE

POR



PRIMERA PARTE

MADRID
IMPRENTA DE DIONISIO DE LOS RÍOS
CALLE DEL NORTE, NUM. 21
1893


LIBRARY
DEC 2 1971
UNIVERSITY OF TORONTO

DISCURSO PRELIMINAR

Hasta hoy se ha considerado el *Quijote* como una sátira excepcional, encaminada únicamente á desterrar de la república de las letras los vanos libros de caballerías. En verdad, no se comprende cómo de un móvil tan insignificante pueda haber nacido la obra tal vez más admirable de cuantas registra la historia de la literatura. Y así lo quiere la crítica, que, puesta en un camino tan extraviado, no se detiene hasta suponer hijas de la casualidad las mayores bellezas del *Quijote*. De aquí á decir que Cervantes era la ignorancia en persona, falta poco.

No era este hombre genial un erudito, pero era un sabio, un predilecto de la verdadera sabiduría; y no era erudito porque se asimilaba los conocimientos sustanciales desechando lo accidental, porque se servía del

medio exclusivamente para llegar al fin: de manera que volaba sobre la erudición y agrandaba lo conocido elevándolo en los círculos de su vastísima inteligencia, y así ponía después en relación de contacto á nuestra vista maravillada las verdades de la tierra y las verdades del cielo. Por esto es sublime el *Quijote*, por esto tienen tanta vida sus personajes: no son pálidos remedos de la realidad, sino almas que han venido de la esfera ontológica á tomar cuerpo entre nosotros. Todo el mundo ha visto sobre esa fantasmagoría de pastores, aldeanas, clérigos, Sanchos y caballeros andantes, sobre lo vano y ridículo de la apariencia un alto pensamiento, una incógnita resplandeciente, un eterno manantial de nuevos y atractivos goces; y ese libro donde tanto se espacia lo vulgar, donde lo grotesco halla tan desmesurado campo á sus chocarrerías; ese Panza y ese caballero de la *Triste Figura*, vestidos literariamente de bufones; ese libro, en fin, tan humilde en lo externo, es el encanto de las almas, que acuden á él como á la fuente donde han de saciar la sed de lo desconocido.

Siendo, pues, tan grandiosa el alma del *Quijote*, ¡había de ser mezquino el objeto principal! Otras epopeyas tienen por objeto cantar la lucha del hombre con el hombre, ó del hombre con la naturaleza, ó de

los principios con los principios, y el *Quijote*, según la impertinente vanidad, tiene por objeto y fin combatir un determinado género de literatura, que es como si un generalísimo pusiera en juego sus millones de soldados para tomar una triste aldehuela; género de literatura más insustancial que pernicioso, producto efímero de una evolución, que hubiera pasado sin combatirle, como pasan los juegos de la infancia y las fantasías de la juventud al llegar la edad madura. Porque no se querrá que Cervantes combatiera y escarneciera el sentimiento caballeresco en cuanto tendía á levantar los caídos, socorrer los menesterosos, ayudar á los débiles y castigar á los soberbios.

Cervantes condenando el sentimiento caballeresco sería una contradicción viviente, porque se combatiría á sí mismo. ¿Qué es el sentimiento caballeresco sino el genio heróico de la humanidad? ¿A quién debemos todas las glorias y grandezas sino á los caballeros andantes? Caballeros andantes son los que desprecian su hacienda y hasta su vida por la vida y la hacienda de los otros, los que rompen el estrecho límite de su casa y salen al campo á luchar por su Dulcinea: la Dulcinea de Sócrates era la filosofía, América era la Dulcinea de Colón, la de Galileo era la ciencia, y la de Wáshington, la libertad. Todos los pueblos grandes han sido aven-

tureros, y al sentimiento caballeresco debe España su heroismo y su nombre: porque ese sentimiento implica generosidad, entusiasmo, valor, empuje y alteza de miras. El vulgo de las gentes, que circunscribe su acción á su persona y casa y no es fecundo más que para el bien propio, sirve de lastre á la sociedad y tal vez la evita el naufragio; pero el sentimiento heróico impulsa á la nave, y gracias á él la humanidad avanza sin cesar y se corona de gloria. ¡Desdichado el pueblo que no tenga ese aliento, esa grandeza, esa plenitud de vida! Dormido en la quietud pestilente, caerá en la bestialidad por falta de ideales. Pero desdichado también el que sin brújula y sin norte se precipite en un idealismo falto de realidad y de sustancia. Así llegó el nuestro á las aberraciones de la mística, á esperar de un falso cielo el maná que podía proporcionarle únicamente su trabajo, á considerar el mundo como un enemigo mortal del hombre, á entregarse completamente rendido al sacerdocio; así llegó, en fin, á la triste noche de la Edad media, cuyo rastro de sombra envolvió á la época de Cervantes.

Entonces el pueblo, ó se echó á dormir en la ilusoria esperanza de un premio celestial, ó extraviado su genio, se derramó en mil extravagancias y supersticiones, y vinieron el demonio y sus aquelarres, las

monjas extáticas, los energúmenos, los raptos, amoríos, duelos y estocadas, á manifestar el vicio de la sangre, el raquitismo del cuerpo nacional, de aquel cuerpo antes robusto y floreciente, á quien habían robado las infinitas especies religiosas el hierro de la sangre y el fósforo del cerebro, dejándole sólo la linfa purulenta [1]. Este vicio, este romanticismo de mala especie era lo que había que combatir, y esto es lo que hizo Cervantes yéndose al corazón del mal, y presentando á su patria un modelo en el cual concurrieran «*todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, cuyo ejemplo pudiera servir de modelo á los venideros hombres.*»

Estas palabras textuales nos dan á conocer la verdadera naturaleza del *Ingenioso Hidalgo* y el magno pensamiento que animó á Cervantes al escribirlo. Quería presentar un modelo universal para ilustración de los tiempos futuros, modelo formado con las virtudes de todas las grandes figuras históricas; quería presentarnos el ideal del hombre en oposición á la obscura realidad de su tiempo. Apenas había entonces Europa salido de la servidumbre con la caída del feuda-

---

1 En tiempo de Felipe II había en España, según Cantú, un religioso por cada diez personas, diez por cada ciento. Agréguense los seglares que servían á la Iglesia, los nobles y otra gente inútil... ¿qué quedaba para el trabajo?

lismo, y ya los reyes vencedores de la nobleza echaban toda su fuerza sobre el pueblo destruyendo los restos de libertad salvados en los siglos medioevales. En esta obra les ayudaba el sacerdocio. Ambos poderes pretendían ahogar al genio de la humanidad que se levantaba del sepulcro donde luengos tiempos había yacido y ensanchaba con Cristóbal Colón el suelo que nos acoge y sustenta, con Galileo las regiones siderales y con Lutero y la Reforma los antes muy estrechos límites de la conciencia humana. Cervantes vino al mundo á esta sazón, cuando los gérmenes de libertad pugnaban por romper el obstáculo que tanto tiempo los retuviera, y sintió concentrado en su ser el impulso de todos que escalofría, arrebatando al grado mayor del heroismo. Alma grande, empapada de la lectura de las antiguas civilizaciones, donde brillan tantos caracteres y se inician las más levantadas ideas; habiendo nacido en un período de crítica, después de la invención de la imprenta, en plena lucha religiosa; teniendo tan cerca escándalos como el asalto de Roma y prisión del Papa; sucesos como la derrota de las Comunidades y la muerte del Justiciazgo, que tanto habían de herir el sentimiento patriótico y liberal; más cerca todavía los horrores que extendió por el mundo la Noche de San Bartolomé; viendo á los pueblos, víc-

timas de su propia ignorancia y de la perversidad de los tiranos, ir como rebaños de ovejas á la guerra universal, sin que los principios religiosos emponzoñados por Borgia, escarnecidos por Enrique VIII de Inglaterra, convertidos en causa de terror por Felipe II pudieran ya iluminar aquella sociedad conturbada; contemplando sobre todas estas sombras la fatídica Inquisición, Cervantes fué el genio de su siglo, porque reunió en sí las dos grandes corrientes de la Historia, la de libertad que representan los pueblos y la de tiranía que engendran los pontífices y los reyes. Él las sintió y comprendió mejor que nadie, y las encauzó en el *Quijote*, coronando la obra del Renacimiento con el resplandor de la idea dos siglos antes de venir los enciclopedistas. Hizo esta obra en el silencio y la obscuridad, porque de otro modo hubiérala desbaratado el santo Oficio, y tuvo la heróica resignación de escribirla para más allá de su muerte....

No fué Cervantes el primer gran escritor que disfrazó sus ideas. Cuando un sentimiento no puede manifestarse en la forma racional y corriente, busca otra que le sirva de salvoconducto: esto ha sucedido en todos los tiempos; mas acaso, y sin acaso, fué nuestro autor el primero que dió unidad á las alusiones, componiendo una obra perfecta en el interior de otra.

Pinta la lucha eterna del mundo, retratando en Don Quijote y Sancho el alma y el cuerpo de la humanidad. Dulcinea es el ideal supremo de la vida, compendiado accidentalmente en la patria. Enfrente están los malos encantadores, que son los tiranos. El hombre idea, cabalgando sobre el flaco fundamento corporal y social, marcha á la conquista del bien entre toda clase de obstáculos, y es, como el Cristo, escarnecido en su obra de redención. En la primera parte del *Quijote* está el poema completo. El héroe no muere allí, porque es la Humanidad que continúa indefinidamente sobre la haz de la tierra. Esto en lo que tiene de filosófico el libro de Cervantes. Cuanto á lo social y político, pertinente á su patria y á su tiempo, Saavedra quiere que España se emancipe de la doble tiranía monárquica y religiosa (entonces vinculada en Felipe II y la Inquisición), y busque nuevos lauros acometiendo empresas dignas de un pueblo culto. A este efecto nos indica el continente africano, porque América ya en su tiempo era país conquistado y rico filón que iban explotando nuestros reyes. Al Africa, pues, dirigía sus miradas Cervantes, no con el ansia del que espera rapiñar la hacienda de otros pueblos saciando su odio de religión y de raza en la sangre de sus habitantes, sino con la profunda bondad del redentor que espera con-

vertir en vergeles los secos arenales del desierto y en fecundas virtudes los sentimientos feroces. Todo esto lo impedían la realeza y el sacerdocio: dos malos *encantadores* que inmovilizaban al pueblo [1], que le ataban de piés y manos en una jaula, como á Don Quijote en el fin de esta singularísima epopeya. Por esto en la portada de la primera edición hay una mano sobre la cual se ve un halcón cubierto con la caperuza y debajo un león echado. Esto es: el pueblo español rendido, y la mano de Cervantes mostrándonos el pensamiento cubierto. Este símbolo condensa todo el *Quijote*. En la segunda edición, al ver que su obra había salido intacta del primer examen, puso por empresa: POST TENEBRAS SPERO LUCEM: DESPUÉS DE LAS TINIEBLAS ESPERO LA LUZ. Esto es lo que resplandece al través del *Quijote*, la esperanza. Es un libro melancólico, porque está escrito por un hombre animoso y pensando en los males de la humanidad. Hay en él una tristeza resignada, que espera mejores tiempos, aquellos que pinta exclamando en el segundo capítulo: «¿Quién

---

1 «La Inquisición, dice Cantú, cortaba el vuelo al pensamiento; *y mientras el resto del mundo se lanzaba al camino de lo porvenir, España retrocedía volviendo los ojos á lo pasado*, empeñada en polémicas escolásticas que tampoco produjeron nada notable. Ni la unidad católica, guardada religiosamente, bastó á conservar lo que ya en otras partes se perdía en la noche de la duda. Porque la depresión nacional llegó hasta el extremo de hacer olvidar la grandeza patria.» Y concluye con esta terrible epifonema: «La última bajeza en que puede caer una nación es olvidar sus propias glorias y sus propias miserias.»

duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?..» Y acaba: «¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!» Los chistes que salpican la superficie, sin agotarse nunca, nacen del contraste que forman los dos libros, de la oposición que hay entre el fondo y la forma, verdadera naturaleza del chiste.

Grande, grandísima fué la tarea de Cervantes. Las hazañas de Hércules y otras fabulosas que han sido por mucho tiempo admiración del mundo, son pequeñas comparadas con estas del pensamiento y la voluntad que suele acometer un hombre sin estímulo ni recompensa de nadie. Quien por la magnitud del sacrificio lo juzgue inverosímil, acuérdese de la cautividad de Argel. Aquel Cervantes que preparó repetidas veces la evasión de sus compañeros y se expuso con heróica insistencia al castigo por salvar á los demás, es el mismo Cervantes que se sacrifica por todos abriendo una salida al genio humano comprimido y dedicando su esfuerzo al triunfo de la verdad y la justicia.

Estas son también las deidades á que rendimos culto. Inspirados en ellas damos á los vientos de la publicidad esta Interpretación del Quijote, síntesis que el lector irá ampliando, pues de otra suerte sería interminable comento. No tenemos odio á ninguna persona ni nos guía la vanidad, sino solamente la satisfacción de haber mostrado el alma de Miguel de Cervantes Saavedra, y con ella la grandeza del pueblo iluminado por los resplandores del ideal.



INTERPRETACIÓN

DEL TÍTULO

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Imaginémonos que un padre cariñoso desfigura á su hijo hermosísimo para sustraerle á la crueldad de sus contrarios; que le rapa el ondulante cabello, descompone el delicado rostro, arquea las piernas antes erguidas y cubre con un traje de payaso la blancura de la piel y la elegancia de la forma... ¡Qué hijote! exclamará entre dolorido y satisfecho, al verle en salvo á tanta costa. Así debió de exclamar Cervantes, el siempre jovialísimo autor, cuando contempló al hijo de su maravillosa fantasía trocado en caricatura, pero libre de la muerte.

¡Qué hijote! ¡Qu'ijote! Esta contracción de dos palabras, ajustada rigurosamente á la índole de nuestra lengua, se compadece en absoluto con el estado psicológico del autor: tal vez nació entre una lágrima y una carcajada, como los más famosos pasajes del *Quijote*. Que era ingenioso este personaje de dos caras, cosa es que no necesita explicación: y también

hidalgo, pues salta á la vista la nobleza de su carácter. Pertenecía á la Mancha, que es el mundo ensombrecido por los errores. Cervantes le puso el DON de su privilegiado talento: y con esto pudo decir que su personaje inmortal era EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



PRÓLOGO

Dice en su prólogo Cervantes al lector desocupado (ó despreocupado), que hubiera querido hacer un libro « el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. » Quien supo representar en ruines personas ideas eminentes con no igualados atractivos; quien nos muestra un alma tan levantada, un dechado de nobleza y hermosura en el ridículo Don Quijote, ¿qué hubiera hecho á poder esplayar su talento en la extensión de lo ideal, libre de escollos y á la luz del día! No respondió la posibilidad á su deseo, y el ente majestuoso resultó por fuerza seco y avellanado como una momia, porque al libro en lo externo le faltaba el alma. Por lo mismo de estar preso el espíritu de la obra, tiene el héroe antojos, ó anhelos de libertad, y « pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno. »

La humilde condición social del autor se refleja en el Caballero de la Triste Figura, porque « cada cosa engendra su semejante: » ambos pelearon por el bien

sobre terreno movedizo, en disonancia absoluta con las ideas é intereses de su tiempo, en un siglo semejante á una cárcel « donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación.. » « De aquí proceden aquellas hablas preñadas, aquellas alusiones agudísimas, aquellas ironías primorosas, velos discretos que iba tendiendo Cervantes para encubrir á la vista de la Inquisición pensamientos harto arrojados y recónditos para presentarlos sin rebozo; » como dice un biógrafo del esclarido ingenio.

« El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento... » Si los días de Cervantes hubiesen dado tanta facilidad á su alma generosa, no sería el *Quijote* un combate, sino canto de paz y nuncio de ventura. Bien veía las faltas de su hijo, y así no se consideraba padre y sí padrastro de Don Quijote, porque había hecho con él lo mismo que hacen los padrastros con los hijos que no son suyos. Pero quería censurar los errores, y no ir con la corriente del uso, de la cual le apartaba el libre albedrío, que hace de cada hombre un soberano. En virtud de esta preciosa facultad (que particulariza en el lector por ser el sujeto á quien se dirige), Cervantes apercibe en la sombra sus armas contra las más altas representaciones de la mentira, y así lo declara en la frase « Debajo de mi

manto AL REY MATO: » aplicación felicísima del refrán á su tarea y á su libro.

El cual hubiera deseado publicar mondo y desnudo, sin artificios encubridores, ni versos ni dedicatorias, que necesitó para apoyarse, ó señalar el camino del descubrimiento. Pero nada le costó tanto trabajo como hacer el prólogo, donde suele hablarse algo del plan, indicar el objeto y dar facilidades á los lectores para la cabal inteligencia de la obra, cosa tan deseada por el autor y tan imposible de conseguir por lo escabroso del asunto. En efecto, siendo el prólogo como un guía, érale forzoso á Cervantes mostrar al lector la llanura, é incontinente despeñarle en un abismo, y así, de hondonada en cumbre, y de prado en aspereza, caminar fatigosamente sin salir jamás á buen termino. Viendo estas dificultades, intención tuvo de no publicar el *Quijote:* « Porque, ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá EL ANTIGUO LEGISLADOR QUE LLAMAN VULGO, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años acuestas, con una leyenda seca como un esparto, agena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina... » Claro que este desprecio, tocado de ironía, se refiere á la creación externa, seca como un esparto comparada con el fondo lleno de jugo y de doctrina, rico de invención y de conceptos. Por tener, pues, que encubrir este manantial de hermosura, había de carecer el *Quijote* de los alicien-

tes que el talento de su autor pudiera darle, y hasta de los que la religión prestaba á la literatura de su tiempo. Dominaba tan imperiosamente el catolicismo, que no podía el ingenio sacudir el yugo, y los libros salían empapados en el espíritu de la Iglesia, « *aunque* fuesen fabulosos ó profanos. » Cervantes consigna esto con su natural discreción, sin exentar á los libros sagrados, pues los trae á la cuenta con la conjunción adversativa subrayada por nosotros. Su obra venía con un nuevo espíritu á la realidad, bien ageno al de los sacerdocios, y no podía decorarse con ideas religiosas y filosóficas opuestas á la amplia libertad humana. Por tanto, el *Quijote* no ostenta prestigios buscados en los sistemas de Aristóteles y Platón, ni en las predicaciones de los santos padres; ni necesita la colaboración espiritual de la aristocracia coronada y mitrada, ni del talento que sigue su ruta. El pensamiento de este libro es universal, está inspirado en todas las corrientes de la Historia, sin que se puedan determinar los autores que en él se han seguido, y pide rumbos nuevos. Todas estas circunstancias precisas, hicieron del empeño de Cervantes casi un imposible, pues había de llevarle á cabo con extraordinaria fatiga, entre la esperanza de no ver comprendido su pensamiento y el temor de verle malogrado, además de que el libro no resultaba tan magnífico en la superficie como en la concepción interna. Y Cervantes hubiera dejado sepulto al ideal en los archivos del mundo sin reunir en un haz sus glorias ejemplares, á no haberle

sugerido un amigo, ó sea su buen entendimiento, la manera de terminar el prólogo como esta clase de trabajos pide, con la indicación que necesitan los lectores. Sesgo tan ingenioso le permitió decir cuanto quiso de su obra, pues deben entenderse las palabras del amigo como referencia de cosa pasada; porque al escribir el prólogo, ya el *Quijote* estaba hecho.

Principia declarando que los versos son suyos, aunque se los ahije al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, como pudiera haber dicho á Urganda la Desconocida ó al Poeta Entreverado, y luego ensalza sobre todos los bienes de este mundo la Libertad, augusta diosa en que se inspira su poema. Habla también de la Igualdad, recordando que la muerte lo nivela todo; pues entra lo mismo en las cabañas de los pobres que en los alcázares de los reyes. Y copia las palabras de la Sagrada Escritura: « Amad á nuestros enemigos, » que es el más alto punto donde puede ponerse el sentimiento de fraternidad. Véase cómo, con unas citas hechas al parecer á la ventura, consigna Cervantes en su prólogo los tres principios en que se funda la Democracia y el orden moral y material de los pueblos: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Estos son también los que presiden la acción del *Quijote,* donde se combaten, por consecuencia, los males que imposibilitan el triunfo de aquellos principios.

Cervantes da á entender que atacará al error en la entraña principal; á lo menos señala el sitio de donde

el mal procede: *De corde exeunt cogitationes malæ;* aunque estaba en la adversidad, y por tanto sólo y sin ayuda:

> « Donec eris felix, multos numerabis amicos,
> Tempora si fuerint nubila, solus eris. »

Cuando trasladó este dístico y escribió el nombre del famoso romano, tal vez asociara en su pensamiento la severidad de Catón y la suya propia, pues ambos querían purificar las costumbres y reformar la república.

El corazón del mal era para Cervantes la Sagrada Escritura *(donde entró con un tantico de curiosidad),* porque de ella han nacido los verdaderos libros de caballerías que combate el *Quijote.* Cuantos desatinos y locuras aquí se deprimen, están en el libro sagrado por antonomasia: no hay más que ver la relación que existe entre unos y otros disparates: « Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golías; y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis *una grande anotación*, pues podéis poner: El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo á quien el pastor David [1] mató de una pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes... » He aquí los gigantes de que trata el *Quijote.* Lo asombroso es que no haya visto nadie una señal tan clara, pues aun diciéndoselo Cervantes no han dado en ello.

---

(1) La anotación es grande tambien porque este David, que mató á un gigante de una pedrada, es el tronco del árbol genealógico de Cristo.

Cierra la serie de citas una que califica también de famosa anotación, en la cual se nombra el río Tajo y las Españas, sin duda para convertir la atención del lector hacia este pueblo en que cifraba Cervantes sus amores. De esta suerte, las claves de más cuenta principian con la libertad y terminan con España.

Concretando más, dice que el *Quijote* trata de robo y prostitución, formas capitales del mal que comprenden todas sus ricas y perniciosas variaciones; habiéndose inspirado el autor para ello en la historia de Caco, « que la sabe *de coro,* » y escrítolo con la prestación de meretrices que le hace un obispo: toque sangriento por la sátira que encierra, y delicado por la aparente ingenuidad con que está puesto, como otros muchos del *Quijote.*

Las deidades maléficas que quieren destruir el heroismo, están indicadas en Medea, Calipso y Circe; y el heroismo que contra ellas lucha, en César y Alejandro.

Aunque ha expresado ya que combate los errores sacerdotales en la Divina Escritura, torna á decirlo: « Si tratárades de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca, *Del amor de Dios,* donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia. » Ya se verá más adelante que con el nombre de León alude al Pontificado; llamarle ahora León Hebreo, es recor-

dar el origen mosáico de la Iglesia, empapada en el espíritu bárbaro de la ley del Talión: Ojo por ojo, diente por diente. Esto pugna con el dulce sentimiento cristiano de fraternidad, con todos los amores que palpitan en el libro de Cervantes, quien, por lo visto, entendía muy bien la *lengua toscana* ó verbo de la Iglesia.

Tan grande es la realidad de lo que aquí se contiene, que alcanza á todos los tiempos: cuantas veces se ha intentado traer el amor á la vida humana, otras tantas se han opuesto los sacerdocios; los reformadores han topado con ellos. ¿Cómo puede compaginarse la máxima amad á vuestros enemigos con la innúmera mortandad que el odio religioso ha causado en el mundo, de cuya culpa no puede absolverse á ninguna especie de religiosos, incluso reyes catolicísimos y papas, pues todos en esa gran crucifixión pusieron sus manos? ¿Cómo aliar la matanza y el amor, ni igualar al mártir con el asesino? La historia de las religiones está escrita con sangre, y esto hinche las medidas del apóstol; es un líquido amargo que rebasa el alma. Para cerciorarse de estas verdades no había que salir de nuestra Península, centro entonces de la más brutal intransigencia religiosa: aquí estaba *la fuente seca del amor de Dios:* cambiado el cristianismo de tal suerte, que donde éste decía « piedad » el Santo Oficio ponía « tormento; » el amor fraternal habíase trocado en hoguera; en vez de enseñar se descuartizaba; la lengua de fuego de los apóstoles era un hierro candente. Aquí

se cifraba lo que el más ingenioso acertare á desear en tal materia; porque, realizando el sueño de los tiranos pontífices, el horno inquisitorial había secado la fuente del amor de Dios.

Para extinguir ese fuego impío no bastaban la energía y el talento de un hombre; todos los ingenios han colaborado en la obra de Cervantes: sus ideas han venido de los cuatro vientos de la naturaleza moral á sanear el mundo. Condensólas Cervantes en su libro; pero dice que los nombres de autores consultados comprenden el abecedario completo, los acota todos.

En resumen: el *Quijote* es una invectiva contra los libros sagrados y sus derivaciones, « de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón. » Lo que al último personaje se refiere, está fuera de duda; cuanto al primero, que tampoco alcanzó los tiempos del catolicismo, debemos observar que la Escolástica aceptó en la Edad Media su sistema de discurrir y sus principios filosóficos: de manera que si el gran metafísico griego no alcanzó los tiempos de la Iglesia, espiritualmente estuvo dentro del catolicismo. Por esto, aunque los sujetos están en el mismo caso cronológico, difieren los verbos que los relacionan con los libros de caballerías. San Basilio no dijo nada en contra de estos libros sagrados; antes bien es el ordenador del monacato, al que dió los tres votos de castidad, pobreza y obediencia [1], de donde han sali-

(1) San Basilio el Grande, obispo de Cesárea, que murió en el año 378.

do tantos miles de caballeros andantes, tantísimos cerebros desquiciados y tantas almas torcidas: porque, como dice el autor, no caen bajo la cuenta de los fabulosos disparates de aquellos libros « las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología, ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la Retórica. » Apartándose, pues, de esta senda, el *Quijote* « no tiene que predicar á ninguno mezclando lo humano con lo divino, que *es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento;* » [1] sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. » Por esto no necesita mendigar « sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, » como que tiende á deshacer los cúmulos de disparates formados por la imaginación y á levantar el concepto de la naturaleza.

Para conseguirlo, procuró el autor escribir á la llana, mas con palabras *significantes*, honestas y *bien colocadas*, expresando su intención y dando á conocer sus conceptos con cuanta claridad le fué posible. Hizo en lo externo un poema festivo y armonioso que alegra la melancolía, y bajo esa cúpula de flores reservó la

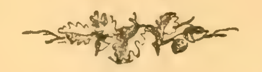
---

(1) ¿Hay mayor mezcla de lo humano con lo divino que el misterio de la Encarnación, donde Cristo se nos muestra Dios y Hombre verdadero? Pues de esta mezcla no se debe vestir ningún cristiano entendimiento, según Cervantes.

idea, como en un santuario, á la admiración de los grandes talentos; esperando que con tan maravilloso artificio contribuiría á derribar la máquina mal fundada de las supersticiones religiosas. Enfrente de las cuales nos presenta al ideal formado con ráfagas de luz de todos los genios que apuraron la hiel en la montaña de la vida [1]. Y no se vanagloría de haber hecho tanto, porque, en efecto, el ideal y sus grandes hombres, después del Calvario, tienen su Thabor en la tierra: están ya cubiertos de gloria. Pero Cervantes se alaba de habernos dado á conocer al Pueblo, al heroe y mártir anónimo, capaz de secundar las hazañas de sus más ilustres caudillos; al que puso el laurel en las sienes de Alejandro, y sirvió de pedestal á César, y remó en las carabelas de Colón; al que funda y sostiene todas las grandezas del mundo; al que las religiones y monarquías incapacitaron de alma y de cuerpo, y hundieron en la servidumbre, y aparece ahora en el *Quijote* reclamando el gobierno público, y mostrándose digno de ocupar tan alto puesto en la Historia.

---

(1) Montiel.



AL LIBRO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA

(HURGANDO LO DESCONOCIDO)

Esta sabia protectora de los buenos caballeros, dice al Quijote á medias palabras, misteriosamente:

Dirígete á las almas grandes, y merecerás la alabanza del mismo Apolo, dios de la poesía. Los necios no verán tu intención por muy curiosos que se muestren.

Aunque censuras la desigualdad y combates el privilegio, guarécete á la sombra de la realeza, y esta osadía te conservará intacto.

Canta los amores del heroismo y el ideal, sin valerte de los levantados personajes que requiere tan magnífico asunto, lo cual sería una indiscreción. Sírvete de humildes figuras, emplea el símbolo, y así los burlones podrán mofarse de lo externo, mas no del grandioso significado.

Pues no eres católico, huye cuanto puedas de hablar y discurrir, á la usanza de Roma.

No encubras tan artificiosamente tu pensamiento que vaya á quedar sepultado bajo la letra.

No ataques á las personas; que esta clase de lucha tiene muchos peligros en nuestros días y desdora en lo futuro. Cuídate sólo de merecer el aplauso de la posteridad luchando por los grandes ideales, y no ataques tan fogosamente los contrarios que descubras ahora los tuyos perseguidos.

No escribas para deleitar á las personas frívolas, sino para instruir á los hombres de maduro entendimiento.

Amadis de Gaula á Don Quijote de la Mancha.

Este Amadis, en el texto recuerda á Carlos V, y viene á ser el genio de la política en los tiempos modernos. Rinde aquí sus alabanzas al *Quijote*, diciendo que este libro vivirá eternamente, y España será la primera entre todas las Naciones del mundo.

D. Belianis de Grecia á Don Quijote de la Mancha.

El genio heróico de la antigüedad, guerrero y conquistador, rinde parias al idealismo y envidia sus haza-

ñas. Esto es: la guerra se humilla ante la paz como más grande y fecunda.

La señora Oriana á Dulcinea del Toboso.

La riqueza victoriosa reconoce que sus triunfos son mezquinos y fugaces comparados con los del ideal.

Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, á Sancho Panza, escudero de Don Quijote.

El pueblo que sigue á los reyes admira al que secunda la acción de los redentores, y ve que no hay oposición entre el ideal y el trabajo. Cervantes (Ovidio español por sus *transformaciones)*, reverencia al pueblo que lucha por la justicia.

El Donoso, Poeta Entreverado, á Sancho Panza y Rocinante.

Aquí se equipara á las cabalgaduras y las personas donosamente, dedicando los versos á Sancho Panza y Rocinante juntos, como si pertenecieran á una misma especie.

El Poeta Entreverado es el autor del *Quijote,* pues habla entre burlas y veras. Dice que toda su razón de estado la cifra en una retirada, porque pelea huyendo. El heroismo español acude á tal estratagema cuando no puede alzarse como el Cid con toda su arrogancia; mas aun así, triunfa con Cervantes, que da la paja de la retórica á los ciegos para hurtar el vino á los tiranos, ó encerrar en su *Quijote* el espíritu heróico de la raza española.

Orlando furioso á Don Quijote de la Mancha.

El enamorado de la religión (Angélica), que se desespera estérilmente porque no puede alcanzarla, declárase inferior al *Quijote.* Ambos son locos y desdichados, pues quieren casi un imposible: traer el ideal puro á la tierra; mas al primero le intimidan las derrotas, y el segundo no desmaya nunca.

El caballero del Febo á Don Quijote de la Mancha.

El sol es menos claro que el ideal de Cervantes.

Al *Quijote* le hará eterno haber mostrado la hermosura de la verdad; quien á su vez cobra fama con la acción del sabio que la descubre.

De Solisdán á Don Quijote de la Mancha.

Aunque el heroismo, representado en Don Quijote, adolezca de locura aparentemente, nadie puede tachar de bajas sus acciones. La sabiduría antigua, ó la experiencia, lo reconoce así en el soneto que estudiamos. Júzguese al Quijote por sus obras y absuélvasele por su martirio.

Si no pudo desposar Cervantes al hombre con la idea, tuvo la culpa el pueblo ignorante que no supo favorecer los amores de su caudillo; túvola España, que pagaba con ingratitud el entusiasmo de los héroes. El *Quijote,* ó su autor, no amaba la realidad imperfecta, sino la soñada; para desposarse con la España de entonces era, en verdad, *no amante.*

Diálogo entre Babieca y Rocinante. [1]

La generación del Cid pregunta á la del autor cuál es la causa de su decadencia. Respóndele que su miseria y excesivo trabajo.

— La tiranía me arrebata el sustento, lo sé; pero soy un asno paciente, y juzgo una locura perseguir lo ideal.

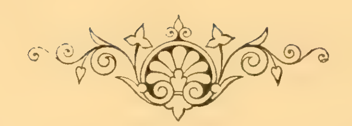
---

(1) En la última estrofa de este soneto identifícanse otra vez los personajes y sus cabalgaduras.

— ¿Es necedad amar, lanzarse en alas de la gloria para conquistar el bien de los hombres?

— En estos tiempos es una imprudencia.

La razón parece muy especiosa á quien tiene el espíritu del que osó medirse con los Reyes. Pero el pueblo replica que sólo desea mitigar su hambre; no estaba para idealismos. Aun la protesta era ociosa: el pueblo y sus héroes sufrían la misma penuria; la postración de España era completa.



PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Para persuadirse de que el mundo era una mancha, basta leer la reseña que del tiempo de Cervantes hacemos en el Discurso Preliminar. Además, según la religión católica, todos venimos á esta vida manchados: seguramente, todos tenemos un pecado de origen; sólo que este pecado es la ignorancia, y no se redime con el agua bautismal: bórrase con la ilustración, no con vanas fórmulas; con el propio esfuerzo; adquiriendo á costa de vigilias la verdad que regenera al alma. El bautismo no destruye en la niñez ninguna propensión ó tendencia; la cruz redentora no impide que los pueblos se lancen á la guerra y se asesinen; antes los guía al combate: fué un lábaro de amor, pero está ya en las espadas que dan muerte. El óleo santo no aminora el despotismo de las testas coronadas ni el de los sacerdotes que las ungen; y es que las fórmu

las sirven para todas las ideas, como el antifaz para todos los rostros: por esto dice el vulgo con profundísimo conocimiento, que detrás de la cruz está el diablo. Quien desee sustentar y regenerar á los hombres, no debe darles el pan y la idea simbólicamente en forma de hostia que no nutre su cuerpo ni vivifica su alma: debe darles el pan verdadero y la idea positiva, fecundados en el campo y en la escuela. Trabajando es como se borra la mancha.

El *Quijote* sigue este rumbo: quiere poner el trabajo eficaz sobre la holganza, la verdad sobre los errores, y la virtud sobre los vicios; quiere transformar en luz la mancha de sacerdocios y monarquías, donde se condensa la ignorancia del pueblo y la maldad de los fuertes. Cervantes vió la inmensa sombra que enlutaba la tierra; y acongojado, quiso olvidar que su patria era un punto negro en una mancha obscura; porque no hay pena que busque tanto el olvido como la de considerar impura á la madre que nos llevó en su seno.

Hasta entonces había servido al rey y á la Iglesia como soldado, como escritor y como hombre: seguía la corriente de su siglo; era un luchador clásico (tenía adarga antigua), pero su lanza estaba ociosa en el astillero. La razón de esto puede verse en la flaqueza de su condición social que le obligaba á ir perezosamente, cuando su pensamiento era vivo, rápido y avanzado (galgo corredor).

Este primer capítulo es una identificación del hombre con la idea, del escritor con su libro. Cervantes se

retrata en *Don Quijote*. Va diciendo cómo empezó á plantear su poema, qué esperanzas le alentaron y qué temores le asaltaron. Pinta su situación y la de otros pensadores; con una misma línea trázase á sí propio, al héroe de su novela y al redentor en general. El mérito de este pasaje estriba en que la semejanza está expresada de un solo rasgo.

La pobreza y miseria que padecían los hombres geniales (tan bien representada en el flaco y estenuado rocín de Don Quijote), está descripta por menor en la comida y vestido de este caballero que se mantenía DE DUELOS Y QUEBRANTOS. El ama y la sobrina son, según veremos después, la sociedad y la familia de aquellos tiempos, educadas y dominadas por el cura: y el « mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera, » es imágen del vulgo que servía á sus amos en la paz y en la guerra dócilmente. Este mozo (á quien no se nombra más en el *Quijote)*, reaparece en Sancho con toda la substancia y vigor del hombre-pueblo.

El pensador es fuerte y espiritual (de complexión recia y seco de carnes), gran madrugador, ó despierto de inteligencia, y amigo de la caza: esto es, que indaga y razona. El autor (pues todo aquí es figurado), envida con ruines puntos, como anunció en los versos de Urganda; pero ¡qué símiles más expresivos son los que emplea! Ese « gran madrugador » está indicando que el genio busca el día y áun se anticipa al alba, á los tiempos; que vuela sobre el pensamiento de su

época y vive ya con el alma en lo futuro: y en efecto, esto es lo que hace el *Quijote.*

Su acción ¿es pacífica ó guerrera? el ideal ¿es *quesada* ó quijada? ¿es un plato de gusto ó un arma extraordinariamente mortífera, como la del Sansón fabuloso? En esto no están conformes los autores; la polémica es antigua. Cervantes trata este asunto con amplitud en el Discurso de las armas y las letras, y lo resuelve diciendo que la conquista de la verdad se hace y debe hacerse por evolución y revolución. Ahora, circunscribiéndose al libro, consigna que no es de paz ó guerra, sino de ambas cosas: que es Jano (Quijano), libro de dos caras, una para la paz y otra para la guerra; una que mira al Oriente y otra al Occidente, á lo pasado y lo venidero, como la divinidad mitológica de aquél nombre. Así se deja entender por *congeturas verosímiles.* Y añade: «Pero esto importa poco á nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.» Como queriendo decir que los hechos nos darán la certeza mejor que las palabras.

El héroe, al principio de la obra, no es militante: tiene las condiciones requeridas para ello, mas no las pone en ejercicio: es un pensador sin dirección determinada, que está ocioso los más dias del año... luégo la vaguedad de su ánimo se concreta y dirige á estudiar las ideas religiosas; culminación de la vida. Puesto por el entusiasmo en este camino, malbarata su hacienda, desprecia la fortuna material y se abisma en la

contemplación de lo supraterreno. Mas en vano quiere comprender la razón de tantos misterios, penetrar tantos absurdos y deshacer tantos embrollos como encierra la teología católica, parodiados en estas palabras: «La razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.» Y en estas otras: «Los altos cielos, que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza» [1].

«Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello.» ¿Cómo había de entender lo ininteligible, desentrañar los misterios que pugnan abiertamente con la razón y con todas las ciencias! Ni los silogismos de los peripatéticos, ni las argucias de los sofistas, ni las lucubraciones de los sábios pueden demostrar la equivalencia de uno á tres, como quieren los sacerdotes que veamos en el misterio de la Trinidad, ó que la virginidad y la maternidad son compatibles, cual nos impone creer el dogma de la Inmaculada Concepción. El sencillo y desventurado que, oscilando entre la fe y el raciocinio, desee ajustar á la realidad de la naturaleza los

(1) Nótese que estas dos citas hablan de la razón y el cielo, como si dijéramos de la fe y la ciencia. Además, la última se aproxima tanto por la forma y el asunto á lo religioso, que bien podría dirigirse á la Virgen: no se diferencia mucho de las alabanzas que sus devotos la dedican.

símbolos incomprensibles de la religión católica, se devanará en balde los sesos, como D. Quijote, buscando la razón de la sinrazón que á su razón se hace... No ya la lógica de los escolásticos, pero ni áun la del mismo Aristóteles que inventó el sistema, bastaría para demostrar que el mísero cuerpo de un hombre puede contener lo absoluto íntegra y totalmente.

La misma suerte corren los milagros; y así, el caballero «No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía; porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro, y todo el cuerpo, lleno de cicatrices y señales.» Los taumaturgos dejan muy cortos á estos maestros de la leyenda, pues hacen que una cabeza separada del cuerpo vuelva á ponerse en su sitio como si nunca de allí la hubieran cortado, ó la dan voz y calma para que hable y cante desde el fondo de un pozo; vuelven los arrancados ojos á sus órbitas, y les restituyen la vista; y, finalmente, resucitan á los muertos en el período de la descomposición. Cosa extraña en verdad sería que Cervantes no se acordase de estas hazañas caballerescas tan maravillosas, cuando llenó su libro de otras que guardan con aquellas un paralelismo completo y que no tenían tanta transcendencia social. También es aplicable la última cita á la presunción que tiene la Iglesia de haber salido intacta de sus continuas luchas, aunque se lamenta en ocasiones por las heridas que recibe. Esto vuelve á tratarse en el capítulo LI, al hablar de Vicente de la Roca.

Lo que gustaba al caballero era que la religión católica afirmase la inmortalidad de nuestro sér... « Con todo alababa en su autor aquél acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura... »

Por lo dicho puede verse que D. Quijote, al estudiar los libros caballerescos, al sondear los arcanos de la fe no camina á ciegas: es un indagador que discurre por cuenta propia; y así la inacción del principio va trocándose en eficacia, el pensador en combatiente. Tenemos una prueba más de que los libros leídos por el héroe son religiosos, en que discute acerca de ellos con el cura. Tocan nombres que muy bien pudieran referirse á los soberanos de aquel tiempo: Palmerín de Inglaterra, y Amadis de Gaula (que es Carlos V), el Pontífice ó Caballero del Febo, y Galaor [1], el galante rey francés, hermano de Amadis de Gaula, « que tenía muy acomodada condición para todo; *que no era caballero melindroso,* ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. »

En fin, con todas estas ideas y confusiones, el héroe pierde el juicio, se vuelve loco: es ya el redentor á quien desdeñan los grandes y escarnecen las turbas; el que, despreciando las conveniencias del mundo y sus propios intereses, adora la verdad, aunque se exponga al tormento y al martirio. Entonces alaba al Cid, encarnación del genio nacional, valeroso contra

---

(1) Este nombre tiene semejanza con *galo* y *galanteador*, adjetivos perfectamente aplicables á Francisco I de Francia. Alude á estas figuras Cervantes no para criticar personas, sino para que sirvan de jalones en el camino del descubrimiento.

clérigos y reyes; y admira más al Caballero de la Ardiente Espada, « que de un sólo revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes, » la Monarquía y el Catolicismo. Parécele bien el empleo de la fuerza, siempre que no esté reñida con la bondad; pero encomia sobre todos los héroes al que, reinando en un monte de clarísima luz, arrebata los ídolos á los pueblos.

Los símiles que Cervantes emplea y los nombres que cita para darnos á conocer estos particulares son expresivos y grandiosos. El Caballero de la Ardiente Espada (mencionado más de una vez en el curso del *Quijote)*, recuérdanos al arcángel que con su espada de fuego vence al mal, representado en el demonio, como aquél le extermina en la persona de dos gigantes, que son las dos formas del despotismo. Con Bernardo del Carpio da el autor un toque patriótico á esta pintura, y con Hércules y Anteo nos indica la grandeza de su propósito y la industria que pone en juego para realizarlo. Tiene también importancia lo del ídolo de Mahoma, « *que era todo de oro,* como el becerro bíblico, emblema consagrado de todas las supersticiones. Cuanto á Reinaldos de Montalbán, no puede expresarse mejor con nombre hecho y prestado que se quiere el imperio de la verdad inmaculada.

Así (como el título anuncia) se determina la condición de esta epopeya, enemiga de todo error y privilegio, libro de combate no superado ni igualado. El ejercicio es consecuencia natural del sentimiento del autor:

poner en acción al héroe que representa sus opiniones. Hácelo por creerlo conveniente y necesario «así para el aumento de su honra como para el servicio de la república.» Esta república es el mundo entero, el cual recorre Cervantes con su poderosa imaginación y armado de sus ideas para deshacer «todo género de agravio» y cobrar «eterno nombre y fama.» Ya que no consiga dar la felicidad á todos los hombres, imagínase que, *por lo menos*, llegará á dominar el imperio de la mentira (Trapisonda).

En esta empresa lleva las armas de sus bisabuelos «que, tomadas de orín y llenas de moho, LUENGOS SIGLOS había que estaban puestas y olvidadas en un rincón:» los antiguos ideales, que él abrillanta acomodándolos á su tiempo; y como no puede mostrarlos valientemente á la luz del día, ocúltalos á medias, en forma que parece encubrirlos del todo... «á esto suplió *su industria*, porque de cartones [1] HIZO UN MODO DE MEDIA CELADA, QUE ENCAJADA CON EL MORRIÓN, HACÍA UNA APARIENCIA DE CELADA ENTERA.» Esta celada que armó Cervantes á los inquisidores, y que ha defendido al héroe por tres siglos, era de encaje porque encajaba en su propósito perfectamente; verdad es que la aseguró con fuertes barras de hierro. Pero ¡cuántas vacilaciones y congojas padecería el autor antes de hallar este asombroso género de defensa! Años, al decir de sus biógrafos, tuvo el original sin publicarle. Al

(1) Los cartones y el libro son de la misma materia. Es un perfil más.

fiar á lo porvenir (que es lo desconocido) su libro y su alma con sólo el escudo de su ingenio, enfrente del poder real y la Inquisición terrible, prueba la fortaleza de la celada, que no resiste sus golpes; refuérzala cuanto es posible en lo humano; y no atreviéndose á luchar con el destino, rehuye hacer nueva experiencia y se echa en brazos de la suerte. La posteridad disculpa sus temores y admira su obra, verdadera filigrana en reluciente acero

Su condición social, aunque pobre y flaca, vale más que la de Alejandro y el Cid, porque está destinada á servir mayores empresas que las que acometieron aquellos hombres eminentes. El pueblo es un asno, pues hace este oficio llevando pacientemente la carga que sus amos le imponen; las personas que por su talento sobrepasan al vulgo, merecen tener una representación más digna; Saavedra pone en este simbolismo al rocín como guía del asno, y le llama Rocinante, « nombre á su parecer alto, sonoro, y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. » Con el nuevo ejercicio álzase, como el alma que le guía, á mayor altura que cuantos rinden parias á reyes y sacerdotes.

El nombre que se pone el caballero, por la analogía que tiene con *quijada* [1], induce á creer que este libro, más que de mero deleite, es de guerra; así

(1) Quijote es tambien la pieza de la armadura que cubre y defiende el muslo, y esta parte del cuerpo la que determina la posición vertical distintiva del hombre.

lo indica Cervantes. Llámase también *de la Mancha* porque cree honrar al mundo manchado tomando el sobrenombre de la tierra que va á purificar con su esfuerzo.

De este modo trazó Cervantes los primeros lineamientos de su epopeya, calificando á su siglo, lamentándose de la sombra que le encubría, mostrándose con ánimo para rasgar las tinieblas; así, por entre las multitudes desmayadas, alza su cabeza, tiende la vista á todos los horizontes, ármase, y queda erguido, esperando la hora del combate y la ayuda del cielo. No le excitan ímpetus de destrucción; muévele un ideal. El hombre que no lo tiene « es arbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma; » este es el verdadero vulgo, aunque viva con la pompa y majestad de tantos príncipes vanos como han pasado por la tierra sin edificar nada duradero y fecundo. El ideal de Cervantes es la patria humana, y su más vivísimo anhelo el de vencer al sacerdocio, señor de la maldad que se combate en el *Quijote*, y someterle y rendirle á voluntad de la patria redimida [1].

Esta patria ideal toma cuerpo en una labradora nombrada Aldonza Lorenzo (España cargada de laureles), á quien Cervantes llamó Dulcinea, « *buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo*, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora... » Aldonza es

(1) Creemos que ahora resulta bastante expresivo el nombre de Caraculiambro señor de la Malindrania, y más teniendo en cuenta que en la segunda parte, al inclinarse al pastoreo Don Quijote, llama *Curiambro* al cura. Malindrania puede ser país ó conjunto de los malandrines (sinónimo de malignos, perversos, inicuos, etc.)

Alfonsa, nombre típico español arabizado, como expresión de las dos razas que forman principalmente nuestro pueblo. Ya se irá probando en el curso del libro que esta labradora es nuestra España, á quien quiere Cervantes emancipar de la servidumbre y elevar al rango de princesa [1]. Cuando en otro tiempo luchó por la patria real y sirvió, por tanto, á los opresores que la sojuzgaban, estuvo enamorado de Aldonza, «aunque ella jamás lo supo ni se dió cata de ello;» verdad amarguísima, pues con todo su heroismo no salió Cervantes de obscuro soldado, y tuvo que redimirle del cautiverio la limosna. Esta ingratitud de la patria, que á muchos hubiera endurecido, ensanchó el círculo de sus amores, é hízole desear la transformación de la humilde labradora en la alta princesa Dulcinea, compendio de todos los grandes ideales que enamoran al hombre y dan satisfacción cumplida á las almas. En Dulcinea están la libertad, la verdad, la justicia, la bondad y la hermosura: es como la tierra de promisión ó la Edad de Oro vislumbradas por los poetas al través de los siglos; y así se comprende que Cervantes la pondere con insuperables alabanzas y se recree en pronunciar su dulcísimo nombre, la invoque en todos sus combates, y la ofrezca todos sus triunfos.

Llámala nueva dulzura, ó Dulcinea; nombre, á su parecer, músico y peregrino Y SIGNIFICATIVO, COMO TODOS LOS QUE Á ÉL Y Á SUS COSAS HABÍA PUESTO.

---

(1) Con el aditamento *del Toboso* llama la atención de los lectores hacia el escudo de la capital.

CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Sentía Cervantes impaciencia por comenzar su obra de redención, considerando la falta que hacía en el mundo, « según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. » Prescíndase de la forma algo caballeresca de esta enumeración, y dígasenos si sus miembros no contienen cuanto hay que derrocar para que triunfe la justicia; si los reformadores y legisladores han ido más lejos en sus propósitos y tareas, que este pensamiento de Don Quijote, ó Cervantes. Los tres siglos nacidos y muertos más acá de su sepulcro no han hecho otra cosa por el bien de la tierra, con tantas revoluciones y combates, con tantos ingenios ilustres, con tantas virtudes florecientes, con tantas ideas nuevas y fecundas como nos han dado.

Hasta el bien pide oportunidad y sazón. En tiempo de Cervantes, el que ahora se nos muestra era prematuro, y éralo, porque lo hubieran segado en flor sus enemigos: de aquí que el héroe saliera al campo de la

idea « una mañana, antes del día, » « sin dar parte á persona alguna de su intención y sin que nadie le viese », « por la puerta falsa de un corral... » Ocultando el pensamiento en una obra misteriosa, falseando los conceptos y anticipándose á su siglo. El día era uno de los calurosos del mes de Julio: salió, pues, con un sol de justicia, en la época más ardorosa del año, cuando el corazón y el cerebro se caldean vigorosamente. » Esta circunstancia, que pone entre paréntesis el autor, se refiere á Don Quijote, pues á poco le llama flamante, que significa nuevo (en la Orden de caballería), pero también llameante ó que despide llamas. En resumen, quiere manifestar que su entusiasmo y pasión llegaban al último extremo. Es pobre y humilde socialmente; carece de prestigio y fuerza; no dirige almas como los sacerdotes, ni manda y gobierna pueblos como los reyes; pero es tanta su locura, que no vacila en medir sus armas con los altos poderes de la tierra, porque sus ideas son puras como el armiño, y mostrará con sus hazañas que el obscuro soldado es digno de guiar ejércitos á la victoria.

Entre tanto, camina á la ventura, imaginándose cómo cantará esta arriesgada salida del genio heróico el que descubra la verdad de su libro incomparable: « ¿quién duda sino que *en los venideros tiempos*, cuando salga á luz LA VERDADERA HISTORIA DE MIS FAMOSOS HECHOS, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera? » Y con magnífico estilo pinta la apari-

ción de la aurora, el renacimiento de la idea por quien él deja las ociosas plumas de sus contemporáneos y recorre el camino de la amargura, ó campo de Montiel. « Dichosa edad (añade), y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. » Grandemente conmovedora es esta exclamación, cuyas profecías ha confirmado el tiempo en todas sus partes. Por ella colegimos cuánta debió ser la amargura de aquel ingenio amigo de la luz y enamorado de la libertad, que vivió preso en la sombra de un siglo asfixiante. Dichosa edad la nuestra, comparada con la del autor del QUIJOTE. Ya la idea puede manifestarse con más holgura descansando en la tolerancia y áun al amparo de las leyes: los sacerdotes y gobernantes, y cuantos hollaban el derecho con su fuerza y autoridad mal adquiridas, retroceden al impulso de las modernas invenciones incoercibles, como la imprenta y el telégrafo, seguros y rápidos portadores del verbo y la redención: ahora podemos descubrir á todas luces lo que Cervantes tuvo que ocultar con tanto artificio como cosa innoble y dañina, cuando es ciertamente digno de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro.

Aún conmueve más esta recomendación que hace al desconocido que ha de recoger su legado: « ¡Oh tú, sabio encantador, *quien quiera que seas*, á quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia!

ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, *compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.*» Quiere que en la apoteosis de su espíritu, en el fulgor de su gloria, no olvidemos el cuerpo y la vida de aquel Miguel de Cervantes desvalido que padeció todos los rigores de la pobreza y miseria, toda la angustia de la soledad y toda la desesperación de la derrota; sentimientos que vemos acrecentados en este apóstrofe dirigido á la patria: «¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.»

En esta dramática forma (aunque imitando en cuanto podía los libros caballerescos) expresaba Cervantes sus cuitas ó daba cuerpo á sus esperanzas en el terreno de la imaginación. Así, todos los que en la adversidad intentan una obra de grandes alientos, se confortan soñando con el triunfo. Mas Cervantes no quiere vivir mucho tiempo de ilusiones, y dice que «con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera.» Con esta burla tan graciosa y propia del carácter español, se llama á sí mismo al orden y entra en la realidad de su desdicha. Entonces advierte que está muerto de hambre materialmente, y cansado, y solo; y dirige su mirada investigadora á todas partes, buscando alguna ayuda, grande ó pe-

queña, entre los hombres que se guarecen en las cabañas y los que se aposentan en los alcázares. Aquí surge el problema de la venta del libro, que era para Cervantes como la estrella que había de anunciarle su redención, y por esto le parecía « un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata. »

En este problema hay varios factores dignos de considerarse; protección, autorización, naturaleza de los editores, estado de la literatura y actitud de la crítica. En el ventero se suman las entidades que protegen, autorizan y publican la obra: es, exactamente, el editor, en la acepción castiza de la palabra; por esto es padrino de Don Quijote y amo de la *venta:* los arrieros son los que profanan las letras, haciéndolas objeto de tráfico; y las distraídas mozas representan la literatura sagrada y la profana. Estos personajes tienen un carácter picaresco que sienta muy bien á representaciones literarias del tiempo de Cervantes. Pocos escritores servían con su talento á las causas que influyen poderosamente en la vida de la humanidad. La literatura de nuestro siglo (que tachan de egoísta y prosáico) vuela más alta y en espacios más anchurosos, buscando los vientos vivificantes de la libertad ó el sustento de las muchedumbres. No derrocha los primores de su dicción y las galas de su artificio en futilezas enervadoras: tiene mejor concepto de sí misma, del verbo que la alienta. Conjura á los siglos pasados y les pide su secreto, removiendo tumbas con inscripciones medio borradas; consulta á las

pirámides, y juzga á los reyes muertos; penetra en el santuario de las obscuras religiones antiguas; rehabilita á los pueblos infamados injustamente, y les ciñe el laurel merecido. También se atreve con las fuerzas naturales, que otras generaciones de entendimiento perezoso calificaron de fantasmas; trata de conocer lo futuro por la relación de las cosas presentes, para mejor encaminar los acontecimientos, y osa profundizar con su mirada atrevida los abismos insondables donde se agitan misteriosamente los mundos. La forma es su hermosísima esclava, y se rinde ante la idea, excelsa musa del siglo XIX, heróico en el trabajo. La literatura del siglo de Cervantes dió creaciones sublimes, cuya fama será eterna; pero estas obras excepcionales, que aparecen de cuando en cuando en la historia como estrellas que Dios enciende para guiar á los hombres, no determinan el carácter de aquella literatura. Distinguíase ésta más por el arte que por la filosofía: era majestuosa y rica en su forma, y no menguada en los pensamientos; pero carecía de ideal: posábase en la tierra, no alzaba el vuelo adonde deben vivir las almas: pulía el vocablo y aumentaba el tesoro de nuestra lengua, con locuciones y giros nuevos y admirables, como el pájaro prisionero varía sus trinos para entretener las penas de su cautividad; mas no resolvía ningún problema de estos que hoy agitan á nuestra literatura: los pasatiempos amorosos eran su afición predilecta, y urdía, como las amañadoras cortesanas, la intriga y el enredo: descendía también á las

zahurdas de los pícaros y truhanes; y no faltaban escritores indecentes que rebajasen el sacerdocio de las letras hasta igualarle con el oficio de las meretrices: ¡y esto cuando el pensamiento reclamaba libertad, y la virtud lloraba escarnecida! Un alma verdaderamente grande no podía menos de sentir y fustigar esta degradación corruptora, como la sentimos y flagelamos en nuestros días. Todos los sacerdotes indignos que hacen granjería de sus profesiones ó institutos, de cualquier clase que sean, merecen la reprobación de los hombres honrados, y más si con su pernicioso ejemplo pueden inficionar á las multitudes. Para Cervantes, que anhelaba regenerarlas, y acometía los fundamentos de toda opresión con titánico esfuerzo; para aquel espíritu ilustre y sin mancha, debía ser más duro el contraste, y la impresión más penosa; sobre todo al poner la obra de su peregrino ingenio en contacto con la turbamulta de producciones faltas de talento y decoro, al someterla á la censura de ignorantes y deslenguados, y al entregarla al desprecio y monopolio de los traficantes en letras. De aquí que anocheciera al llegar á la venta Don Quijote, y que este caballero esperase ver algún *enano* anunciando su llegada. Por todas estas cosas parecía á Cervantes la venta de su obra *un castillo*, forma usual y gráfica con que expresamos la dificultad de acometer alguna empresa: y «castillo con su puente levadizo y honda cava; era, pues, una fortaleza, la que había de tomar el *Quijote* para salir al mundo literario.

« En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida. » Aquí se habla anticipadamente de la aparición del *Quijote* en la república de las letras. Al presentarse este libro, recógense en sus campos de paja [1] los escritores inmundos (que, sin perdón, así consideraba el autor á ciertos puercos). A la literatura sagrada y profana hubiérale espantado el aparato bélico del *Quijote;* mas, despojado este libro de su *visera de papelón*, cáusales risa su estrambótico aspecto y su no entendido lenguaje. Esta risa con que el mundo había de acoger al redentor contrahecho y martirizado, acrecentaba el enojo de Cervantes, quien dice al efecto que « es mucha sandez la risa que de leve causa procede; » y da esta lección á la crítica extravíada para servir á las letras: « pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros. » Estas representaciones de la literatura están maleadas por su trato con los arrieros; mas, con todo, Cervantes las juzga doncellas y graciosas damas; no les niega tampoco la hermosura, y áun las califica de princesas: como que la literatura es un medio, una forma de gran virtud natural, que prostituyen los escritores indignos.

---

1 Ni siquiera es paja, sino rastrojo de la literatura, el pasto intelectual de estos rebuscadores censurados.

Resulta claro del coloquio que tiene Don Quijote con las doncellas sin doncellez, que Cervantes deseaba rehabilitar á la literatura sacándola de aquel comercio infame, donde se marchitaban sus atractivos, sin servir á la sana fecundidad de las ideas.

En el diálogo que el héroe tiene con el editor, vemos qué esperaba ganar Cervantes con la publicación de su obra: ni sustento ni descanso. « Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia, » dice el ventero. Más adelante confirma y amplía la especie... « bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche. » Nada le importa esto al héroe, porque sus arreos son las armas, su descanso el pelear. Y lo sabe el editor, ó ventero: «según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar... » Esto por lo que hace al descanso; ya veremos después lo que al sustento se refiere.

El ingenio y el editor, ó más bien la suma de poderes que este personaje representa, forman notabilísimo contraste: el uno es gordo y pacífico, y marrullero, y huye temerosamente las aventuras que pueden comprometer su tranquilidad y su hacienda; el otro, más que delgado, es flaco, tiene un alma ingenua y vive para el combate; el primero es versado en toda clase de truhanerías y delitos, y al segundo le agitan

ideas redentoras; aquél es el positivista y éste el idealista; uno la autoridad y otro la protesta. El primero ofrece á los hombres, por mediación del segundo, las pasmosas creaciones de su ingenio y los incalculables tesoros de su espíritu, y el intermediario, incapaz de apreciar la honra que se le hace y la grandeza del ofrecimiento, acoge al redentor con burlas, y hasta le niega el descanso.

Cuantos escritores llaman á la puerta de un editor para ofrecerle los ensueños de su fantasía, los sanos frutos de su entendimiento, lo que no ha desflorado aún ningún hálito de la tierra, el hijo predilecto del alma, verán la fidelidad de esta pintura, y más si, como Cervantes, afean adrede su creación adorada y cifran en ella la regeneración de los hombres.

Hízolo, como varias veces se ha indicado, de suerte que la crítica no penetrase el sentido oculto; y preveía el feliz éxito de su negocio, cuando puso á las letras examinando el *Quijote* desde la primera hasta la última página, ó quitándole peto y espaldar; este exámen no dió ningún mal resultado, porque «jamás supieron ni pudieron» desencajarle *la gola* ni quitarle *la contrahecha celada*, interpretar la palabra y el pensamiento del libro, que había el autor asegurado con unas cintas verdes (como la esperanza), y él no consentía que se cortasen en manera alguna [1]. Quiere que le descubran las letras mismas, cuando hayan llegado á la alteza donde

---

[1] Para quitar la celada había que cortar las cintas por no poderse deshacer los nudos.

las encamina el *Quijote.* «...Tiempo vendrá (dice á esto) en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.» Pero las letras «no estaban hechas á semejantes retóricas;» habíanlas acostumbrado los arrieros literarios á la concupiscencia y no podían suponer que el genio solicitara su ayuda para redimir á las almas. Por esto no responden á su misterioso lenguaje, y sólo le preguntan «*si quiere comer alguna cosa;*» que á peticiones de esta naturaleza sí estaban acostumbradas. También buscaba el sustento en la literatura el autor del *Quijote*, *porque le hacía mucho al caso*, *y el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas;* su necesidad era extrema, y bien lo dan á entender estás palabras: «...Se apeó como aquel que en todo aquel día no se había desayunado [1].» Notoria es además la pobreza que padeció Cervantes, formulada en estos populares versos:

Y Cervantes no cenó
cuando concluyó el *Quijote.*

Las letras no dieron á este gran ingenio más que una mísera comida de viernes, y con tanta dificultad como se deja ver en la siguiente escena: «Pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada, y era alta la babera, no podía

1 Casi a renglon seguido de manifestar su necesidad, dice Don Quijote que Rocinante es la mejor pieza que *come pan* en el mundo.

poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía de este menester (la literatura profana, sin duda); mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino.» En esta forma se expresa también cómo se verificaba la relación de ideas (simbolizadas en el vino) entre el autor y el público, por mediación de los poderes coercitivos; que no sólo se trata aquí del sustento material, ni el ventero es únicamente editor. Este personaje, según hemos indicado, hace además el oficio de padrino, y autoriza la obra: es el conjunto de fuerzas que ha de vencer quien quiere publicar un libro; claro que esta autoridad era más grande en el siglo XVII con la monarquía absoluta y la terrible Inquisición. La tendencia democrática y civilizadora de Cervantes estaba en pugna con aquella sociedad donde se imponían los clérigos, á los que tal vez satiriza con los diminutivos de curadillo y abadejo, y de otras viandas que ofrecieron á Don Quijote. El pan negro y mugriento corresponde á la malsana sustentación espiritual de aquel siglo, y es también la que á Cervantes procuraron las letras. Pero «todo lo recibía en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada:» sufría su escasez y miseria perseverantemente por no descubrirse, fiándolo todo á la esperanza de que con el tiempo el pan negro del obscurantismo y la esclavitud se trocaría en pan candeal; sustancioso y sano alimento de los pue-

blos libres. Hace tan felicísimo augurio y alienta esta dulce esperanza, al sonar un castrador de puercos su silbato de cañas, semejante á la melodiosa flauta de Pan, donde modula sus blandos sones la harmonía de la naturaleza. Esta grata música anúnciale que triunfará de todos los que emponzoñan la vida, haciéndolos impotentes, lo cual implica extinción absoluta. En pensando esto, el escritor generoso olvida su pobreza, ó la ve transfigurarse en abundancia, y se alegra, por los demás, de haber emprendido estos heróicos combates.



CAPITULO III

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO

Ya hemos visto cómo se alejó Cervantes de su tierra y de su tiempo, anticipándose á los sucesos mismos del *Quijote;* y ahora vamos á ver cómo creía que había de alcanzar su poema la autorización necesaria para «ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos.» Necesitaba, en primer lugar, como era uso y costumbre entónces, ponerse bajo la protección de algún potentado que, sirviéndole de escudo, le socorriera además en las necesidades anejas á la profesión literaria. En aquella época de privilegios donde la autoridad real lo era todo, y por derivación los aristócratas, veíase obligado el talento á implorar de los grandes una especie de salvoconducto para preservar sus obras de la maledicencia y aun del rigor de la censura. Esta gementira convencional hacía en ocasiones que el genio se arrodillase ante la estupidez, como sucemodió con Cervantes y el Duque de Béjar; pero la monarquía absoluta trae aparejadas estas cosas y otras peores. Tal escena podemos ver en el ruego que Don

Quijote hace al ventero. Pídele un dón que ha de redundar en alabanza de quien lo otorga y *en pro del género humano*, y la señoría se lo concede por burla y pasatiempo, juzgando loco al héroe del libro. Nótese la hinchazón del lenguaje que usa Don Quijote: la vuestra cortesía, vuestra liberalidad, la magnificencia vuestra, dice; y tampoco debe pasar inadvertida la grandeza de Cervantes cuando declara que su obra está escrita en pro del género humano.

El ventero (que como condensación de la autoridad de su época, ha representado sucesivamente al editor y al padrino) toma el carácter propio de la censura desde que Cervantes le llama *socarrón* (lo cual huele á inquisidor que trasciende). Sus hazañas son opuestas absolutamente á las del heroismo, y esto confirma la significación dada al personaje mencionado: es el gigante, mal encantador, que ejercita la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos «haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos;» es la Inquisición con su *rondilla* y su *potro*, y el rey con su injusticia manifiesta en los tribunales; es, en suma, el despótico poder que, encastillado en su fortaleza, exprime á los súbditos para regalarse y acoge á los ingenios, sin reparar en la bondad ó maldad de su naturaleza, para que le prestigien con el laurel de la victoria. El siglo donde se alzaba una monstruosidad semejante no tenía religión, ó estaba en ruínas y había que rehacerla. Ya hemos apuntado

antes que de la religión cristiana sólo quedaban las formas; los principios existentes eran contrarios al sentimiento evangélico, por lo que da Cervantes como lugar propio del culto el corral (donde entónces se representaban las comedias). Con esto convienen las prevenciones que á Don Quijote hace el ventero. Primeramente, y en consonancia con las prácticas del sacerdocio, pregúntale si lleva dinero y camisas limpias; cúrase del provecho material, y exige al autor de la obra que guarde las apariencias, como los sepulcros blanqueados.

El héroe manifiesta no haber leído nunca que los caballeros andantes necesitaran dinero, aludiendo á los apóstoles, á quien Jesús prohibió hasta el uso del zurrón y el báculo; mas sus discípulos, cuyo deslumbrante lujo ofende á la miseria, llevan bien herradas las bolsas, como dice el farisáico ventero: y fían más de la medicina para curar sus dolencias que de la intervención celeste, aunque autorizan el milagro: y son hipócritas, pues encubren su falta de fe con las camisas limpias, y disimulan su abundancia con el mentido voto de pobreza. Sus alforjas son tan sutiles que casi no se ven, y parecen « cosa de más importancia, » como que los sacerdotes transmutan los principios religiosos en regalados manjares, y viceversa: apelan á esta alquimia para casar sus ambiciones con el precepto del Cristo, que les manda dar graciosamente lo que graciosamente reciben: « porque esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes. »

Aquel « sacudirás el polvo de tus zapatos, » trocóse ya en admitir damascos y holandas y mantos guarnecidos de pedrería; en levantar palacios suntuosos; en vestir de magnífico terciopelo y hartarse de faisanes y de trufas. Este horrendo contraste, este abismo donde caen la religión y la esperanza, inspiró al gran Savonarola sus apóstrofes apocalípticos, é hizo de la pluma de Cervantes una espada de fuego.

En conclusión, aquellos abnegados pescadores que en la tragedia del Gólgota daban su espíritu en pro de todos los humildes y desdichados; creciendo en número y dándose á la holganza, son ahora un peso enorme para los pueblos; el pueblo trabaja para ellos, el pueblo los sustenta, el pueblo les lleva las alforjas. Y la gravedad de este mal era mayor en tiempo de Cervantes que en nuestro siglo, con el sinnúmero de comunidades religiosas que infestaban la república. En este modelo de apostolado había de inspirarse el *Quijote* para conseguir la autorización necesaria: esto quería la censura; quien « se lo podía mandar como á su ahijado, que tan presto lo había de ser. » Pero Cervantes velaba sus ideas para que no las manchara el aliento de los brutos: velábalas en los dos sentidos de esta palabra, que aquí se funden en uno solo: cuidaba de ellas encubriéndolas ó velándolas á la vista de tanto arriero como había de intentar la profanación. Allí, junto al limpio manantial de aguas puras, está el noble pensador guardando el preciado depósito hecho á su grandeza y lealtad por las ya fenecidas genera-

ciones... No aproxime la bestia sus impuros labios; sólo quien tenga el corazón sin mancha puede acercarse y saciar su sed en el pozo de la sabiduría. Los que á él llevaban sus recuas y apedreaban al ingenio; los que comerciaban con la idea sacrosanta; los que no comprendían la locura de Cervantes, salen descalabrados en el *Quijote*: porque el héroe, puesto el pensamiento en su ideal, « cobra tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. » Claro que al abrir Cervantes con su pluma ó lanza el cerebro de estos hijos de la noche, los ilustra: siempre es el redentor, á quien los déspotas y la gente ignara califican de loco. Esto mismo hace el ventero, que por su carácter de padrino estaba obligado á defender al héroe. Don Quijote le llama follón y mal nacido caballero, á pesar de lo cual, y como alta representación que es también de la tiranía, júzgale digno de sus ataques; pero desprecia á la turba insolente de arrieros literarios, miserables prostitutos que venden su conciencia en el templo de la verdad: « pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía. » Así apostrofa Cervantes á los que *desde lejos* le tiraban piedras: esto es, á los que, publicado el libro, habían de censurar y profanar su espíritu grandioso. Los arrieros quedan vencidos, y el *Quijote* triunfante.

Si al hacer la crítica general de estos vicios de su

tiempo emplea el autor una sátira enérgica, aún la acera más al referir las vanas ceremonias del culto, con ocasión de armar caballero á Don Quijote. Concurren á esta farsa, además de los poderes real é inquisitorial, representados en el ventero, las letras prostituídas y un muchacho que desempeña el oficio de acólito. Los pormenores de esta escena son á todas luces imitación de las prácticas religiosas, como ya vió el Sr. Clemencín, sin notar la sátira, porque no le llamaba Dios por ese camino. «Advertido y medroso. . el castellano trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las ya dichas doncellas, se vino á donde D. Quijote estaba, al cual, mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba.» Debemos advertir que *manual* significa, entre otras cosas, libro de oraciones. Donosísima es la ocurrencia de equiparar la paja y la cebada con el rezo soñoliento de la inconsciencia religiosa, y también con la sustentación que á sus fieles dan los sacerdotes. El mismo pasto espiritual que á estos arrieros (á quienes daba paja y cebada el amo de la venta) satisfacía el hambre de aquellas entidades que en el segundo capítulo andaban por los rastrojos. Esta era la religión de aquel siglo. Para borrar la mancha original; para ele-

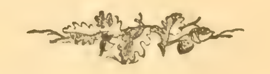
varse en la región de los conocimientos que ennoblecen el alma, encaminándola á su encumbrado destino, para armarse caballero, bastaban fórmulas como el bautismo y la confirmación, y otras semejantes á la pescozada y el espaldarazo, sazonadas con un rezo maquinal del mismo jaez que la función fisiológica de rumiar el alimento.

Y Saavedra tuvo que pasar por estas horcas caudinas; de la literatura religiosa tomó la arcangélica espada de fuego; la literatura profana púsole la espuela; estimulado por una, imitó á la otra: una le hizo caminar, y la otra combatir.

La literatura religiosa, ó más exactamente la historia sagrada, es en este símbolo hija de un remendón de Toledo, en el cual se indica al Primado de España, representante de una religión hecha de retazos mal zurcidos. Este personaje vive en las tendillas de Sancho Bienaya (ó bien haya), compuesto expresivo de la holganza sacerdotal. Con el nombre de Tolosa dado á la historia sagrada, tal vez se quiere significar que pesa sobre la historia verdadera como un sepulcro, además de recordarnos el «Triunfo de la Santa Cruz» con que se conmemora la batalla de Las Navas. La otra entidad llámase la Molinera; porque la literatura, cuando no tiene ideales, muele á más moler por sacar harina, escribiendo á salga lo que saliere; lo cual ratifica el ser su padre de Antequera, á cuyo sol se encomiendan los imprevisores. Ambas literaturas ayudaron á Cervantes á dar á luz su obra, aunque estaban pros-

tituídas, y él las aceptó necesariamente tal como eran, con intención de levantarlas á mejor estado. Aun tomando de la una la espada y de la otra la espuela; áun viéndose obligado á vestir de locos á los héroes y de zafios á los pueblos, Cervantes realizó una maravillosa empresa, escribió una obra inmortal, y ennobleció á la literatura *dándole parte de la honra que él había alcanzado*, verdadero DÓN de la virtud y del ingenio.

De esta manera fué Don Quijote armado caballero: el libro estuvo en la forma necesaria para ser autorizado, y Cervantes en disposición de proseguir su dolorosísima tarea; y así en este capítulo tercero logró decir á los poderes de su siglo cosas tan *extrañas que no era posible acertar á referirlas;* pero que puede ya ver en la interpretación con toda claridad el amo de la venta. El que entónces oprimía al ingenio tomó al héroe por loco, y le dejó ir sin pagar la costa, que de otro modo para Cervantes habría sido cara.



CAPITULO IV

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á NUESTRO CABALLERO CUANDO SALIÓ DE LA VENTA.

Ahora comienza propiamente la acción del libro. Cervantes sale de su tiempo con el alba, henchido de alegría, porque ha probado sus armas y ve la posibilidad del combate. No dice que el gozo le retozaba por el cuerpo, sino que le reventaba por las cinchas del caballo, en lo cual puede verse una vez más que el hombre y la cabalgadura forman aquí una especie de centáuro simbólico.

Este poema adolecería de fantástico sin la realidad que aporta Sancho Panza; si no contrapesara el vulgo los idealismos de Don Quijote. Hasta aquí Cervantes ha planteado su obra y descrito su época: para esto bastaba poner en acción al héroe que simboliza la inteligencia; mas al comenzar la lucha, hace falta el pueblo. Entendemos por pueblo el conjunto humano, haciendo dos grandes excepciones: los sacerdocios y la realeza, con todo lo que les es consustancial; mejor dicho, con la excepción única de los tiranos y sus secuaces. Después de estos (antes en riguroso orden de justicia) está la infinita y varia muchedumbre que los

déspotas llamaron plebe: el pueblo, origen de todo poder, conjunto anterior á los sacerdocios, monarquías é imperios, qne vivirá cuando esas instituciones caigan arruinadas para siempre en el sepulcro de la historia.

Desde que comienza á brillar la civilización en el mundo, el pueblo es principalmente trabajador: construye sus casas, teje sus vestidos y procúrase el necesario sustento; mas pronto la ambición con sus rapiñas introduce el desconcierto en la colmena y se apodera de sus dulces panales. Todo árbol útil tiene su dueño, y todo pueblo trabajador tiene su tirano: á la libertad del patriarcado sucede la esclavitud, y entonces enciende sus teas la discordia y alza sus lanzas la guerra: entonces la victoria es del más fuerte, quien reina por su empuje. Las artes se inclinan humildes; la ciencia se esconde atemorizada; el oro de la industria se funde en los crisoles regios; las vías sociales, que antes se abrían al tráfico, están interrumpidas por las guardas de la majestad; en todos los barcos ondean insignias del rey, se le aplaude y deifica; las doncellas se prostituyen por él, y hasta los dioses descienden del Olimpo para ceñirle el laurel sagrado y ungir su cabeza. Entonces, como el pueblo trabajador está absorbido por la prepotencia cesárea, y á punto de ser anonadado, surge el pueblo guerrero, que sube al solio, arroja de él á la majestad, rompe los antiguos moldes, y abrazándose con el pueblo trabajador, restablece el derecho y salva á la libertad. Así sucumbió la Roma de los Césares y nació el pueblo cristiano. Así también estalló

la Revolución Francesa, donde principia la mayor edad del mundo. Ahora bien: del pueblo, tal como lo hemos definido, Sancho es la base, y Don Quijote la cumbre. Don Quijote tiene la inteligencia y Sancho la fuerza; aporta uno al acervo común, el sustento material, y otro las ideas que sustentan al alma. Sancho representa la mayoría ruda, trabajadora, honrada, pero obscura, y Don Quijote la minoría heróica y resplandeciente. Adviértase que con tan diversas cualidades y aptitudes y con tan varios oficios, estos dos personajes encarnan una misma idea, forman un símbolo, como el alma y el cuerpo, tan distintos entre sí, componen un mismo sér. Hemos dicho que Sancho es la base y Don Quijote la cúspide; pues bien: los dos juntos constituyen el monumento.

Descendamos ahora de la síntesis á los pormenores. Conforme el pueblo tiene esas dos diferentes significaciones, que se harmonizan, Don Quijote y Sancho pueden subdividirse en otras formas del pueblo. ¿Qué es Don Quijote? El heroismo. ¿Qué es su escudero? El trabajo. Pero el heroismo presenta varios caractéres y el trabajo tiene múltiples manifestaciones. Unos han conquistado un lugar entre los héroes con la palabra ó la pluma, otros con la espada, otros, osando alzar la cabeza sobre el nivel de los reyes, otros subiendo al cadalso que surge de la noche, otros, mirando por la lente que se abre á lo infinito... Don Quijote es el tronco de todas estas ramas. Lo mismo podemos decir de Sancho: la mayoría, á quien éste

representa, se subdivide en labradora, industrial, comerciante, artista y aun guerrera. Antes de presentar este complemento de Don Quijote, y habiéndonos mostrado ya las dificultades de su empresa y el modo de superarla, torna Cervantes al punto de partida, internándose en el ancho campo de la historia, para manifestarnos el estado anterior del pueblo y la prepotencia de sus tiranos. Sancho Panza es el pueblo coetáneo de Cervantes, influído por él en la epopeya; natural y oportuno parece que antes de ponerle en acción nos dé noticia de cómo le halla en la historia.

No tiene que alejarse mucho de su tiempo; bástale remontarse al siglo XV, que es el bosque donde llora el jóven Andrés, atormentado por su verdugo. El pueblo tiene quince años en esta alegoría, porque se trata del siglo XV; llámase Andrés (de andros, hombre), y está atado á la encina real sufriendo las demasías de su amo y señor. Cervantes encarece lo duro del castigo diciendo que azotaba aquellas carnes delicadas con una *pretina* (digno instrumento de opresores), y le da carácter de martirio con el nombre de Andrés, que recuerda al aspado martir; además pone al adolescente como á San Sebastián, desnudo de medio cuerpo arriba y atado á un tronco, y en trance de ser desollado vivo, como San Bartolomé. El tirano le manda ver y callar: «la lengua queda y los ojos listos,» le dice; mandato condensado por el pueblo en esta otra forma: «Al rey y á la Inquisición, chitón.»

Este amo cruelísimo que se ensaña con un delicado

infante, atándole, como si sola su fuerza no bastara para tenerle rendido á los golpes; que lleva su crueldad al refinamiento de herir las carnes desnudas, y se burla sarcásticamente de tan tierna víctima, parécele á Don Quijote unas veces villano y otras caballero, pues villano ruín es por sus infames hechos quien desde la alteza del solio atormenta á los hombres, aunque la ignorancia le de tratamiento dé majestad y le ciña una corona. Llámase Juan Haldudo el rico, y es vecino del Quintanar: donde él vive reinan las enfermedades y la muerte [1]. Representa á todos los fatídicos sacerdotes de la tiranía, por lo común cubiertos de ropas talares, como reyes, jueces, purpurados é inquisidores. « Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras; » pero en conjunto, esos fantasmas que llevan el vestido de la tradición sobre su cuerpo y la negra idea de lo pasado en la mente, son los mantenedores del error, los que detienen al hombre en su marcha, los que le aprisionan, sangran, martirizan y usurpan el fruto de su trabajo.

El Haldudo de la fábula es soberbio con quien está á su merced; mas tórnase humilde cuando se ve frente al héroe armado. Lo mismo hacen los reyes al sentir bajo sus piés el volcán de las revoluciones: prometen respetar los derechos del pueblo, sin perjuicio de redoblar los golpes cuando vuelve la calma. A esto se

(1) Quintana significa fiebre y es también el atrio de las iglesias, que solía servir de cementerio.

llama reacción en nuestros días, pero es un hecho tan antiguo como la historia. Don Quijote, después de suspender el castigo imponiéndose por la fuerza, sale por los fueros de la justicia distributiva examinando el derecho de las partes. Alega el pueblo que su amo le debe la soldada, y Juan Haldudo opone el gasto de zapatos y sangrías. « Bien está eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagásteis, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que por esta parte no os debe nada. » Don Quijote condena á Juan Haldudo á pagar su deuda precisamente *en reales,* como que es el rey, é impórtale poco que los dé con alegría, esto es, sahumados; bástale ver satisfecha la justicia. El déspota quiere demorar la paga hasta el apaciguamiento de los ánimos; mas el pueblo no fía de las promesas de quien le azota y exprime; antes bien teme los rigores de su venganza. Y así sucede; el héroe se marcha confiado, y el déspota perjuro torna á esclavizar al pueblo, haciéndole mayores sangrías en su cuerpo y en su hacienda. « Llamad, señor Andrés, ahora, — decía el labrador — al desfacedor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades. » Vean en este apólogo los revolucionarios inocentes que fían la patria y la libertad á un ju-

ramento vano de sus opresores, el triste papel que representan en la historia. A este sarcasmo responde bien aquella célebre frase que incendió las almas en 1789: « Decid á vuestro amo que estamos aquí por la fuerza del derecho, y que no saldremos sino por la fuerza de las armas. »

El pueblo queda en libertad cuando no puede valerse, ni sabe dónde está su defensor; pero aleccionado ya, espera la hora del desquite y emplaza al tirano diciendo que le ha de pagar con exceso sus demasías.

Con esta aventura, satisfactoriamente acabada en el libro, deshizo Saavedra *el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón*, dando así « felicísimo y alto principio » á sus hazañas, pues movió su pluma contra los tiranos del cuerpo. Y se felicita y felicita á la patria.

Seguidamente combate á los opresores de la conciencia. Blande su lanza contra estos enemigos con deliberado intento, aunque *por imitar á los libros de caballería*, presente la elección como aventura. Trece son los que encuentra en su camino, número del apostolado (incluyendo á Jesús y á Judas). [1] No son estos los apóstoles y el maestro de la leyenda cristiana, sino sus indignos sucesores, fustigados anteriormente; los que viven del fausto y truecan la caridad en avaricia;

---

1 Algunos correctores ven contradicción entre este número y el de los diez jayanes, y en consecuencia, suprimen tres mercaderes; mas no tienen en cuenta el estado semidelirante de Don Quijote. Además el número diez es indeterminado. En el fondo se refiere á los diez mandamientos, no por su doctrina moral, sino por lo que tienen de imposición; porque la aventura de los mercaderes trata de los *mandamientos* de la Iglesia, como se verá en este capítulo.

los mercaderes del templo; los príncipes de la Iglesia (pues de príncipes se califican ellos mismos al replicar á Don Quijote). De Toledo proceden, como el *remendón* ya citado, y van en busca de seda. Este simil es sumamente propio y tiene profundidad de pensamiento: la seda es materia de lujo; con ella se hacen las vestiduras que los próceres del catolicismo ostentan, y esta materia riquísima se debe á la primorosa labor de los gusanos; he aquí los fieles, que sacan de su propia substancia la seda con que los purpurados se recubren. Cuando el gusano, transformándose en mariposa, deja su capel á la vanidad de los hombres, queda libre; y así los fieles recobran su libertad detentada por la Iglesia cuando á ésta da su cuerpo muerto la mariposa del alma. La falsa religión comercia con el hombre hasta el sepulcro. A tal punto han venido los apóstoles de la redención. Sólo uno conserva íntegro su carácter, y es Judas, que apalea al caballero cuando yace inerme en tierra.

Ya se ve cómo en este capítulo comienza la acción. En los anteriores hácese la traza de Monarquía y Catolicismo; aquí se pelea contra ellos.

Para demostrar la sinrazón de la Iglesia Católica, Saavedra cambia al agente en paciente, á ver si opina lo mismo en ambas situaciones. Don Quijote mantiene el absurdo de los sacerdocios: « ...*todo el mundo* se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso... »

Los que predican la fe ciega no quieren confesar la hermosura de Dulcinea del Toboso sin haberla visto. « Si os la mostrara — replicó Don Quijote — ¡ qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria! *La importancia está* en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia... » ¿Qué otra proposición, sino la del caballero, nos impone la Iglesia Romana cuando hace confesar á los hombres el dogma, que sin verlo lo hemos de creer, confesar, afirmar, jurar y defender? A quien pide la demostración, le responde que el mérito está en creer lo que no se ve; y al que no confiesa tamaño absurdo, le reta y fuerza con todos sus hombres y armas, como es costumbre y mala usanza del fanatismo intransigente. Don Quijote defiende la razón, pues va contra el absurdo; así es que su empeño ni aún como ardid literario falsea el carácter del héroe. Sus contradictores le suplican que muestre un retrato de Dulcinea, aunque sea tamaño como un grano de trigo [1], que *por el hilo se sacará el ovillo;* por el grano de trigo vendrán en conocimiento de la tierra que lo produce; por la substancia conocerán la patria. Pero suponen que el ideal de Don Quijote es diabólico, pues le pintan manando bermellón y piedra azufre, que, según la mitología católica, son drogas de la química del diablo. « No le mana, canalla infame — respondió

---

1 Aquí están asociados el nombre de Dulcinea y el trigo, como en *Alfonsa*, femenino de *Alfonso*, ó trigo recio, de donde se deriva la voz alfónsiga ó alhóndiga.

Don Quijote, encendido en cólera — no le mana, digo, eso que decís, sino ambar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un uso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.» Aquí el ataque hubiera sido literariamente más claro; pero no se lo permitía al autor su triste condición de súbdito, que le hubiese hecho caer vencido al primer intento donde sus propias ideas, con el peso de las antiguas, le habrían tenido eternamente. El heroismo cayó mil veces en la historia por culpa de su caballo. Triste es ser desmentido como Galileo, ó, como Giordano Bruno, quemado en la hoguera por la gente cobarde y cautiva que apaleaba á Don Quijote; pero la razón en estos casos no está con los triunfadores, sino al lado de los vencidos, en la picota ó entre las llamas. Por esto Cervantes, aun derrotado, se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era desgracia propia de caballeros. Ciertamente, el que no pelea como Padilla por la sublime libertad, no se expone á morir en un cadalso.



CAPÍTULO V

DONDE SE PROSIGUE LA NARRACIÓN DE LA DESGRACIA DE NUESTRO CABALLERO

No pudiendo Cervantes atacar descubiertamente á los enemigos del hombre, acógese á su ordinario remedio, que consiste en disfrazar las ideas con el antifaz de los libros de caballerías. Y deja traslucir que le obligan á ello las supersticiones religiosas, tan extendidas entre moros y cristianos; diciendo que viene de molde al paso en que se halla una historia « sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aún creída de los viejos, y con todo esto no más verdadera que los milagros de Mahoma.» Al verse imposiblitado para desterrar esta ignorancia (pues no podía menearse), se acongoja, dando muestras de grande sentimiento, y clama á la patria, al ideal que le alienta presidiendo sus combates:

« ¿Donde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal »

Como respondiendo á estas quejas, aparece el pueblo vasallo, que se ocupa en llevar trigo al molino.

Si en Andrés se nos muestra la opresión del pueblo, en Pedro Alonso vemos su consecuencia natural, que es la ignorancia. Este Pedro Alonso, siervo de reyes y pontífices (pues tal intención hay en la progenie de Pedros y Alonsos), no comprende el Quijote, no ve más que una de las dos caras de este nuevo Jano, la externa ó literaria; y aunque le hojea y examina, quitándole peto y espaldar, no ve *sangre ni señal alguna* de la vida interna. Entonces le acomoda en su asno, le iguala á sí mismo, llevándole á su pueblo y poniéndole en su casa. De esta manera el vulgo obliga á Cervantes á seguir la corriente de las ideas de su siglo.

Mucho debió de meditar este hombre insigne acerca de la Reconquista, de aquellos ochocientos años de guerra mantenida por las religiones, donde tantos laureles alcanzaron las armas en mengua de la fraternidad. En esta empresa, como en otras muchas, el fanatismo religioso truncó nuestro destino, impidió la alianza y fusión de pueblos semejantes, encendió y perpetuó los odios devastadores en el campo donde hubieran florecido las artes, la industria y el comercio. De esto no tuvieron culpa los hombres, sino sus tiranos. Cervantes vió con la clarividencia del genio cuál era la causa de que ambas razas vivieran en lucha perenne, y advirtióselo al pueblo en la forma posible, en lo secreto de su epopeya. Por esto junta al comenzar el capítulo las supersticiones de moros y cristianos, y alude á la cautividad de unos y otros, identificando á Don Quijote con Abindarraez. Su redención com-

prende á todos los hombres sin distinción de razas y creencias; va contra los ídolos, no contra los pueblos: Jarifa y Dulcinea son una misma entidad, el infortunio de africanos y españoles un mismo infortunio á la consideración del heróico Cervantes. En vano dice esto á Pedro Alonso para emanciparle de la tutela religiosa, para levantar su alma degenerada al lugar que le corresponde: el pueblo ignorante, olvidado de su propia nobleza, niega también la de su caudillo. « Yo sé quién soy (responde Don Quijote) y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aún todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías. » Réplica grandiosa que, formando contraste con los mezquinos alientos de quien la motiva, denuncia el empuje incomparable de lo ideal y la fe del magnánimo Saavedra.

A la derrota material sucede en esta alegoría la condenación. El sacerdocio, la sociedad, y hasta la familia, fulminan sus anatemas contra el caudillo de las libertades humanas, y esto áun después de vencido: conducta muy propia de la intransigencia que niega tierra al cadáver del infortunado suicida. El sacerdocio está aquí representado por Pero Pérez, esto es, Pedro hijo de Pedro, Roma cristiana hija de Roma Pagana. Como se introduce el licenciado en casa de Don Quijote, se introduce el clérigo en la sociedad, disponiendo de la hacienda y la vida agenas, gobernando las almas á su antojo y forzando al talento. Las obras donde se

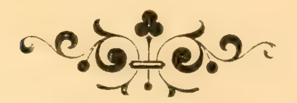
inspiran los Quijotes; las más sublimes; las que despiertan á la humanidad y sacuden su cansancio; las que nos dan brío y alientos para conquistar la verdadera gloria, están condenadas por la Iglesia... « Malditos libros, » desalmados libros de desventuras, » « encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros,» «*descomulgados libros, que bien merecen ser abrasados como si fuesen hereges...*» Estas imprecaciones del ama y la sobrina muestran *de qué pié cojeaba* Don Quijote: denotan claramente que sus ideas son contrarias al catolicismo, y que este poema merece formar en la lista donde están todos los rebeldes al dogma. Aún añade el cura: « Esto digo yo también, y á fe que no se pase el día de mañana sin que dellos se haga *auto público, y sean condenados al fuego,* porque no den ocasión á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. »

Así hubiera condenado su siglo á Cervantes, *el más delicado entendimiento de toda la Mancha*, á quien echaban á perder sus ideas heróicas, según el ama y la sobrina. Este último personaje, que, según hemos indicado, es una representación de la familia, se lamenta de no haber denunciado á su deudo anteriormente. Dice que algunas veces el héroe peleaba con cuatro gigantes como *cuatro torres* y se bebía después un jarro de agua fría, quedándose sano y sosegado. Ya se ve que este corresponde á las luchas morales. Literalmente, el jarro de agua fría después de la agitación hubiérale sido muy perjudicial; pero la

calma es buena después del entusiasmo. Además, el agua, según Don Quijote, era una preciosísima bebida que le llevaba el sabio Esquife: suave corriente de ideas tranquilas, que refresca el entendimiento enardecido por los combates. Al dar por terminada esta salida primera, torna á sus lares el autor para que la sabiduría (la sabia Urganda [1]) le comunique nuevos ardides y le restituya las fuerzas. Convencido de que el sacerdocio no ha de ver las heridas que hay en el cuerpo del Quijote, trata de procurarse el sustento, y se entrega al descanso, sin responder á las preguntas inquisitivas de los examinadores, porque sus enemigos eran « los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. »

---

1 *Hurgada* dice el ama, para que se vea cómo Cervantes preparó el equívoco notado por nosotros al principio de la obra



CAPITULO VI

DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO QUE EL CURA Y EL BARBERO HICIERON EN LA LIBRERÍA DE NUESTRO INGENIOSO HIDALGO.

En este capítulo aparece la censura inquisistorial. Mientras duerme el heroismo, tiende la Iglesia despótica su guadaña y siega la rica mies del entendimiento humano, sembrada por todas las generaciones del mundo. Y áun esta figura es suave, porque la acción de segar no supone exterminio, y el sacerdocio arroja al fuego consumidor los frutos y avienta las cenizas. «Esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden de ellas las cenizas,» dice el cura. Este sentimiento devastador, semejante al de los bárbaros que destruyeron la Biblioteca Alejandrina, humea en el *Index* y en el *Syllabus*. La Inquisición quemó libros y personas, sin tomarse en ocasiones el trabajo de formar proceso. Así, el cura (en el capítulo precedente) condena al fuego los libros de Don Quijote, sin haberlos visto.

Esta representación del sacerdocio tiene en el capítulo que estudiamos dos aspectos: uno propio de su clase, y otro que corresponde á Saavedra, quien

por mediación del cura juzga las obras examinadas. El trazado interior de este capítulo, no sigue la línea recta: quiere decirse que los libros enumerados no tienen segunda significación. Imposible hubiera sido hallar una tan larga lista de obras que se prestaran al simbolismo, y más pronunciar dos contrapuestos fallos con unas mismas palabras. Ni había necesidad de tan grande artificio; bastaba con poner al sacerdocio en la situación que ha tenido históricamente, dándole el carácter de las instituciones que representa. Tras este personaje furibundo se ve al ilustrado y discreto autor del *Viaje al Parnaso*, sobre todo cuando examina las obras puramente literarias. Cosa admirable es pintar un carácter en quien se juntan la parcialidad y la imparcialidad, la esquisita delicadeza del literato y la dañada intención del Santo Oficio.

No sólo el sacerdocio va contra las ideas heróicas, sino el poder real (barbero del pueblo y compadre del cura) y la sociedad y la familia; todos juntan sus maldiciones y se alborotan tratando de destruir los gérmenes de libertad, unos por conveniencia, y otros por fanatismo. En el ama vemos á la supersticiosa sociedad del siglo XVII, que acude llena de espanto con el hisopo y el agua bendita para ahuyentar á los malos espíritus; de cuya simplicidad se rie el sacerdocio engañador. Y este personaje condensa la ferocidad del Santo oficio en las siguientes palabras dignas del tétrico Felipe II: «.....á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las

endiabladas y revueltas razones de su autor; *quemara con ellos al padre que me engendró*, si anduviera en figura de caballero andante ». Todos son de este parecer inhumano, lo cual expresa Cervantes con una monotonía igual á la que resulta de la emisión de votos en un juicio: « De ese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos ». El cura, no obstante, es quien preside, quien manda, el señor absoluto y la figura de más relieve. Su injusticia, como ya se ha dicho, le lleva á condenar obras cuyos titulos aún desconoce. Es tan parcial que perdona á ciertos libros por ser amigos suyos quienes los escribieron; juzga autorizado otro porque lo compuso un rey de Portugal, y á otro dispensa del fuego por haber en él tejido su tela el *poeta cristiano*. Como pudiera hacerlo la Inquisición misma, condena á la hoguera y á destierro, al infierno y al purgatorio, y confisca ó retiene: « Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo *para purgar* la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les dé término ultramarino; y como se enmendaren, así se usara con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto tenedlos vos, compadre en vuestra easa; *mas no los dejeis leer á ninguno* ». Antes había ya mandado que otros se depositaran en un pozo seco, que recuerda el *in pace* donde los clérigos dejaban podrir á sus víctimas. Aná-

loga suerte reservan á *La Galatea de Miguel Cervantes*, pues la recluyen en la posada del barbero hasta que cumpla lo que propone. Estas circunstancias, más se refieren al *Quijote* que á la *Galatea*, porque el primero de estos libros, según vamos demostrando, «tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada,» y ha estado recluso en poder de los déspotas esperando la misericordia que se le negó en su tiempo.

Al hablar de algunos libros parece que el autor les da alma y vida como si fueran personas; así dice: «...el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba;» cuya acción retrata muy al vivo á los mártires de la intolerancia sacerdotal que iban impávidos á la hoguera.

Cervantes alude cuanto puede á los libros religiosos, principalmente á la *Biblia*. Ya, al comenzar el escrutinio, dice el cura: «parece cosa de misterio ésta;» «y á renglón seguido háblase de los cuatro libros de Amadís de Gaula, que bien pudieran ser los cuatro Evangelios. Esta presunción, fundada en el número, refuérzase con los siguientes datos:...» este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y así, me parece que, *como á dogmatizador de una secta tan mala,* le debemos sin escusa alguna condenar al fuego.» Sin duda se trata aquí de la *Biblia* traducida y la secta protestante, tan mal miradas por la Iglesia. Luego se vuelve á tocar este punto con más clari-

dad, hablando del libro de Ariosto (el cristiano poeta); «al cual, si aquí le hallo (dice el cura), *y veo que habla en otra lengua que la suya*, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, *le pondré sobre mi cabeza.*» Tan celoso se muestra en conservar el misterio de este libro, que dice á su compadre: «Ni aun fuera bien que vos le entendiérades» [1]. No quiere que el rey toque el santuario. Siempre la Iglesia ha tratado de tener la autoridad moral exclusivamente, sin compartirla con reyes ni pueblos, y ha cerrado á todo el mundo la puerta de sus ideas, de sus libros, de sus tradiciones y sus dogmas; y hay que convenir en que el cura no temía infundadamente las investigaciones, porque la traducción de la *Biblia* robó á la Iglesia muchas almas. El libro á que el cura se refiere (versión ó traducción de la Sagrada Escritura, según nosotros), está inspirado en el *Espejo de caballerías* (nombre que da preeminencia), donde anda Reinaldos de Montalbán, ó el Redentor, con sus amigos y compañeros los farisáicos corruptores de su doctrina. Nómbralos además Cervantes en otra forma, diciendo que allí están los Doce Pares con el arzobispo Turpín (el verdadero historiador le llama irónicamente): esto es, los doce apóstoles con el torpe sacerdocio; la verdad evangélica trastornada por los historiadores religiosos;

---

1 Según el Sr. Clemencín, esta enfática manifestación del andariego sacerdote entraña deseo de preservar al barbero del escándalo que pudieran causarle algunos pasajes y expresiones libres del *Orlando furioso*. Estaría muy bien dicho si se tratase de una doncellita; pero... se trataba nada menos que de Fígaro, y no nos parece que corriera peligro su inocencia.

el cristianismo falseado por los sucesores de Pedro. Además, en el siguiente capítulo confunde Don Quijote al cura con el arzobispo Turpín.

También condena el licenciado otros libros donde están cifradas las sectas, como el antedicho de *Esplandián*, á quien no *le vale la bondad del padre*, y el *Caballero de la Cruz*, porque al decir del cura, *tras la cruz está el Diablo;* pero ensalza otro cuyos personajes hacen la vida sedentaria de los hombres sin ideal.

En fin, en este capítulo, mostrándose Cervantes discreto censor, aparece el sacerdocio como juez arbitrario y sañudo, cuyos mandatos ejecutan sumisos el ama, la sobrina y el barbero, cuando no gozosos; lo cual tiene cuidado el autor de puntualizar varias veces. Se ve aquí á la Inquisición enemiga del pensamiento, empeñada en comprimirlo y destrozarlo: á la soberbia Iglesia *docente*, que toma la dirección de las almas, y en vez de apoyarse en el libro y la verdad, se apoya en la mentira y el verdugo. No perdona á nadie, propio ó extraño, que la desvie del camino de sus ambiciones: y castiga con el mismo furor á los contradictores que no reconocen su autoridad y á sus propios hijos á quienes asalta la duda: á los fieles por falta de celo, á los conversos por sospechosos, á los contrarios por enemigos. No tolera á las sectas cristianas, aunque tienen nombre tan santo; y de esta suerte, evitándose el trabajo de precaver, se amputa á sí misma, aun cuando con tan bárbaro sistema puede llegar día en que ella quede también descabezada. Su historia es

la historia de la intransigencia, una continuada operación quirúrgica. Pero, á despecho de Roma, la libertad ha triunfado, pues no todos sus defensores han muerto á manos de la Iglesia, ni todas sus obras ha consumido el fuego. La inmortal de Cervantes ha salvado los siglos siendo leída y examinada por generaciones de clérigos, sin que éstos adivinaran que era *caso de cirujía;* y es que el ingenio y la libertad pueden más que todos los opresores y salen victoriosos áun al través de los cadalsos.



CAPITULO VII

DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Ya hemos visto cómo el heroismo sale de su pasividad en la historia, lucha contra las dos formas supremas de la tiranía, y sale derrotado. Estos pasajes son un trasunto de la vida real, una condensación histórica que hace Cervantes para darnos á conocer el campo y los combatientes de esta epopeya, ó lo que es igual, el carácter de su siglo, el estado del pueblo y la condición y fuerzas de los opresores.

La Inquisición triunfa momentaneamente de la idea abstracta, las gerarquías sociales se imponen á la nobleza del espiritu, el sacerdocio avienta la ilustración del mundo convertida en cenizas por las hogueras inquisitoriales... Y en esto despierta el héroe gritando: «¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos: QUE LOS CORTESANOS LLEVAN LO MEJOR DEL TORNEO!» Lo ingenioso de esta fábula trae consigo muchos primores de pensamiento; uno es que, cuando el cura hace enmudecer á las ideas heróicas, quemando los libros, renacen vigorosísimas en la protesta de Don Quijote,

que es su personificación. El sacerdocio acude á este nuevo peligro, y en su apresuramiento daña á la realeza, dejando que vayan al fuego *La Carolea* y *León de España* con los hechos del emperador; libros que « si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. » Pero, como consigna Cervantes, el escudriñador era perezoso, y también torpe, pues le confunde con el arzobispo Turpín.

El héroe entre tanto esgrime su espada, « estando tan despierto *como si nunca hubiera dormido;* » mas el sacerdocio y sus iguales le vuelven á su actitud anterior abrazándole y por fuerza: conducta ambigua de los tiranos, tan pronto medrosos, como soberbios. Admírase Don Quijote de verse vencido, cuando creía haber ganado el prez en los tres días antecedentes; y el cura trata de aquietarle prometiéndole la bienandanza, acaso en su cielo ilusorio. Pero Don Quijote no está herido, sino molido y quebrantado por el alevoso « opuesto de sus valentías: » y no necesita la conmiseración falaz del mismo que le maltrata: porque él es los doce pares ó el apostolado, y será el Cristo resplandeciente en su Thabor. Esta inspiración de su fe reanima á Saavedra en el Calvario, y le impulsa á preparar su segunda salida. Por el momento sólo quiere sustentarse y descansar: esto pide á su siglo, y á los futuros la victoria. Mientras duerme, sus enemigos, perdiendo toda moderación desatan sus instintos devastadores destruyendo los libros sin exámen, á carga cerrada; «y tales debieron de arder QUE MERECÍAN GUARDARSE EN PERPÉTUOS

ARCHIVOS.» Allí, como en las matanzas que tan famosa han hecho á la Iglesia «pagan justos por pecadores.» Y aún esto no les basta: es preciso que desaparezca también el santuario del talento: arrasarlo todo y sembrarlo de sal.

Al despertar Don Quijote no halla sus libros y aposento, ni rastro siquiera: todo ha desaparecido mágicamente, como hacía desaparecer la Inquisición cuanto le estorbaba. El fautor, en esta epopeya y en la realidad histórica, es el cura; el mismo diablo, como declara Saavedra por boca del ama, ó un encantador que cabalga sobre una sierpe, según la sobrina: en suma, el genio del mal, *Fritón,* ó el Santo Oficio. Ataca al heróico mantenedor de la verdad y la justicia porque sabe que éste ha de vencer al error vinculado en la Iglesia: «Así es, dijo Don Quijote; que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, *sin que él lo pueda estorbar;* y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar *lo que por el cielo está ordenado.*» Con esto queda dicho quiénes son los malos encantadores, y vaticinada categóricamente la ruina total de la Iglesia Católica, ese Fritón, *mal viejo*, enemigo de los grandes ideales, que hace el daño y escapa, dejándolo todo lleno de humo y tinieblas.

También la familia trata de calmar los ímpetus del héroe, incitándole con los atractivos de la vida sedentaria, y representándole los peligros de su empresa. Pero este lenguaje capcioso no seduce á Don Quijote, como tampoco el del cura le había seducido; y responde: «¡Oh sobrina mía!... ¡y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.»

El sacerdocio, perseverando en su táctica, «algunas veces le contradecía, y otras concedía, *porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él.*» Este es el lazo que eternamente ha tenido la Iglesia á la humanidad, llevándola de los halagos al terror, de la paz á la guerra y de Dios á Satanás. Mas en vano: el heroismo, apoyándose en el pueblo, torna con ánimo resuelto á la palestra.

El pueblo está representado aquí en un hombre de bien, «si es que este título se puede dar al que es pobre,» como Cervantes dice con acerbidad revolucionaria; y tiene muy poca sal en la mollera, lo cual no significa poca gracia, pues harta derrama en sus discursos, sino poca sazón del entendimiento. La misma especie contienen estas palabras: «En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero, caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria.» Duda si será un obstáculo para la redención la ignorancia del pueblo; mas estas vacilaciones no son pro-

pias del ánimo de Saavedra: precisamente une á Sancho y á Don Quijote para sacar al pueblo de su condición de asno, poniéndole á la altura de su caudillo: «...determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase.» Tan es así, que el héroe promete á Sancho darle posesión del Gobierno público, á cuyo fin van encaminados todos los combates de esta epopeya. Puestos de acuerdo Sancho y Don Quijote, abandonan sus intereses, su familia y su hogar; y sin despedirse de nadie, *sin que persona los viese,* salen una noche del lugar de la Mancha, emancípanse de su tiempo sombrío, yendo en pós de la brillante idea. Marchan, no obstante, por el camino de la amargura, ó Campo de Montiel; pero ya Don Quijote camina con menos pesadumbre que la vez pasada [1], porque el heroismo se apoya en el pueblo. De este modo se verifica el pacto de la fuerza y la inteligencia en la historia.

Hermosa es esta alegoría, despojada de las circunstancias con que el autor trastorna premeditadamente su discurso. En medio de una dilatada llanura, y bajo el sol esplendososo de Julio, á la hora del alba, donde las multitudes no turban la solemnidad de la naturale-

---

1 Acerca de esto, nota algún crítico la inexactitud en que, á su parecer, incurre Cervantes. «Iguales motivos de calor y fatiga había en la salida segunda que en la primera (dice el censor aludido): la hora era la misma, porque era muy de mañana; los rayos del sol herían del mismo modo, porque la derrota y dirección acertó á ser igual, y la estación era casi la misma, porque solo mediaron pocos días.» Literariamente considerado el asunto, en efecto, hay error; pero en lo interno del poema se justifica la falta criticada.

za, marchan respirando el aire puro de la libertad, las dos grandes figuras ontológicas, que representan al hombre; el espíritu y el cuerpo; la idea que se abre á lo infinito, aspirando sus efluvios para traerlos á nuestra vida y la materia robusta donde se moldea el pensamiento en formas imperecederas. Don Quijote flota en el océano de lo ideal, y Sancho en el mar de las pasiones; uno es la inspiración, y otro la acción; el héroe marcha en pos de la justicia, y el pueblo en pos del gobierno. A este propósito dice el autor, que Sancho iba « como un patriarca, » lo cual nos recuerda los tiempos en que el pueblo se gobernaba á si mismo.

Sancho se siente capaz de mantenerse en las alturas donde tantos monarcas han vacilado; pues, como él dice, sabrá gobernar la ínsula « por grande que sea, » y Don Quijote, después de censurar la ingratitud de los reyes para con sus vasallos más heróicos (ejemplos Fernando el Católico y él Gran Capitán), le confirma sus promesas, y las agranda diciendo que tal vez pueda darle más que le promete: « si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. » Aquí se ensanchan las aspiraciones del héroe: no es un reino, son muchos reinos los que ambiciona; quiere conquistar toda la tierra y dar al pueblo español una corona iluminada por la luz del ideal. El pueblo, ya ilustrado por su caudillo, ve la inferioridad de los que antes eran sus iguales, y siente el mismo escrúpulo

que asaltó á Don Quijote respecto de la ignorancia del pueblo: Teresa Cascajo ¿puede llegar á ser reina y sus hijos infantes? La mujer, hundida como los topos en el hoyo de la servidumbre, ¿puede salir al aire y la luz de las ideas, y esta maravillosa transformación perpetuarse con las generaciones? «Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote...» «Encomiéndalo tú á Dios, Sancho... que El te dará lo que más te convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser *adelantado.*» Quiere decir, que puesto el pensamiento en Dios, y mirando á lo porvenir, el pueblo escalará la cumbre.



CAPITULO VIII

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN.

Los molinos de viento son todos los errores personificados; son los hombres sin ideal que, moviendo las aspas por sacar harina á impulsos de quien favorece su negocio, sirven con la pasividad de su inteligencia á los tiranos; son los gigantes de Doña Molinera, la entidad censurada en el capítulo segundo. Por esto se escribe allí: « Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino, fué la del puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento ». Literalmente ninguna fué la primera, y por esta, al parecer, distracción, han tildado los críticos al autor del *Quijote*. Pero en el fondo de la alegoría ya es otra cosa, porque en el presente capítulo se desarrolla lo que en el segundo quedó planteado, y ambas aventuras, la del Puerto Lápice y la de los molinos de viento se relacionan con la de Doña Tolosa y Doña Molinera.

La misma diferencia de apreciación que se nota entre Don Quijote y Sancho Panza, hay entre Cervan-

tes y los lectores: al uno le parecen gigantes los que mueven sus brazos de dos leguas, y al otro molinos de viento; « y no lo podía ignorar sino *quien llevase otros tales en la cabeza.* » Aquí, pues, acomete Cervantes á los errores en conjunto, considerando que « es gran servicio de Dios *quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra* »: aquí combate á todos los vientos del mal, sin cuidarse de la flaqueza de su condición, de sus endebles armas, de las advertencias que le hace el sentido común pronosticándole la derrota. Y en efecto, la inconsciencia humana, influida por los déspotas, vence á quien siente en el alma los hervores de la inspiración transformadora del mundo; y véncele más en el libro que en la historia; porque no pudiendo nunca exponer claramente las ideas, siempre queda derrotado en sus anhelos redentores. De esto tenía la culpa el Santo Oficio, Frestón ó Fritón, que cambiaba los gigantes en molinos de viento por quitarle la gloria del triunfo: es decir, le obligaba á disfrazar las figuras, y además transformaba en molinos á los hombres, que sin el despotismo religioso pudieran ser gigantes. Pero « las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza. » Con esto parece consolarse el esperanzado autor, quien se afirma en su fe todavía diciendo: « mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho... »

No todo lo fía el autor á la Providencia, como los religiosos contemplativos: habiendo perdido en la re-

friega parte de su lanza, resuelve completarla con el ramo de una encina, á imitación del héroe español Vargas Machuca. Notorio es que la encina simboliza la fuerza, y claramente se ve también esta significación en el sobrenombre de Machuca: ambas circunstancias denotan la energía de Cervantes, en quien se juntaba la fe inextinguible con la eficacia del trabajo. Quería machucar á los enemigos del hombre; era un titán homérico; aunque Sancho le dijera en el momento de mostrar tan grandes propósitos: «Pero enderécese un poco, que parece que va de *medio lado,* y debe de ser del molimento de la caída.» Esta era la consecuencia de su heroismo sin par. Y no podía quejarse *aunque se le salieran las tripas por la herida:* tenía que ahogar en el fondo del alma los suspiros y los sollozos y mostrarse exteriormente satisfecho, y hasta jovial, en presencia de los tiranos de su patria. La ironía de Sancho no tiende á poner en ridículo á Don Quijote, sino á recordarnos cuán animoso era, pues á tanto se atrevía en el instante mismo de no poderse tener en su despaldada cabalgadura. Pronto se verá si los grandes alientos del caudillo eran simple jactancia, ó conocimiento de su valor.

¡Qué bien pintados están los dos caracteres! ¡Cuán claramente se ve al pueblo en ese campesino que camina sin pena ni gloria, montado en su rucio, comiendo y bebiendo, y jurando que cumplirá el mandamiento, que su amo le hace, de no pelear, tan bien como el día del domingo! ¡Cuán maravillosa es la realidad de

ese pensador alto, flaco, que va en un caballo ruín *delante* del pueblo, sin acordarse de comer aunque le hace mucha falta, abismándose en lo pasado y soñando con lo porvenir, dolorido y sin quejarse, derrotado y sin acobardarse, falto de toda ayuda enfrente de tantos enemigos, y áun así encargando al pueblo que no saque por él la espada y le deje hacer por sí mismo lo más difícil y arriesgado, acometer las empresas más altas y trascendentes! No descansa, no duerme, no le inquietan sus propias necesidades; susténtase de *sabrosas memorias* y gratísimas esperanzas, mientras el hombre vulgar rinde al goce material de lo presente sus sentidos y potencias. En oposición á esta delicada figura, aparecen los frailes, caballeros sobre mulas como dromedarios. «Traían sus antojos de camino y sus quitasoles.» Así caminaban los apóstoles de la redención en aquel tiempo. Tras ellos iba la mujer en pos de honores y riquezas. Nótese la exacta relación de términos que hace el autor: la mujer iba *detrás* de los frailes, «pero *los frailes no iban con ella*,» «*aunque seguían el mismo camino.*» La aventura es de mucha importancia: «O yo me engaño (dijo Don Quijote), ó ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos *bultos negros* que allí parecen, deben de ser, *y son sin duda*, algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío:» Sancho dice al héroe que los bultos negros son dos religiosos de

San Benito; pero Sancho no sabe de achaque de aventuras... »

« *Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejáos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.* » Este valiente reto dirigió Cervantes á los religiosos, con tanta osadía que descubrió parte de su intención, según es notorio. Por esto saca Don Quijote al fin de la aventura *rota la celada*. Los frailes le responden humildemente, con la compunción encubridora de sus malas acciones: « Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. » «Para conmigo no hay palabras blandas, *que ya yo os conozco, fementida canalla,* » replica Don Quijote; y arremete contra ellos, poniéndolos en dispersión; lo cual es en verdad, como antes dice, « meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. »

Cuando el pueblo ve en tierra á los frailes, intenta despojarlos de sus hábitos, *por entender que aquello le pertenece á él legítimamente* mas se lo impiden *á coces*, los fanáticos servidores de la tiranía. Los frailes huyen de Don Quijote, « haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. »

En resumen, lo que Cervantes persigue en este capítulo es despojar á los frailes de sus *hábitos*, la extinción de las órdenes religiosas: quiere que la mujer

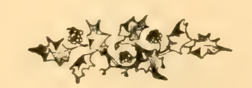
deje el camino seguido por esta *gente endiablada y descomunal* y se presente á la patria reconociendo la virtud de los grandes ideales. Pero lo impide el fanatismo, representado en Sancho de Azpeitia. Este Sancho, que lleva el sambenito de la cuna de Loyola; este vizcaino de Azpeitia (para que todo resulte aquí enrevesado), es el opuesto de Sancho Panza, seguidor del ideal, es el pueblo enbrutecido por los errores teocráticos. Este es quien detiene la pluma de Cervantes, quien ase su lanza, y hiere los oídos del armonioso autor con el bárbaro lenguaje y sus disparatados conceptos: «Anda caballero, que mal andes; ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino!» «¡Yo no, caballero! Juro á Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. Vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa:» trastorno de ideas y palabras, que es una perfecta imagen del caos cerebral de los enemigos de Don Quijote; muy semejante á «La razón de la sinrazón» apuntada en el capítulo primero.

La condición del vizcaino está representada, como la de los frailes, por una mula: quiere decirse que todos son estériles; pero la mula de este hombre es de alquiler, y falsa, porque los siervos no tienen condición social, ó la tienen prestada, para su desdicha. Tan bien retratado está el fanatismo en este iracundo y terco personaje, como se ve aquí: «La demás gente quisie-

ron ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, *que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase.* »

En resolución, ambos mantenedores quedan con las espadas en alto y muy resueltos á matarse: el héroe pensando en su Dulcinea, y el fanático vizcaino amparándose con los fueros señoriales, ó bien aforrado con la almohada del coche... « y todos los circunstantes estaban temorosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas *estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de España*, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grave peligro en que se hallaban». Esto es: la verdad y el error estaban uno frente á otro, en combate decisivo y tremendo; y la religión acudía á todos los extremos reclutando fuerzas para dar el triunfo al campeón de la mentira.

Bien hizo Cervantes en dejar suspensa esta gran aventura: aún sigue el enrevesado juicio en lucha con el claro razonamiento.



CAPITULO IX

DONDE SE CONCLUYE Y DA FIN A LA ESTUPENDA BATALLA QUE EL GALLARDO VIZCAINO Y EL VALIENTE MANCHEGO TUVIERON

Represéntanos Cervantes por adelantado el fin que ha de tener la lucha del error y la verdad, dando á ésta la victoria. Pero antes justifica la suspensión de la aventura, indicándonos que no es autor del *Quijote*. Y en efecto, Cervantes, como otras veces ha dicho, recoge en su cerebro y condensa en su poema todos los grandes combates de la historia, iluminados por el ideal de justicia. El fué quien resucitó en su tiempo la caballería andante, porque entonces la verdad heróica no tenía quien cantara sus grandezas, siendo en esto más desdichada que muchos santos holgazanes, de los cuales, no sólo se escribían los hechos, « sino sus más íntimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen. » Y no obstante, el heroismo que Saavedra ensalza, era también propio de su edad y estaba en la memoria de los pueblos: su historia era antigua y moderna; porque es toda la historia. Nadie puede negar heroismo á la época de Cervantes; pero aquel heroismo estaba mal encaminado por desconocimiento del ideal: conquistaba un mundo y lo ponía á los piés

del trono sombrío ó bajo la tiara: veíanse entonces las hazañas gloriosas, y no la idea que las daba aliento: registrábanse los hechos históricos, sin adivinar la ley: la crónica estaba en los cerebros, como en los libros, sin filosofía. Don Quijote es el espíritu donde se unifican todos los héroes, « el primero que en nuestra edad y en estos *tan calamitosos tiempos* (al decir de Saavedra), se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas...» Por ello es digno el *Quijote* « de contínuas y memorables alabanzas; » y algunas corresponden también á Cervantes por haber desenterrado la justicia sepultada en el Alcaná de Toledo, ó en la venalidad y corrupción de aquel siglo, *aunque el cielo, el caso y la fortuna le ayudaran*.

Atribuye á morisco autor este admirable poema siendo suyo, con lo cual se califica de moro, y nadie ignora lo que esto significaba en aquel tiempo: resulta, por tanto, que Saavedra tenía una doble personalidad, que era una especie de Jano, como su libro, con dos caras: la cristiana y la infiel ó librepensadora: los dos antagónicos espíritus iban juntamente por el claustro tratando del *Quijote*. Además, la historia del caballero estaba escrita en arábigo, con lo que tal vez se la hace provenir de la cuna de todas las civilizaciones, ó antiguo Oriente, y se la da carácter simbólico. El haber pagado con pasas y trigo al traductor refiérese á los muchos recuerdos históricos y al provecho espiritual sacado de su examen.

En el manuscrito de referencia hay varias indicaciones ingeniosas acerca de los personajes más salientes del libro. Esta «Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para *salar puercos* que otra mujer de toda la Mancha.» Tan graciosa alusión, hecha á los entes indignos que pone en sal el Quijote, no necesita aclaraciones ni comentarios; pero sí debemos notar otro punto de grandísima importancia, y es el que atañe á las cabalgaduras y su representación.

Repetidas veces hemos dicho y probado que Sancho y su rucio componen una sola entidad, y lo mismo Don Quijote y Rocinante: pues aquí se confirma la especie sin duda alguna: « *A los piés de Rocinante* estaba otro (rótulo) que decía: *Don Quijote.*» «Junto á él estaba Sancho Panza que tenía del cabestro á su asno, *á los piés del cual* (del asno) estaba otro rótulo que decía: *Sancho Zancas.*» Determina bien que los letreros estaban á los piés (no al pie) de las cabalgaduras. En cambio, cuando habla de D. Sancho de Azpeitia no dice que el rótulo estaba á los piés de la mula, aunque la nombra antes, sino á los piés del vizcaino; porque D. Sancho de Azpeitia y su cabalgadura no forman una misma personalidad, puesto que (como ya se ha dicho) la condición social del siervo no es propia, sino agena y prestada. «Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relación de la historia; que ninguna es mala como sea verdadera. Quien esto dice

no había de caer adrede y por gusto en el feo vicio de la mentira; trastornó, sí, la verdad de su libro, obligado, no por los moros engañadores, sino por la sinceridad de los cristianos. Cuanto dice irónicamente de aquéllos, recae sobre el fanatismo católico. Por la intransigencia religiosa no pudo mostrarnos el ideal en toda su hermosura, la historia en toda su claridad. «Antes se puede entender haber quedado en ella falto que demasiado, y así me parece á mí; pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, PARECE QUE DE INDUSTRIA LAS PASA EN SILENCIO: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo de ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya imágen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.» Aplíquense este severo y levantado juicio las instituciones que fueron causa de que enturbiara la clarísima linfa del *Quijote* quien tan magnánimamente sentía la verdad y comprendía la historia. ¡Y aún con modestia suma achaca á su pensamiento (al *galgo* de su autor) las faltas que puedan hallarse en esta grandiosa pintura del ideal!

Aquí se reanuda el combate entre lo pasado y lo futuro, reflejado por Saavedra en solos dos personajes; que «no parecía sino que estaban amenazando *al cielo, á la tierra y al abismo*» con sus cortadoras espadas,

como dice el autor, poniendo la lucha en el alto punto que le corresponde. El representante de la tradición, el sombrío hijo de Vizcaya, defensor de los privilegios señoriales y frailunos, no hace más que desarmar el lado izquierdo de Don Quijote, «llevándole gran parte de la celada con la mitad de la oreja.»

Esta herida significa que el buen gusto y claro talento de Cervantes no podía resistir el habla desquiciada y las disparatadas razones de los paladines del error. La filosofía, el arte, las ciencias, la religión, todas las manifestaciones del alma tienen sus malaventurados vizcainos, que truecan las palabras, confunden los términos, embrollan el sentido, faltan á la verdad y tuercen la justicia. Contra estos va Cervantes; y así, recogiendo el héroe todas sus fuerzas, cae como una montaña sobre su contrario, abrumándole con el peso de su espada y desangrándole, sin que le valga al vizcaino la defensa de sus señores, la condición social que representa; antes bien, ella misma completa su derrota. No se ensaña el héroe con él, «aunque se lo tenía bien merecido;» sólo exige que se presente á la patria y le rinda homenaje: quiere la emancipación de este pobre siervo, á quien el fanatismo arma de teas y puñales fratricidas; persigue en esta victoria, como en las demás, el reinado del ideal, el triunfo de Dulcinea, la instauración de una patria libre y sabia, donde puedan vivir fraternalmente todos los hombres.

Esta alegoría es también profética. Tres siglos después de escribirla Cervantes, la región vasca, excita-

da por los clérigos, ha llenado de luto á la patria, luchando con terquedad por lo que luchaba el vizcaino: por los fueros señoriales, por los intereses frailunos, por la sumisión de la mujer á la Iglesia y por el absolutismo feroz. La libertad ha triunfado, y sus hijos heróicos, los Quijotes modernos, han perdonado generosamente á sus contrarios, contentándose con exigirles el respeto debido á la nacionalidad española, una y libre, como exigía á su contrario el héroe manchego. Claro es que Cervantes al escribir este capítulo no trataba de profetizar; quería encarnar en el *vizcaino* el menguado sentimiento de los que atentan contra la unión amorosa de las almas y los pueblos; y en Don Quijote, el espíritu de los que ven en la libertad una fuerza esencialmente creadora y conservadora de grandes conjuntos, y en éstos la promesa divina de llegar por el amor á la fraternidad humana.



CAPÍTULO X

DE LOS GRACIOSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO

En las guerras de naciones puede ganar la vencedora (admitido como principio de derecho el bárbaro principio de la violencia), aumento de territorio, de riqueza material, ó bien preponderancia sobre la nación vencida; pero en las guerras civiles consíguese, á lo sumo, la brutal satisfacción del odio, en mengua de la unidad y prosperidad de la patria; la cual, venza uno ú otro bando, siempre queda desangrada y dividida; y será un insensato el pueblo que á raíz del triunfo demande su correspondiente parte de botín, pues el caudillo podrá decirle, mostrándole los campos yermos, las casas arruinadas, las aldeas incendiadas y los muertos amontonados en los escombros: He ahí el botín. Estas aventuras «no son de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos,» como decía Don Quijote á Sancho acabado el combate con el vizcaino.

Más levantada ha de ser la lucha donde el pueblo alcance su gobierno; esto es lo que indica el héroe:

«Tened paciencia (dice á Sancho), que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino *más adelante.*» Su acción tiende á más que á conseguir el poder público; encamínase á la perfección del pueblo, al triunfo de lo ideal. En estos vuelos del alma no puede seguirle el vulgo, pero el filófo se detiene y le espera. Uno de los impedimentos que acortan el paso del pueblo en esta vía heróica es el temor religioso: «Paréceme, señor, *que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia;* que según quedó maltrecho aquel con quien os combatísteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe, que si lo hacen, *que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo.*» Estos pensamientos debieron de acometer al autor cuando descubrió sus intenciones en la escena de los frailes benitos. Si por acaso llegaba á conocerse su propósito; si el clero, malicioso y vigilante, sentía la acerbidad de esta sátira, y el Santo Oficio tomaba cartas en el asunto, ¿qué remedio habría para el autor sino hacer protestas de acendrado catolicismo, ó retraerse á la Iglesia? Mas Cervantes desechaba estos temores; hubiéralos sentido el vulgo en su caso; pero él, tan valeroso é intrépido, ni duda ni teme; ántes bien, asegura al pueblo que le libertará de todos los despotismos religiosos, desde los antiguos caldeos hasta los de su época.

Al mismo tiempo condena la impunidad en que vivían los criminales de alto coturno. Recuérdese el feu-

dalismo, donde tantos señores campaban por su respeto en sus bien abastecidas y pertrechadas ladroneras. Los que hayan leído la historia, y, al revés de Sancho, sepan algo de *hombrecillos*, recuerden cuántos próceres, cuántos mitrados, reyes y pontífices, faltaron á todos los mandatos de la conciencia, á todas las leyes divinas y humanas, sin que la vara del juez se interpusiera en su camino. Aún hoy sucede lo propio, en menor grado. La igualdad ante la ley ocupa su puesto de honor en la esfera especulativa, mas no en el terreno positivo, donde yace sojuzgada por el interés y la pasión. Nunca han faltado hombres rectos que combatieran esta injusticia, y en nuestro siglo debemos mencionar al Sr. Zugasti, que á tan buena causa dedicó sus tareas. El libro de Cervantes abunda en estos sentimientos. Lejos de temer el autor, como Sancho, las consecuencias de su valentía, bien resguardado con el escudo de su ingenio, dice mostrándose satisfecho del artificio con que hería y se ocultaba: «Pero díme, por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido *más brío en acometer*, *más aliento en el perseverar*, *más destreza en el herir*, *ni más maña en el derribar?*»

Sancho recuerda á Don Quijote socarronamente la herida causada por el vizcaino, y él contesta que nada le hubiera importado, á tener una redoma del bálsamo de Fierabrás. Este es el bálsamo cristiano; pues

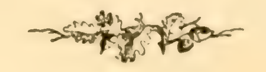
con él, según la tradición, embalsamaron á Cristo; es el sentimiento de fraternidad y la idea de justicia: para lograr el efecto deseado había que encajar *igualmente y al justo* las dos mitades del cuerpo, y con esto se alcanzaba la inmortalidad, como dice Saavedra. Natural es que acuda á la virtud de este misterioso bálsamo para sanar las heridas hechas por quien batalla contra la fraternidad y el amor.

Al decir Sancho que de buena gana cambiaría su ínsula por este licor prodigioso, expresa la semejanza de ambas especies: el gobierno democrático y el reinado de la fraternidad. Pero se ve en el vulgo cierto prurito de manchar la idea con el negocio, de reducirla á dinero. El pueblo es así en la vida sedentaria é ignorante, donde le tienen hundido los tiranos, hasta que por un movimiento revolucionario se torna cúspide este pedestal infeliz de todas las soberbias; entonces, lo que el pueblo tenía escondido en su corazón, estalla y resplandece entre el humo del combate; y si la tiranía ha sido muy extremada, Sancho el pacífico se transforma en Marat sanguinario. Entonces, junto á Mirabeau, que es la inspiración y el verbo; junto á Dantón, que es la audacia y el volcán; junto á Robespierre, que es el cálculo y la perseverancia; junto á Saint-Just, que es la hermosura del fanatismo, aparece el *amigo del pueblo,* que en épocas normales hubiera preferido á la reconquista de sus derechos la utilidad del tráfico, siendo la vulgaridad y la codicia: pero al sonar la hora de redención, Marat trueca sus específi-

cos en sangre, arroja su capa de vulgo, cíñese el manto rojo, y es la venganza.

El grandísimo enojo que siente Don Quijote al ver rota su celada, y el enfático juramento que hace, pintan la situación y actitud de Saavedra, quien por ocultar sus ideas con la celada no cuidaba de reposar y sustentarse. Aunque jura por los santos cuatro Evangelios como católico, también dice «*donde más largamente están escritos;*» frase que entraña reserva ó segundo pensamiento; es como remitir al lector á esta fábula donde están los Evangelios, sentidos é interpretados rectamente. Luégo describe su misérrima comida, compuesta de una cebolla, un pedazo de queso y unos mendrugos de pan. Esta es la indigna remuneración que da la sociedad á los héroes y los sabios (y harto lo experimentó Cervantes), bien que en algunas ocasiones se les encumbre á regia mesa para que la abrillanten con su ingenio. De todos modos se pasan los días en flores, se sustentan de su propio espíritu, como séres inmateriales y fantásticos, mientras el vulgo pide cosas de mucho peso y sustancia. Y no es «que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser de ellas...» La delicada sátira de este diálogo deja traslucir cierta melancolía en el discurso. No es que los hombres entregados á las tareas del espíritu repugnen dar á su cuerpo cuanto exige y merece, pues se deja entender (como Cervantes dice) que no pueden pasar sin comer

y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque son hombres como nosotros; pero su vida arriesgada, su generosidad y la ingratitud agena les imponen esta dolorosa privación de lo necesario, cuanto más de lo supérfluo. Tal vez no se lamenta Cervantes por su desgracia, sino por la del pueblo en general. Un régimen de desigualdad é injusticia tan escandaloso como sufría España, había de conducirnos forzosamente á la miseria. Este descenso se inició viviendo el autor del *Quijote;* á él alude en estas palabras de Sancho: «Virtud es... conocer esas yerbas; que, según yo me voy imaginando, *algún día será menester usar de ese conocimiento.*» Triste y espantosa situación de un pueblo que se ve en el caso de comer raíces ó morirse de hambre, como sucedió en tiempo de Carlos II y presagió Saavedra. El misticismo esterilizador; el simnúmero de religiosos inactivos; la falta de brazos moros y tráfico mercantil de los hebreos; la incapacidad y despilfarro de nuestros monarcas, y el desaliento general, pusieron á España al borde de este abismo. Para salvarnos de tan grande ruina, entró Cervantes en la vía heróica y sufrió todos sus rigores y asperezas con buen ánimo, creyendo que así merecería el honroso título de caballero, reservado á los redentores de la humanidad.



CAPITULO XI

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS

La cabra en este simbolismo suele representar á la razón condenada por la Iglesia: bien sabido es que al diablo se le pinta en forma de cabra. Cinco son los que escuchan á Don Quijote; son las razas en presencia del ideal: la mongólica, la semítica, la negra, la cobriza y la malaya. Están «á la redonda de las pieles,» ó en la ancha faz de la tierra, oyendo á la raza aria que encarna Don Quijote. Aquí Cervantes se dirige á todo el mundo desde su tergiversado libro (sobre un dornajo vuelto del revés), para condenar las imperfecciones humanas y mostrarnos el bien futuro. Sus ideas pugnan contra todo error y tiranía: son diabólicas en concepto de los sacerdocios; por esto son *cabreros* los que escuchan, y se sustentan todos de *tasajo de cabra*. El mundo acoge bien al *Quijote*, aunque con groseras ceremonias, porque no comprende la sublimidad de este poema.

El capítulo anterior concluye hablando de la miseria general, á cuyo estado traen irremisiblemente los despotismos; y éste describe con insuperable elocuencia la prosperidad de los tiempos futuros, animados por

a libertad y la igualdad. La presente es una de las poquísimas ocasiones en que el héroe come á satisfacción, y además el pueblo está en su presencia con el cuerno de la abundancia.

Don Quijote proclama la igualdad y la fraternidad, porque « de la caballería andante se puede decir lo mismo que *del amor se dice*, *que todas las cosas iguala.* » Conforme con este principio, dice á Sancho: « quiero que aquí, á mi lado, y en compañía de esta buena gente, te sientes y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere. » El pueblo, á su vez, ensalza la libertad y combate el privilegio despreciando sus favores: « ¡Gran merced! (dijo Sancho); pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me le comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un emperador. Y aún si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que cómo en mi rincón, sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas... » Sancho habla en esta ocasión el lenguaje de nuestros romances y del teatro antiguo:

«P. r besar mano de rey,
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre,
me tengo por afrentado.»

Con todo lo cual quedan en su punto los principios de libertad, igualdad, fraternidad, y en tierra las jerar-

quías y privilegios. El héroe acompaña sus palabras con la acción: pone á Sancho á su altura, obligándole á sentarse y diciendo: « A quien se humilla, Dios le ensalza. » De este modo encumbra á la esfera religiosa el principio de igualdad.

Todos los manjares de esta comida ontológica recuerdan otros tiempos: la carne es amojamada, el queso duro, las bellotas avellanadas; el discurso está, pues, inspirado en la remota antigüedad, aunque se refiere á lo porvenir; y abunda en espíritu, porque «el cuerno andaba á la redonda tan amenudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria... » Cervantes conocía muy bien los hechos históricos para dar por cosa pasada cuanto enumera en el discurso de la edad de oro; este es un ensueño de su alma, una condensación de los deseos universales que piden la felicidad perpétuamente entrevista y negada eternamente. «¡Dichosa edad — exclama — y siglos dichosos aquéllos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío!*» Esto es proclamar la comunidad de bienes; y, en efecto, á continuación añade: « Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes... » Por tanto, Saavedra ve el máximum de felicidad social en un régimen igualitario. No fija términos, ni enseña el modo, porque el contenido de su discurso es sencillamente una as-

piración, y en manera alguna un estudio técnico de sociología. Anhela Cervantes para los hombres el estado virginal en concordancia con la naturaleza, á la manera que Juan Jacobo Rousseau, mas sin perderse en disquisiciones aventuradas ni sistematizar el pensamiento; muéstrase más religioso que político, como las multitudes que hoy amenazan al Estado con ese lema de igualdad. Y ciertamente, ¿quién habrá, no estando entumecido por la riqueza, que no se sienta atraído hacia una tan hermosa perspectiva? La familia universal, los hombres viviendo en paz inalterable, regidos por la ley del amor, sin que entre ellos haya *tuyo ni mío,* empeñados todos en domar á la naturaleza para beneficiar sus abundantes frutos... Aunque esto parezca un sueño al través de las brumas presentes, no deben desecharse sin hacer heróicas tentativas (qne siempre acercan el ideal). Esta utopia es el espíritu de toda religión; late en el sentimiento cristiano, y, en fin, despreciarla, es ir hacia el polo opuesto, caminar en pos del odio y de la muerte.

El problema que motiva el discurso de la Edad de Oro, existía en los *detestables siglos* pasados, como los califica Cervantes; pero hoy presenta caracteres muy sangrientos. Excitados por el hambre los obreros de todo el mundo, se preparan al asalto y la destrucción con ansia devoradora, y amenazan consumir las instituciones seculares donde se alberga el privilegio. De esta próxima lucha es causa *el tuyo y el mío.* Varios elementos sociales quieren evitarla, en vano. El cato-

licismo pide resignación á los que padecen hambre; pero esta virtud, como la elasticidad de los cuerpos, tiene su límite, pasado el cual, estalla violentamente; y la paciencia de los hambrientos lleva ya muchos siglos de torsión espantosa. Además, la resignación aplaza, mas no resuelve el conflicto. También procura la Iglesia evitar la lucha aconsejando la caridad; pero este consejo es irrisorio en boca de quienes viven fastuosamente del sudor ageno. Por otra parte, la caridad de los ricos es muy parca y vanidosa: hace mucho ruido y da poco fruto. La caridad es, sin duda, una virtud ahora, parangonada con el egoismo del indivíduo y del Estado; pero en términos absolutos, es una imperfección, porque testimonia contra la justicia; denota que álguien carece de lo necesario mientras alguno goza de lo supérfluo. Los trabajadores consideran en sus cálculos innecesaria la caridad, porque con su sistema no habría que apelar á este recurso. Y es claro: si llegase á triunfar la idea, si no hubiese *tuyo ni mío*, y por acaso se acumulasen más bienes en un punto que en otro, la fuerza interior, el noble movimiento social, los repartiría equitativamente entre todos los hombres, como nivela el oceano su inmensa superficie si álguien quita, por ejemplo, agua de un golfo y la lleva á una ensenada. Los trabajadores no piden, pues, una limosna; reclaman un derecho. Acudiendo á esto, otros sociólogos creen conjurar el peligro con la intervención del Estado, y los Estados de todos los países cavilan y dictan leyes en balde, porque son muy débi-

les las manos de una entidad tan decrépita para contener la mole que se le viene encima.

La revolución vendrá para traer lo que no puede darnos la evolución; para que se declaren los conceptos *amorosos* del alma simple y sencillamente, y la fraude y el engaño no se mezclen con la verdad y llaneza; para que la justicia se esté en sus propios términos, sin que osen turbarla los del favor y el interés, que ahora tanto la menoscaban, turban y persiguen; para que la arbitrariedad no tenga asiento en el santuario de las leyes, y pueda vivir tranquilamente la virginal inocencia. Este destino tiene que cumplir la Orden de Caballería, á la cual pertenece el *Quijote*. Cervantes da gracias al mundo por el agasajo y buen acogimiento que hace á su libro, aun sin comprender el fondo sublime de tan grandiosa epopeya.

Como se ve, este discurso (que pudiera muy bien excusarse, porque era inútil hacer tales razonamientos á quien no los había de comprender) está inspirado en la contemplación de la naturaleza. Presupone Cervantes cuán fácil y dichosa sería la vida, sin el engaño artificioso de los hombres, si buscásemos el sustento en tan próvida madre como la tierra, suavemente impulsados por la ley de amor. Saavedra es aquí un nuevo Cristo: sus palabras y acciones son evangélicas, ó por mejor decir, profundamente humanas. Entra de lleno en el mundo ideal (pues Don Quijote y Sancho dejan las cabalgaduras aparte), álzase á la esfera de la poesía, y da rienda suelta á la imaginación y al sentimien-

to. Los hombres, influídos por él, respóndenle en el mismo poético lenguaje, manifestando el estado de cultura en que se hallan. Esto inicia el romance de Antonio, y se amplía en los capítulos siguientes. La ilustración de los hombres cura la herida causada por el error; he aquí la receta de *sal* y *romero mascado* que dieron á Don Quijote, «asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad.»



CAPITULO XII

DE LO QUE CONTÓ UN CABRERO A LOS QUE ESTABAN CON DON QUIJOTE

Pedro se llama el que describe por medio de una alegoría el estado de civilización que alcanzaban los tiempos de Cervantes, y con aquel nombre se da un color eclesiástico á la pintura. Esto se ve más claro cuando el narrador alaba á los clérigos, y dice Don Quijote: «Así es la verdad... y proseguid adelante; que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.» «La del Señor no me falte, que es la que hace al caso;» replica el cabrero.

Marcela es la Fama, entidad que no tiene esencia propia, porque es un concepto ideal, anejo á la sabíduria, como si dijéramos, la resonancia de su voz entre los humanos. Preséntanosla Cervantes bajo la autoridad del cristianismo católico, después de haber muerto la civilización greco-latina, sintetizada en Guillermo [1]. El rostro de esta Diosa es semejante al de su madre la Naturaleza, en el cual veía el sencillo cabrero *el sol y la luna*. Guárdala con mucho encerramiento

---

1 Guillermo el rico. Este nombre es godo (Will-Helm) cuyo significado literal sería yelmo de la voluntad, ó corona del trabajo: por esto es rico y padre de la sabiduría.

y recato la Iglesia durante su menor edad, hasta que la hermosa Marcela se lanza al mundo para regir su ganado, dejándose ver en el monte y en el valle, en la cumbre y el abismo, produciendo un encanto general en los hombres. Al suceder esto, enamórase de ella Grisóstomo, quien no pudiendo alcanzarla, muere desesperado.

Este es el genio del romanticismo, que busca en la sin igual pastora, fama y no sabiduría, ignorando que nadie puede alcanzar y poseer á Marcela sin estudios profundísimos, y aun así, nunca con exclusión de los otros hombres. Quien desee verla, búsquela en el conocimiento de la naturaleza, donde ella vive serenamente mostrando á todos en igual medida su incomparable hermosura.

La edad del romanticismo en el hombre y en los pueblos es la adolescencia, cuando la flor se abre prometiéndonos dulce fruto; es un despertamiento á otra vida, el romper de los anhelos santos, pero sin cauce que los lleve derechamente al término debido. En este período la fantasía se desborda y trastorna el orden lógico de la realidad con violentas sacudidas. No pudiendo alcanzar el alma cuanto desea, cae en el pesimismo. Para el romantico siempre está el mar sombrío y el cielo amenazante, la brisa llena de lugubres quejas, el sol de rigores y y la humanidad de perfidias. Es este un estado morboso, del cual resulta poesía falsa y quejumbrosa, ciencia acibarada y hueca, arte calenturiento, y política declamadora é insustancial; cuando

no origina mayores extravíos. El misticismo religioso es también un aspecto de la enfermedad romántica. Estas manifestaciones están bien representadas por los pastores que, á imitación de Grisóstomo, viven fuera del trato humano deshaciéndose en lamentos, y por los que llevan pellicos de luto y van coronados de fúnebre ciprés y *amarga adelfa*. El sentimiento romántico nace al pie de la fuente del alcornoque, y allí le entierra Cervantes, bajo el símbolo de la vanidad.

Dícese que cuando Marcela llegó á los catorce ó quince años, comenzó á causar víctimas su hermosura; y en efecto, por los siglos correspondientes estaba el romanticismo en su apogeo: sobre todo, la mística hacía verdaderos estragos, que continuaron hasta el total hundimiento de la dinastía austriaca. Combátiase al demonio y á su caterva de trasgos y duendes, mientras las epidemias y otras calamidades segaban con su guadaña, sin ningún impedimento, al pueblo supersticioso; las monjas llevaban la exaltación de su espíritu, ó la materialización de Dios y de sus santos, al extremo de gozar amores místico sensuales y á sentir en el cuerpo sus huellas, como atestiguan los estudios antropólogicos. Y todo seguía el mismo camino extraviado: los caballeros andantes (que también los había), los cruzados, los alquimistas y astrólogos, los que se apartaban del trato social ó recluían en los conventos por desengaños, celos y amarguras; hasta el jesuitismo nació de la romántica, aunque luego se haya trasformado en institución positivista y calculadora, como

la alquimia en química, ó como se convierte el agua en hielo.

En este capítulo y los otros donde se toca el mismo asunto pueden verse bien los caracteres del romanticismo. Grisóstomo es el tipo perfecto: ama un imposible, y por alcanzarlo deja sus estudios, su hacienda, sus laureles; y no hace más para merecerlo que llorar y desesperarse, hasta que al fin se mata. Es también imágen del hombre enamorado de la sabiduría; pues, siendo astrólogo y poeta, reune en sí la ciencia y el arte, las dos más grandes manifestaciones humanas: la del corazón en toda su hermosura, y la de la inteligencia en todo su poderío. Pero aquella ciencia, la astrología, es falsa, y falso el arte de Grisóstomo y sus compañeros, porque ven la naturaleza por su aspecto más lúgubre, y se desatan en inútiles lamentos y en desesperadas canciones. Esto es conocer una parte de la realidad, mas no toda la realidad; es salir de un estado de ignorancia, ver el ideal y la dicha, antes completamente oscurecidos, y encontrarse sin fuerzas para alcanzarlos: de aquí la desesperación y la muerte. Pero la realidad es óptima, y el triunfo cierto. No debemos ver en el sol sus ardores irresistibles, sino sus efluvios fecundantes, pues con ingenio y trabajo podemos evitar los unos y aprovechar los otros En la naturaleza, como en un cuadro, hay tonos sombríos, tintas claras y toques brillantes, de todo lo cual resulta la harmonía. Nuestro destino mudase en breves segundos; y á la par que unos pueblos se hunden en la sombra, otros se

levantan á las más altas cumbres de la vida. Gradualmente, va menguando el dolor, las razas ignorantes dejan su sitio á otras más ilustradas, desaparecen las sombras de los brutales guerreros y sus sanguinarias turbas, y hasta las epidemias con que hería el cielo á las antiguas generaciones pierden su intensidad, contrastadas por la ciencia. La humanidad asciende del abismo á la aurora, teniendo ante sí un cielo donde serán ciertas las esperanzas que Dios hace florecer en el corazón de los hombres.

Pero á este clarísimo puerto se llega con la brújula del trabajo, y el romanticismo es indolente. Su más grande manifestación histórica la tenemos en el absurdo Milenario, donde por el terror de la muerte se suspendieron todas las labores. A este Milenario opone Cervantes el de la libertad en su discurso de la Edad de Oro. Podemos ya imaginarnos el contraste que ofrecerán las dos grandes fechas cuando surja el año 2000 en el oceano del tiempo. El Milenario de la superstición apagando todos los fuegos de la vida, y atizando los del infierno; las catedrales con sus torres sombrías alzadas, apuntando al abismo de donde caen la peste y los anatemas y el fuego terrible; Satanás en los aires; las multitudes, llenas de pánico, huyendo desatentadas sin saber de qué ni á dónde, como las bestias cuando presienten una catástrofe en sus montañas y se precipitan, destrozándose en los peñascos ó aplastándose unas á otras; los frailes con sus cruces aumentando el terror de la gente; el clamoreo de unos,

la inmovilidad estúpida de otros; el desconsuelo; la pérdida de toda fe y esperanza, creer que á cada momento puede incendiarse la atmósfera, ó estallar la tierra y hundirse en una profundidad sin término: tal es el cuadro... La razón tiene ahora un imperio más seguro: las catástrofes, en vez de engendrar el terror, avivan y maduran el entendimiento, y excitan la piedad; el diablo, como ha dicho un eminentísimo poeta, se achica, mientras la ciencia se agranda; acuden obedientes las fuerzas naturales á nuestra mano, y mueven los telares, animan las fábricas, acortan las distancias, suprimen el tiempo, ensanchan la vida.¿Cuántos corazones no suspiran por la dulce paz enmedio de nuestros campamentos? ¿Cuántas inteligencias no se consagran al triunfo de la verdad enmedio de nuestros errores?.. La palabra estereotipada y lanzada á todos los confines instantáneamente; la voz prolongada por unos hilos mágicos, ó dormida en su lecho de metal; el rayo vencido; la luz transformada; los mundos sujetos á nuestro exámen; lo infinitamente pequeño abierto á la investigadora mirada del microscopio, la intervención de los antiguos esclavos en el gobierno público: esta resurrección de la humanidad en los tiempos modernos, ¿no nos pone á inmensa altura sobre la romántica Edad Media, apesar de sus trovadores, sus torneos y de todo el oropel con que la adorna la fantasía en la novela y el teatro? Y el Milenario de la libertad ofrece perspectivas aún más risueñas que este siglo, donde la vida es tan fácil,

comparada con los pretéritos de tan negra desventura.

Cervantes, religioso y poeta, entrevió lo Edad de Oro en aquellos *detestables siglos*, y mostró al mundo el ideal fulgurante junto á la realidad sombría. Dos factores colectivos hay en su estudio: los cabreros, que representan la parte menos cultivada de la humanidad, buena, honrada y trabajadora; y Grisóstomo y sus compañeros, en los que se sintetizan todas las manifestaciones espirituales; unos y otros son, como Sancho y Don Quijote, el cuerpo y el alma de la humanidad. Mas el héroe y su escudero son libres, láicos y luchan contra la esclavitud de su tiempo; pertenecen á la Orden de Caballería, y los otros personajes retratan á la humanidad tal como era entónces, con su trabajo material pasivo, y su espiritu extraviado por reyes y sacerdocios.

Continúa el desarrollo del tema en los capítulos siguientes.



CAPITULO XIII

DONDE SE DA FIN AL CUENTO DE LA PASTORA MARCELA CON OTROS SUCESOS

Habiendo cantado las hermosuras naturales y censurado el orden social de su tiempo, aclara Saavedra la significación de la andante caballería. Tiene por norte el trabajo: «El ejercicio de mi profesión no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen porte, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.» Su origen es mesiánico, según indica el simbolismo del rey Arturo, el cual está encantado y no muerto, y ha de volver á la tierra. En tiempo de este mesías, ó sea al iniciarse la redención, dió principio la famosa Orden de la *Tabla Redonda* [1], cuyos caballeros más insignes menciona Cervantes con nombres tomados de los libros de Caballería, que encubren otros más reales

---

1 Esta nominación guarda analogía con la redondez de la tierra: tal amplitud de la mencionada Orden queda confirmada al decir que «fué dilatándose por muchas y diversas partes del mundo.»

y positivos. Luégo esta Orden «fué dilatándose por muchas y diversas partes del mundo,» hasta contar por miembros suyos todos los grandes héroes de la historia.

De suerte que Saavedra rasga el velo encubridor de lo porvenir, mostrando al mundo, representado por los cabreros, la felicidad futura, y además, señala el modo de alcanzarla: siendo caballero andante, entregándose al trabajo y la fatiga, ayudando á los flacos y menesterosos, redimiendo á los demás hombres. Estas cualidades ponen á la Orden de Caballería sobre todas las Ordenes religiosas: «Paréceme, señor caballero andante (dice Vivaldo) que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.» «Tan estrecha, *bien podrá ser* (responde Don Quijote); pero *tan necesaria en el mundo*, no estoy á dos dedos de ponello en duda: porque si va decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mesmo capitán que se lo ordena Quiero decir *que los religiosos, con toda paz y sosiego* piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, *no debajo de cubierta*, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, SOMOS MINISTROS DE DIOS EN LA TIERRA, Y BRAZOS POR QUIEN SE EJECUTA EN ELLA SU JUSTICIA.»

Luego el verdadero sacerdocio no consiste en la contemplación ociosa de la Divinidad, sino en el trabajo activo; no en la oración, sino en la acción. Los ministros de Dios son los *caballeros andantes*, que traen con su esfuerzo á esta vida la ventura que gozamos; no los religiosos que «con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra.» Esto es lo que dice categóricamente el autor del *Quijote*, avalorándolo con razones incontrovertibles. Y si el beneficio que los héroes reportan al mundo es mayor, en cambio, es menor la recompensa. Consigna esto Cervantes con una ironía tan delicada, que encubre el concepto á primera vista. «No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso...» Parece que da más mérito al último, conformándose con la opinión generalmente admitida de que es un estado de santidad; pero añade: «Sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es — el estado de caballero andante — *más trabajoso y aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso*». Nótese que pone como término de comparación, no á otras Ordenes epicúreas y glotonas, sino á los cartujos de severísima regla; pero aún es más angosta la de los héroes láicos. «Y si algunos subieron á ser *reyes* y *emperadores* por el valor de su brazo, *á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor.*»

Queda hecho, pues, el proceso de las religiones positivas y del ideal, resultando condenadas aquéllas, y

éste triunfante. Ahora bien: la vida que Don Quijote ensalza, la profesión que sigue, auuque buena para el mundo, ¿es impía? ¿conduce á la irreligión? Dice el interlocutor del héroe: «...una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción, *como si ellas fueran su Dios,* cosa que me parece *que huele algo á gentilidad.*» Este es el sambenito con que la ignorancia fanática pretende manchar á los sabios que no siguen el camino de la Iglesia: la nota de gentiles, hereges y ateos. Pero Don Quijote cree en Dios; y le invoca en muchas ocasiones, como observa el señor Clemencín. Cuanto más, que el ideal y Dios, son una misma cosa, porque el ideal, es el bien, es la justicia, es lo absoluto. Si se encomiendan los héroes á su dama: «*no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios; que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra.*»

Los que no tienen dama á quien encomendarse, no son caballeros («porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas»): el que se entromete en la vida pública sin tener ideal, es un bastardo que entra en el templo de la

Fama «como salteador y ladrón.» Aplíquense estos calificativos los jueces venales, los clérigos mercaderes, los literatos corrompidos y cuantos hacen granjería de su sacerdocio. Vivaldo cita á Francisco I (D. Galaor) como ejemplo de que hubo caballeros sin ideal; pero áun á este personaje absuelve Saavedra, porque amó á su patria; virtud que nadie puede negar al competidor de Carlos V. Dícese que estuvo enamorado de ella en secreto, porque no puede declararse en el *Quijote* cuál fué su adorada. La misma reserva tiene que usar Cervantes, al decir el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama: porque no sabe si esta su *dulce enemiga* gusta ó no de que el mundo sepa que él la sirve. Alguna vez ha declarado que Dulcinea es el conjunto de todas las perfecciones, el sueño máximo de la vida, encarnado en la patria; y ahora lo repite diciendo «que en ella se vienen á hacer verdaderos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas.» Valiéndose de imágenes muy usadas en su tiempo ciertamente para encomiar la hermosura femenina, pero que reunidas son un indicio poderosísimo, enumera los opulentos tesoros de la Naturaleza: «...sus cabellos son *oro*, su frente *campos elíseos*, sus cejas *arcos del cielo*, sus ojos *soles*, sus mejilas *rosas*, sus labios *corales*, *perlas* sus dientes, *alabastro* su cuello, *marmol* su pecho, *marfil* sus manos, su blancura *nieve*; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad, son tales, según yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideración puede

encarecerlas y no compararlas.» En esta prosopografía están comprendidas todas las partes de la naturaleza: el cielo ideal, el cielo físico, el oceano, la tierra con su fauna y su flora y con sus montañas cubiertas de nieve. Lo que encubre á la vista humana la honestidad es el vigor y valentía, el heroismo de los españoles, no manifestado aún en toda su pujanza por habernos atrofiado los déspotas; esto es lo que pensaba y entendía Cervantes. Cuanto al linage, prosapia y alcurnia de Dulcinea: «No es de los antiguos Curcios, Cayos y Cipiones romanos; ni de los modernos Colones y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, *que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos*».

España, según Cervantes la imagina y desea, no es un feudo de la antigua Roma ó del Pontificado; ni es catalana, valenciana ó aragonesa, porque ya no esta dividida en reinos independientes, sino que forma un solo cuerpo; su historia es moderna, ó éralo cuando escribió Cervantes su libro, pues hacía bien poco que nuestro pueblo se había constituído en nación por la Reconquista. No era su patria la España comprimida en los estrechos moldes del antiguo régimen,

sino una España ideal, libre, trabajadora, sabia, buena y magnífica, cuyo linaje, aunque moderno, pudiera regenerar al mundo en el porvenir con sus ilustres legiones. Al pensar Cervantes que no había de comprenderse esta manifestación de su fe patriótica, rompe diciendo inopinadamente: «Y no se me replique en esto si no fuese con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía: *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba.*» Habían de estar á su altura los contradictores, y hallábanse bien hondos, aun los que se preciaban de más ilustrados sin serlo. Ni conocían á Dulcinea, ni nunca tal nombre había llegado á los oídos de estos *Cachopines de Laredo*[1] defensores de la monarquía y el catolicismo. «Como eso no habrá llegado», replica con énfasis Don Quijote, y así termina la discusión, cual si Cervantes juzgara incapaces de comprenderle á todos los *Cachopines* de la historia.

Tenía Vivaldo por loco al héroe, y aun los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juício de quien tales ideas sustentaba. Sólo el pueblo, acostumbrado á las empresas heróicas, conocía que no había engaño en las palabras de Don Quijote: pero no llegaba á comprender el ideal sublime simbolizado en Dulcinea. Para amarle, Saavedra estaba completamente solo.

Por esto era la cúspide intelectual de su siglo. Ocu-

1 Especie de apellido proverbial con que se tildaba á las personas nuevas que habiendo adquirido riqueza se entonaban y preciaban de ilustre prosapia.—Clemencín.

paba también tan alto puesto como romántico: al perseguir unos ideales que no tenían cabida en su tiempo, amó una quimera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, y, en fin, hizo lo mismo que Grisóstomo, cual prueba la canción desesperada. Sólo que Cervantes fué romántico por determinación de la voluntad, para sacar al mundo del triste estado en que le veía, y su tiempo lo fué por ignorancia. El entierro de Grisóstomo es el del Romanticismo y el de las ideas de Saavedra. Allí, ante Vivaldo, representación de las instituciones oficiales; ante los cabreros, que personifican el trabajo material; ante la república científica y literaria, que encarnan los pastores vestidos de luto y fúnebremente coronados, está el cuerpo muerto de Grisóstomo, el Romanticismo general de la época, la ilustración de aquellos siglos; y el romanticismo *sui géneris* de Cervantes. Allí yace solamente el cuerpo, no las ideas, que pasan á la historia en los papeles de Grisóstomo, aunque en forma de canción desesperada. Pero después el Renacimiento levantará la losa del sepulcro, y surgirá Grisóstomo con la antorcha de la civilización grecolatina, y resucitarán las ideas de Cervantes en el alma deslumbradora del Don Quijote transfigurado.



CAPITULO XIV

DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOR, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS

En la canción con que comienza el capítulo, expresa Cervantes su desventura. No son desesperados estos versos, aunque los califica tan tristemente. Verdad es que reflejan la situación dolorosa del autor: pero al mismo tiempo demuestran la fe que inspiraba á Cervantes el porvenir de la humanidad. Dirígese á la Fama, y alguna vez confunde á esta diosa con la patria idealizada, porque la primera no es sino un efecto de la segunda.

He aquí interpretados los versos de Grisóstomo.

La cruel nación española dominada por reyes y sacerdotes, obligó á Saavedra á publicar

«De lengua en lengua y de una en otra gente»

el rigor de la tiranía. Por esto es triste el fondo del *Quijote* y palpitan en él todas las sublimes ideas condenadas:

«haré que *el mesmo infierno* comunique
al triste pecho mío un son doliente ..»

Para enunciarlas tenía que enrevesar el sentido:

«con que el uso común de mi voz tuerza.»

Esto causaba un dolor profundo al alma de Cervantes, y así salieron mezcladas con sus propias angustias las hazañas heróicas y las maldiciones contra los tiranos. Recomienda á la Fama que no se fije en la harmonía externa del *Quijote*, sino en el fondo épico y terrible:

«Escucha, pues, y presta atento oído
no al concertado són, sino *al rüído*
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvario,
por gusto mío sale, y tu despecho.»

que no atienda á la obra literaria, sino á la tremenda labor que emprendió llevado de un *forzoso desvarío*. Salgan, añade, todas las sombras, todos los terrores, todos los males de la humanidad:

«Salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un són de tal manera,
que se confundan los sentidos todos;
pues la pena cruel que en mí se halla
para contalla pide nuevos modos.»

Cualquiera puede ver aquí una imágen de la Caja de Pandora. El autor da suelta á todos los males, dejando en el corazón del hombre la esperanza.

Ya sabe que no oirá España el eco de sus quejas; clamará en desierto, porque su obra es confusa:

«*De tanta confusión*, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos
ni del famoso Betis las olivas;
que allá se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas.»

Con palabras vivas la creación literaria, con muerta lengua el poema interno. Mas ya que no pueda infundir en el corazón de la patria su heroismo; aunque sus ideas caminen en la soledad, caigan entre las fieras pasiones, ó crucen el desierto, á lo menos recorrerán «el ancho mundo» ocultas en el *Quijote.*

Desdeñado de la Fama, celoso de ella al ver que enaltece á los tiranos; ausente, en fin, del ideal, vive entre tormentos, asombrándose de su propia resistencia. No espera ver el término de su martirio: él mismo desecha la esperanza, al entregarse á esta obra de redención, y teme que se descubra antes de tiempo su heróica empresa:

«Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista á ver en sombra á la esperanza,
ni yo desesperado la procuro;
antes, por extremarme en mi querella,
estar sin ella eternamente juro.»

Creía conquistar así la dicha futura de los hombres, pero no la suya; por tanto temía y esperaba juntamente: de aquí nacen las paradojas, contradicciones y enigmas censurados por los críticos en la canción de Grisóstomo; *verbigracia:*

«¿Puédese, por ventura, en un instante
esperar y temer, ó es bien hacello,
siendo las causas del temor más ciertas?»

Al mismo pensamiento responden estas palabras:

«contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte.»

Siendo las causas del temor más ciertas, ¿qué hubiese adelantado Cervantes con cerrar los ojos para no ver el mal de España, si se lo hacía sentir la realidad

«por mil heridas en el alma abiertas?»

Por otra parte, ¿cómo no desconfiar de la regeneración española, cuando él mismo experimentaba los desdenes que sufrían el ingenio y la virtud; cuando no eran sospechas, sino verdades, las que le atormentaban; y, en fin, cuando veía en el mundo y en su libro «la limpia verdad vuelta en mentira?» Poníale en trance de muerte esta evidencia, y no obstante, perseveraba en decir que el amor es fuerte de toda libertad, y proclamaba impertérrito la hermosura material y espiritual de la patria:

«Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
y que es más libre el alma más rendida
á la de amor antigua tiranía;
diré que la enemiga siempre mía
hermosa el alma como el cuerpo tiene.»

Si no obtiene fama en su empresa, culpa suya será por no haber sabido vencer las dificultades: nadie puede poseer á la Fama sin merecerla; si esta deidad otorgase graciosamente sus lauros, no mantendría el amor en justa paz su imperio. Con esta opinión, Cervantes ofrece *á los vientos* su cuerpo y su alma (el libro inmortal donde consume su vida), y renuncia á la gloria:

«Sin lauro ó palma de futuros bienes.»

La Fama, ensalzando injustamente á los hombres é ideas que dañan á la humanidad, arroja á Cervantes en el fuego del sacrificio; él lo arrostra impávido y gozoso, y al dar su espíritu á Marcela, no quiere que llore esta deidad, sino que se regocije. Por esto la superficie de su poema trágico está impregnada de risueña melancolía.

«Antes con risa, en la ocasión funesta
descubre que *el fin mío* fué tu fiesta.»

Así dice, valiéndose de una anfibología muy oportuna, para expresar que su objeto fué dar el triunfo á la Fama.

El mismo equívoco se observa en los versos siguientes:

«Pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida llegue al fin tan presto.»

Díceselo dos veces, intercalando un verso, donde se justifica tácitamente la repetición:

«Mas gran simpleza es avisarte desto;»

porque era muy difícil comprender el sentido oculto.

En fin, el *Quijote* condensa todos los tormentos de la humanidad, que los griegos simbolizaron en Tántalo, Sisifo, Ticio, Egión y las Danaydes... La sed nunca saciada, el trabajo incesante, el dolor en todas sus formas, trasladan al pecho de Saavedra *en voz baja* sus acentos: y en lo externo del libro llevan el *contrapunto* el Cerbero de los tres rostros [1] y las quimeras de la andante caballería. Estas son las «palabras vivas» y la «muerta lengua» que el Sr. Clemencín calificó de *jerigonza embrollada que nadie entiende*; y así es la verdad, si se examinan los versos desde el punto de vista literario.

Termina Cervantes personificando en la canción desesperada al Quijote, á quien dice que, pues la causa de su desventura va en provecho de la Fama, *aun en la sepultura no esté triste:* y en efecto, el *Quijote* es un perpétuo manantial de alegría.

Véase cómo quedan á salvo ahora el recato y bondad de Marcela. No hay contradicción en las censuras y elogios, porque la Fama sirve en la historia á buenos y malos, según es el acierto ó la estupidez de los hombres. Además, cuando escribió Cervantes esta

1 Véase lo que dijimos de Jano.

canción, «estaba ausente de Marcela, *de quien se había ausentado por su voluntad...»* A la Fama, como entidad abstracta, «fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa..., la mesma envidia ni debe ni puede ponerla falta alguna.»

El discurso de Marcela es impropio de una pastora. Dice á propósito de este personaje el Sr. Clemencín, varias veces nombrado: «El sermón de Marcela es impertinente, afectado, ridículo y todo lo que se quiera. La aparición de la pastora homicida en este trance, su *disertación metafísico-polémico-crítico-apologética*, su descoco y desembarazo y *sus bachillerías y silogismos*, quitan á este episodio el interés que pudiera darle el carácter y muerte del malogrado Grisóstomo, á quien no puede menos de mirarse como un majadero en morirse por una hembra tan ladina y habladora.» En otra parte agrega: «Todo este período, y aun los siguientes, son de un artificio tan exagerado, que parecen *parte de una composición retórica*, sumamente estudiada y relamida. ¿Qué cosa puede haber más impropia en boca de una pastora criada con el recato y encogimiento que se ponderó en el capítulo XII? Lo mismo digo de la metáfora de que usó poco antes Marcela... *No parece sino que habla un orador ó un poeta*. Y aún dice luego: «*Esta clase de discreción escolástica* sienta muy mal á una doncellita. Marcela más bien parece una mujer de mundo, *docta en materias de amor y en la metafísica de las pasiones*, que una jóven tímida, candorosa y sensible...» Tenía razón el

Sr. Clemencín; porque Marcela es una imágen de la Sabiduría ó la Fama. Varias veces agrupa Cervantes aquel nombre propio y este sustantivo, como cuando dice «...todo en perjuício del buen crédito y buena fama de Marcela,» ó «con esto queda en su punto la verdad que la Fama pregona de la bondad de Marcela.» En otra ocasión esta figura dice que vuelve por sí misma: esto es, la Fama vuelve por su fama; pero estos indicios nada valdrían si todas las circunstancias no correspondieran á la significación ideal del personaje, y convienen tanto á la Fama como son impertinentes tratándose de una pastora. Al presentarse encumbrada en la peña parece á todos *una maravillosa visión*. Allí está, en lo hondo, caído y muerto á sus piés, el hombre que persiguió la vanagloria. El cuadro es hermosísimo: no hay más que reconstruir la escena tal como debió imaginársela Cervantes. Ambrosio supone que Marcela viene á ufanarse de sus hazañas como otro Nerón en el incendio de Roma, y esto hace pensar en aquel tirano que, hahabiéndolo sacrificado todo á la vanagloria, exclamó al morir: «¡Qué gran artista pierde el mundo!»

Marcela es una entidad abstracta, libre de necesidades y pasiones, rígida en sus discursos é inmaterial como una idea. No tiene relación activa con lo humano; sólo se comunica con la Naturaleza. «Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos; los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos; con

los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura.» La verdadera sabiduría nace de la contemplación de las cosas naturales. No seguía este camino Grisóstomo: buscaba la Fama para engalanar exclusivamente su persona con los emblemas del triunfo, y cayó sin poseerla, porque la sabiduría quiere que *toda la tierra goce el fruto de su recogimiento y los despojos de su hermosura*. Sirva esto de lección á los demás hombres; ó, como dice Marcela: «Este general desengaño sirva á cada uno DE LOS QUE ME SOLICITAN EN SU PARTICULAR PROVECHO; y entiéndase *de aquí adelante* que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado...» *Ella tiene riquezas propias y no codicia las agenas:* «tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á éste ni solicito aquél, ni burlo con uno ni me entretengo con el otro.» Sus últimas palabras manifiestan que la Sabiduría, acompañada de todas las ciencias, se dedica á cuidar de los hombres emancipados, estudiando el mundo terreno, y alguna vez se remonta á las regiones ideales: «La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es *á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.*» Al decir esto, la maravillosa visión se interna en lo más cerrado de un monte, imágen del Olimpo, dejando á todos suspensos y admirados. Algunos quieren seguirla, movidos, como Grisós-

tomo, á impulsos de su particular provecho; mas se opone el héroe, porque es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, *sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo.*

Lo cual quiere decir que, en vez de importunarla, hay que merecerla. También Cervantes pretendía ir en pos de la Fama, con más generosos alientos que Grisóstomo; pero no se ajustó la realidad á su deseo, según se verá en el capitulo siguiente.



CAPITULO XV

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA
QUE SE TOPÓ DON QUIJOTE
EN TOPAR CON UNOS DESALMADOS YANGÜESES

Para ir en seguimiento de su fama, hubiera tenido Cervantes que renunciar á escribir esta epopeya, igualándose á Grisóstomo en lo de querer el galardón en su provecho exclusivo. Don Quijote sigue á la Sabiduría por los laberintos donde ella tiene su morada, y no hallándola, descansa en una pradera en la cual todo convida á los placeres sensuales. Quien verdaderamente busque á la Fama, no debe entregarse al reposo, y menos á la molicie. Los antiguos se imaginaron la inmortalidad como un sér augusto, que vivía en la cumbre de un altísimo y empinado monte. En sus ásperas laderas no había prados para el descanso y sesteo, y la ascensión se verificaba con extraordinaria fatiga. Así se alcanza la inmortalidad, y no engolfándose en las delicias de Cápua; abandonar Cervantes su obra de redención hubiera sido perseguir la vanagloria, entregarse á la sensualidad, traicionar al pueblo y hacer causa común con los tiranos. Todo esto se da por sucedido en el capítulo XV, para ejemplo

de los héroes que no saben sostenerse en la eminencia del ideal. La primera falta de Don Quijote está en seguir á Marcela, cuando él había prohibido esto mismo á los otros amadores; la segunda, de la sensualidad, bien se vé en el pasaje del sesteo, donde el héroe y Sancho, olvidándose de la Fama, comen y reposan al par de sus cabalgaduras; además, Rocinante quiere folgar con las *hacas galicianas* de los yangüeses, las cuales le dejan *sin silla y en pelota:* aquí la naturaleza carnal queda sin el asiento donde se afirma el espíritu heróico. Por otra parte, Don Quijote cae á los piés de su vencido caballo: todo simula una claudicación. En esta vía de la sensualidad nada liga al héroe con el pueblo (Rocinante no lleva las trabas de Sancho); y de aquí viene el querer ayuntarse con los enemigos del ideal. Los yangüeses tienen por costumbre hacer lo que hace Don Quijote por excepción; entregarse á la molicie: «... andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios *de yerba y agua.*» Estos enemigos, según Don Quijote, no son caballeros, sino «gente soez y de baja realea,» y el diablo, «que pocas veces duerme,» ordena la aventura.

Al olvidarse del pueblo su caudillo, en el pecado lleva la penitencia; pues los mismos á quienes sirve con su traición, le niegan el premio, impidiéndole satisfacer sus sensuales goces, como las hacas á Rocinante:

**«que el traidor no es menester
siendo la traición pasada.»**

En definitiva, la conducta de Don Quijote redunda en perjuício de ambos, el pueblo y el héroe, sin que el segundo tenga el consuelo de haber caído peleando por una noble causa. Según se ha dicho, Don Quijote queda á los piés de su caballo, que representa la animalidad; y así no dispone del bálsamo sublime, reservado á las almas heróicas; pero *él se tiene la culpa* por acometer empresas dignas sólo de la bajeza del vulgo

Después de combatir Saavedra el Romanticismo, satiriza al feudalismo para entrar en el siglo XVI (capítulo XVI) sin dejar ningún enemigo á sus espaldas. La actitud de Don Quijote es muy propia de los caballeros feudales. Nadie ha peleado tan sin ideal como los revoltosos magnates de aquella época turbulenta: iban contra el rey y estrujaban al pueblo; nada les importaba la patria, nada la libertad y la justicia, sólo buscaban la satisfacción de sus ambiciones. Don Quijote en esta aventura no invoca á Dios ni á su dama, y aun da á entender que no está enamorado[1]. Lejos de defender, como otras veces, al pueblo, quiere que éste le defienda, y recurre á mil argucias y sofismas para que Sancho se sacrifique por él dejándole su bestezuela. Por otra parte, bien claro está que Cer-

---

1 Sancho le invita á dormir á cielo descubierto, poniéndole el ejemplo de otros caballeros andantes, y él contesta: «eso es cuando no pueden más *ó cuando están enamorados*;» con lo cual se excluye de la cuenta.

vantes se burla de las ridículas leyes del duelo, pues llega á pintarnos el caso graciosísimo de uno que, á raíz de la paliza, se entretiene en discutir la naturaleza de los palos recibidos. Aquí, como en la aventura de los mercaderes, está invertida la realidad: Don Quijote hace el oficio de sus contrarios, con lo cual la injusticia es más patente y la sátira más aguda.

Es indudable que el personaje principal no obra, como otras veces, en consonancia con los principios ideales, pues él mismo dice: «creo que *en pena de haber pasado las leyes de la Caballería*, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo.» Podrá, por tanto, objetarse que está mal sostenido el carácter del héroe; mas, aunque así fuese, tendría disculpa Cervantes: no es empresa baladí hacer dos libros en uno, con todas las circunstancias que en este concurren. Además, si el discurso y la acción de Don Quijote manifestasen á la continua la tendencia redentora de este libro, se vería claramente el pensamiento del autor, no habría simbolismo alguno. Y en caso, flaquearía el carácter de Don Quijote, mas no el de *El Quijote:* porque compenetrándose la acción y el diálogo, forman una lección conjunta, presentan un ejemplo de los extravíos históricos que deben evitarse en lo sucesivo. Pero aun el carácter del héroe no está falseado, porque Don Quijote es siempre una representación de la humanidad militante, y en este capítulo retrata una fase, una época, la del feudalismo, con las imperfecciones que afeaban al espíritu heróico en

aquel tiempo; y por esto precisamente es humano Don Quijote, y refleja y sostiene el carácter de la entidad colectiva que representa.

A los señores feudales, como hemos indicado, no les guiaba ningún ideal sublime; pero inconscientemente, y por ley de la naturaleza, encarnaban el sentimiento de libertad contra el despotismo de los reyes: alzábase en ellos la independencia individual, frente á le absorción del Estado; pero tenían el egoismo por bandera. Con sólo mirar al pueblo, el feudalismo hubiera merecido bien de la humanidad y un alto y brillante puesto en la historia. Esto es lo que enseña Cervantes al pueblo, valiéndose de la actitud de Don Quijote y de los comentarios que siguen á la derrota. Así el héroe, aunque aparentemente claudique, siempre es el Mecenas de Sancho, el ejemplo que debe seguir el pueblo, el mantenedor del ideal.

La desgracia de Sancho es inmerecida: tomó parte en las revueltas del feudalismo por defender á sus señores, como siervo que era; pero él dice: «Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar: así que séale á vuestra merced también aviso, *pues no puede ser mandato*, que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta, ora baja, rico ó pobre, hidalgo ó

pechero, sin eceptar estado ó condición alguna...» Sancho no sufre detrimento en su condición social, ó en su asno: siervo era y siervo se queda. Esto justifica la aversión que tiene á luchar, porque, en efecto, nada gana con exponer constantemente la vida en aras de sus señores; pero Saavedra la combate como hija de un excepticismo que tiende á retardar el triunfo del pueblo y á impedir su consolidación: «Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo, para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometidas, *¿qué sería de tí* si ganándola yo te hiciese señor della? Pues lo vendrías á imposibilitar, *por no ser caballero* ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío.»

¿Quién no ve en estos paternales consejos tan meditados, en ese interés tan cariñoso, un discurso interior, más ajustado á las vicisitudes de los pueblos, que á los fantásticos deseos de un loco? Ya prevía Cervantes las alteraciones anejas á un cambio de régimen, al advenimiento del ideal: «Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte de su nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para

ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.» Estos son los comentarios que dan caractéres de ejemplaridad á la prevaricación de Don Quijote.

Quisiera Sancho tener aquel conocimiento, no en los días de su fortuna, sino en los de su desgracia, para salir de ella; pero estaba el pueblo, en la época á que el autor nos remite, más para curarse que para aprender: «más para bizmas que para pláticas.» Y de todo tenía la culpa la condición de los caballeros, la sensualidad, el afán de vanagloria, la falta de ideas puras y elevadas. Acerca de esto dice Sancho: «Jamás tal creí de Rocinante, *que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo*. En fin: bien dicen que es menester mucho tiempo *para venir á conocer las personas*.» Asómbrase de que los héroes vivan sujetos á las necesidades y flaquezas de la carne, y de que esto influya en la vida de los pueblos. A la vez, con las frases copiadas, vuélvese á equiparar las cabalgaduras con las personas. Más entrado el capítulo insiste Sancho: «No hay que maravillarse deso (dice refiriéndose á la desgracia del rocín) *siendo él también caballería andante.*»

Por el sentimiento que Don Quijote hace de su derrota, puede medirse el que hubiera causado á Cervantes su propia deserción. Dice aquél: «Y si no fuese porque imagino ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.» También nace este dolor de las inconsecuencias y caí-

das del heroismo en la historia, porque luego hace una disertación sobre las alternativas que han sufrido los hombres eminentes, al través de la cual asoman la resignación y la esperanza. A las quejas y excepticismo de Sancho, responde poniendo la otra vida como término de nuestros dolores: « Con todo esto te hago saber... que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma. » Y aun en nuestro mundo « siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas. »

Abismados en estas excursiones históricas, el pueblo y su caudillo *entran en el camino real*, y dan vista al siglo XVI, que según el luchador, era una fortaleza, y una *venta* en opinión del pueblo [1].

---

1 Sancho en esta ocasión va delante de su caudillo. Delicadísimo matiz es el de poner al pueblo como guía del idealista en el camino de la realídad.



CAPITULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA QUE ÉL IMAGINABA SER CASTILLO

El héroe y el pueblo entran en el siglo derrotados, por haber caído de una peña, símbolo de la Santa Sede [1]. Al olvidarse del pueblo y el ideal, los siglos anteriores sirvieron, como ya dijimos, á los déspotas: el Pontificado se engrandeció á costa de los hombres, y convirtióse en un derrumbadero, donde todo perecía: porque al decir de Sancho, «*la peña tenía muchos picos y tropezones, y cada pico había hecho su cardenal.*» Culpa fué, en primer término, de los soñadores; mas el pueblo sufrió también las consecuencias: «*Ahí está el toque*, señora, respondió Sancho Panza; que yo *sin soñar nada*, sino estando más despierto que ahora estoy, *me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.*» El pueblo no había caído, porque estaba ya en lo hondo, moral y socialmente.

Esta era la situación del mundo católico en el siglo XVI. El pueblo y sus héroes yacían tendidos y

---

1 Moralmente, también Grisóstomo habia caído de una peña abajo, porque en ella vió á la causante de su perdición, y quiso ser enterrado. Con esto resulta más identificada su suerte y la de Don Quijote.

maltrechos al pie de la roca donde dicen que Cristo fundó su Iglesia.

No era Cervantes hombre capaz de contemplar como absorto y pasivo espectador los grandes movimientos sociales de su tiempo. Quien estando cautivo y desarmado llegó á causar recelos á un poderoso rey moro con sus vastísimos proyectos de libertad, ¿podía malgastar su ingenio en describir ridículos personajes ó grotescas escaramuzas, en presencia de sucesos tan transcendentales como los del siglo XVI, cuando no había libertad abajo, ni justicia en las alturas, ni sustento en los hogares, ni paz en las almas? ¿Es el genio un bufón, acaso, para entretenerse en excitar la risa de las muchedumbres? Todos los destellos de moral y de filosofía que abrillantan la superficie de *El Quijote*, nacen de la luz interior que estamos descubriendo ahora. La tarea del genio es profunda y substancial. Cervantes aprovechó la tramoya de una obra de imaginación para desarrollar en grandiosas escenas el drama del mundo. Tan ingeniosa es la fábula y tan bien trazados están los caractéres, que es casi imposible descubrir un plan oculto. Esto nos recuerda un famoso valle de Aragón, fecundado por un río y lleno de peñascos y plantas variadísimas. Al contemplarlo el viajero cree que nada se puede añadir á tan perfecto cuadro de hermosura... Y no obstante, bajo aquellos anchos tapices bordados de flores, bajo las rocas y el hondo lecho del río hay una gruta colosal, cuyas bellezas sobrepujan á las del valle que tantos primores

encubre. Sustituyendo la palabra capítulo con la de siglo, empieza á verse la cripta literaria del estudio presente.

Parécele el siglo al pueblo una venta, y al héroe un castillo: uno considera que allí los pueblos hacen el papel de mercancías, cambiadas por los próceres y los reyes; otro ve la tragedia y el combate. El ventero es el rey, que está casado con la Majestad [1]. Hija de este matrimonio es la religión cristiana, que vive como menor en poder del Estado. En Maritornes vemos á la Iglesia católica delineada con perfiles durísimos: «Servía en la venta una moza *asturiana*, ancha de cara, llana de cogote, de *nariz roma*, del un ojo tuerta y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía sino *siete palmos* de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, *la hacían mirar al suelo* más de lo que ella quisiera...» Las palabras *roma*, *gentil*, determinan la naturaleza y carácter del personaje representado. No es centro espiritual de una religión sin mancha la Roma de los pontífices, sino depósito de todos los vicios y errores que deshonraron á la gentilidad. Por esto *mira al suelo,* y no al cielo. El número siete, de los palmos que alcanza su estatura, es simbólico y caracteriza también á la Iglesia. Dícese que es asturiana, porque el catolicismo tiene origen propiamente español en los riscos de Asturias, donde

1 Los reyes no se casan con nadie más que con la realeza.

comienza, con la Reconquista, nuestra nacionalidad. Maritornes presumía de hidalga, y no tenía por afrentoso estar en la venta á merced de los arrieros, «porque, decía ella, que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado...» Puede notarse la exactitud de este simil echando una mirada desde Pelayo hasta Borgia: con el primero se alza el Cristianismo en alas de la sublime libertad; con el segundo se prostituye la Iglesia de la manera más escandalosa. Entonces, como algunos corrompidos vástagos de la aristocracia, no conserva ninguna de las virtudes que antes la honraban, y sí la presunción de su hidalguía. Por esto no la da Cervantes el nombre de la Virgen (que ha venido á ser símbolo de la castidad): llámala *Maritornes*, componiendo él mismo exprofeso este vocablo; y quiere decir *María te vuelvas*, pues necesitada estás de purificación.

Completa la lista de personajes un arriero, tipo del Pontificado, que vive en nefandas relaciones con la Iglesia. Tiene este arriero *doce* mulos lucios, gordos y *famosos;* número idéntico al de los Apóstoles. Al representarlos Cervantes en esta forma de animales infecundos, satiriza á los encumbrados príncipes de la Iglesia, no á los pescadores que siguieron á Cristo, según los Evangelios. Descansa este arriero sobre las enjalmas y el adorno de sus *dos* mejores mulos: quiere decirse que el Pontificado se apoya principalmente en las tradiciones de Pedro y Pablo, basa del Catolicismo. En cambio, el lecho del héroe, ó como dice Saave-

dra, «*el duro, estrecho, apocado y fementido* lecho de Don Quijote,» dispuesto por la religión católica, parece un ataud. Las sábanas son *de cuero de adarga*, cama bélica, propia del caballero andante, para quien *sus arreos son las armas, su descanso el pelear*. Claro es que la majestad ha de mostrarse compasiva con el guerrero, y así, acude prontamente á curar las heridas de Don Quijote; pero no comprende el lenguaje del idealista; ni tampoco la Iglesia. «¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.» «*¿Tan nueva sois en el mundo*, que no lo sabéis vos, respondió Sancho Panza? Pues sabed, *hermana mía*, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá *dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.*» Esta es la conquista de lo positivo, anhelada por el vulgo: el héroe, más que por la majestad ó la soberanía, suspira por el conjunto de principios ideales. Todo lo pospone á su Dulcinea.

El caballero cree ver en la sombra de su siglo á la religión cristiana, cuando está en presencia de la prostituta Roma: esta misma alucinación han sufrido muchos grandes hombres, y aun la humanidad entera. Los atractivos que Don Quijote admira en esta baja entidad, no son los que ella tiene, sino los que debiera tener. «Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera ti-

raban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna *olía á ensalada fiambre y trasnochada*, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que él había leído en sus libros...» Esto es: con toda la hermosura que atribuyen á la Iglesia sus sacerdotes y creyentes. Algunos de corazón sencillo, otros de conciencia honrada, han querido restituir á la religión su pureza, ya prestándola el lustre de sus virtudes personales, ya trazándola nuevo y luminoso camino; pero la Iglesia se ha opuesto cruelmente, golpeando á los reformadores: aun los eclesiásticos menos sospechosos de heregía fueron víctimas de esta sañuda madrastra, como sucedió á Juan de Avila, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León y otros varones insignes. El Pontificado no consiente las relaciones de la Iglesia y el ideal: y así, «pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo.» Imaginó el poder real que el estruendo procedía de la Iglesia, mezclada en todos los escándalos sociales por aquel tiempo, y acudió presuroso á remediar el daño. Gravísimas son las inculcaciones que la dirige: severo está el autor con la impura que revolvió al mundo:

«¿A dónde estás, p...? *A buen seguro que son tus cosas estas*,» dice; pero no se merece menos quien ha vendido hasta las cosas del otro mundo, teniéndonos en perdurable guerra y destruyendo la universal esperanza. Recuérdense las tarifas, los escándalos, las ponzoñas de esta gran Mesalina; su fe mentirosa, sus mundanales tratos, el lujo y la disolución de sus príncipes. Recuérdense cuántas luchas intestinas ha engendrado la ambición de poseer la tiara. Recuérdese la innoble rivalidad de pontífices simultáneos, sus recíprocas excomuniones, los cismas, la sed de oro, el infame comercio de la Ciudad Eterna, fustigado por Bocaccio y maldecido por Lntero, que, escandalizando á toda la cristiandad, dió origen á la Reforma, é hizo decir á una santa que Roma era *el baratillo del infierno*. Sí; ha revuelto al mundo. La que debía ser ángel de paz por su doctrina, ha sido demonio de la guerra; en vez del Cristo ha sido el Anticristo, como algunas sectas le llamaron; en vez de ser un alivio y un bálsamo para las almas ha sido una carga inmensa para todos, hasta para los reyes, que muchas veces (y en época del autor) resistieron sus imposiciones. Esta inquina se manifiesta en la actitud amenazadora del poder real. La Iglesia, huyendo de su perseguidor, acógese al pueblo, y éste despierta creyendo que tiene una pesadilla. Entonces rebélase contra la que oprime su corazón y acongoja su alma; con lo cual la lucha (reflejo de las sociales y religiosas que han trastornado la historia) comprende á todos los personajes: re-

vueltos en espantosa confusión, dándose á bulto (pues la luz se apaga y el siglo queda abismado en tinieblas), riñen y se destrozan el poder civil, el Pontificado, la Iglesia y el pueblo, mientras el tipo del honor y la virtud yace ensangrentado en su lecho de agonía. Como autoridad suprema de aquel tiempo, aparece la terrible Inquisición invocando sus títulos soberanos de justicia, y *áse por las barbas* al heroismo agonizante, mientras huyen los poderosos verdugos. Todo esto acontece en la sombra. Para hallar luz el cuadrillero tiene que ir á la chimenea, donde la luz es de áscuas y llamas. Este es el toque magistral del capítulo: en el siglo XVI no había más luz que la espantosa de las hogueras: la Inquisición reinaba sobre el cadalso.



CAPÍTULO XVII

DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA, QUE POR SU MAL DON QUIJOTE PENSÓ QUE ERA CASTILLO

Despréndese del capítulo anterior que Cervantes veía grandes hermosuras en la religión cristiana áun al través de la grosera urdimbre de Roma. También se advierte un cierto deseo de restaurar los nobles principios morales que dicha religión tiene mezclados con mil impurezas. Pero Cervantes amaba al ideal absoluto, y no podía enamorarse del cristiano: esta religión es, según Don Quijote, «la más apuesta y fermosa doncella que *en gran parte de la tierra se puede hallar*;» y Dulcinea del Toboso no tiene rival en el mundo. Además, el Pontificado, como se ha visto, no consentía la reforma. Todo esto se confirma y aclara en los comienzos del capítulo XVII.

Cervantes aprovecha, para indicar el significado de su poema, todas las ocasiones y resquicios, principalmente los diálogos que tienen Don Quijote y Sancho á raíz de las aventuras. Quiere que no se descubra la verdad del libro hasta después de su muerte, y desea

que ésta llegue pronto, *porque es enemigo de guardar mucho las cosas y no querría que se le pudriesen de guardadas.*

En las aclaraciones á que antes nos referimos consigna que el siglo está encantado: esto es, tiranizado y con la vida en suspenso; encarece las perfecciones de la religión cristiana, con la cual declara haber tenido dulcísimos y amorosísimos coloquios, que interrumpe la fuerza brutal del poder eclesiástico; y concluye diciendo: «por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura de esta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.» Con esto declara la imposibilidad de purificar la religión cristiana, hermosísima doncella transformada en Maritornes, y dominada por el Pontificado. «Ni para mí tampoco, respondió Sancho:» ni para la inteligencia ni para el número estaba guardada tan difícil empresa en la nación española, donde la Reforma (que entónces agitaba al mundo) halló cerradas todas las puertas.

Cervantes califica al Pontificado de arriero y de moro, de traficante y de infiel. Moros eran para el autor los cristianos de su tiempo (y esto se probará más largamente en la historia del cautivo): bien pudo juzgar á unos y otros quien estuvo en España y en Argel sufriendo la tiranía del fanatismo católico y musulmán. Aunque amarga, esta experiencia proporcionábale el goce que llevan consigo las especulaciones religiosas: «Aún vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha

dicho...» Tras la impura Maritornes veía la esencia cristiana, y en la tristísima realidad una dulce y consoladora promesa: pero el pueblo no era *caballero andante ni pensaba serlo*, y así le cabía «la mayor parte de todas las maladanzas.» Más de cuatrocientos moros habían aporreado á Sancho; todos los diablos habían andado con él aquella noche.

Propónese el héroe curar sus heridas con el bálsamo cristiano, y se interpone la Inquisición, representada en el cuadrillero.

Lleva este personaje un candil encendido, símbolo de la escasa luz que esparce la Iglesia católica. A las primeras palabras, «alzando el candil *con todo su aceite*, dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado.» Más adelante se rectifica lo de la descalabradura, diciendo que el agresor no había hecho más que levantarle «dos chichones algo crecidos,» cuyo significado podrá ver el discreto entendimiento de los lectores. Así, en el silencio y obscuridad de la noche, practicaba el Santo Oficio su religión con la más espantosa violencia.

Como el Pontificado y el Santo Oficio son variaciones de una misma idea, aparecen aquí el arriero y el cuadrillero confundidos en un solo moro encantado: «Sin duda, señor, dice Sancho Panza, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.» Esto es: la Inquisición guardaba para los sacerdotes las riquezas, y para la humanidad los

golpes y las heridas, como testimonian fidedignamente de una parte las confiscaciones, y de otra el terrible número de personas martirizadas y asesinadas por aquel nunca bastante odiado Tribunal. Y no había medio de resistirle: « no hay que hacer caso de estas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo contra ellas; que *como son invisibles y fantásticas*, no hallaremos de quien vengarnos, aunque más lo procuremos. » Esto último acentúa el carácter encubierto y misterioso de la Inquisición. Felipe II dió un decreto, por el cual se cedía á los delatores la cuarta parte de la hacienda confiscada: teniendo esto en cuenta, se concibe de cuán obscuros é ignorados orígenes lloverían golpes sobre las víctimas del Santo Oficio: verdaderamente era aquéllo estar á merced de séres misteriosos y fantásticos. La fe, que debe ser espontánea y sencilla; los dulces sentimientos religiosos, que nacen del fondo mismo del alma, se imponían en el siglo de Cervantes violentamente con el cepo, el borceguí y todo género de torturas, al són monótono del rezo embrutecedor. El bálsamo de Fierabrás que toman Don Quijote y Sancho, es un símbolo de la fe impuesta; es el bálsamo cristiano tal como se administraba en aquellos tiempos. El poder real, avisado por la Inquisición (que conforme á su oficio de espía está acechando al héroe) da los simples, y el bálsamo se hace en una alcuza, *por no haber redoma en toda la venta*. Don Quijote lo sazona « con más de ochenta paternostes y otras tantas avemarías, salves

y credos, » acompañando á cada palabra una cruz á modo de bendición; con lo cual el bálsamo se convierte en brevaje, como la regeneradora esencia cristiana en veneno católico. Ni el pueblo ni el héroe pueden resistir la infame pócima; el segundo, gracias á su delicado entendimiento, devuélvela inmediatamente, y queda limpio de los errores católicos, y sana, gracias á las virtudes intrínsecas del cristianismo que él sabe apreciar; pero no consigue esto sin ansias y congojas. En cambio, el conjunto de cosas materiales, y las prolijas ceremonias de que ha rodeado la Iglesia al cristianismo, causan en el pueblo efectos desastrosos: « Concedióselo Don Quijote, y él, tomándola á dos manos, con *buena fe* y mejor talante *se la echó á pechos* y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo; y así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora.» En otro lugar se dice: «sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida.» El héroe siéntese más aliviado y sano. Esta diversidad de efectos se debe á que Cervantes (y con él los pensadores en general) bebe el bálsamo, ó estudia la religión católica para hacer la experiencia de su virtud, y el vulgo, sin discernimiento para separar los principios morales de los errores asesinos, la admite de *buena fe*, ó más ex-

plícitamente, con fe ciega. El sabio hasta del mal saca provecho: al conocer los engaños de la falsa religión, se afirma en sus propósitos redentores; el vulgo, por el contrario, queda peor que antes.

Habiendo estudiado el héroe los problemas sociales de su tiempo, dispónese á combatir en la esfera ideológica á las instituciones enemigas del gobierno democrático y de la felicidad humana. Al entrar en la realidad de su siglo, guía el pueblo al héroe; y, por el contrario, cuando tratan de volver al mundo de las ideas abstractas, Don Quijote mismo ensilla á Rocinante y enalbarda *el jumento de su escudero*, á quien también ayuda á vestir y á subir en el asno. De este modo la condición social de ambos personajes, que ha estado como anulada en poder del amo de la venta, torna á ser la condición propia del caballero andante y del pueblo que secunda sus hazañas.

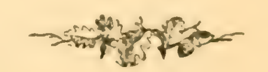
Al despedirse el héroe de su siglo y de la sociedad contemporánea, siéntese atraído por el sentimiento cristiano: «mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos de ella, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas...»

Aproximábase á la tumba el insigne reformador y sentía dejar al ideal más puro de su época en el mismo envilecimiento en que antes se hallaba, obscurecido por los errores y á merced de los tiranos. Nada podía hacer en favor de la hermosa doncella. No obstante, aún ofrece su ayuda al poder real contra la soberbia,

la injusticia y la traición, porque su oficio «no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías.» El poder real desprecia esta ayuda redentora: sólo quiere los intereses materiales: la sociedad regida monárquicamente no es un castillo, es una venta, donde se comercia con el oro, la sangre y la vida de los pueblos. El héroe sale de allí sin pagar la costa y diciendo al poder real que es un mal gobernante: nada pueden contra la idea incoercible los déspotas, sus esbirros, sus cárceles, sus soldados y sus verdugos: el genio rompe todas las ligaduras y contrasta todas las violencias con el poderoso talismán de su espíritu; y después de redimir á los hombres, quebrantando el yugo de la tiranía, torna libre á la patria inmortal donde renacen las almas. Pero el pueblo, que no tiene esta falcultad de evadirse, sufre en su cuerpo y en su hacienda los rigores de la opresión. Desde la más remota antigüedad, reyes y sacerdotes le esprimen y mantean, levantándole cuando le necesitan, dejándole caer cuando ya no pueden expoliarle, teniéndole en agitación contínua entre *la tierra y el cielo*, entre lo temporal y lo espiritual, con tantos engaños y adulaciones, exacciones, leyes injustas, castigos, tormentos, guerras y condenación. Así, la historia es un manteamiento del pueblo. La fórmula donde están comprendidos los manteadores, tiene la misma disposición numérica que el triángulo de los pitagóricos: cuatro, tres, dos, uno: es como la plenitud del mal, presidida por Juan *Palomeque el Zurdo*, que

golpea á siniestras. No pudiendo Cervantes evitar ni remediar el martirio del pueblo, desahoga su corazón maldiciendo la tiranía. « Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, *que no es posible acertar á escribillos.* »

Claramente se ve que la monarquía y la Iglesia obran de consuno para matar al pueblo. Después de mantear á Sancho los opresores, estando en el mes rigorosísimo de Julio, arrópanle con un gabán, y Maritornes le lleva *un jarro de agua fría*, y se la lleva *del pozo por ser más fría.* Es decir, que los misterios y ceremonias de una Iglesia sin alma, tras el molimiento, las congojas y sudores que producen los tiranos del orden civil, son para el pueblo un jarro de agua fría, que le causa la muerte. « Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará, exclama el héroe, mostrando al pueblo el *santísimo bálsamo* de la redención; pero éste aún no se halla dispuesto á recibirlo, y prefiere el espíritu de la Iglesia. En efecto, algún consuelo y virtudes ha comunicado Roma á los hombres; porque en medio de su corrupción, como Cervantes dice, tiene *unas* SOMBRAS *y* LEJOS *de cristiana.*



CAPITULO XVIII

DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES
QUE PASÓ SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE,
CON OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS

Este capítulo y los que siguen hasta que comienzan las aventuras de Sierra Morena, pueden considerarse como de crítica histórica. Hemos visto una síntesis del siglo XVI, en que vivió el autor del *Quijote:* el pueblo hundido, la monarquía y la Iglesia en las altas cumbres, y en lucha espantosa todos los elementos sociales. Aquí se condena la guerra universal, la guerra bruta, que invade toda la historia, desde la primera hasta la última página, cubriéndolas de humo y salpicándolas de sangre. Al tocar este punto desea Cervantes poseer la *Ardiente espada*, esgrimir la pluma de tal suerte, que no se le resista ninguna armadura *por fuerte y encantada que sea:* quiere vencer á todos los guerreros, pulverizar todas las armas, para que florezca la paz en el mundo.

Indica que la guerra sólo aprovecha á los magnates: «Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados

caballeros, como el bálsamo; y á los escuderos, que se los papen duelos.» Más conocimiento de la ley progresiva tiene el héroe y más fe en la Providencia. «No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote; que mejor lo hará el cielo contigo.» Pero esto se refiere á lo porvenir: es manifestar esperanza de mejores días. En opinión de Cervantes, los pueblos van á la guerra conducidos por sus tiranos, como las reses á la matanza llevadas por sus pastores. ¿Qué podremos decir de un simil tan natural y tan oportuno? Al vulgo mismo se le ha ocurrido mil veces: tal es la verdad que encierra. Están los artesanos en sus ciudades, los labriegos en sus aldeas y los pastores en sus montañas, dedicados al cultivo de sus industrias con independencia relativa, y á una señal de sacerdotes y reyes suspenden todas las labores y se juntan en grandes multitudes inconscientes, para dejar su carne y su sangre en provecho de los terribles conquistadores, de Alejandro, de Cesar, de Carlomagno ó Carlos V. Empujados por una fuerza extraña, y siguiendo una bandera desconocida, sacrifícanse por una idea que no comprenden ó por intereses ajenos: ora es un trono que se derrumba, ora un pacto de familia, ya una venganza real, ya una conquista de territorio inútil para el pueblo, ya el exterminio de otras muchedumbres igualmente infelices y esclavas, que no piensan como sus tiranos. Estos son los que recogen el botín, los que se ciñen la corona del triunfo, y á Sancho se lo papan duelos.

En la enumeración de las huestes comprende Cer-

vantes á todos los ejércitos de la historia, modernos y antiguos; pero contrae á su tiempo la acción, mencionando á las grandes potencias, y agrupándolas de modo que hace recordar el combate naval de Lepanto, donde el ínclito autor de *Don Quijote* peleó heróicamente.

Allí, como es notorio, quedó manco, á pesar de lo cual no ascendió en la milicia ni obtuvo otra recompensa. Bien pudo entónces reflexionar sobre la ingratitud de los reyes, y comparar los ejércitos con rebaños de ovejas. También él fué sacrificado por la rapacidad de los pastores.

La importancia de esta aventura se da á entender diciendo: «Este es el día ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras *que queden escritas en el libro de la Fama por todos los venideros siglos.*»

Divide á los luchadores en dos ejércitos: uno que representa lo pasado; guíale el grande emperador Alifanfarón, bajo cuya bandera se agrupan los pueblos antiguos. «Este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númidas dudosos en sus promesas; los

persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, *aunque de los nombres no me acuerdo* [1]. » Estos pueblos, que condensan las supersticiones asiáticas, griegas y africanas, van guiados por el fanatismo oriental [2]. Con ellos forma también Turquía, á la derecha mano, ó sea al Este de los mapas, hacia Oriente. « El otro de los miembros giganteos, que está *á su derecha mano*, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. » Harto expresivo es el nombre Brandabarbarán [3], que recuerda la gritería de los Sarracenos en los combates; á mayor abundamiento el personaje es señor de las tres Arabias, y tiene por escudo una puerta (la Sublime Puerta); á lo cual añade un perfil la emblemática serpiente. También se dice que es pagano. Con esta mezcla, Brandabarbarán presenta los mismos caractéres que las tropas antes enumeradas. El fanatismo de este ejército pre-

---

1 ¡ Qué salvedad tan oportuna, hablando de historia antigua!

2 Llamase Alí (Alí *Fanfarron*), como el sectario más adicto de Mahoma, y es señor de la grande isla Trapobana (ó trapo vana); lo cual conviene con el dictado de Fanfarrón, y declara que su imperio es el de la vanidad. Alí se llamó tambien el general de las fuerzas turcas que combatieron en Lepanto.

3 Brando, espada; barbarán, de barbaro, la barbarie de la espada.

tende apoderarse de la civilización occidental, que, según Saavedra, «es una muy famosa y además agraciada señora, y es cristiana.» A esto se opone (como en la realidad se opuso) el padre de la civilización, el genio moderno, representado en Pentapolín, ó sean las cinco grandes potencias cristianas: España, Francia, Italia, Alemania é Inglaterra, cuyo dominio ambicionaba Turquía en tiempo de Cervantes. El combate de Lepanto, resolviendo en favor nuestro la contienda, preservó á Occidente del gran retroceso histórico que hubiera ocasionado la invasión oriental.

Sabidísimo es que el ejército cristiano se componía de tropas españolas, italianas y pontificias: así, bajo las banderas de Pentapolín, milita España, «el siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la *Nueva Vizcaya*, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe.» Llámase Timonel, porque España llevaba entónces el timón de la política europea; además es señor de la *Nueva Vizcaya*. Los cuarteles, que por la distribución de las armas deben ser cuatro, corresponden á los del escudo nacional; el gato de oro en campo *leonado* es el león español en campo de valientes; y el mote *Miu* refiérese á la ambición de todos los dominadores, particularmente de España, metida por entónces en

grandes aventuras de conquista. Aludiendo á la de Portugal, dícese que la dama del pueblo español es la sin par *Miulina, hija del duque Alfeñiquén de Algarbe:* Cervantes vió la escasa resistencia que Portugal opuso á nuestras tropas, y de ahí el gráfico nombre del jefe lusitano.

El ejército pontificio, y por extensión el de los otros Estados de Italia, está representado en un caballero novel, « que *carga y oprime* los lomos de una poderosa alfana, y lleva las armas blancas como la nieve, y el escudo blanco y sin empresa alguna: » tipo de aquellos Pontífices afrancesados del siglo XVI, al cual llama Cervantes *Pierres Papín*, ó Papa mezquino, sucesor degenerado del apóstol Pedro. Las armas blancas son las doctrinas de paz, recogidas en el Calvario y puestas al servicio de la espada. Es señor de las baronías de Utrique, porque manda en lo temporal y en lo espiritual, *en lo uno y en lo otro* (utroque). Con decir que es francés el personaje, se complica á Francia en la aventura de una manera indirecta, conforme con la actitud guardada por aquella católica nación en el glorioso hecho de armas mencionado: pues si no contribuyó á la victoria, la celebró como triunfo del cristianismo. Junto á estas figuras marcha Alemania, que á pesar de la heregía estaba en paz con nosotros, y en relaciones de amistad con la dinastía reinante, por parentesco: « el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella ligera y pintada cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia, Es-

partafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*»

De este modo pinta Cervantes al enmarañado país alemán, de cuyas selvas salieron los austeros germanos, tan semejantes á los lacedemonios. La indecisión é inestabilidad de sus límites, y el intrincado cruzamiento de sus linajes, tienen ciertamente semejanza con las esparragueras, de troncos y ramas confusos. Como origen y centro del protestantismo, Alemania queria ser imitada y seguida por las demás naciones, y lo iba consiguiendo: De aquí la divisa de Espartafilardo, *Rastrea mi suerte.*

Enfrente de este ejército, y á la par del turco, pone el autor á Inglaterra y los Países Bajos, que además de protestantes, eran enemigos nuestros. Inglaterra, ó mejor dicho la Gran Bretaña, lleva las emblemáticas rosas y las coronas de sus tres reinos, en campo azul, simbólico del mar que la rodea. Llámala Cervantes Micocolembo [1], como burlándose de su afán de poder marítimo, y dice que es gran duque de Quirocia [2], por alusión á su extraordinaria adquisividad. Los Países Bajos, más comerciantes que guerreros, tienen las armas jaldes ó de oro, y sus laureles son de cobre (laur calco); esto es, ostentan más riqueza que gloria militar. El personaje que los representa trae en su escudo un león coronado, rendido á los piés de una

1 Mico Colembo (Colombo, pronunciado á la inglesa) vale tanto como imitador de Colón.
2 Queiros ó xeiros es mano en griego.

doncella; y en efecto, el símbolo de los Países Bajos es un león, que estaba entónces á los piés de España. Sin duda ya veía Cervantes que para sujetar aquellos países necesitábamos los españoles *un puente de plata,* y así, se lo da por señorío á Laurcalco.

Aún hace una particular descripción de las huestes iberas, empapada en amor patriótico y llena de brillantísimos colores: «En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen su rostro con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.» Aquí ensancha los límites, y luego los borra completamente, diciendo: «¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que la pertenecían!» Ya se habrá notado que al hablar de los pueblos antiguos, dice: «y *otras infinitas naciones,* cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no

me acuerdo.» Es, pues, el conjunto universal de luchadores el que aquí se nos presenta, dividido en dos grandiosos ejércitos, compuesto uno de los pueblos antiguos y de los enemigos de España, por lo cual está *enfrente* de Don Quijote. El otro ejército representa al cristianismo, última razón filosófica y social del tiempo de Cervantes, y por esto sigue al ideal personificado en el héroe, y éste le ayuda, como Saavedra en Lepanto. «En eso harás lo que debes,» dice sobre esto mismo Don Quijote á Sancho Panza. No se arrepentía Cervantes de haber derramado su sangre en defensa de la patria y en pro del cristianismo: siempre tuvo á honra incomparable haber peleado en aquella alta ocasión; pero doliále que la tiranía monárquica y religiosa cogiera el fruto regado con sangre de los pueblos; lo cual ha sucedido en casi todas las guerras del mundo. Por esto son los soldados manadas de ovejas que van al sacrificio. Tan denigrante transformación se debe á los enemigos del ideal: «Como eso puede desaparecer y contrahacer *aquel ladrón del sabio mi enemigo*,» dice Don Quijote. Luégo, cuando los soldados vuelven á sus hogares, recobran su sér de hombres: «Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, *se vuelven en su sér primero, y* DEJANDO DE SER CARNEROS, SON HOMBRES, HECHOS Y DERECHOS, *como yo te los pinté primero.*» Esta profunda imágen vale por un tratado de filosofía de la guerra.

Para más ver que aquí se trata particularmente de Lepanto, nótese que Don Quijote, como Cervantes, sale herido en la mano y en el pecho, pues los pastores le machacan dos dedos y le sepultan en el cuerpo dos costillas, lo cual sucede cuando está bebiendo el bálsamo cristiano.

Las victorias ganadas á costa de puños y de sangre por los héroes; las victorias que consumían á los pueblos, solían atribuirse á la influencia milagrosa de algún santo, y así se fomentaba la superstición, prosperaba la Iglesia y se entronizaban los errores. El triunfo de Lepanto se debió, en concepto de la cristiandad, á la Virgen [1]. «¡Santa María!» exclama Sancho, cuando ve que su señor no puede resistir el brevaje religioso de aquellos tiempos: y ambos, pueblo y héroe, se cubren de hediondez. Entonces echan de menos su hacienda, usurpada por el despotismo, y ven que no tienen qué comer, ni con qué curarse: término fatal de toda guerra, cuyo cortejo forman el hambre, la peste, el estrago y la ruina. En tan mísera y angustiosa situación, vuelve Cervantes los ojos al cielo, esperando de Dios la paz y la felicidad de los hombres, porque «no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, sobre los injustos y justos.»

1 «La cristiandad reconoció entonces por un instante su unidad, santificándola con milagros, *atribuyendo la victoria á la Virgen*, cuyo rosario se rezaba en aquella época por los fieles, perpetuándose con una fiesta anual la memoria de aquel suceso y de aquella devoción.» César Cantú. *Historia Universal*, tomo V, ép. VI, cap. XII.

Así termina el estudio crítico de la guerra. Peleando en bien de sus mismos opresores, los pueblos se destrozan unos contra otros. Tal le aconteció al ínclito Cervantes: herido, manco, pobre y oscuro por haber luchado en favor de la tiranía, quedó inútil «como molino sin piedra [1]», impotente para labrar el bien de su patria, y tuvo que marchar al paso del pueblo, «*sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.*» Considerando que el pueblo es una víctima le llama «Sancho el bueno,» porque pelea, trabaja y llena con sus hazañas la historia, para que sobre el polvo de sus huesos confundidos florezca el laurel con que ornan su frente los tiranos.

---

1 Recuérdese que los molinos en el *Quijote*, significan el órgano donde se elaboran las ideas; por culpa de los dominadores, Cervantes no podia producirlas, ó á lo menos manifestarlas; habíanle dejado sin *muelas,* herido en la *quijada alta* al Quijote, como si dijéramos, al libro en todo su ser.



CAPITULO XIX

DE LAS DISCRETAS RAZONES
QUE SANCHO PASÓ CON SU AMO, Y DE LA AVENTURA
QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUERTO,
CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS

Todos los males históricos que van enumerados provienen de la alianza de los héroes y la monarquía. Esta amalgama predispone á la sensualidad y destierra de la conciencia pública los grandes principios que libertan y ennoblecen á los pueblos: «Paréceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced *contra la orden de su caballería*, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles *ni con la reina folgar*, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien [1].» Más adelante veremos que este almete es un símbolo del poder real. De modo que Cervantes jura

1 Demuestra el Sr. Clemencín que Don Quijote no había dejado incumplido el juramento; los héroes sí, para que se vea cómo Cervantes atendía más al fondo que á la superficie de su obra.

no folgar con la reina ó ayuntarse con la monarquía hasta después de haber arrebatado el poder á los reyes; lo cual viene á ser, penetrando en lo íntimo del pensamiento, que quiere la soberanía puramente nacional. Debemos advertir que Don Quijote, contra la afirmación de Sancho, no juró quitar el yelmo de Mambrino, sino vengarse del hijo de Vizcaya, representante de la monarquía absoluta: ambas cosas, como ahora se ve, tienen el mismo significado [1]. Esto se enlaza con la aventura de los yangüeses: todo es folgar con la reina por pecados de Rocinante.

No es sólo culpa de los héroes, sino también del pueblo: «Tienes mucha razón, Sancho, dijo Don Quijote: mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria: y también puedes tener por cierto que *por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta.*» Aunque el vulgo no haya jurado; aunque no forme en la épica legión de los que se consagran á defender las ideas, participa forzosamente de la suerte de sus caudillos, y si á estos los derrotan los tiranos, á él le mantean, pues al fin el pueblo y sus héroes componen un cuerpo. Por lo mismo deben procurar el remedio juntos: lo menos que el pueblo puede hacer en este sentido, es recordar á

1 En el capítulo X jura Don Quijote no comer pan á manteles ni con la reina folgar hasta tomar entera venganza del vizcaino. En otro pasaje cambia de objeto, diciendo: «hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta á algún caballero.» Al efecto cita á Mambrino: y como Sancho no tiene buena memoria, confunde los términos, con mucha opórtunidad para el propósito de Cervantes. Nótese también que llama Malandrino al poder real, y no se olvide que el objeto del *Quijote* es rendir á Caraculiambro, señor de la *Malindrania*.

sus guías las promesas y los juramentos, como hace Sancho en la ocasión presente.

La aventura que sigue pertenece al mismo orden de las ya examinadas; pues se combate en ella la mentira religiosa desde otro punto de vista [1]. Nada más natural que tratar de la muerte después de haber censurado la guerra. En esta aventura no necesitó Cervantes emplear ningún artificio; no apeló al recurso de los libros caballerescos para tratar encubiertamente de las ideas y ceremonias religiosas: los sacerdotes son verdaderos sacerdotes, y la escena está ajustada á la realidad del catolicismo. Por esto dice que les sucedió una aventura « que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. »

La Iglesia católica, á pesar de su creencia en la inmortalidad del alma y en el sumo bien del cielo, preséntanos la muerte como lo más espantoso y terrible, como un abismo á cuyo fin se halla el infierno. Este concepto de la muerte es verdaderamente materialista y ateo, porque niega la infinita misericordia de Dios. El catolicismo no le recuerda al hombre que tiene un alma inmortal: le dice que es polvo y será polvo, desterrando de su espíritu la esperanza; pinta de negro el túmulo; y en vez de la llama que simboliza el renacimiento de las esencias, pone los huesos deleznables por atributo de la muerte. No se arroba contemplando cómo vuelve el sér al centro de la felicidad eterna: reza

---

1 Para traicionar al pueblo, van unidos reyes y sacerdotes: por esto se dice que, pues el camino era *real, á dos leguas de buena razón* se hallaría en él *alguna venta*.

tétricamente y con acento desolado; y conjura y ahuyenta á las almas que vienen á la tierra atraidas por sus antiguos amores. Todo ello se copia muy fielmente en esta aventura. Sancho dice, anticipándose á los sucesos: «quizá les volverá la gana á *las fantasmas* de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.» Después, hablando concretamente de los encamisados, exclama: «¡Desdichado de mí!... Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, *como me lo va pareciendo*, ¿á dónde habrá costillas que la sufran?» Por otra parte, Don Quijote dice que los clérigos le parecen cosa mala y *del otro mundo.* Bien se ve que se trata de las ánimas, de penetrar el misterio de la muerte. La noche obscura, el lugar desierto y espantable; los de la comitiva vestidos, ya de blanco, ya de negro, con luengas ropas; las luces misteriosas que recuerdan la conmemoración de los difuntos; la voz baja y compasiva del rezo; la litera enlutada; el cuerpo muerto; la fórmula misma que usa Don Quijote: «Deteneos... quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, á dónde váis y qué es lo que en aquellas andas lleváis...; [1] » todo tiene un tinte fatídico, muy propio del asunto que se toca en el fondo. Y el terror de Don Quijote y Sancho, muestra bien que se trata de la muerte: «Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su ro-

1 Véase la semejanza que existe entre esta fórmula y la que suele usar el vulgo. «Anima del Purgatorio, de parte de Dios te pido que me digas quien eres y qué quieres,» etc.

cino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban mayores parecían: á cuya vista Sancho *comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote*, el cual, animándose un poco, dijo: *Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.»* Aún sube luego de punto el terror de Sancho.

Doce son los religiosos que acompañan al cuerpo muerto, para mayor confirmación de que es el apostolado, ó la Iglesia, quien presenta á la muerte en una forma tan terrorífica. El héroe desea conocer el misterio que encierra el sepulcro, y los sacerdotes se niegan á satisfacer esta ansiedad tan legítima y tan propia del alma humana. Entonces, atreviéndose Don Quijote á rasgar el velo sagrado, acomete á los que encubren la verdad y profanan la muerte con ficciones forjadas por la codicia, á los que van rezando tristemente, y con las alforjas repletas *(¡que pocas veces se dejan los clérigos mal pasar!)*. Y los acomete áun sabiendo que son sacerdotes: « Pues *¿quién diablos* os ha traído aquí, preguntó Don Quijote, siendo hombre de Iglesia?» «¿Quién, señor?, replicó el caído: mi desventura.» «*Pues otra mayor os amenaza*, dijo Don Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.» «¿Quién diablos os ha traído aquí siendo gente de Iglesia?» ¿Quién había de suponer que los discípulos del que dijo:

«Dejad á los muertos el cuidado de enterrar á los muertos,» harían objeto de pompa y vanidad, de tráfico y de ganancia el misterio más solemne de la naturaleza? ¿Quién reconocerá á los apóstoles del Dios infinitamente misericordioso y piadoso, en los que le atribuyen la creación del infierno perdurable, y temen la augusta ley que lo nivela todo en la tierra, para que después se cumpla la justicia en el cielo? La invención del infierno es la que ha traído á tal término á la Iglesia, los diablos. «¿Quién diablos os ha traído...» Varias veces en el *Quijote* se califica de demonios á los clérigos, como ahora: «el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades, con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; *que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo;* y así, *yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno*, QUE POR TALES OS JUZGUÉ Y TUVE SIEMPRE [1]. Nada hay en esta descripción, desde el punto de vista ortodoxo, que justifique la consecuencia sacada por Don Quijote: dice este personaje que iban los de la procesión vestidos de negro, con sobrepellices, con hachas encendidas y rezando: así suelen ir los clérigos en las procesiones; y esto le parece al héroe cosa mala, que debe combatir *en cumplimiento de su obligación*. ¡Con tanta maestría encubre y aclara Cervan-

---

1 Ahora queda en su lugar el *siempre*, que los críticos han sustituído con el *sin duda*, por no entender el pasaje.

tes sus opiniones! El enérgico y contundente final del párrafo transcrito redondea el pensamiento.

Antes había dicho el bachiller á nuestro héroe, que si le mataba cometería un gran sacrilegio, á pesar de lo cual, como ya se ha notado, le amenaza Don Quijote. Luégo añade Alonso López: «Advierta vuesa merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada; *justa illud: si quis suadente diabolo*, etc.» Y responde Don Quijote: «No entiendo ese latín; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón,» que es la pluma. Con esta burla tan graciosa y picante satiriza los distingos escolásticos, que á veces justifican y hasta santifican el crímen. Para evitar Cervantes la censura y persecución de la Iglesia, emplea sus mismos procedimientos y se ríe de ellos impunemente. Necesario, por demás, atendidas las circunstancias, era suavizar tantos ataques como hay en la superficie del capítulo, y al efecto hace el autor protestas de catolicismo; pero las anula enseguida diciendo: «Y cuando eso así fuese (aunque estuviese excomulgado), en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, *por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar* COMO MUY HONRADO Y VALIENTE CABALLERO.»

En el Romancero del Cid se cuenta de este modo la dramática escena á que se refiere Cervantes. Al entrar Rodrigo en San Pedro, ve que la silla del rey

de España se halla un estado más abajo que la de rey francés:

«Fuese á la del rey de Francia,
con el pié la ha derribado;
la silla era de marfil,
hecho la há cuatro pedazos,
y tomó la de su rey
y subióla en lo más alto.
....
....
El Papa cuando lo vido
al Cid ha descomulgado:
sabiéndolo el de Vivar
ante el Papa se ha mostrado:
—*Absolverme*, *dijo*, *Papa*,
si no, seráos mal contado.»

Este viaje del Cid á Roma y el acto que se describe con rasgos tan enérgicos, son legendarios; sólo han existido en la imaginación del pueblo español. De todas maneras, ese Cid es el tipo de nuestra raza indomable, que se mide con el rey y desafía al Papa si conoce que atentan contra su dignidad. Las palabras de Cervantes que á esto se refieren, son superiores á todo encomio; no puede expresarse con más claridad el concepto que le merecían las excomuniones; á su juício, honraban al caballero.

En esta ocasión llámase Don Quijote, utilizando una frase de Sancho Panza, *El caballero de la Triste Figura;* con el cual sobrenombre se alude á la fatiga, hambre y miseria que padeció Cervantes. En la segunda parte, cuando vence el héroe á los dos grandes

felinos, apellídase *El caballero de los Leones:* recordando esto, bien puede sospecharse que aquí se hubiera llamado *El caballero de la muerte*, á no impedírselo la discreción de Saavedra. *La Triste Figura* casi significa lo mismo, sin tanto peligro para el autor: y además se citan varios personajes que tomaron sobrenombre, poniéndose en último lugar, donde carga el incremento, al *Caballero de la Muerte.*

Quisiera el sabio profundizar el misterio, escrutar el fondo del coche, á ver si lo que allí se encierra *son huesos ó no;* pero se opone la superstición del pueblo. Mientras el héroe se ocupa en cosas de la otra vida, Sancho trata de mejorar la presente, procurándose lo que concierne al sustento. No está él por la metafísica: «El muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza,» dice. El indagador tiene, pues, que acomodarse á las exigencias de su siglo, concretarse á la vida puramente material; pero con esto se acrecienta su sed de sabiduría, y va en pos de la verdad, acompañado del pueblo, como se verá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XX

DE LA JAMÁS VISTA NI OÍDA AVENTURA QUE CON MÁS POCO PELIGRO FUÉ ACABADA DE FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO, COMO LA QUE ACABÓ EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

«Terrible» es la sed que padecen Sancho y Don Quijote: es la sed de vida eterna, que sólo puede saciar el agua descendiente del manantial de los cielos. Van nuestros personajes subiendo entre sombra y á tientas por la áspera montaña de la vida, cuando perciben las harmonías de la religión que les promete una felicidad sin límites; pero á la vez oyen el ruído pavoroso del infierno que amedrenta sus almas, impidiéndoles acercarse á la inagotable fuente del bien. Tal es el fondo de la alegoría de los batanes.

La aventura no puede ser más vulgar en lo externo; pero en lo interno es magnífica, está llena de recuerdos clásicos y de ideas grandilocuentes que ennoblecen el lenguaje y dan al capítulo un tono sublime. El agua parece que se despeña de algunos grandes y levantados riscos; y al decir de Don Quijote, se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna. El mismo origen tenía el río sagrado, el Nilo, según

la antigüedad egipcia. Por tanto, con aquella frase indica Saavedra que el agua, esperanza y alegría de Sancho y Don Quijote, es una corriente de ideas y sentimientos religiosos que baja del cielo á refrigerar las almas. Pero la Iglesia pone á Satanás frente á Dios y turba la esperanza de la gloria con el terror del infierno... «Oyeron á deshora otro estruendo, que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que era naturalmente medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes á compás, *con un cierto crugir de hierros y cadenas*, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote.» El infierno obscurece todas las hermosuras de la religión cristiana; la hace espantosa y terrible:... «la soledad, el sitio, la obscuridad, el ruído de la agua con el susurro de las hojas, *todo causaba horror y espanto;* y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba...» Aquí se pinta la prolongación del tormento. Aún reune Cervantes otra vez las causas del terror: «Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruído de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas, *todas juntas y cada una por sí*, *son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte.*» Pero no

en el de Don Quijote, que es el genio heróico de la humanidad, el que ha de resucitar todas las grandezas pasadas:... «yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la fama: y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, *haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron.*»

Es el redentor, y propónese descender al infierno, como el Cristo, por tres días, dejando atrás á Hércules y á Orfeo, y á todos los héroes legendarios, cuyas fabulosas hazañas representan la eterna aspiración de sondear el misterio y vencer las fuerzas desconocidas. Quiere realizar esta aspiración, penetrar en los limbos de la muerte, para dar la libertad moral al pueblo, rasgando las sombras qne encubren la vida futura. Y no le importa sucumbir en la demanda; antes bien, los peligros y las dificultades son incentivos y despertadores de su ánimo. Sólo desea que el pueblo fiel diga á la patria que su caballero murió «por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

El pueblo, naturalmente medroso, toca cuantos

resortes pueden mover el ánimo de su caudillo, para que no se aventure en una empresa donde peligran el cuerpo y el alma: al efecto, recuérdale las predicaciones del sacerdocio, encaminadas á detener el vuelo de la razón; y por si esto no basta, le apercibe contra la fuerza bruta de los religiosos:... «yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que, *no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro;* y basta lo que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo *de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto.*» Conociendo que el precepto y la imposición de los sacerdotes no han de hacer mella en quien vive combatiendo la mentira religiosa, exhórtale á que desista por amor del pueblo mismo: «y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, *cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla;*» cuando dé su alma al demonio, porque Sancho está en un lugar TAN APARTADO DEL TRATO HUMANO, como es la boca del infierno.

En aquella época la trompeta celeste llamaba á juicio á la humanidad y estaba la media noche marcada en la línea del brazo izquierdo, en el siniestro régimen de la violencia... ¡Aquí la espada, y el infierno en la otra vida! ¡La tierra en tinieblas, y el cielo sin

estrella alguna! En tal momento se atrevió Cervantes á penetrar en el abismo más espantoso, para arrancarle la verdad combatiendo con todos los monstruos y quimeras creados por el miedo y la superstición. Estos dos terribles engañadores inspiran á Sancho cuando intenta disuadir á su caudillo: porque «tiene el miedo muchos ojos Y VE LAS COSAS DEBAJO DE TIERRA, *cuanto más encima en el cielo.*» Pero Cervantes trabajaba para lo futuro, en la persuasión de que sólo faltaban tres siglos (tres horas) para que brillase la luz: lo cual confirma diciendo: «*por buen discurso bien se puede entender que falta poco de aquí al día.*» Y aunque faltase mucho estaba resuelto á no dilatar la aventura. En consecuencia pide al pueblo estímulo en vez de oposición: «Lo que has de hacer es *apretar bien las cinchas á Rocinante* y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó VIVO Ó MUERTO.» Esta enérgica afirmación, que sólo puede explicarse literariamente como desvarío de un loco, tiene gran propiedad en lo interno del poema: si no torna vivo y sano, volverá su alma, resucitará como Cristo á los tres días. Empero Sancho le detiene al fin trabando á Rocinante; y Saavedra, conociendo que aquello viene de otra parte que de la industria del pueblo (pues era culpa de sus opresores), espera *á que ría el alba*, aunque él llore lo que el suspirado día de redención tardare en venir.

Para mayor indicio pone Cervantes en boca de Sancho una conseja, cuya acción se desarrolla en Extrema-

dura [1], en un lugar de eterna duración, como el infierno. El personaje principal de esta conseja es un pastor cabrerizo, un héroe de la estirpe del Cid, que guía almas condenadas, ó rebeldes al dogma. Este personaje estuvo en otro tiempo enamorado de la Iglesia [2]; pero al conocer su infidelidad y corrupción, aborrecióla tanto como antes la había querido. De esto tuvo la culpa el diablo, según Cervantes: lo cual parece indicar que se trata de una heregía motivada por la negación de las penas eternas, como la que aquí se mantiene. Al perder este apoyo, la Iglesia, que antes había desdeñado á Lópe Ruiz, le solicita y persigue con afán, y él, huyendo, se encamina hacia el Ocaso, hacia la muerte [3]. De este modo llega al río Guadiana, donde hay un barquero que pasa á los condenados. Según los griegos las almas tenían que atravesar en la barca de Caronte la sagrada laguna para ir á los infiernos; he aquí al barquero que atravesaba el Guadiana, río que se oculta misteriosamente, como la Estigia, para salir á la luz en otros lugares [4].

Las almas condenadas son infinitas, porque son muchos los llamados y pocos los escogidos. Aunque fuesen al cielo todos los católicos, consíderese cuántas criaturas habrán ido cayendo en el Profundo empujadas

---

1 Extrema dura ó duración.

2 Es zahareña ó abrasadora, como el Sahara.

3 Dirígese á Portugal. Acaso con este nombre se alude al cielo: Portugal, puerta del Gallo, en recuerdo de San Pedro. Huyendo del infierno, natural es que busque la idea contraria.

4 Nótese la semejanza que hay entre Guadiana y guadaña, atributo de la muerte.

por la ira terrible de Dios, según la Iglesia, y cuántas se hundirán hasta la consumación de los siglos. La fantasía popular se representa esta incesante y tremebunda caída en el descenso de los innumerables copos de nieve; así, sin limitación de cantidad, sin tregua ni descanso, están cayendo las almas en el infierno: son incontables. «¿Cuántas han pasado hasta ahora?», pregunta Sancho; y responde Don Quijote: «Yo *qué diablos* sé,» confundiendo hábilmente en una misma idea los diablos y las cabras, para expresar que estos animales representan almas diabólicas, ó condenados.

Sancho dice que en acabándose la cuenta se acaba el cuento: con este equívoco declara Cervantes que cuando no vayan más almas al lugar de eterna condenación se habrá acabado la terrible conseja eclesiástica, y por tanto la madre Iglesia: «¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?» — «*Tan acabada es como mi madre...*» — «*Acabe norabuena* donde quisiere», exclama el redentor.

Mientras dura el cuento y hasta el final del diálogo, Sancho está estrechamente abrazado á Don Quijote [1], pues, como dice Saavedra, «era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo.» Y aún hace más, según puede ver el curioso lector en el texto del *Quijote*, entre delicados eufemismos, donde hay una insustituible

---

1 Abrazase al muslo, donde va la pieza de armadura llamada *quijote*. En el capítulo XVI hiere el arriero á nuestro héroe en las *quijadas* bañándoselas todas en sangre; por aquí puede verse la afición que tenía Cervantes á lo alegórico.

pintura del miedo que inspira á la gente popular la espantosa creación de las penas eternas.

Cervantes anticipa el momento de verse en plena luz la máquina infernal. Al despuntar el alba en el cielo de la historia, intenta el redentor nuevamente dar fin á la aventura, y el pueblo le sigue con determinación de no dejarle hasta el último tránsito; de lo cual saca el autor, *que por lo menos,* debe ser ya Sancho en esta época *cristiano viejo.* Después de haber andado mucho tiempo entre sombras, salen á la luz de otro siglo, y ven cómo desciende la idea en raudales desde la altura sobre las ruínas de lo pasado, donde todavía sigue el estruendo que tanto espanto diera á los hombres. Entonces ve el pueblo, con los carrillos hinchados de risa, que el infierno es un conjunto de batanes, y el héroe los contempla melancólico, recordando cuánto han hecho padecer á la mísera humanidad [1].

Sancho, tan medroso antes, se mofa del aparato desplegado por su caudillo en el comienzo de la aventura, y Don Quijote le corrige con el lanzón, diciendo: «Venid acá, señor alegre: ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenía para acometella y acaballa?... Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en *seis jayanes*, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y *cuando yo no diere con todos patas arriba,* haced de mí

1 En el capítulo siguiente amenaza Don Quijote con *batanear el alma* á Sancho, y ya se advierte que Cervantes vió relacion entre infierno y batanes.

la burla que quisiéredes.» Tal advertencia dirige Cervantes á los que tengan en poco sus hazañas porque los enemigos con quienes peleó hayan dejado de ser temibles. No niega que lo sucedido sea cosa de risa; pero «no es digna de contarse, *que no son todas las personas tan discretas que sepan poner las cosas en su punto.*» Desea que el pueblo tenga en cuenta todas las circunstancias para honrar debidamente la memoria de sus bienhechores. Este es el correctivo que impone á Sancho con la pluma ó lanzón. No le paga sus servicios en dinero, págaselos con las enseñanzas que deja *en su testamento cerrado,* en su oculta epopeya: y hácelo en cumplimiento de un deber moral, creyendo que si no lo hiciese, padecería su alma en el otro mundo, donde *no hay estado más peligroso que el de los aventureros*, ó caballeros andantes.

Así termina Saavedra el capítulo, disparando sus armas contra la doctrina de la Iglesia católica que hunde en el infierno, bajo el peso de los más tremendos anatemas, á los héroes, dignos de ser respetados por el pueblo como padres, á los genios heróicos, á los verdaderos redentores de la humanidad.



CAPÍTULO XXI

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS Á NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO

Vuelven los personajes al camino del día anterior, esto es, á la época de Cervantes: y después al *camino real*, porque va á tratarse de asuntos concernientes al Estado. Ya que no pueda el héroe vencer las cosas del otro mundo, á lo menos podrá dominar á los enemigos del pueblo en esta vida, quitando á los reyes la usurpada autoridad; y si no lo consigue, suya será la culpa, pues aquí no hay misterios que confundan la mente humana. Por esto es la aventura más cierta que la otra, como que entra de lleno en la esfera positiva. Sancho teme que sea igual á la pasada, y el héroe le dice: «*¡Válate el diablo por hombre!...* ¿qué va de yelmo á batanes?» Aquí no se pelea contra el diablo, se pelea contra el hombre; no se trata del infierno, sino de la tierra. Pero siendo entónces de derecho divino la monarquía, y estando reyes y sacerdotes unidos para tiranizar al pueblo, alguna relación, y no pequeña, había entre las dos aventuras. Por lo cual insiste Sancho diciendo: «A fe que *si yo pudiera hablar tanto como*

solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.»

Don Quijote arrebata el símbolo del poder real al pueblo defensor de la monarquía absoluta. Barbero es el personaje, como maese Nicolás, que significa lo mismo. Al héroe le parece caballero, por la dignidad que ostenta; pero va montado en un asno, como Sancho Panza: de manera que pertenece á la clase popular. El oficio de este hombre, aunque á primera vista parezca lo contrario, tiene analogía con la acción perniciosa de los reyes, que sangran á la humanidad y la rapan ó tonsuran [1]. Aún puede verse otro símil muy expresivo en lo de hacer la barba. Allá se van reyes y barberos [2].

La corona es aquí una bacía. El héroe dice que es un yelmo *encantado*, un arma prodigiosa, aludiendo á su verdadera y alta significación; pero este yelmo, este símbolo de la autoridad universal, es una *bacía*, en la vacía cabeza de los reyes.

Exacta es la reflexión de Don Quijote: «Sin duda que el *pagano* á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener *grandísima cabeza*.» Gran talento se necesita, ciertamente, para ser un primer monarca: basta recordar al pagano Cesar, fundador del imperio de Roma, reorganizador de aquel vastísimo conjunto de naciones, para figurarse cuán grande debía

---

1 Sabido es que antiguamente era signo de esclavitud y de infamia llevar cortado el cabello.

2 Juan Haldudo, otra representación de la monarquía despótica, mandó también *sangrar* al pueblo, como recordarán nuestros lectores.

de ser aquella cabeza. Pero si, transportándonos con el pensamiento á la antigua Roma, causa admiración un príncipe de tal magnitud, ¡cuán degenerada aparece después la institución monárquica y cuán indignos de la realeza tantos príncipes como ha habido incapaces de conocer ni estimar el valor de una corona!... «¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; *y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la una mitad para aprovecharse del precio*, y de la otra mitad hizo ésta que parece bacía de barbero, como tú dices». He aquí á los reyes que trafican con la sangre y el oro de sus vasallos. Y así han sido casi todos; pocos conocieron el valor de su destino; casi ninguno ha llevado corona, sino *bacía*.

El símbolo del poder, tal como lo dejan los monarcas, no encaja en la generosa cabeza del héroe; pero él conoce su verdadero valor, y determina aderezarlo de manera que no le aventaje ni le llegue la celada hecha por Vulcano. Esta es la transformación de la monarquía en gobierno popular.

Sancho recuerda en este capítulo muy oportunamente (pues se trata de los tiranos), el *benditísimo brevaje* y el manteamiento; y Don Quijote le recomienda el olvido de las injurias pasadas, como indicando que después del triunfo material solamente deben ocuparse en instaurar el derecho. A este propósito dice que Dul-

cinea es superior á Elena, su patria ideal más hermosa que la de los antiguos griegos.

El vulgo quiere cambiar su condición plebeya por la condición real; mas el héroe no se lo permite: sólo le tolera el trueque de aparejos, por serle tan necesarios, *que si fueran para su mesma persona no los hubiera menester más;* permítele mejorar de hacienda, pero no sustituir un despotismo con otro. Así, ambos personajes sacan el provecho que pueden y deben de la monarquía y el catolicismo sin contaminarse con ellos: «almorzaron *de las sobras del real* que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirarlos; tal era el aborrecimiento que les tenían, por el miedo en que los habían puesto.»

Teniendo ya la llave del poder, caminan sin cólera ni tristeza los dos heróicos personajes, á la ventura, y vuelven al camino real llevados de su condición, discurriendo acerca de su futura suerte; tratan de la monarquía universal, ó gobierno del mundo. Sancho opina que deben ponerse al servicio de un gran emperador, y contesta Don Quijote: «No dices mal... mas antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, *como en aprobación,* buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algún gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras...» Cervantes no ignoraba que la sociedad había de escalar el solio á fuerza de tiempo y heroismo. En una pro-

funda y brillante alegoría hace la síntesis del martirio y redención del hombre. Cuando éste merezca por sus hazañas la corona del triunfo, las nuevas generaciones le saludarán diciendo: «Este es el caballero del sol: el hijo de la luz, el que venció al príncipe de las tinieblas [1] y libertó á los esclavos [2]. Entonces llegará á oídos del rey la fama de su valentía, y le abrirá las puertas del alcázar, y todos los caballeros irán á saludarle admirados de sus proezas. El héroe se enamorará de la religión, que ha de ser «una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de la tierra á duras penas se puedan hallar,» y la religión corresponderá al enamorado caballero. Cada uno de la hipostática pareja parecerá al otro *cosa más divina que humana*. Sus amores serán secretos, como los de Dulcinea y Don Quijote, y servirá de mediadora la Esperanza, una doncella *de quien la infanta mucho se fía*. Le pondrán al redentor un manto de escarlata; y luego se celebra la cena, ó comunión universal. Después de esto aparece el tiempo presente (época de Cervantes) que es un feo enano, y detrás la España del siglo XVI, entre la monarquía y el catolicismo, con el problema de nuestra regeneración; y nadie lo resolverá sino el caballero, de lo cual quedará contentísima la infanta. Entonces el héroe acometerá por ella grandes y repetidas hazañas. Vuelve á la corte cargado de laureles, y el rey no le quiere dar á su hija, porque no sabe quién es el caba-

---

1 *Bro cabruno.*

2 Mameluco es esclavo en árabe.

llero; mas con todo esto, *ó robada ó de otra cualquier suerte que sea*, el héroe y la religión se unen en íntimo consorcio, y el padre lo tiene á gran ventura, porque llega á saberse que el caballero es un nuevo redentor [1]. Muere la monarquía, triunfa el ideal, gobierna el sabio, y el pueblo ve realizada su esperanza. Así, la aparente inconsecuencia de los personajes, se deshace en el fondo. El héroe se casa con Dulcinea, y Sancho alcanza su codiciada ínsula. «Eso pido, y *barras derechas;*» esto es, pide el escudo; su caudillo tiene ya la corona. Sancho añade: «todo al pie de la letra ha de suceder,» siendo Don Quijote el escarnecido redentor, *el Caballero de la Triste Figura.*

Tiempo había en la época de Cervantes de ver qué rey se hallaba en guerra y con hija hermosa, porque aún los héroes tenían que cobrar fama para llegar á este punto.

Cervantes supone que en su día la autoridad pondrá de buen grado al heroismo en posesión del ideal (y morirá el rey): esta es la evolución. Pero si no le une á la princesa, después de haber cobrado el héroe fama *por todo el universo*, vendrá la revolución: aquí entra el robar á la infanta, ó, como dice Sancho, el *roballa y trasponella.* Palabras en que está condensada también la acción del *Quijote.*

Saavedra, como buen conocedor de la realidad, se inclina á creer que los reyes no entregarán gustosos la

1 «Es hijo de un caballero de no sé que reino, porque creo que no debe de estar en el mapa.» «Mi reino no es de este mundo,» dijo el Redentor.

corona al pueblo: «Así que, por esta falta (por no ser pariente de reyes ó emperadores), temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido.» Y se burla de este inconveniente diciendo: «Bien es verdad que yo soy *hijodalgo*... y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey.» ¿Quién no contará, dado el orígen de las dinastías y el constante cruzamiento de familias y razas, algún rey entre sus predecesores? Y admitiendo la paternidad de Adán y Eva, ¿no seríamos todos los hombres ramas de un mismo tronco? Y si no admitimos el orígen bíblico, y damos asenso al que preconiza Darwin en su obra inmortal, los antecesores de las testas coronadas serán los monos de las selvas, que ciertamente no llegan á Nerón en lujuria, y en lo recelosos y crueles á Luis XI de Francia. Para destruir completamente el mal llamado derecho monárquico, añade el autor: «Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámide; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son ya que no fueron.» Lo divino, calidad sublime que muchos han atribuido y algunos aún atribuyen al derecho de reinar, no sufre las mudanzas que han destrozado á las monarquías.

Los famosos y poderosísimos reyes de Egipto concluyen en punta como sus pirámides. La casa real de Macedonia principia como todo lo humano, míseramente, y apenas se ensancha é ilumina con sus dos soles Filipo y Alejandro, se oscurece y desmorona en manos de los generales. El imperio romano que alza un ilustre aventurero y deifica el pueblo de «*panen et circenses*,» desplómase al fin en el fango con Augústulo. Los tronos que forjaron las razas bárbaras del Norte no duran tanto como su miseria al otro lado del Rhin. Muchos califatos ve levantarse el desierto que luego recogen sus abrasadas arenas. Aquí, los Austrias, tan pronto en el apogeo de su fortuna como extinguidos totalmente; allá, los Estuardos, que mueren al filo del hacha popular; más acá, la dinastía Capeta, de cuyo oscuro tronco se acuerda Dante y se burla Francia libre, y cuyo último vástago tronchan las rudas manos de un zapatero. Junto á Siberia helada, una interminable lista de crueles y bárbaros czares que ofenden á Dios y al hombre. En el Africa ardiente, otra lista, no más corta, de sultanes que mueren en las manos sangrientas de sus eunucos. Una vez el derecho divino va mendigando por Corinto con Dionisio de Siracusa; otra le arrastran por las calles con un emperador romano; otra perece en la guillotina con Luis XVI. La Divinidad no teme que su derecho ruede entre unas desnudas meretrices por las marmóreas galerías del alcázar de Heliogábalo; no impide que deshonre mujeres el invicto y sacro Francisco I, rey de Francia, ni que mate

reinas el ilustrísimo Enrique VII de Inglaterra... ¡El derecho divino! Después del proceso de la Historia no pueden los monarcas invocar aquel derecho, ni tampoco el humano; y así lo han comprendido, aceptando el insignificante papel de reyes constitucionales que el pueblo les tolera en el reparto de los poderes, mientras las muchedumbres van socavando los tronos para fundar su derecho.

Muchas revoluciones ha costado esta ventura, y, como prevía Cervantes, el pueblo ha tenido que estar á diente en el largo período de las turbulencias; pero nadie le ha podido quitar la esperanza, compañera inseparable de la fe que da el triunfo. «*Eso no hay quien lo quite*,» dice el caballero. Pues habiendo esperanza, responde el pueblo, «no hay sino encomendarnos á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.» «Hágalo Dios (exclama el héroe) como yo deseo, y tú, Sancho, has menester; Y RUÍN SEA QUIEN POR RUÍN SE TIENE.» ¡Tres veces nombran á Dios á la seguida Don Quijote y su escudero!

Para merecer el gobierno público le basta á Sancho con ser cristiano viejo, *y aún le sobra*, al decir de su caudillo. Imperando los héroes que Don Quijote condensa, no necesita más títulos el pueblo, pues será señal de que ha conquistado su soberanía, y tendrán que respetarle. Entonces irá el rey trás del pueblo, como si fuera su rabo, según la expresiva imagen de Sancho Panza. Y esto ha de suceder cuando escalen los héroes la cumbre social, porque ennoblecerán al pueblo,

de que forman parte. Entonces los enemigos de Sancho reconocerán su soberanía (le llamarán señoría) mal que les pese. Acaso sea éste el primero (el primer pueblo en la historia) que consiga dominar al rey de una manera estable y definitiva, dando al hecho nuevo carácter de derecho fundamental, como indica el héroe. Sancho lo tiene por seguro, siempre que su caudillo cambie la forma de gobierno... «Así será,» afirma categóricamente Don Quijote: y en efecto, hoy los reyes van detrás de las Córtes, detrás del pueblo que las elige; son el rabo del asno laborioso y paciente, que puede transformarse en león, como dice Victor Hugo y demuestra Cervantes en esta singular y admirable epopeya



CAPITULO XXII

DE LA LIBERTAD QUE DIÓ DON QUIJOTE Á MUCHOS DESDICHADOS, QUE MAL DE SU GRADO LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR

El epígrafe de este capítulo indica cuál es el fondo de la aventura. Don Quijote da libertad á muchos desdichados; en el texto se manifiesta la causa de su desdicha diciendo que son *forzados* del rey. Verdad es que destruye la especie una negativa de Sancho Panza: «¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote. ¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?» «No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras, de por fuerza.» Pero este mismo razonamiento denota que había segunda intención en Cervantes, porque no podía ignorar Don Quijote el significado corriente de las palabras «gente forzada del rey.» La afirmación rotunda hubiérase considerado como delito de lesa majestad. No siendo posible expresar claramente el concepto, Cervantes sutiliza la idea y esfuerza el diálogo para llamar la atención de los lectores. Además, el héroe dice: «En resolución, como quiera que ello sea, esta gente, á donde los llevan van de por fuerza y no de su

voluntad... Pues desa manera... aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir á los miserables.»

Dos cosas se censuran principalmente en este capítulo: la esclavitud y el castigo penal. Dice Don Quijote acerca de la primera proposición: «Me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres.» Y respecto de la segunda: «No es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres.»

La esclavitud ha sido uno de los más grandes azotes de la humanidad. Esclavitud en Egipto y el Asia Antigua, donde nacen las religiones; esclavitud en Grecia, centro maravilloso de las artes; esclavitud en Roma fuente del derecho; esclavitud en América bajo el símbolo de la redención cristiana... ¿Cómo no había de combatir una lepra extendida por todo el mundo quien soñaba con un estado de civilización más perfecto quizás que el del presente siglo! Pero no necesitamos justificar esta honrosa actitud de Saavedra; *también él fué esclavo.*

Lo que no hicieron las religiones en su apogeo, lo ha hecho la revolución: ya se ha fundido en el fuego de la libertad la vil argolla; ya no hay un esclavo en toda la tierra civilizada. Este es el más glorioso título de nuestra centuria. Y lo mismo decimos de la pena de galeras, cuyos tormentos pudo apreciar de cerca Cervantes. Se comprende que abogara por la extinción de este castigo un alma tan compasiva como la del cautivo de Argel. La muerte era cien veces más

dulce que la vida del Galeote. Condenados á remar sin tregua, nombrábaseles «la chusma,» tenían el cabello, la barba y las cejas afeitados, estaban sujetos siempre por una cadena al banco de su remo, y cada uno llevaba consigo una mordaza, que se le ponía por mandato de los jefes en los combates, para que no le arrancase gritos el dolor. Las más pequeñas faltas se castigaban con azotes, y en tiempo de guerra con la muerte. Al fugado, si era habido, cortábanle nariz y orejas con un hierro, le curaban las heridas con otro hierro candente y se le concedían después ¡tres horas de descanso!

De los tormentos que sufrían los galeotes, dice el historiador Cantú:

«Al galeote protestante se le tendía desnudo sobre el potro; dos ó cuatro hombres le tenían los piés y las manos, mientras el turco más fornido de la galera le azotaba con todas sus fuerzas con una cuerda untada de alquitrán y empapada en agua del mar. El cuerpo brincaba á la violencia de los golpes, la carne se desgarraba, y la espalda quedaba convertida en una llaga, que lavaban con sal y vinagre. Pocos galeotes protestantes, entre los 1.600, cuya lista tengo presente, y que perseveraron en su religión negándose á quitarse la gorra durante la misa y cuando alzaban, dejaron de experimentar este horrible suplicio: podría nombrar muchos que le resistieron cuatro veces en poco tiempo, y cada vez les daban hasta 120 latigazos; y los levantaban del potro moribundos y los conducían al hospi-

tal para que recuperasen las fuerzas exhaustas, que eran de nuevo destruídas por otra paliza.

»Entre los sacerdotes más inhumanos, se cita á Francisco Langlade, de Chaila, prior de Laval, inspector de las misiones del Gevadán y arcipreste de las Cevenas, que hacía más horribles los suplicios de los desgraciados prisioneros: ya les arrancaba los pelos, ya les ponía en las manos carbones ardiendo, ya les envolvía los dedos en algodón mojado en aceite y le prendía fuego hasta que los huesos quedaban descarnados.»

Después de leer estas infamias que muchas veces presenciaría Cervantes teniendo que ahogar en el pecho la indignación, no puede calificarse de rudo ningún ataque del *Quijote:* tanta hiel no cabe en un alma y tiene que desbordase impregnándolo todo de amargura.

Por dicha, también las galeras han vuelto á la nada; mas no podemos decir lo mismo del castigo penal. Aunque los modernos estudios antropológicos consideran á los delincuentes como enfermos que hay que sanar ó ignorantes que debemos instruir, se les aherroja en cárceles y presidios, donde la vara del juez está tronchada y enhiesta la terrible del cabo, porque á esas tristes mansiones no ha descendido aún la misericordia. La luz del progreso que ilumina á la sociedad moderna, no pasa de las puertas del presidio; detrás de los magistrados y á espaldas del derecho, caen sin que el mundo lo sepa, revueltos en montón y entre sombras,

los que padecen ignorancia, los degenerados, los dementes, almas llenas de miseria y podredumbre que la sociedad olvida en absoluto como si temiera volver á ver esos harapos arrojados de su seno. Una vez en el presidio se tira el delincuente en un petate, y allí se pervierte si es bueno, se endurece si es malo, pero no se le corrige, porque el penado no es ya digno de estudio ni menos de compasión, sino una fruta, tal vez fruta envenenada, que exprimen desde el ranchero hasta el jefe del penal. Empleamos un lenguaje muy crudo, pero tratándose de una iniquidad tan monstruosa la retórica sería cómplice del delito.

¿Puede disminuir la criminalidad con este sistema de corrección? Verdad que hay una escuela en cada presidio, pero en ella se enseña á distinguir las letras consonantes de las vocales, no á conocer el mundo sublime que fulgura detrás del abecedario. Hay un sacerdote, pero ese sacerdote, dependiente como es de una religión muerta y de un Estado corrupto, pretende regenerar á los presos obligándoles á rezar. Toda la educación que la sociedad da á esos hijos extraviados, y todo lo que ellos pueden devolver á la sociedad, además de la venganza, es el rezo, ó como dice Ginesillo de Pasamonte, alguna cantidad de avemarías y credos; esto es, el lenguaje de la superstición en la boca del crimen. Nada queremos decir del novísimo sistema de aislamiento inhumano y feroz, que hace de cada presidio una necrópolis con sus nichos y quietud pestilente. Las almas

que entren allí deben de salir bien muertas para el arrepentimiento.

Y mientras tenemos amontonados á los delincuentes en tenebrosos é inmundos lugares, ó inactivos en sus calabozos, están despobladas nuestras fértiles posesiones ultramarinas, donde hay praderas sin cultivar y ríos sin canalizar, y ricas maderas aguardando el hacha, y ópimos frutos necesitados de transporte. Llevar allí los penados sería devolver á la sociedad el bien perdido y redimirlos á ellos de las prisiones y el crimen. Luégo podrían tornar regenerados *con la cadena al cuello* para depositarla rota á los piés de Dulcinea, conforme al deseo que se advierte en las palabras de Cervantes.

El héroe no se limita á censurar las transitorias imperfecciones sociales, va también contra las que son anejas á la mísera condición humana, con lo cual sube á mayores alturas el discurso. Los galeotes encarnan el vicio en todas sus formas y componen una cadena ó serpiente del mal, cuya cabeza es el despotismo religioso. He aquí á Pasamonte, que lleva más *prisiones* que sus compañeros; porque tiene él solo más delitos que los otros juntos. El contesta por todos al héroe, reasumiendo la ingratitud general; él ahuyenta á los guardias; por indicación suya apedrean los miserables á su libertador; y él despoja al pueblo que le había ayudado á romper sus cadenas. Mira torcidamente, como Pandafilando de la Fosca Vista, que es otra imágen del mal; y él mismo ha escrito la historia (que no está acabada) de sus truhanerías y delitos, donde hay *ver-*

dades tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se les igualen. Tan bueno es el libro, que ¡mal año para *Lazarillo de Tormes*, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren! Con todo, la significación del personaje está solamente esbozada; pero en la segunda parte, cuando Ginés de Pasamonte se transforma en maese Pedro (el maestro Pedro), se ve que es sin duda alguna un trasunto del pontificado [1]. Al pronto, choca verle bajo la férula del poder civil; pero esto ha sucedido algunas veces en la historia. Refléjase aquí una de esas disensiones frecuentes entre reyes y pontífices, en que, con menoscabo de entrambas partes, salían á relucir sus concupiscencias y traiciones. Esto indican las misteriosas palabras de Ginés, dirigidas al cuadrillero. Basta; que podría ser que saliesen á la colada las manchas que se hicieron en la venta [2]. Notése también que Pasamonte habla al cuadrillero como de igual á igual, y, sobre todo, que lleva una cadena llamada *guarda amigo*.

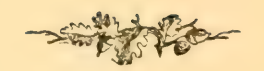
En fin, lo que se refiere á Ginés de Pasamonte, está lleno de veladuras y reservas, que rompe y aclara en absoluto Cervantes en la parte segunda del *Quijote*, seguro ya de no ser descubierto por la censura.

En el capítulo presente no eran esenciales más indicaciones. El objeto de Cervantes fué agrupar en

1 El quiere que le apelliden Pasamonte (del monte de la Pasión), y le llaman Para pilla (que detiene y aprisiona); el héroe indignado le nombra Par ó pillo, apóstol ó malandrín. El mismo Ginés dice: «algún dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.» Refiérese á la segunda parte, donde se llama maese Pedro.

2 Alusión á los sucesos descritos en el capítulo XVI, tal vez al candilazo que dió el cuadrillero á Don Quijote.

unas cuantas figuras á los esclavos del cuerpo y del alma, para darles libertad rompiendo cadenas, fustigando vicios y condenando tiranías; quiere que todos los oprimidos ensanchen su corazón; que los ignorantes ilustren su inteligencia, que los opresores suelten sus armas y los sacerdocios depongan sus errores; que no haya un esclavo de la carne y del espíritu en todo el mundo: y que, en redimiéndose pueblos y tiranos, den testimonio de ello ante Dulcinea, mostrando al ideal las ya inutilizadas argollas de su antigua esclavitud.



CAPITULO XXIII

DE LO QUE LE ACONTECIÓ AL FAMOSO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUÉ UNA DE LAS MÁS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA HISTORIA SE CUENTAN

Duélese el héroe de la ingratitud que le muestran los recién libertados, y promete escarmentar desde allí para adelante. «¡Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco,» dice Sancho Panza: y en efecto, Don Quijote no cumple su promesa. Comunmente Sancho da á conocer los temores, y el héroe la valentía del autor; los dos juntos retratan al hombre con las imperiosas exigencias de la carne y el inmaculado amor de la gloria. Sancho es el instinto y Don Quijote es el alma. Esta, por naturaleza inmortal, lánzase generosamente en persecución de los principios ideales, sin temor á ninguna cosa de este mundo; y aquél, la contiene reclamando la conservación orgánica en nombre también de la naturaleza. El instinto dice por boca de Sancho al autor del *Quijote*, que no se exponga á la crucifixión redimiendo á ingratos; y si los redime, que huya de los poderes coercitivos.... El alma heróica, á pesar de su vehemencia, reconoce la

bondad de estas observaciones y sigue el consejo del vulgo; pero no sin estampar una protesta digna de grabarse en bronce y en mármol: «Por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté de este peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello; y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres.» Manifiesta al pueblo Cervantes, que en manera alguna calló por miedo á los poderosos, sino en bien del pueblo mismo: pues de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarlo todo en un día. Aún sigue diciendo: «y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste, que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad, que dices que temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Macabeos, y á Cástor y Pólux, y áun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.» Por aquí puede verse el carácter de Cervantes; irritábale la opresión, y crecía su ánimo en el peligro: sólo el suponer que podía sentir *un si es no es de sombra de miedo*, le exaltaba extraordinariamente, disponiéndole á resistir á todos los sacerdocios del mundo.

A continuación se trata del hurto del asno, pesadilla de críticos, por las contradicciones que se observan en el *Quijote* sobre este asunto. En efecto, Ginés hurta el asno á Sancho Panza, y en el mismo capítulo se dice que iba encima de él. En la primera y segunda edición se comete el error hasta tres veces; en la tercera lo corrigió Cervantes una vez sola. La misma contradicción se observa en otros capítulos. ¿Debemos suponer tan ligero y desmemoriado al autor de *Don Quijote*?.... Literariamente hay contradicción, pero no en lo interno del poema, porque el asno y Sancho, como figuras representativas son una misma cosa, y estando Panza está el asno también [1]. El hurto del rucio cometido por Pasamonte, significa que el Pontificado priva al pueblo de su condición social, excomulgándole por sus hazañas anticatólicas: que le niega el agua y el fuego, el sustento y el albergue, y le maldice en todo su sér, prohibiéndole toda relación humana como paria y condenado del infierno [2]. Así, Sancho, á poco de hurtarle el rucio se mantiene *del despojo clerical*.

Esta excomunión viene preparándose desde la escena de los frailes benitos, toma cuerpo con la aventura de la muerte y la infernal de los batanes, en la de los galeotes se condensa del todo, y estalla con gran

---

1 Brinco de sus hijos, *regalo de su mujer*, envidia de sus vecinos y *sustentador de la mitad de su persona*, llama Sancho Panza al asno, añadiendo que ha nacido en su misma casa. Todo confirma que la cabalgadura representa la parte corporal y condición social del hombre.

2 Maldito seas si estás de pie, sentado, echado, comiendo, bebiendo, etc. Fórmula de las excomuniones.

temor de Sancho ahora, en el fondo de la epopeya. A nadie se le ocultará que Cervantes tuvo muy buenas razones para no hacerlo en la superficie del libro. Además, aprovechó la ocasión que se le ofrecía de despistar á la censura, poniéndole un entretenimiento literario para que no viera otras cosas de mayor importancia y peligro.

Tres asnos ofrece Don Quijote á Sancho á cambio del que le hurta Paropillo, y dice que su rúbrica vale «para tres, y aún para trescientos fuera bastante,» aludiendo á los que habían de poner al *Quijote* sus comentaristas. Más de trescientos asnos le ha valido, en verdad, á Sancho el rucio perdido. Además, ya dice el autor, precaviéndose contra la censura literaria en el soneto del Burlador: «Sobre él anduvo *(con perdón se miente.)*» Cuando la crítica tildó lo que consideraba un descuido, disculpóse Cervantes á la ligera, y corrigió, como hemos dicho, algún pasaje, por no dar á entender que el error era intencionado; pero en la segunda parte de la obra pone á la crítica en figura de dos regidores buscando al asno alrededor de una eminencia. Con arte tan exquisito imitan al pobre animal estos regidores del pueblo, que ambos se creen asnos y vienen á encontrarse engañados por sus rebuznos [1]. Parécenos que, con esto, el asendereado olvido no necesitará en mucho tiempo más comentarios y aclaraciones.

---

1 Descontada la sátira, quiere decir Cervantes que el lector, al buscar al asno, se encuentra á sí mismo, como parte que es del pueblo.

En el capítulo XIX Cervantes ve que el infierno es una ficción. Ahora penetra en las entrañas de la tierra, donde, según los libros sagrados y las supersticiones vulgares, se halla el Profundo, y, en efecto, ve que el infierno está en la tierra, en la vida real de los pueblos, á los cuales atormentan los demonios, que son sus tiranos. A este lugar, á las entrañas de *Sierra Morena*, ó *Sierra Negra*, lleva el autor á los excomulgados personajes [1]. Allí, evocando la historia, trae al libro los sucesos más culminantes de España, la lucha de la aristocracia y la monarquía, la unión de los reinos independientes, el fin de la Edad Media y el principio de la moderna, hasta los tiempos de Felipe II, con nuestras expediciones al Africa, con los alzamientos populares, disputas de preeminencias entre reyes y pontífices, desventuras del pueblo y de sus caudillos. Alégrase Cervantes de haber llegado aquí, porque este le parece campo digno de sus hazañas, y recuerda *los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades les sucedieron á nuestros heróicos antecesores*, que pelearon malditos de las tiranías en defensa de la libertad. El fruto de tantas proezas está representado en los escudos (dinero y armas) que recoge el pueblo de manos de su caudillo. El antiguo poseedor de los escudos es la aristocracia, antes prepotente y ahora derrotada por la monarquía, según veremos en el curso de esta historia. Las camisas limpias son símbolo

---

1 Véase el capítulo XXV.

de la limpieza de sangre, ó de la sangre aristocrática, que entra en la circulación común al perder el feudalismo sus privilegios. Encuéntrase el héroe estas cosas y se las da al pueblo fiel hasta que hallen á su legítimo dueño; pero Sancho no restituye el tesoro, porque antes se lo habían usurpado al pueblo los caballeros feudales. El carácter nobilísimo del Don Quijote literario exigía que esta entidad procurase devolver los escudos: mas nótese que no repara luego en las mentiras codiciosas de Sancho, ni se acuerda de restituir el dinero en todo el libro.

Viendo el pueblo las ventajas que proporcionan los estudios históricos, aficiónase á esta clase de investigación, y da por bien empleados todos los males sufridos, hasta *las bendiciones de las estacas;* frase muy conforme con la significación del capítulo XV.

También hallan en la maleta un libro de memorias, ricamente guarnecido; lo cual quiere decir, sin duda, que Cervantes se acordaba muy bien de estos sucesos históricos.

Cardenio no sabe si la caída del feudalismo se debe á la monarquía ó á designios de la Providencia, y prevé la ruína total de la aristocracia, porque no puede hallar el remedio quien desconoce la enfermedad que le consume. Esto es lo que se declara en un soneto bastante oscuro, según el autor: «Por esta trova, dijo Sancho, no se puede saber nada: si ya no es que *por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.*» «¿Qué hilo está aquí?» dijo Don Quijote. «Paréceme, dijo San-

cho, que vuestra merced nombró ahí hilo.» «*No dije sino Fili*,» respondió Don Quijote. Esto es, no concluyó de nombrar á *Filipo*, cabo del ovillo dinástico, á la sazón reinante en España. El soneto está, pues, dirigido al rey Felipe, ó la monarquía.

Ya se ve que Don Quijote y Cardenio pertenecen á la aristocracia; pero siguen distinto rumbo. Separándose del tronco común, el primero fué en pos de las ideas inmarcesibles, y el segundo en pos de los blasones; uno atraviesa el mundo levantando á los caídos, socorriendo á los menesterosos y dando aliento á los desventurados; y el otro golpea á los pastores y les arrebata el fruto de sus afanes. La condición social del primero es flaca, la del segundo estéril. A Don Quijote le infunden tristeza los males de la humanidad, y á Cardenio le llenan de furor los suyos propios. Uno es *el Caballero de la Triste Figura* y otro *el Roto de la mala figura* [1].

Al presentárnoslo Cervantes, no es ya el feudalismo una fuerza en la historia: su condición social yace en tierra para siempre. Vivirá, sí, en adelante como aristocracia subordinada á la monarquía, llorando sobre las ruínas de su antiguo poder, y haciendo lo posible por reconquistarlo, pero vendrá á conformarse con ser un ornamento de la majestad.

Nos da noticias del estado anterior del feudalismo

---

1 El autor le califica de *caminante descaminado*, andante que no obra conforme á las leyes de la Caballería: lo mismo que dijimos al hablar de los caballeros feudales, en la aventura de los yangüeses.

un cabrero anciano, el pueblo que presenció su caída. En el discurso de este hombre píntase el carácter de los señores feudales con un solo rasgo, diciendo cómo bajaban desde sus enriscados castillos á las aldeas para despojar de su escasa hacienda á la plebe desventurada. Era esta una especie de locura, cuyos raptos alternaban con la cortesía proverbial de la nobleza española.

Todas sus quejas se dirigen contra Fernando, nombre del Rey Católico, muy oportunamente traído á cuento por haber en sus días muerto el feudalismo. Aún es más notable la oportunidad leyendo las siguientes conminaciones: «¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste; estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, *principalmente la fraude y el engaño.*» No sólo Cardenio, sino muchos historiadores, han motejado en esta guisa á Fernando el Católico.

Con todo lo dicho, Don Quijote y Cardenio tienen muchos puntos de semejanza. Ambos pertenecen á la nobleza, y son poetas y músicos (la época del feudalismo es también la de los trovadores); ambos van contra el rey, y ambos están en el infierno de los vencidos. Don Quijote, hidalgo por alcurnia, reconoce á su igual y le tiene «un buen espacio estrechamente entre sus brazos, *como si de luengos tiempos le hubiera conocido.*» Cardenio examina con atención al héroe, admirándose de ver su figura, talle y armas, y no reconoce

en el campeón de las libertades pátrias al antiguo miembro de la nobleza.

La carta que halla Don Quijote en el libro de memorias expresa la infelicidad de todos los que sufren desdenes de la patria. No tiene dirección ni firma, y escríbela Cervantes condensando el sentimiento de cuantos padecen como él contra justicia y están en el mismo infierno. Aquí aparecen identificados Saavedra y el Roto, porque su situación era parecida, socialmente considerada. La epístola es así: « *Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oídos* LAS NUEVAS DE MI MUERTE QUE LAS RAZONES DE MIS QUEJAS. *Desechásteme ¡oh ingrata!* POR QUIEN TIENE MÁS, NO POR QUIEN VALE MÁS QUE YO; *mas si la virtud fuera riqueza que se estimara*, *no envidiara yo dichas agenas*, *ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel*, *y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz*, *causadora de mi guerra*, *y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos*, *porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste y* YO NO TOME VENGANZA DE LO QUE NO DESEO » [1].

Esto es: Cervantes, desengañado de la patria, se refugia en el *Quijote* para desahogar su pena. Así, antes se sabrá su muerte que el significado del libro. España desdeñó á los sabios por ensalzar á los reyes.

---

1 El Sr Hartzenbuch corrigió *poseo* por no conocer el significado de estas lamentaciones.

Si en aquella época hubiera triunfado la virtud, como triunfaba el privilegio, no llorara Cervantes desdichas propias ni envidiara la fortuna de los poderosos. Amó á una patria hermosa, entrevista en sueños; pero la realidad deshizo su esperanza. No obstante, aún desea paz á la causadora de su guerra, y siente los dolores que sufrirá España al despertar de su letargo. Cuando esto llegue estará vengado Saavedra, el escritor preterido, el guerrero sin fortuna, el mártir oscuro. ¡Ah! ni aun esta venganza quería Cervantes, porque estaba verdaderamente enamorado de Dulcinea.



CAPITULO XXIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA
DE LA SIERRA MORENA.

Si los nobles fuesen dignos de apellidarse tan honrosamente y cumpliesen los deberes de su profesión socorriendo á los menesterosos, amparando á las viudas y los huérfanos, premiando la virtud y persiguiendo la injusticia, como mandan los principios heráldicos, serían los verdaderos caballeros andantes, los redentores de la humanidad. Entonces Cardenio, el Roto de la Mala Figura, el Caballero de la Sierra, ó del Bosque (pues de todas estas maneras le llama el autor para indicar que representa una clase), estaría á la altura de Don Quijote. Pero, históricamente considerado, el Roto es noble sólo por sus timbres, y el Caballero de la Triste Figura lo es también por condición natural: así, el primero se extravió en las encrucijadas del egoismo, olvidándose del pueblo y menospreciando los mandatos de la conciencia; y el segundo siguió rectamente el camino de la andante caballería para redimir á los hombres.

Saavedra se duele de que la aristocracia viva entregada á los placeres sensuales *«como bruto animal,*

tan agena de sí misma cual lo muestran su traje y persona;» y jura por la Orden de caballería y por su profesión de caballero andante, levantarla al estado que le corresponde, si el mal tiene remedio: de lo contrario llorará su desventura, lamentará que persista en sus vicios y errores una clase para quien estaban guardadas las empresas heróicas. La aristocracia deja sin contestación los levantados ofrecimientos de Don Quijote y pide de comer al pueblo: nada le importa la idea, sólo quiere satisfacer su sensualidad; vicio que retrata Cervantes en esta expresión:.. «Satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, *como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba,»* donde claramente se ve la gula, y por extensión los otros vicios. A Don Quijote le traen al infierno sus virtudes, y á Cardenio sus pecados. A este propósito recuerda Cervantes el cuento de las cabras.

La historia de Cardenio es una síntesis de la lucha habida entre la aristocracia y el rey. Todo pasa *en esta Andalucía* del libro, no en la geográfica: en la *Vandalusia*, ó tierra de vándalos. Leyendo la historia de la Edad Media, se ve cuán propiamente se califica con aquella palabra la época feudal, en que el pueblo sufría toda especie de atropellos y vejámenes; época de robos y asesinatos, de verdadero vandalismo. El pueblo trabajaba; la aristocracia y el rey vivían del expolio: su oficio consistía en guerrear. Con el nombre de Cardenio se expresa esto mismo: la en-

tidad á quien representa estaba cárdena á fuerza de golpes; además, se trata de un derrotado.

La aristocracia y el rey perseguían el mismo ideal, querían la posesión de Luscinda, que es la paz: *Lucs inda*, la estrella de Oriente, nuncio de redención. La quieren exclusivamente para sí, ambicionan su paz, el triunfo de su fuerza. Con aquel nombre se hace también referencia á los sátrapas de Oriente.

La aristocracia conoce y ama al ideal antes que el rey, porque, con ella, el poder absoluto desciende hasta el pueblo. La autoridad, que antes residía en un solo hombre, se divide y subdivide al nacimiento de la aristocracia: con esto el rey baja un escalón, y la plebe sube otro en la gradería social: de esclava se transforma en sierva, preparándose á recibir con el tiempo la libertad absoluta. El trono, combatiendo á la aristocracia, no puede oprimir sosegadamente al pueblo, y poco á poco se va quebrantando su fuerza; á los nobles les sucede lo mismo. Estos pierden la autoridad antes que el rey; pero á la postre, ambas instituciones tienen que rendirse á la soberanía de la nación.

Los principales personajes de este episodio no están bien definidos ahora. Aquí se sobrepone la literatura al simbolismo. Luégo son más numerosos los pormenores, más enérgicos los rasgos, las figuras más salientes, sobre todo al intervenir en la acción general de la epopeya.

Cardenio refiere las vicisitudes porque pasó la aristocracia. Creyó al principio que tendrían buen térmi-

no sus amores, que alcanzaría la cumbre social, porque era la espuma del pueblo, la nobleza, la fortuna, lo más brillante y florido, no sólo en armas, sino también en letras, como dan á entender estas exclamaciones: «¡Ay, cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad!» Más tarde se verifica su aproximación al poder, simbolizado en el duque Ricardo, señor de la Vandalusia [1]. Esta entidad tiene dos hijos; pero no se habla aquí más que del segundo, del poder real, (D. Fernando), dejando para otro lugar el mayor, que es el religioso. En los primeros tiempos la aristocracia y el rey son buenos amigos. A Cardenio le satisface su Luscinda, y á D. Fernando la patria real, una labradora llamada Dorotea, vasalla del poder absoluto, y á quien goza el rey con título de esposo. Juntas la aristocracia y la monarquía van á la ciudad del califato en pos de los brillantes destinos (ya se sabe que los caballos representan esto). En tal ocasión el poder real se enamora de la Luscinda; y despreciando á la patria, después de haber gozado sus tesoros, quiere poseer toda la autoridad, sin compartirla con Cardenio.

Luscinda es muy aficionada á los libros de caballe-

---

1 Duque ó dux, jefe, Ricardo, de Rika, príncipe

ría, esto es, á los estudios ideales, á las grandes luchas humanas. Al oirlo exclama Don Quijote: «Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballería, no fuera menester otra exageración para darme á entender *la alteza de su entendimiento;* porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, *para conmigo* no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que con sólo haber entendido su afición, la confirmo *por la más hermosa y discreta mujer del mundo.*»

Quisiera Don Quijote, que en vez de ser aficionada á los reyes lo fuese á las repúblicas (Amadis de Gaula y D. Rugel de Grecia); «*pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta*,» y tardará en hacerse la enmienda lo que tardaren los nobles en identificarse con el ideal de Cervantes.

En lo externo del poema rómpese la hilación del discurso de Cardenio, porque este personaje habla, con aparente incongruencia, de Madásima y Elisabad. Esta inopinada salida de un loco hace reir á los lectores; pero en el fondo de la alegoría causa admiración ver cómo Cervantes enlazaba las ideas sin dejar rastro en la superficie. En efecto, el loco asiente á las palabras de Don Quijote. Combate éste á la monarquía, manifestando además deseos de que la aristocracia siga un rumbo contrario al de esta forma de gobierno, y el

caballero del Bosque condena el concubinato de la monarquía y el sacerdocio. Sus tiros van principalmente contra Isabel la Católica, en cuyo reinado, como ya dijimos al hablar de D. Fernando, perdió la aristocracia su más firme baluarte.

Sin duda alguna se trata de Isabel la Católica y del Cardenal Cisneros [1]. En el capítulo XXV los retrata Don Quijote con estas palabras: «La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina.» En la misma página añade: «Cuanto más (está obligado el caballero á volver por la honra de las mujeres), por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa además, *fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades (que las tuvo muchas)*; y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba.» Sin duda en su tiempo se murmuró de estos dos celebérrimos personajes, y áun creemos haberlo leído así en algunas historias. Cervantes refleja esta murmuración del pueblo en el lenguaje de Sancho Panza, adaptando al caso una sarta de refranes que

1 El nombre Elisabad, contiene el de Isabel.

dan tono completamente popular á las hablillas: «Allá se lo hayan; con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas, ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que de Dios dijeron.»

La aristocracia está en carácter, censurando al Cardenal Cisneros, de quien fué gran enemiga, precisamente por cuestión de autoridad. Antes había ido Cardenio contra Fernando el Católico; ahora va contra su esposa Isabel y contra el Regente del reino: en suma, contra cuantos precipitaron la caída de la turbulenta aristocracia.

Cervantes, como todos los que se inspiran en lo ideal, no zahiere á las personas: ataca enérgicamente al despotismo; pero rechaza las murmuraciones que empequeñecen y deshonran el combate. Al defender á la reina contra la calumnia, luchaba en pro de la justicia. Mandábanselo sus nobles ideas, ó como, él mismo consigna, tal le tenían sus *descomulgados libros*. Por esto dice también: «¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora.» De esta manera se insinúa además que había oposición entre las dos entidades, Madásima y Dulcinea

Hay bastantes indicios para poder asegurar que el concubinato, desmentido en lo que se refiere á las personas, se admite en lo que toca á las instituciones. Que Cervantes veía y censuraba este contubernio del sacerdocio y la realeza, está bien probado en muchas partes del libro. Aquí lo trata en forma diferente. El sacerdocio (Elisabath, gloria del Señor, *el abad*, como le llama Sancho) y la monarquía (Magimasa, masa mágica, institución divina), ¿están ó no amancebados? Son puros ante Dios y ante los hombres ¿ó viven con vilipendio? Don Quijote niega esto último; pero el Roto lo afirma, dando con un canto en los pechos al héroe, y la verdad es tan contundente, que le hace caer de espaldas. Al mantener la tésis, Cardenio está más loco que Don Quijote, y ya sabemos lo que significa en estas páginas la locura.

Cervantes aprovecha la ocasión para reflejar una de tantas guerras civiles como han fraguado los reyes. Cardenio y Don Quijote, proceden de la aristocracia: al pueblo pertenecen el cabrero y Sancho.... No obstante, riñen y se maltratan por la honra ó la deshonra de la majestad.

Asi se ensangrienta la historia.



CAPITULO XXV

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS
QUE EN SIERRA MORENA
SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA
Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO DE LA PENITENCIA
DE BELTENEBROS

«Querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida.... Que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, candilazos y puñadas; y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.» Ya en el capítulo XXI, dice Sancho que si pudiese hablar tanto como solía, quizás diera buenas razones sobre lo del yelmo. Estas palabras y las que anteceden quejas son naturalísimas, que arrancaba al viejo soldado de Lepanto, la opresión del pensamiento en aquella época desdichada. Vivía el pueblo español en contínuos y mortales sobresaltos, sufriendo toda clase de golpes, siendo manteado aquí, acoceado allá, y «sin osar decir lo que el hombre tiene en su cora-

zón.» Unicamente el elemento militar podía desahogarse algo mientras estaba en campaña; pero esta libertad de que se gozaba en la vida aventurera, no la tenía el pueblo en la normal de las ciudades. A esto se refiere el permiso de Don Quijote: «Dí lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.»

Sancho quiere hablar no por dar gusto á la lengua, sino por ilustrarse escuchando á su caudillo.

Otra cosa fuera si hablasen los animales, como en tiempo de Guisopete, porque entonces reflexionaría, hablaría consigo mismo, esto es, con su jumento [1].

Don Quijote alza «el entredicho» á Sancho, y éste discurre libremente acerca del contubernio político religioso, tratado en el capítulo anterior. El héroe censura esta murmuración contra personas, y dice al pueblo que siga su huellas, las del ideal, cuyas reglas sabe Don Quijote, mejor que todos los caballeros del mundo. «¿Y es buena regla de caballería (objeta Sancho) que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco?» La misma pregunta podrían hacerse los lectores del Ingenioso Hidalgo. Y hallarían la contestación en estas palabras de Cervantes: «...no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpétuo nombre y

1 Alúdese tambien á la burra de Balaham, del mayor libro de caballerías.

fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.» Cervantes, se retira á lo más intrincado y obscuro del libro, con el estigma de los reyes, con el peso de la maldición sacerdotal, con sus ideas proscritas, pobre, desdeñado, herido en su cuerpo y en su alma, para meditar acerca de los problemas sociales más trascendentes, y resolverlos, ó manifestar las causas que se oponen á la regeneración del mundo.

Buscando en la historia un modelo á quien imitar, halla á Cárlos V (Amadis de Gaula), que, además de haber perseguido, como Alejandro y César, la unidad política universal, tenía sobre aquellos para el caso la ventaja de pertenecer á la época de Cervantes. Quizá se refiere el autor á Francisco I, cuando dice: «¡Mal año y mal mes para Don Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo (á Amadis de Gaula); porque se engañan, juro, cierto.»

Pero entiéndase que pinta á Cárlos V no como fué, sino como había de ser, para dejar ejemplo de sus virtudes á los venideros hombres. Así, después de hacer el retrato ideal de tan famoso emperador, censura sus defectos reales; y mezclando lo cómico con lo sério, y lo sublime con lo ridículo, en cuyas transiciones nadie llegó al eximio Saavedra, búrlase de la retirada de Cárlos V á Yuste, tomando ejemplo de lo que hizo

Amadis, al verse desdeñado de la señora Oriana [1].

Manifiesta el héroe al Pueblo su deseo, de imitar á Cárlos en lo de hacer penitencia, ya que no puede en lo de «hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos.» Esto es, que la situación del sábio coincide con la del Emperador en pobreza, no en poder. También quisiera imitar á Roldán, cuando se entregó á la destrucción porque Angélica, había cometido vileza con Medoro. Con esta imágen, inicia un tema que desarrolla en la aventura de la princesa Micomicona. Angélica es la religión cristiana, que en la época de Cervantes descendió al nivel del mahometismo, por su barbarie: no había diferencia esencial, entre moros y cristianos. Esta es la vileza que Angélica cometió con Medoro. Causábanle indignación á Cervantes tan indignas relaciones; pero no quería imitar á Orlando en lo furioso [2], por no hacer daño á la Pátria: bastábale con llorar su desventura.

Sancho dice: «Paréceme á mí que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería *con moro ó cristiano?*» «*Ahí está el pun-*

---

1 Oriana es la fortuna. Recuérdese la frase pronunciada por Cárlos V, antes de retirarse á Yuste. La fortuna gusta de los mozos, y se cansa de los viejos.

2 Nótese la semejanza que hay entre Rotolando y el Roto, en nombre y conducta.

to, respondió Don Quijote, *y esa es la fineza de mi negocio.*»

Cervantes no era jefe de un Estado, como Carlos V; pero amaba á su patria lo bastante para sentir sus males y tratar de remediarlos. Esta era la fineza de su negocio. Luego dice: «*el toque* está en desatinar sin ocasión,» para despistar á los buscadores de heregías; y añade: «y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?» Si tanto hizo siendo un simple particular, ¿qué hubiera hecho desde las alturas del Gobierno público?

No pudiendo regenerar á España, á causa de su mísera condición social, se retira á la Peña Pobre: mejor dicho, siempre vivió en ella. Allí estuvo ausente de la patria, lejos de su corazón, y alimentándose de ilusorias esperanzas, henchido de ideas redentoras, que hubieran parecido á sus contemporáneos hijas de la demencia. Indudablemente, los sentimientos de este capítulo nacieron en la cautividad de Argel, juntos con aquellos proyectos de libertad, verdadera quijotada, que frustraron los malignos encantadores.

«Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, *seré loco de veras;* y siéndolo, no sentiré nada.» Pareciendo loco por sus inusitadas ideas, claro es que en aceptándolas la patria, como se hacían comunes y corrientes, dejaba el héroe de ser loco. Si

España las rechazaba, temía Cervantes perder el juicio de veras: tan acendrado era su patriotismo. En esta ocasión Don Quijote se acuerda del símbolo del poder, maltratado por los enemigos del ideal; y dice Sancho, viendo de cuán poco les sirve en su desgracia, que cree mentira todo lo afirmado por Don Quijote acerca del Gobierno público. La bacía, ó corona de los reyes, sí la lleva; pero es *para hacerse en ella la barba.*

Cervantes advierte al pueblo que si la corona parece una bacía de barbero, es por culpa de los opresores. Todo está vuelto del revés, en la Historia y en este libro. «Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, *y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos.*» Lo que al lector le parece una bacía de barbero, á Cervantes le parece el símbolo del poder (yelmo de Mambrino), y á otros les parecerá otra cosa. Y aún se felicita de que sus enemigos crean que trata de una bacía, por que de otra suerte, le hubieran perseguido, destruyendo su obra: «Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, *siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero, como ven que no es más de un* BACÍN *de barbero* (de rey), no se curan de procuralle.»

En esta ocasión no le sirve á Cervantes el yelmo ni otra clase de armas. No siendo posible la lucha,

deja correr el llanto en una tierna y elocuentísima deprecación, donde se ve al angustiado cautivo, al ausente de la patria: ya no es el héroe que vive en incesante ejercicio, sino el mártir anónimo que llora su impotencia: su destino es vivir á la ventura, por lo cual dice á Rocinante: «Libertad te da el que sin ella queda ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte!» Sancho añade á esto: «¡Bien haya quien nos quitó el trabajo de desenalbardar al rucio! que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué; que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, *pues no lo estaba su amo*, que era yo cuando Dios quería...» Señalando así la diferencia que hay del vulgo al redentor. Por otra parte, la pérdida del rucio y la libertad del caballo de Don Quijote eran necesarias para dar á Sancho la representación del héroe. En efecto: trátase de que el pueblo vea á la patria y la manifieste los sentimientos del caudillo: de manera, que éste es quien va en la persona de su escudero; y como Sancho es mal caminante, esto es, mal caballero andante, necesita la cabalgadura de Don Quijote.

Saavedra quiere que vea el pueblo con sus propios ojos cuántos esfuerzos hace por el bien de la humanidad, y cuán míseramente queda en el cautiverio, para que se lo diga á la patria; y Sancho le excita á fingir sus pesares, á no tomarse ningún trabajo por la rege-

neración del mundo; pero Cervantes declara que sus penas son firmes y valederas, sin mezcla de sofismas ni fantasías. También se refiere al *Quijote:* «Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que á tal peña podría llegar, y en tal punto (alusión al pontificado), que con la primera se acabase la máquina de esta penitencia; y sería yo de parecer, ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, *y que no se puede hacer esta obra sin ellas...»* ¿Quién no ve que se está hablando del libro?

La situación de Cervantes era tal, que se hacían necesarias la caridad y la fraternidad cristiana, ó las hilas y el bálsamo. Sancho dice que deja á su caudillo en el purgatorio, y Don Quijote añade: «¿Purgatorio le llamas?... *mejor hicieras en llamarle infierno;*» lo cual confirma lo anteriormente dicho, y lo que aseguramos al empezar el estudio de la aventura; esto es, que Sancho y Don Quijote, condenados por la Iglesia, están en el infierno. «Quien ha infierno nula es *retencio*,» dice Sancho; gracioso equívoco, con el cual se desmiente la doctrina de las penas eternas. Al mismo tiempo da á entender que Cervantes tenía esperanza de redención.

Seguidamente trátase de llevar el mensaje á la patria. Don Quijote lo escribe en un libro de memorias. Pero ¿lo lleva Sancho? Sí y no: no, porque el mencionado libro, según el texto entendido literalmente, se queda con Don Quijote. Sí, porque Sancho recuerda

sustancialmente la carta cuando se la pide el cura. La había llevado en la memoria, en el libro de memorias. Véase, pues, cómo la anotación de la carta, la intención de entregársela al escudero, el casual olvido y los otros pormenores son puro artificio literario. La verdad de esencia es que Cervantes, como todos los héroes, fía á la memoria del pueblo sus hechos hazañosos para que éste los transmita á la patria.

Vengamos á otro punto. Dice Don Quijote á Sancho: «y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar (la carta) en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristán te la trasladará.» No le dice que la traslade un maestro ó un sacristán, indiferentemente; se ve que la idea predominante es que el maestro la traslade. Natural era que antes tropezara Sancho con sacristanes ó curas que con maestros, en gran minoría respecto de los otros por aquella desventurada época; y en este supuesto naturalísimo hubiera sido que Cervantes dijera: «y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar... por el sacristán en el primer lugar que hallares,» puesto que no habría lugar sin sacristán y sí muchos sin maestro. Todo lo cual indica que Cervantes quería ver interpretado su pensamiento antes por la ciencia que por la devoción fanática é ignorante. La frase «y si no cualquier sacristán te la trasladará» es á todas luces irónica, como si dijéramos: eso que abunda. Don Quijote añade: «y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada,

que no la entenderá Satanás.» Cervantes ya sabía que quien había de enterarse primero de la carta era el cura: no quiere que la letra sea de tal suerte que Satanás no la entienda; otra identificación del cura y Satanás.

En el mismo libro de memorias va inserta la cédula de los pollinos; para que no se tache al autor de desmemoriado.

La nación española no sabía leer ni escribir, ni había reparado en Cervantes....

Aquí se considera á la patria en sus dos aspectos, ideal y real. Asómbrase el pueblo al saber que Dulcinea es la misma patria que él conoce y admira á su modo. No es para el vulgo España la hermosura que el héroe á todas horas pondera, alaba é inmortaliza, y que según éste, merece ser señora de todo el universo; sino una patria fuerte, valerosa, que toca á somatén (pues tal es la llamada de Dulcinea desde la torre á los zagales del campo) y todo el mundo la oye y obedece; patria labradora, y por tanto, ruda, pero también llana, jovial y burlona. «¡Con justo título puede desesperarse y ahorcarse por ella el caballero, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo!» Con estas palabras se da á entender que la patria merece nuestros sacrificios; pero no expresan menos la indiferencia con que vé la desesperación y la muerte de los más esclarecidos varones. Con el mismo desdén, y hasta con burla, recibe los presentes de los sabios, de los luchadores y

descubridores, y esto quiere decir la pregunta de Sancho: «¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo... de que se le vayan á hincar de rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen, *estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras....*»

El pueblo, como Don Quijote, ausente de España, siente deseos de verla, y dice que debe de estar trocada, «porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire.» Esto es cierto en el sentido directo y en el figurado, pues las muchas guerras y asonadas cambian, estropeándola visiblemente, la faz de una nación.

Para lo que quería Don Quijote á España, tan grande y digna era como la mejor del mundo; queríala para regenerarla, pues no era él como otros que se fingen ardientes patriotas para alcanzar renombre. Bástale á Cervantes saber que España es hermosa y honesta, que lo del linaje importa poco. El se la imagina grande, y sublime, de tal modo, que ni Grecia ni Roma, ni ninguna otra nación antigua ó moderna, la exceden en hermosura y en fama.

Con los encomios del caudillo, convéncese el pueblo de la alteza de España: «Digo que en todo tiene vuestra merced razón, *y que soy un* ASNO.» Bien se vé aquí que el asno y Sancho son una misma cosa, *aunque algunas veces se le olvida cómo se llama.*

Cámbiese el nombre de Dulcinea por el de España,

y prescíndase del lenguaje anticuado, con que el autor disfrazó lo triste de los conceptos, y se advertirá que la epístola es tal como Cervantes pudiera dirigirla á la patria. «Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás he oído: ¡pésia á mí, y cómo le dice ahí vuestra merced *todo cuanto quiere*, y qué bien que encaja en la firma *El caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa...» «Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traigo».

Temiendo Cervantes, que el pueblo no se penetrase bien de la triste situación en que se hallaba, hace que Don Quijote inste á Sancho para que se quede hasta verle dar unas zapatetas, que son las que metafóricamente dió Cervantes en su estrechez. El Pueblo dice que no quiere llorar más, pues bastante ha llorado por sí propio; pero indignado al ver la pobreza del héroe, exáltase, y hace voto solemne de arrancar á la patria lo que no da de buen grado. «A fé, Sancho, que á lo que parece, no estás tú más cuerdo que yo.» «No estoy tan loco, mas estoy más colérico.» El sabio se contenta con el amor, el vulgo quiere la posesión: éste se dará por satisfecho con forzar á su amada; pero aquél necesita el libre y espontáneo asentimiento de la que adora y respeta; el vulgo, al ver la ingratitud de la patria, se encoleriza: el héroe siéntese lleno de tristeza, y áun poseido de locura.

Váse el pueblo después de haber llorado con el

caudillo; mas reflexionando que Don Quijote tiene razón cuando le ruega que vea bien sus desventuras, vuelve; pero márchase otra vez al instante, por no ver al caballero en penuria tal, que no puede expresarse sino del modo que lo hace el autor y con una enérgica frase aragonesa.

Allá va con el mensaje que el redentor dirige á la patria; feliz quien vea el día en que España conteste favorablemente ese mensaje! Entonces no tendrá el pueblo que buscar á los héroes por la calle de la amargura, como indican las retamas, por las cuales había de hallar Sancho á Don Quijote.



CAPÍTULO XXVI

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS QUE DE ENAMORADO HIZO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA

No sabe Cervantes qué partido tomar en su desgracia: lucha entre la cólera y la melancolía. Estas vacilaciones del ánimo son muy propias del que se halla en la situación en que se hallaba el autor del *Quijote*. Lanzarse al combate era caminar seguramente á la derrota. ¡Si hubiera sido invulnerable como Roldán! Pero estaba solo contra la fuerza inmensa del sacerdocio y la monarquía. Vuelve á manifestar que la causa de su enojo es la perversión del cristianismo, tan semejante en su tiempo á la religión de Mahoma. Pero de esto no puede culpar á la patria idealizada, á su Dulcinea, «que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje,» aunque sí había visto á los moros encantadores que imposibilitaban su advenimiento. Ni áun la patria real tenía culpa: y así no era bien que Saavedra desahogase en ella su enojo, como hacen los que encienden la guerra civil: «Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, (de manifestar claramente sus ideas é indignación), ni

dar pesadumbres á estos árboles, *que no me han hecho mal alguno*, ni para qué tengo de enturbiar el agua clara de estos arroyos, los cuales *me han de dar de beber cuando tenga gana?*» ¿Para qué destrozar la patria, si nos sustenta, y no es culpable de los males que producen los tiranos? No disponiendo Cervantes, como disponen los reyes, de elementos para transformar la sociedad, y no queriendo hacer sufrir estériles trastornos á la patria, opta por resignarse, escribiendo este libro melancólico, convencido de que la posteridad dirá de él «que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas.» Con esto imita al Carlos V ideal de que habla en el capítulo anterior; y volviendo á la sátira, que es su fuerte, se burla otra vez de la retirada de Yuste, y por extensión de los místicos eremitas, que se entregaban al rezo en perjuicio de la sociedad.

Consta que Carlos V pasaba la mayor parte del tiempo rezando en Yuste, sin dejar los negocios de Estado mas que en apariencia (esto último prueba que en su abdicación influyó más el despecho que el cansancio). Don Quijote le imita por burla. Esta es la única vez que reza nuestro héroe, y véase cómo. En la primera edición se dice: «Rasgó una gran tira *de las faldas de la camisa*, *que andaban colgando*, y dióle once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó *un millón* de avemarías. Por aquí (sin extendernos en pormenores) puede verse la opinión que á Cervantes le merecían las rutinarias prácticas del culto cató-

lico, y áun la valentía que mostraba al exponerlas. Alguien debió de advertirle que era harta en aquellos tiempos, y en la segunda edición dió Cervantes nueva forma á lo escrito, diciendo que hizo el rosario de agallas, porque sin duda las tenía para hacerlo el verdadero Don Quijote. Lo poquísimo que se le escapaba á la censura, afeábalo, tal vez, la sociedad, influída por el miedo ó la adulación. ¡Qué hubiera escrito Cervantes á no irle nadie á la mano!

En este capítulo se indica nuevamente que Dulcinea es la patria: Con la añadidura del Toboso, se alude á la capital de la nación. Cuando escribía Saavedra la primera parte de su libro inmortal, estaba la Corte en Valladolid; pero había estado ya en el pueblo del Oso y el Madroño. Por esto dice que tuvo oso (Toboso). La alusión era muy oportuna, porque ambas poblaciones se disputaban entónces la capitalidad. Además, para que el vocablo se atraiga la atención de los hombres agudos, lo pone Cervantes despegado del conjunto, pues siempre se nota más lo que estorba y rompe la harmonía, que lo que encaja y compone; tal somos, más inclinados naturalmente á la censura que á la alabanza.

El pueblo va representando al héroe por el camino real, único abierto á la vida en aquella época. Por una ladera se iba al trono y por otra á la sede, y así, la sociedad tropezaba con el sacerdote y el rey, como Sancho. Conociéronle ellos «tan bien como que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hi-

cieron el escrutinio y auto general de sus libros.» Ambas potestades van en busca de Don Quijote con el propósito de hacerle abjurar sus ideas. El pueblo no quiere descubrir á su caudillo; pero los déspotas, tocando el resorte de la calumnia y el terror, le obligan á ello, y él les descubre los planes del héroe, y les dice que lleva un mensaje á la patria. De esta manera, el sacerdocio se interpone entre Don Quijote y Dulcinea, entre el hombre y el ideal, y la patria no llega á enterarse del mensaje que la envían sus amadores. Por otra parte, el pueblo no recuerda bien cuáles son los sentimientos de sus guías; no sabe interpretar las ideas sublimes; se deja olvidado el libro de memorias.

El solapado sacerdocio le intimida primeramente para atraerle á su partido, como ya se ha notado; después le revalida la manda de Don Quijote diciéndole que estas promesas jamás se cumplen, y dándole á entender que él las hará valederas con su autoridad y poderío. Después le adula, ponderando irónicamente la buena memoria de Sancho. Con esto el pueblo se rinde á la influencia del sacerdocio, y le descubre absolutamente los secretos de su caudillo, revelándole que persigue la soberanía nacional y el gobierno del pueblo. La monarquía y el sacerdocio se admiran de ver los progresos que han hecho las ideas heróicas en Sancho, y emplean toda su astucia en desviarle de este camino, induciéndole á preferir el eclesiástico...: «le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el

discurso del tiempo á ser emperador [1], como él decía, *ó por lo menos arzobispo,* ú otra dignidad equivalente.» Separado el pueblo de su caudillo, no siente gran repugnancia en volver al seno de la Iglesia (no debemos olvidar que Sancho y Don Quijote están excomulgados); pero quisiera saber qué ventajas le reportaría esta claudicación. El héroe le promete una ínsula, la gobernación del Estado, y el sacerdocio *un beneficio simple:* y aún para esto tendría Sancho que renunciar al matrimonio, violentar su naturaleza, con lo cual extinguiríase la especie, porque no habría quien engendrase hijos, y por tanto, no habría pueblo. Además, no sabe el A, B, C, ó Christus: para lo que le quiere el cura, no sabe ser cristiano.

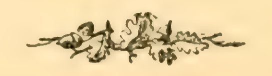
Viendo estas tendencias del pueblo, enmudece el sacerdocio, y acude en su ayuda el poder real: «No tengáis pena, Sancho amigo, dijo el barbero: que aquí rogaremos á vuestro amo (y se lo aconsejaremos, y áun se lo pondremos en caso de conciencia), que sea emperador, y no arzobispo...» Es decir, que el sacerdocio le brinda con el poder eclesiástico, y el rey con el poder político; pero ambos le engañan: su objeto es inutilizar al héroe, transformarle en vulgo, ahogar la protesta de la libertad que truena incesantemente en la historia; y acuden al pueblo para que seduzca á su caudillo. El Pueblo lo fía todo á Dios, y le ruega que eche al héroe á aquellas partes donde más se sirva, y

1 Nótese que aquí ya se trata mamifiestamente de imperio; únase esto con lo de Carlos V.

adonde á él mismo más mercedes le haga. «Vos lo decís como discreto, dijo el cura, *y lo haréis como buen cristiano.*»

Por el momento el sacerdocio y la monarquía prescinden de Sancho, y acuerdan representar una farsa para desviar al heroismo, para torcer y desbaratar sus empresas. No obstante, ya veremos cómo después echan mano de la España real para el mismo objeto. De esta manera siempre son ellos los autores morales de nuestras desdichas, y el pueblo quien trabaja en su propio daño, inducido por la falacia de reyes y sacerdotes, principalmente por Roma.

El cura, fingiendo ser una doncella afligida y menesterosa, pedirá al héroe que le libre de un mal caballero, y él no podrá menos de hacerlo así, como se lo mandan las leyes de la caballería. Es la religión, que acude llorosa pidiendo á los héroes cristianos el exterminio de los infieles, para distraer así las fuerzas que habían de serle perjudiciales, utilizándolas en provecho propio. De esta suerte, todos sirven á Roma: los héroes, el pueblo, hasta el rey, que desempeña un papel secundario en la trama, pues sirve al cura de escudero. Y lo mismo ocurre en la historia: todos son esclavos del sacerdocio, porque domina en las conciencias.



CAPITULO XXVII

DE CÓMO SALIERON CON SU INTENCIÓN EL CURA Y EL BARBERO, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE QUE SE CUENTEN EN ESTA GRANDE HISTORIA

Desde que aparece en escena, representa el barbero al poder real; pero hay ocasiones en que este personaje no interviene en la fábula, y entonces hacen su oficio otras figuras: tal es el ventero, en el capítulo XVI. Nadie que entienda de materias literarias podrá censurar esta doble representación de una misma idea en un libro que tiene dos significados: y más, considerando que se verifica en diferente tiempo y ocasión. Al principio, el barbero representa al poder real; pero la variedad del poema externo pedía que no acompañara siempre este personaje á Don Quijote, y asimismo exigía la creación de otros personajes; de estas dos consideraciones nace el ventero, que hace de rey en ausencia de maese Nicolás. Vuelve éste á tomar la representación para la aventura de Sierra Morena, y el ventero queda olvidado ó anulado temporalmente. Para esto da la Majestad sus atributos al cura y el barbero, y éste se apodera de la cola donde el amo de la venta tenía colgado el peine. Ya se verá que

Cervantes da mucha importancia á este apéndice del buey barroso. Acaso se esconde aquí un recuerdo del buey Apis, y por tanto, de la espantosa tiranía antigua. Añádase á esto que los bovinos en el *Quijote* simbolizan la lentitud de los tiempos reaccionarios. Además se trata de pelo y peine, cosas tan propias de barbero, y los barberos son aquí los monarcas: nótese también que es una cola ó rabo lo que aprovecha maese Nicolás para dar autoridad á su rostro, y no se olvide que el pueblo quiere llevar al rey por rabo. Todo lo cual induce á creer que la cola, tan bien defendida por la ventera en el capítulo XXX, es un símbolo de la autoridad real. De Don Fernando puede decirse lo mismo que del barbero y el ventero: representa á la monarquía en ausencia de estos personajes; y al reunirse los tres ya tiene el autor buen cuidado de indicar la preponderancia de uno sobre los otros dos, convertidos desde aquel momento en meros ejecutores de las órdenes del cura, como suele acontecer en la historia.

La Majestad da al sacerdocio una saya y unos corpiños, y éste á ella en cambio una sotana; concesiones recíprocas de los dos poderes. La saya y los corpiños eran de los tiempos góticos, en los cuales se celebró el consorcio de la monarquía y la Iglesia. No permite el cura que nadie llegue á su ungida cabeza, y así, él mismo se toca, poniéndose un *birretillo de noche;* cíñese la frente con una liga de tafetán *negro*, y con otra hace un antifaz *para cubrir su rostro;* además se pone

un sombrero tan grande que puede servir *de quitasol;* todos estos pormenores indican la obscuridad de la institución que representa. Disfrazado de mujer el sacerdocio, montado en una estéril mula, y acompañado del poder real, dirígese en busca de la más alta representación del heroismo, en apariencia para librarle de sus supuestos errores, para sacarle del infierno donde le tienen sus ideas condenadas, y en realidad para combatirle y esclavizarle. Roma bendice la empresa, prometiendo rezar un rosario, *aunque pecadora*, porque Dios les dé buen suceso en *tan arduo y cristiano negocio.* Esto último retrata á la Iglesia, que, en nombre de un Dios de paz, excita á la guerra y la matanza, peleando ella misma, y orando por los que mata con su propia mano. La religión católica es como un puñal: tiene la cruz en un extremo y en el otro la muerte.

Siempre que ha podido el sacerdocio ha encomendado á los demás el trabajo de acometer las empresas para saborear él el fruto sin esfuerzo ni peligro: «...apenas hubo salido de la venta, cuando le avino al cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, *aunque le fuere mucho en ello;* y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, *aunque á Don*

Quijote se le llevase el diablo.» Ya se ve cuánto le importaba la condenación de un alma al sucesor de aquel que murió en una cruz por redimir á los hombres, según la Iglesia. La monarquía cede á las exigencias del sacerdocio; pero luego los dos inductores se valen del pueblo y de la España real, que vienen á ser lo mismo. En efecto, engañan á Sancho diciéndole que todo cuanto hacen va encaminado á libertar al héroe y á sacarle de la mala vida que ha escogido. El pueblo cae en el lazo que le tienden los poderosos, les confía los secretos de su caudillo, y promete decirle que llevó el mensaje á Dulcinea. Así sucede en la historia: el pueblo, sus héroes y la patria (en su concepto ideal), ven trastrocadas sus relaciones por el cura, dispensador del poder, árbitro supremo de las conciencias, enemigo contumaz de la justicia. En la época de Cervantes el sentimiento heróico intensísimo anhelaba explayarse, conforme á su naturaleza expansiva, en la esfera de lo ideal; y á seguir el rumbo cierto, hubiera transformado á la España de la Inquisición y del rey en la Dulcinea de Cervantes; pero la inconsciencia popular no traducía bien los sentimientos heróicos, ni sabía colocarlos en la eminencia donde respiraba la maravillosa Aldonza Lorenzo; yendo en busca de la patria, encontrábase con el cura, y le confiaba los secretos de su caudillo. De este modo no era posible el comercio intelectual de los héroes y la patria; el sacerdocio, dueño de todos los cabos, anudaba la vida á su antojo, y los grandes hombres se-

guían el camino trazado por la Iglesia. Así, los esfuerzos geniales que han llenado de maravillas el presente siglo, se concretaron entónces á guerrear en pro de la monarquía y el sacerdocio. Verdad es que servían á la patria en lo posible, que reconquistaron la tierra usurpada por los moros, que ocuparon y sometieron á América, que nos salvaron de la opresión turca y pelearon en África; pero ¡qué no hubieran hecho sin el fanatismo engendrado y mantenido por Roma! Se comprenderá, á poco que se medite sobre esta verdad palmaria: las luchas religiosas son las más terribles. Con esto quiere el sacerdocio mover y obligar el ánimo de Don Quijote. Uniendo en un interés común la patria y la religión (pues la Iglesia hace suyos los prestigios más grandes), manda al héroe que acuda al mentido llamamiento de Dulcinea, «so pena de la su desgracia.» He aquí la contestación que tuvo el mensaje. Deseaba el héroe la correspondencia de sus ideales amores, la instauración del derecho, el triunfo de la justicia; tal vez se oculta aquí, según insinuamos, la idea de llevar al Africa la antorcha de la civilización, encendiéndola en España primero, en atmósfera libre de la asfixiante teocracia, para que ambos pueblos se redimieran por la ciencia y la libertad; y el cura lo trastorna todo, haciendo que los héroes pasen el Estrecho con la tea incendiaria, no para llevar la luz de la fraternidad á las almas, sino para abrasar los cuerpos de los *infieles*, para desatar los odios, más feroces que los tigres que pueblan el

continente donde se iba á implantar la cruz sobre charcos de sangre. Acaso pensaba Cervantes al escribir la aventura de Dorotea en la conquista de Orán ejemplo vivo de lo anteriormente afirmado, que pudo apreciar muy bien el autor del *Quijote*.

Para que el pueblo les sirva de dócil intermediario, tratan de deslumbrarle con la perspectiva del triunfo, asegurándole que harán lo posible porque su caudillo sea emperador y no arzobispo. Esto es claro en términos generales; mas, refiriéndose á la conquista de Orán, puede tener un significado especial, porque la emprendió un arzobispo en nombre de un rey: el uno era representante y el otro propietario; claro que al pueblo, desde el punto de vista de la utilidad, le convenía más el último, como más autorizado para hacerle mercedes. Pero en resumen, las promesas del cura no habían de cumplirse: eran medios falaces que usaba para conseguir la dominación de los hombres. ¿Qué ganó España con la mencionada conquista?... Todo fué para los sacerdotes y los reyes. Los héroes acudían solícitos al llamamiento de la patria, porque, como dice Sancho, ella era bastante á sacarlos de su retiro; peleaban, sí, daban su sangre, y volvían á su obscuridad perseguidos por la ingratitud, mientras los reyes cogían el laurel de la victoria, regado con la sangre de los pueblos. A continuación pinta Saavedra este mismo contraste diciendo que Sancho se entra por las escabrosidades de la Sierra, dejando á los poderosos en un sitio donde todo convida al descanso y

al placer: una quebrada «por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban.» Esto, en el mes de Agosto y á las tres de la tarde, había de ser sumamente apetecible. El contraste se reproduce á la contínua en el *Quijote:* para el sacerdocio y los que le acompañan, son siempre el reposo y la comodidad; para el pueblo y el héroe, la inquietud y la fatiga.

Aquí se reanuda la historia de Cardenio. Refiere sus desventuras pasadas, delante de la monarquía, que las causó. El relato del Caballero del Bosque viene á ser, en consecuencia, una exposición de agravios, ó (si consideramos al Roto como entidad pasiva) un estudio de sucesos históricos hecho por los poderes en la literatura de su tiempo: porque maese Nicolás y el cura comienzan á enterarse de los mencionados infortunios por los versos del amante de Luscinda. Discreto cortesano le llama Cervantes. El significado de los versos conviene tanto á Cardenio como al autor, y es natural que así sea, pareciéndose la situación de ambos, como se ha notado otras veces. Hay que hacer particular mención del soneto. En él se lamenta el Caballero del Bosque de que la justa paz esté en la tierra cubierta con un velo: es lo mismo que le sucede á Luscinda. Ahora resulta clara la estrofa que los correctores veían obscura [1].

---

[1] Donde decía «La *justa paz* cubierta con un velo,» han corregido algunos «La falsedad cubierta con tu velo.»

La historia de Cardenio está en síntesis, por lo cual no nos extenderemos en la interpretación; hay, no obstante, algunos pormenores dignos de tenerse en cuenta. Uno es el de que la monarquía y el catolicismo, representados por el barbero y el cura, estaban ya enterados del negocio de la aristocracia. También debe notarse que los poderosos desean sacar á Cardenio, como á Don Quijote, de aquella miserable vida: esto es, quieren que deje su actitud protestante, someter á la aristocracia de la sangre y á la aristocracia de la virtud y el talento, rebajar la naturaleza heróica de todas las fuerzas vivas para encauzarlas á su gusto.

Otro punto obscuro hay en opinión de los críticos: aludimos á los epítetos que dirige el Roto á D. Fernando; porque dicen que solamente le cuadra la calificación de pérfido; pero tratándose del poder real, pueden aplicársele todas. En el recuerdo de la parábola con que Natán reconvino á David, por el agravio hecho á Urías, tenemos una prueba más de que se trata de la ambición de los reyes. En fin, la relación de Cardenio pinta bien á la aristocracia de la Edad Media, aquella aristocracia tan parecida á un niño mal educado, impetuosa, turbulenta y variable; tan pronto cortés y liberal, tan pronto sanguinaria; romántica unas veces y capaz de sentir todas las gradaciones de la ternura; cruelísima otras, y capaz de cometer todos los crímenes, pasando, como Cardenio, de la más delicada cortesía ó la más arrebatada demencia.

CAPITULO XXVIII

QUE TRATA DE LA NUEVA Y AGRADABLE AVENTURA QUE AL CURA Y BARBERO SUCEDIÓ EN LA MISMA SIERRA

Congratulándose Cervantes por su invención y del buen término á que la conduce, exclama: «Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha; pues por haber tenido tan honrosa determinación, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta Orden de la andante Caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura *de su verdadera historia*, sino de *los cuentos y episodios de ella*, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia...» Parece que se habla del ingenio humano, de los grandes hombres que resucitan los casi muertos ideales y proporcionan al mundo, á las edades futuras, suma incalculable de bienes, ilustración y engrandecimiento.

Felicísimos fueron los tiempos en que Cervantes Saavedra vino al mundo necesitado de alegría, y escribió su portentoso libro, pues dió con él renombre á España, lustre á la literatura y dulce fuente de bondad

á todos los siglos, pintándonos la verdadera historia del ideal con un estilo incomparable. Grande es el *Quijote* por sus bellezas literarias, más grande por el riquísimo tesoro incorruptible que encierra, más grande aún por el ingenio de su autor para encubrirle, y por la audacia que supone atreverse á tanto en aquel siglo de máxima tiranía. Considerando tan ardua tarea, sin duda, dijo Cervantes que el hilo de su historia estaba rastrillado, torcido y aspado. Semejante al de Ariadna, este hilo sigue las vueltas y revueltas del laberinto interno del *Quijote*. Siguiéndole, vemos entrar en acción á Dorotea, que es la patria real, la nación española tal cual era en tiempo de Cervantes. Aparece lamentándose de su desgracia. «¡Ay Dios! ¿Si será posible que haya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? *¡Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no miente!*»

Alude á la despoblación, y prosigue:

«¡Ay desdichada! y ¡cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males!» Cansado estaba el pueblo de pedir en Cortes remedio para sus males; inútiles eran las quejas: los reyes no se cuidaban más que de exigir dinero, importándoseles poco aniquilar con tan continuadas

exacciones á la nación. Sobre todo Felipe II (cuyo reinado pudo apreciar muy bien Cervantes), además de estrujar al pueblo, no cesaba de responderle, cuando pedía cosas perentorias y necesarias: «A esto vos contestamos que no conviene que por agora se haga novedad.»

Y como la voluntad del rey y el sacerdocio era omnipotente, y el pueblo lo sufría todo, sin que nadie pensara en un cambio de régimen, la patria no podía esperar de ningún *hombre humano* consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males; sólo le era dable sentirlos á un hombre verdadramente sobrehumano, como Saavedra, y esto en lo secreto de su alma esforzadísima, sin comunicación con la patria amada.

Como es natural, el autor del *Quijote* no descuidaba la parte literaria por atender demasiado á la alegórica, y bien lo demuestran las galas de dicción con que adorna estas historias secundarias intercaladas en el texto; mas también puede decirse á la inversa, que no pospuso al artificio literario la substancia y fin principal de la obra; y así, Dorotea es una señora discretísima, que habla bien y cortesmente; pero es también, como ya repetidas veces hemos consignado, un fiel trasunto de la patria real con su quebrado y pintoresco paisaje, agua cristalina y montañas cubiertas de nieve, considerada por el aspecto puramente físico; y por el social, un mozo con traje pardo de labrador, cuya grosería no impide adivinar la noble condición

de su dueño: alto concepto que siempre mereció á Cervantes la clase popular. El retrato físico es tan aproximado al original como lo consiente una pintura hecha indirectamente: «Los piés... eran tales, que no parecían sino *dos pedazos de blanco cristal*, *que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido...*» «En esto le sirvieron de peine unas manos, que si los piés en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban *pedazos de apretada nieve.*» A los rubios cabellos «pudieran los del sol tenerles envidia.» De modo que en esta descripción se ven los mares que rodean nuestras costas, el cuarzo de nuestro suelo, la entonación general del paisaje, las montañas cubiertas de nieve y el rutilante sol de España. Como no podían culminar á la vez en figura humana el sol y el carácter montañoso del país, Cervantes quita á Dorotea la *montera*, parda como el traje, y entonces caen los rubios y abundantes cabellos, envolviéndola casi completamente.

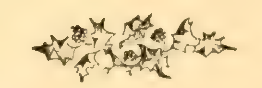
La misma Dorotea concluye su retrato describiendo sus ocupaciones y entretenimientos: «Por mí se recibían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano; de los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á en-

carecerlo. Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogía el entretenimiento de leer algún libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que tenía yo en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentación, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo.»

Antes había dicho que sus padres eran cristianos viejos rancios, y luego añade que pasaba su vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, *que al de un monasterio pudiera compararse*. Todo esto es típico de España.

El poder real quiere gozarla, y para conseguir su propósito, soborna á toda la gente de casa de Dorotea, pervierte al pueblo, incitándole con dádivas y mercedes y entreteniéndole con músicas y fiestas. Habiendo hecho esto, cree llegada la ocasión de robar á la patria su más preciado tesoro, y llégase á ella furtivamente y dispuesto, al parecer, á emplear la violencia. «Tu vasalla soy, pero no tu esclava,» dice Doro-

tea; expresiva y gráfica contestación, que traza una línea divisoria entre el uso y el abuso del poder, entre la recta gobernación del Estado y el despotismo. Entonces jura el rey guardar extrictamente las leyes, unirse á la patria en íntimo consorcio y elevarla al más alto puesto. Bien sospecha Dorotea que no son compatibles la democracia nativa de la patria y el privilegio monárquico; pero el engañador renueva sus juramentos, y *la pobrecilla, sola entre los suyos y mal ejercitada en casos semejantes*, se rinde al poder real. En poseyéndola, falta éste á la fe jurada y desprecia y abandona á la patria por ir en seguimiento de Luscinda, en busca de la paz, que espera hallar en nuevos triunfos. Al ver la conducta de D. Fernando, se atreven con la infeliz Dorotea hombres vulgares y soeces... Ejemplo de lo que pasa lo mismo en los imperios que en las repúblicas; cuando faltan á la ley los grandes, pierde ésta su prestigio: nadie la cumple ni respeta, todos la insultan y escarnecen.



CAPÍTULO XXIX

QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO Y ORDEN QUE SE TUVO EN SACAR Á NUESTRO ENAMORADO CABALLERO DE LA ASPERÍSIMA PENITENCIA EN QUE SE HABÍA PUESTO

La patria juzga imposible hallar remedio para sus males; manifiéstalo así ante el sacerdocio, la monarquía y la aristocracia, dándoles á entender que, pues son causantes de su desdicha, no espera de ellos alivio ni consuelo. Para hacerla venturosa tenían que cambiar de naturaleza, y esto era imposible. Empero podían y debían aconsejarla un modo de vivir en el camino por ellos trazado, y así se lo rogaba: esto es, conformábase con la imperfección del régimen monárquico, siempre que los gobernantes la amasen de veras. Lo propio solicita de D. Fernando (para que se vea que el fondo es siempre el mismo), y lo propio deseaba España en aquella época: pedía el amor de sus reyes, sin pensar siquiera en sustituirlos con otra forma de gobierno.

A tal vilipendio había llegado la nación española, que se avergonzaba de presentarse ante sus padres. Tocábase ya entónces la ruína preparada por el despotismo teocrático y la monarquía absoluta, con el

mal influjo de la dinastía austriaca, el exterminio inquisitorial, la expulsión de moros y judíos, la tortura atrofiadora del pensamiento; y España ruborizábase al medir su pusilánime conformidad con el heroismo indomable de los reinos independientes, con aquella vigorosa Castilla que daba Cides á la historia, con aquél Aragón, único en el mundo que infundió aliento á la soberanía nacional, alzándola á los Códigos, sobre la cabeza de los reyes. En tiempo de Dorotea el león se había convertido en asno.

Literariamente considerados, el cura, el barbero y el Roto, debían compadecerse de una mujer puesta en situación tan infortunada como Dorotea, y así lo hacen; pero nótese que el cura, asumidor de la autoridad general, ni la consuela ni la aconseja, aunque se indica que intentaba hacerlo; igual conducta observa con el Roto al terminar este personaje la relación de sus desdichas: todo se va en promesas.

Al avistarse con la nación, comprende Cardenio que puede vivir la aristocracia dentro de la monarquía: deja, por tanto, su actitud protestante, entra en el concierto general de la patria, y promete ayudar á ésta en su empresa de reducir á D. Fernando. El sacerdocio aprueba la determinación de la aristocracia, porque responde á su deseo, manifestado en el capítulo XXVII; y ruega, aconseja y persuade á entrambos que se vayan con él *á su aldea*, ó lo que es igual, que sigan las inspiraciones y guarden la ley de la Iglesia Católica.

Mientras se hace la precedente relación de cosas pasadas, el barbero está «SUSPENSO Y CALLADO,» porque, representando D. Fernando á la monarquía, no es necesaria la intervención del otro personaje. Cuando termina la historia de Cardenio y Dorotea, vuelve á desempeñar el barbero su oficio; y con esto, la nación, el sacerdocio, el poder real y la aristocracia, engañadores unos y engañados otros, marchan de consuno al fin ansiado por el cura, que estriba en domeñar el heroismo de Don Quijote. A poco, el barbero se reviste de autoridad poniéndose la célebre cola; Cardenio se identifica con la Iglesia (pues el cura le presta *sus hábitos* y le corta la barba [1]), y Dorotea se ofrece á fingir la doncella menesterosa. Sólo el héroe permanece alejado de los déspotas, rebelde á todo concierto, firme en su actitud y enamorado de lo ideal. Así lo manifiesta el verdadero pueblo; porque Sancho es el *vulgum pecus*, que sufre el yugo de los tiranos sin contaminarse con sus vicios, y Dorotea es el pueblo oficial, que viste la librea de los reyes. Al aparecer en escena este último personaje es un labrador, como Sancho, porque se considera á la patria en conjunto, tal cual era, con su carácter más saliente. Luégo, al ponerse en contacto con los opresores y coadyuvar á sus propósitos, es una gran señora, adornada de toda la pompa oficial, con «una saya entera de cierta

1 La barba representa la virilidad; además, recuérdese lo que en otra nota dijimos de la tonsura. No debe pasar tampoco inadvertido este primor: por iniciativa del sacerdocio, maese Nicolás se pone la barba cuando recobra su autoridad de rey, y el sacerdocio rapa la barba á Cardenio cuando éste rebaja su carácter sometiéndose á la dirección del cura.

telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela *verde*, y... un collar y otras joyas.» No es la patria en su concepto absoluto, sino en el relativo: la patria que pueden mudar y alterar los hombres, ibera un día, romana luégo, más tarde goda y árabe: dividida en reinos unas veces, unificada después por un consorcio de personas, hecha trozos por la voluntad de un rey, y dada á príncipes en dote, como si las almas que pueblan un reino no tuviesen pensamiento, ni voluntad, ni amor. Esta es Dorotea, que sufre aquí las transformaciones impresas por sus despóticos gobernantes. En cambio, Dulcinea, principio absoluto de la patria, es siempre la misma sublime figura, incorpórea é invisible, como corresponde al ideal, pero bien definida, con carácter muy determinado y concreto, que no varía en toda la obra. Lo mismo puede afirmarse de Don Quijote y de Sancho, cuya envoltura encubre á unos entes profundísimamente humanos, consubstanciales con la naturaleza.

Por las explicaciones antes dadas se colige que no engañan del todo al héroe los opresores diciéndole que le llama Dulcinea: en efecto, le llama la patria; mas no la ideal que absorbe su pensamiento y rinde sus sentidos y potencias: llámale la nación existente, aleccionada por la monarquía y el sacerdocio. Todo esto se enlaza con el mensaje encomendado al escudero: lo dedicó Cervantes á la patria ideal de sus amores, llevólo el pueblo, se interpuso el cura, y en vez de contestar Dulcinea aceptando el ofrecimiento de

conquistar el Africa para la civilización, responde Dorotea aceptando en bien del sacerdocio. Aún puede reducirse la substancia á términos más claros: los héroes dirigían su espíritu á una patria digna de ellos, y se encontraban con la España inquisitorial, por culpa de la Iglesia.

Don Quijote no acude al llamamiento de su beldad idolatrada (desobediencia impropia del rendido caballero) porque no había tal. Literariamente justifica su proceder extrañísimo, diciendo que no piensa parecer ante su fermosura hasta que sus hazañas le hagan merecedor de tan alta honra. En efecto, después sirve á Dorotea con resolución de exaltarla al trono; lo cual es convertir á la humilde labradora Aldonza Lorenzo en la princesa Dulcinea del Toboso [1] y hacer merecimientos para gozar la presencia de la patria.

Sancho siente que no transija su caudillo con los poderes, pues teme que el héroe no alcance por sí solo el gobierno y se pierda hasta la ocasión de gozar los beneficios que les ofrece la Iglesia [2]. Movido de este temor, secunda inconscientemente al sacerdocio, y áun le excita á que saque á Don Quijote del Aventino donde está retirado. El cura, hablando por todos, afirma que le sacarán de allí, *mal que le pese.*

Bien se ve que el sacerdocio es el más interesado en la conversión de Don Quijote. Por conseguirla sale

---

1 Ya se verá á su tiempo que Dorotea desembarca en *Osuna:* otra alusión á la Corte, que une más á los dos personajes.

2 Corría peligro de no venir á ser emperador... ni aun arzobispo, *que era lo menos que podía ser.»*

de su aldea y anda pisando sendas y caminos, urde tramas y enredos, se disfraza y miente, apela á todo género de recursos, dejando su casa y abandonando los deberes de su ministerio ¿A quién no chocará esta extraña conducta? Y no se diga que va en cumplimiento de un deber moral como sacerdote cristiano, porque más parece un barberillo aficionado á la diversión y á la broma, ó un andariego cómico de la legua, fecundo en invenciones y travesuras; sólo le falta requebrar á las mozas: come y bebe y se huelga de todo cual si fuese á fiestas de pueblo en pueblo; en vez de dolerse del estado en que se halla Don Quijote, búrlase de él, se ríe de los trastornos que le causa la enfermedad, como veremos en la lucha que más adelante tiene con el cabrero, y sólo le considera seriamente para censurarle con acrimonia por acciones dignas de un verdadero cristiano, cual es la de libertar á los oprimidos. El cura, por otra parte, muestra un gran empeño en librar al héroe de *su locura:* los demás personajes que concurren á realizar este propósito, son figuras pasivas, obedientes á sus mandatos. El lo dirige y gobierna todo, encaminándose á un fin oculto, y todos, bajo su dirección suprema, se confabulan contra el héroe, sin penetrar la intención del sacerdocio. Unicamente la monarquía puede irle algo á los alcances, pero le rinde obediencia. Ambas instituciones urden la trama: la aristocracia les ayuda en servicio de la nación y en el suyo propio: España, creyendo hacer un bien á sus hijos extraviados; el pueblo, por

alcanzar la soberanía. Al tener así disciplinadas todas las fuerzas, dice el cura: «Pues no es menester más, sino que luégo se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra EN FAVOR MÍO.» Este pronombre no se ajusta á la razón lógica, pues debiera decirse en favor nuestro; mas ocupa su lugar legítimamente en lo íntimo del discurso, porque todo se muestra favorable al sacerdocio.

Los poderes, disfrazando su odio con la máscara de la compasión y la piedad, tachan de locura al heroismo y le dan como entretenimiento la conquista de Africa, cuyo aspecto cobra Dorotea al transformarse en la princesa Micomicona. Este nombre, los de Guinea, Etiopía [1], Micomicón y la abundancia de negros que hay en los usurpados dominios de aquella entidad, denuncian al continente africano. A la sazón estaba en poder de un mal gigante, que es el despotismo. La patria pide á sus heroes que combatan contra él, y en derrotándole, alcen bandera por España. Digno era esto de nosotros. Pasar el Estrecho; invadir la tierra de los Faraones; destronar á la barbarie; sustituirla por la civilización, imprimiéndo allí el sello de nuestra nacionalidad; fundir las razas africana y española en un común destino; combatir sin ensañamiento, sin codicia, por solo el anhelo de redimir á los hombres, propio era de Dulcinea, de la inteligente y sabia Dulcinea, que

1 Esto de Etiopía lo dice Sancho. El Sr. Clemencín encuentra injustificada la mención de tal nombre en boca de Panza, quien sólo había oído hablar de Guinea. La observación es muy justa; pero esta inverosimilitud del texto le sirvió á Cervantes para comprender el Africa, de Oriente á Poniente, en dos solos vocablos.

en este poema épico brilla siempre sin mostrarse nunca, porque es de tiempos futuros. Hoy las potencias europeas dirigen hacia Africa sus miradas con el mismo fin que Cervantes, pero no tan desinteresadamente. Si habiendo pasado tres siglos no estamos aún en la altura de lo ideal, ¿qué habían de ver en esta empresa redentora los poderes del siglo XVI, los malos encantadores, los que desplegaban ante el héroe tan deslumbradora perspectiva con ánimo de encerrarle en una jaula para que no continuara redimiendo? Veían un ancho campo donde sembrar errores, un inagotable venero de riqueza, el exterminio de los infieles, el triunfo brutal de la intransigente Iglesia católica. Por esto teme Sancho que todo venga á parar en ser su amo arzobispo. El bien que resultara no había de disfrutarlo el pueblo, ni áun como católico, sino exclusivamente los sacerdotes; el pueblo es inútil para la Iglesia, porque ES CASADO y tiene que dar hijos á la patria. Está, pues, plenamente manifiesto el engaño: el toque de venir á ser emperador el héroe, consistía en no conocer al cura y al barbero, al sacerdocio y al rey. La empresa era política en apariencia, por esto va el poder real con España; pero en realidad era religiosa, y así, la dirige el sacerdocio. Además, Dorotea va montada en la mula de este personaje; quiere decirse que es de condición católica.

Los que tratan de engañar al héroe le cogen desarmado, porque estaba desprevenido para la traición. Pídenle que conquiste el Africa sin entrometerse en

otra aventura hasta el día del triunfo, y él accede como lo solicitado no vaya en mengua del rey, de la patria y de aquella que de su corazón tiene la llave [1]. «No será en daño ni en mengua de lo que decís,» responde la sugestionada Dorotea. Por este medio indirecto se declara que la conquista favorece al rey. Cuanto á la patria existente y á la ideal, algo ganaban también, contra la voluntad de los poderes, por designio de la Providencia, que transforma en bien el mal y hace la luz en el caos.

El pueblo espera alcanzar su gobierno conquistando el Africa; pero mancha una esperanza tan legítima deseando la esclavitud del pueblo con quien va á combatir: así era entónces el vulgo; en cambio Don Quijote quiere la redención.

El sacerdocio, seguido de la aristocracia, sale al *camino real* cuando ya todo está concertado, y vuelve á tomar la dirección de la empresa avasallando al barbero. Al efecto, sube en la cabalgadura del rey *(que lo sufre)* y éste queda desmontado y sin barbas, sin el signo de la autoridad: «...al subir á las ancas el barbero, la mula, que... era de *alquiler* (que para decir que era mala esto basta), alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de maese Nicolás, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron...»

1 Su corazón estaba cerrado y sólo el ideal tenía el secreto para abrirle.

Luego el cura se las restituye como por arte mágico, y con este motivo Cervantes se ríe de la taumaturgia

Dice el sacerdocio que para ir á la conquista citada han de pasar por la *mitad de su pueblo* (atravesar la tierra católica) y tomar después la derrota [1] de Cartagena, hasta ver la gran laguna *Meona* (ó Meótides), que es una parte del Mar Negro, y recuerda por aquel nombre equívoco y otras circunstancias, cosas estancadas, lóbregas y hediondas. Debemos notar que la tal laguna no está en África, sino en Asia, país de los sacerdocios y las supersticiones.

En el capítulo original queda retratado el cura de mano maestra. Algo hemos apuntado nosotros: sólo nos resta advertir que acoge al héroe con falsas alabanzas y burlescos ditirambos, para insultarle al final, de una manera solapada, mintiendo descaradamente, y mostrando un rencor y una aspereza tanto más odiosos, cuanto más noble y sencillo y desventurado es el sin par caballero que sufre en silencio sus insultos.

1 *Derrota* suele aplicarse á viajes marítimos, y [illegible] para ir desde España [illegible] *Ca*[illegible] [illegible] sacerdotes [illegible]



CAPITULO XXX

QUE TRATA DE LA DISCRECIÓN DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO

Carga el cura la mano censurando á Don Quijote por la hazaña «que había acabado con tanta gloria suya.» No habla el sacerdocio como humilde y piadoso discípulo de Cristo, habla como secuaz del tirano: defiende al rey y á la Santa Hermandad, aboga por el suplicio y amenaza con el infierno. El pueblo acepta la opinón del cura. «...*Majadero* (exclama Saavedra por boca de Don Quijote), á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías.» Aquí está claro el concepto. El redentor no ha de mirar si los pueblos son ó no dignos, por su ignorancia y sus culpas, de la opresión en que yacen; debe ayudarles y redimirles, considerando su miseria y angustia, su tristísima esclavitud. Puestos Don Quijote y el cura uno enfrente de otro, Don Quijote es el verdadero cristiano: «yo topé un rosario y

sarta de gente mohina y desdichada, *y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga.*» Así hablaría el Evangelio.

Grande y valiente es el reto que Cervantes dirige á la teocracia, falseadora del sentimiento cristiano. Hace como que exceptúa la persona y dignidad del cura con un notabílisimo rasgo de ingenio; pero, siendo el licenciado quien únicamente afea la hazaña, contra él únicamente van estas enérgicas palabras dirigidas: «...miente como un h... y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, *donde más largamente se contiene.*»

Donde más largamente se contiene es el sentido oculto del libro. Cervantes emplaza al sacerdocio, remitiendo á otro lugar la declaración de sus íntimos sentimientos. Esto era realmente afirmarse en los estribos y calarse el morrión. Y si no hizo más, fué porque carecía de poder, como lo indica el mal estado del yelmo. Acentúase esta indicación con el recordatorio de Dorotea: «...miémbresele á vuestra merced el dón que me tiene prometido y que conforme á él, no puede entrometerse en otra aventura...»

En este capítulo sube de punto la doblez del sacerdocio, pues jura en falso con tal de sacar adelante el enredo.

España, en figura de Africa, comienza su relato bajo la inspiración del sacerdocio, y entre la aristocracia y el rey. El pueblo hace coro á los opresores inocentemente, porque iba *tan engañado como su amo.*

Dorotea principia diciendo: «Quiero que vuestras mercedes sepan que á mí me llaman...» Aquí Cervantes hubiera dicho el verdadero nombre; mas ya sabemos qué respetos se lo prohibían. Deja, por tanto, en suspenso la frase, para abrir camino á la meditación. Al mismo tiempo, aunque achacando á la falta de memoria esta perplejidad, dáse á entender que España no se acuerda de sí misma, no conoce el valer de su propio destino. Si no puede el autor darla el verdadero nombre, pónele en cambio uno muy propio de una nación conquistadora, que va á llevar la riqueza material é intelectual á otros pueblos: Dorotea, tea ó antorcha aurea, luz y oro. Dulcinea, la patria ideal, es la dulzura suprema; Dorotea, la patria real, es la conjunción de la luz, proviniente del cielo, y del oro, símbolo de la riqueza terrestre.

Toma el aspecto de Africa cuando dice: «Desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada; que yo saldré á buen puerto *con mi verdadera historia.*» Fué su padre Tinacrio el sabidor, muy docto en el arte mágica, y su madre la reina Jaramilla; y estaba profetizado que á la muerte de los dos quedaría la princesa Micomicona á merced del terrible Pandafilando. Tinacrio el sabidor, docto en la magia, es, sin duda, el sábio Egipto, y la reina Jaramilla la raza árabe. Había ésta de morir primero, pues, en verdad, su labor es más efímera que la de los Faraones y Ptolomeos, agentes de una civilización cuya estela relumbra aún al través de tantos siglos. Claro es que al

morir el genio egipcio y el arábigo, había de quedar Africa entregada á la barbarie, al maligno error. Este es Pandafilando de la Fosca Vista, «que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, *y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto á los que mira*,» como dice Saavedra, insinuando que alude al extravismo del alma y no al del cuerpo.

La sabiduría aconseja al Africa que no guerree para librarse de su propia barbarie, atendiendo á que, por esta vía, destruiríanse unos pueblos contra otros. Sólo el genio español puede salvarla, el *azote* de la maldad, el eminente y espiritual Don Quijote, el *hombre fuerte* en el cual se condensa nuestro heroismo y nuestra gloria [1]. Esta sublime figura tiene fama, no *sólo en España, sino en toda la Mancha*, ó lo que es igual, en todo el mundo. Vease cómo se transforman en bellezas los disparates del texto.

Cervantes veía entónces tan claro como nosotros ahora, que la muerte del gigante africano estaba ó debía estar reservada al génio español: tanto es así, que él mismo lo intentó en la cautividad. Quería poner á los piés de Dulcinea el próximo continente, liber-

1 El lunar que tiene en mitad del espinazo sirve para atribuir á Don Quijote la fortaleza, pero además se refiere al libro, que, en efecto, tiene su lunar enmedio: *El Curioso Impertinente*, donde se atribuye al dogma una validad extraordinaria. Esta es la señal de hombre fuerte que tiene el Quijote.

2 La profecía quedó escrita en letras caldeas ó griegas. Las noticias que habia sobre Egipto antes del descubrimiento de Champollion, estaban en la Biblia, en hebreo ó caldeo (como se llamó al arameo occidental), ó en los libros de Herodoto y otros clásicos griegos. Literalmente, como Cervantes afirma, en letras *caldeas ó griegas*.

tado y regenerado; mas ¿cómo hacerlo, siendo un mísero Don Quijote, y España una simple labradora, víctima de todos los despotismos? Por esto dice *entre dientes* que no se atrevía á calificar de buena la espada, merced á Pasamonte que se llevó la suya: merced al pontificado, que desarmaba á los héroes, impidiendo la redención fundada en la libertad religiosa. Cervantes no pensaba casarse con Dorotea, ó más bien con la princesa Micomicona; renunciaba al botín, al disfrute de las cosas materiales: sólo anhelaba desposarse con la idea. Si los poderes hubiesen abundado en estos sentimientos ¡qué fácil habría sido la redención! pero ¡cuánto Sancho vería Cervantes en torno suyo! ¡Cuántos, nobles ó plebeyos, más interesados en hallar su propia fortuna que en regenerar la patria y civilizar el mundo! «¡Para el p... que no se casare, en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado [1]. Pues ¡monta que es mala la reina! Así se me vuelvan las pulgas de la cama...» «¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aún con la mitad, y áun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante.»

Don Quijote, como siempre, pelea por lo ideal, y hasta flagela al vulgo sensualista, para dignificarle. «¿Y no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que Dulcinea infunde en mi brazo, que no lo tendría yo para matar una pulga?... y ¿quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza

---

1 *Pan da hilado*: esto es, donde reina este gigante, se sustentan con penuria.

á este gigante y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada) si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? *Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser.*» ¿Qué más puede decirse, y con mayor hermosura, para aludir á la patria?

Aún hace otra declaración muy notable, en estas palabras que dirige al pueblo: «¡Oh... y cómo sois desagradecido! que os véis levantado *del polvo de la tierra* á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! Es ingrato con el ideal, que levanta al hombre del polvo de la tierra, donde se arrastran las especies inferiores, poniéndole en la eminencia de los principios y haciéndole señor de la série animal que ha sobrepasado. Pero el vulgo no tiene noción del concepto ideal de patria, no ha visto á Dulcinea, á lo menos no la ha visto «tan despacio que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes, punto por punto.» No obstante, mirada á bulto, la patria le parece bien.

En el diálogo que á este sigue se confirma otra vez que la aventura de los batanes trata del infierno.

Ya hemos visto cómo el sacerdocio pone á Dorotea el antifaz de Africa para traicionar á Don Quijote, cima del pueblo español: ahora Ginesillo, que es el pontificado, se disfraza de gitano (en el siglo XVI se los tenía por oriundos de Africa), para vender al pueblo, para traicionarle, pues vender significa tambien trai-

cionar. Le deja el asno con facilidad extraordinaria, porque el pueblo, como el héroe, sale del ostracismo para acometer una empresa iniciada por el sacerdocio.

Si hay quien dude todavía de que Sancho y el rucio son una misma cosa, lea estas exclamaciones de Panza dirigidas á Pasamonte: «...deja mi prenda, suelta *mi vida*, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo...» y esto otro: «Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: ¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?» y con esto, le besaba y acariciaba *como si fuera persona;* el asno se dejaba besar y acariciar de Sancho *sin responderle palabra alguna.*»

Cervantes confirma la especie, varias veces apuntada, de que su magna obra no es meramente de imaginación, sino trasunto de la realidad, al decir: «Yo no sé si queriendo inventarla ó fabricarla mentirosamente, *hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.*» Si esto se refiriese á la creación literaria, podría sonar, y así se ha dicho, como elogio desmesurado y reñido con la modestia de un hombre superior; pero esta alabanza es una indicación, como cien más que hace Saavedra, para facilitar el descubrimiento del significado. Otra cosa dice también aplicable al libro: que «fuera de lo presentado como locura por peligroso, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que no le juzgue sino por de muy buen enten-

dimiento.» Quiere decir, que sólo donde se toca á la religión y la monarquía, hay disfraz; en lo restante se ve sin rebozo el arquetipo humano.

A la conclusión del capítulo dice Sancho que le trasladó la carta dirigida á Dulcinea un sacristán. Ciertamente, se la trasladó el sacerdocio [1]. En dicha epístola se ve que la patria era una *Sobajada Señora*, y el héroe un *Caballero de la Triste Figura*. A tal extremo, á tal ruína habían llegado el caballero de la Ardiente Espada y la Soberana Señora, la heróica nación que asombró con su virilidad y sus triunfos á la tierra. Enmedio de estas dos cosas, enmedio de este descenso material y moral, puso el pueblo *trescientas almas y vidas y ojos suyos;* dió su sangre y su espíritu por la angustiada patria, sin que con tan grandes sacrificios pudiera evitar el derrumbamiento. Como el *Quijote* es un fiel reflejo de la vida humana, nos presenta también en aquella forma á los grandes personajes simbólicos que le animan; y así, el pueblo español ha visto en los héroes de Cervantes entidades groseras y risibles: en Dulcinea *una sobajada señora*, y en Don Quijote *una triste figura*. Pero ¡qué mucho, si ha fiado el Gobierno público y la interpretación de este asombroso libro á un sacristán!

1 La carta era de un excomulgado, como se ha dicho ya, y ratifican estas palabras [illegible] que en todos los días de su vida, *aunque había leído muchas cartas de descomunión*, no había visto ni oído tan linda carta como aquella.



CAPÍTULO XXXI

DE LOS SABROSOS RAZONAMIEMTOS
QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA,
SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS

Dice el autor del *Quijote*, que éste y su escudero apartáronse *algo adelante* para hablar de Dulcinea. En los diálogos que con tal motivo se suscitan, describe Sancho á la patria toscamente, y Don Quijote le contradice, atribuyendo á España todos los primores que ve un enamorado en el objeto de su adoración. Esta es una plática que tiene Cervantes con el pueblo, adelantándose á su época (como Don Quijote al cura y compañía), para infundirle el amor de lo ideal.

Téngase en cuenta que el protagonista se halla ausente de la patria, y dispuesto á acometer un hecho admirable en obsequio suyo. Las preguntas que á Sancho dirige son las que Cervantes podría hacerse en su imaginación. «¿Qué hará España cuando conozca mis propósitos? ¿bordará la empresa que he de llevar en el combate? ¿desoirá la voz de mi entusiasmo? ¿secundará mi esfuerzo?» La contestación puede hallarse á las pocas líneas... España se ocupaba en las rudas faenas del campo, en procurarse el preciso sustento,

en hacer pan; y además, no entendía la carta del héroe, ni aun podía darla á leer *hasta que acabase de acribar todo el trigo.* Su ignorancia y su miseria impedíanle subir á la altura donde Cervantes imaginaba: gran desconsuelo para el insigne reformador, para aquel espíritu, albergue de proyectos universales. No le era dado al gran hombre más que alimentar en lo íntimo de su alma tan levantadas ideas, porque también él estaba rendido y á merced de la pobreza material. Pero aun así no maldecía su mala fortuna: ántes en ella se acrecentaba su amor patrio, como lo indica esta generosa réplica: «En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote; porque ántes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.»

Sancho da por mezquindad de naturaleza lo que era en la patria pequeñez accidental. Don Quijote mantiene (desvirtuando impertérrito cuantas burlas le opone el vulgo socarrón) la grandeza de España: «A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su *cautivo* caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal ó trechel? No era sino rubión, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que ahechado

por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna...»

«Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre?»... Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo *algo hombruno:* y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa. No sería eso, respondió Don Quijote, sino que tú debías de estar romadizado [1], *ó te debiste de oler á tí mismo;* porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleído... Todo puede ser, respondió Sancho; *que muchas veces sale de mí aquel olor que entónces me pareció salía de su merced de la señora Dulcinea;* pero no hay de qué maravillarse, *que un diablo parece á otro.*»

Este asentimiento de Sancho es una indicación preciosa; el vulgo mide á la patria por sí mismo, no ve, como el caballero, la grandeza inmanente de ese conjunto *adornado con mil millones de gracias del alma*, seguro principio de la unidad del mundo; advierte, sí, la grandeza material; de modo que cada uno habla como quien es: el pensador, reconociendo la magnificencia sustancial de la patria, y el vulgo, confesando que le lleva «*un gran palmo de altura.*»

Por lo demás, un diablo parece á otro. Aquella España que Sancho veía, calificaba de disparates la aus-

---

1 Obsérvese la semejanza que hay entre *romadizado* y *romanizado*. Por pensar á la manera de Roma no conocía el pueblo las hermosuras del ideal.

teridad del héroe y sus hazañas homéricas, y reíase ¡de su triste figura! Así lo consigna Cervantes. En este capítulo, como en otros, dirige á la patria amargos reproches; mas no deben tenerse por cargos del despecho, puesto que el autor no lo lamentaba por sí: son querellas del ferviente enamorado, el ¡ingrata, ingrata! de quien adora entusiasmado y loco. Ya sabía él que España no era culpable; si daba á sus hijos los buenos servidores misérrima comida, hacíalo forzada por la necesidad, no de tacaña. Así, dice Don Quijote: «Es liberal en extremo; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la mano para dártela... pero yo la veré, y se satisfara todo.»

Aún no se han avistado el ideal y la patria; aún tardará mucho en verse, la sublime matrona soñada por Cervantes, buena, sabia, justa, generosa y solícita, que premie á los redentores, ampare á los caídos y abandonados, y aliente todas las magnánimas empresas. Esta patria será digna de tan nobles hijos como el autor del *Quijote*, quién la sirve, como deben los caballeros andantes, «sin extenderse más sus pensamientos que á servilla por ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.» Es decir, que Cervantes considera el amor de la patria, ó de la humanidad, grande, admirativo y desinteresado, como el que debe tenerse á Dios.

Comprobemos ahora una vez más la afirmación

muestra de que Dulcinea es la patria. No sabe Don Quijote si acudir primero á su dama ó á la princesa Micomicona, y resuélvese al fin por servir á esta última: resolución que falsea en absoluto el carácter del personaje principal. ¡Don Quijote, el rendido amador, el idólatra de Dulcinea, desoir sus llamamientos y posponerla á una desconocida! Hacíalo por no faltar á su palabra, sí; ardid literario, porque al volver su escudero del fingido viaje, dice á su señor que le llama Dulcinea, y también desobedece el caballero este mandato, sin impedirle obedecer palabra alguna. Siempre está suspirando por ver á su señora, y la única vez que esta le llama, no acude. ¿Se explica esto literariamente? Es que el autor relaciona los dos casos, y en los dos pinta al personaje deseoso de sacrificarse por el ideal. Penetrando en el símbolo se deshace tan extrañísima preferencia: las dos figuras se confunden en una misma figura, Dulcinea y Dorotea son un mismo sujeto; España considerada por dos aspectos diferentes. El conflicto es otro: conciliar los deberes que la patria impone con el gusto particular del individuo; Cervantes opta por el sacrificio de su persona, y con tal de engrandecer á España, no vacila en alejarse de ella, privándose hasta del legítimo goce de sus naturales hermosuras. Sí, Dulcinea y Dorotea significan lo mismo, y hasta los nombres son consonantes, para que el oído perciba al través de la harmonía eufónica la íntima alianza de los dos imaginados personajes. Al pelear Don Quijote en pro de Dorotea, peleaba en

pro de Dulcinea, «pues todo había de redundar en aumento de su gloria y fama.»

No participa de su alteza de miras el vulgo, que sigue considerando la conquista como fuente de su provecho. Quisiera Cervantes civilizar Africa; pero sin menoscabo de nuestra grandeza, antes con acrecentamiento de ella, harmonizando los opuestos intereses de raza y preparando ambos países para la unidad definitiva de la especie. El vulgo, con tal de que le corresponda buena parte de territorio, donde pueda dedicarse al tráfico, así sea de sangre humana, no lamenta la división ni repugna el despotismo sacerdotal; impórtale poco que se cumplan los designios de la teocracia; aún más: acéptalos de buen grado, si han de facilitarle con mayor prontitud la utilidad deseada: «Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas.» A estas mezquinas excitaciones, que dictan la ignorancia y la necesidad, responde el caballero dando á entender que no necesita hacer traición al ideal para dar la dicha al pueblo. Acerca de esto, dice que ganará su parte, «y en dándomela (concluye), ¿á quién quieres tú que se la dé sino á ti?» ¿Para quién es lo que conquistan los héroes, sino para los pueblos?

También se confirma en este capítulo que el reino de Micomicón es Africa. Tiene aquel reino veinte mil leguas de contorno, cifra que no corresponde a la

mencionada parte del mundo; pero el vulgo habla hiperbólicamente, y más tratándose de cosas para él tan difíciles de comprobar. De todos modos, se ve que es un gran continente, «más grande que Portugal y Castilla juntos» (aquí se rebaja algo la medida); ¿y cuál podía ser, *alindando casi con nuestro reino*, y yéndose á él por Cartagena ó Málaga? El *Osuna* donde desembarcó Dorotea es, según notamos, semejante al *Toboso* de Aldonza Lorenzo: una y otra fase de la patria se relacionan con la capital ó Villa del Oso. Encubriendo de este modo las cosas, sirvió Cervantes á la España real antes que á Dulcinea; porque no quería la nación que se supieran sus pensamientos [1]. El mismo ardid emplea el autor cuando manda á los vencidos que se presenten á su dama, como se usa en los libros de caballerías. Cervantes aprovecha esta ocasión para reconocer en el hijo de Vizcaya plausibles cualidades. «Era, dice, un hombre muy de bien.» ¡Quién lo duda! Su enrevesada manera de pensar, sus tercas supersticiones, fruto son de la influencia despótica; pero no puede negarse la natural honradez del pueblo vascongado. También consigna que se presentó á la patria; y esto dijo Saavedra recordando, sin duda, á los intrépidos navegantes vizcaínos, soldados y exploradores, que, arrostrando toda clase de peligros, pusieron muy alta nuestra bandera. Esto fué, realmente, presentarse á la patria.

Fáltanos tocar en este capítulo un tema de general

1 Libertad del pensamiento.

interés. Andresillo, á quien intentó salvar Don Quijote, aparece aquí yendo á Sevilla, la más antigua ciudad de España [1]. Es el pueblo flagelado, que en vez de dignificarse y fortalecerse para conquistar sus derechos y entrar en plena posesión de su destino, retrocede, apartándose del redentor y escarneciéndole porque confió generoso en las promesas de la tiranía. Verdad es que el héroe procedió con demasiada candidez al dejar la víctima en manos de un infidente y perverso verdugo; mas su loabilísima intención merecía otro pago que las sarcásticas burlas del ingrato Andrés [2].

No debe la humanidad medir la obra de los redentores por sus fracasos, aunque así ha procedido hasta hoy, viendo mal en el bien que se le hacía: mal en las divinas predicaciones de Sócrates, mal en los descubrimientos científicos de Servet, mal en el bien sumo que nos dejó Galileo. Todos ellos fueron vencidos y burlados; pero el milagro de la libertad consiste en que su triunfo se compone de una série de derrotas; y es que la obra de los redentores pasa las más de las veces invisible, sin duda para preservarla de los tiranos, y así lentamente, y en la oscuridad de los tiempos, va robusteciéndose y agrandándose y fecundándolo todo, hasta que sale á la luz brillando con los esplendores de la realidad triunfante.

1 [illegible]

2 [illegible]

Hay que tener fe en lo porvenir, fe en la justicia universal, en la Ley Suprema. La santa labor de los mártires no se hace desordenadamente y al acaso; impúlsala y favorece un poder invisible, sapientísimo é incontrastable: el que según Cervantes, favorecía las empresas de Don Quijote, por ser buen caballero; el que hacía que acudiesen desde los puntos cardinales los paladines, para ayudarse y concurrir unidos á la general victoria. Esta es la ley providencial que rige al mundo. Como el sol desde la altura alumbra y vivifica toda la tierra, así alumbra y vivifica la Inteligencia Suma todas las almas. Hay intervalos de luz y sombra, sombra para nuestros miopes ojos, porque la luz es infinita y eterna. Los males que afligen al mundo tienen sólo una realidad accidental: mueren con los siglos que los forman. La historia es una suma; y al verificarla, vemos que el mal ha desaparecido: sólo el bien queda.



CAPITULO XXXII

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VENTA Á TODA LA CUADRILLA DE DON QUIJOTE

«Acabóse la buena comida.» Esto es: cesan por ahora las hazañas de Don Quijote, continuando en acción solamente los tiranos. Querían la monarquía y la Iglesia sacar del ostracismo á los héroes, porque esta actitud implicaba una guerra mortal del pensamiento, diseminada en libros y discursos, y viva y palpitante en todos los órdenes de la idea. Así, preferían dar á los rebeldes intervención en una empresa patriótica, á reserva de sofisticarla é inutilizarlos. En efecto, consiguen realizar la primera parte de su propósito: ya están reunidas bajo sus inspiraciones todas las fuerzas sociales en el siglo ó *venta*, «espanto y asombro de Sancho Panza.»

Esta victoria causa gran regocijo á los poderes, que ofrecen á Don Quijote un lecho *de príncipes*, si lo paga mejor que la otra vez (si no atenta contra el Estado). Empero le aderezan uno *razonable* en el mismo camaranchón de marras; ni siquiera le dan de comer en pago de sus concesiones: sólo quieren que *duerma*, porque, siéndoles su acción tan perjudicial, el descanso del ca-

ballero les es beneficioso: es cuanto anhelaban al comenzar la aventura, aletargar al pensamiento.

Aquí deja el barbero otra vez el símbolo de la autoridad, quedando como ejecutor de los mandatos sacerdotales «...la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: «Para mi santiguada, que no se ha de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza.» Esto dice la Majestad del rey, suspenso temporalmente en sus funciones; y el que ha hecho su oficio en la aventura de Sierra Morena, le devuelve la cola á instancias del licenciado, porque «*ya no era menester más usar de aquella industria.*» En consecuencia, el barbero muéstrase *en su misma forma*, al decir de Cervantes. La cola vuelve á poder de su dueño con dos cuartillos de daño (capítulo XXXV): quiere decirse que el barbero había utilizado en una mitad el símbolo, y además se declara gráficamente que este símbolo es el de la monarquía, porque dos cuartillos son *medio real.* Las palabras de la ventera significan también que la Majestad del rey no permite que el sacerdocio intervenga demasiadamente en los asuntos de Estado. Muchos monarcas atestiguan esta verdad, entre ellos Don Fernando el Católico, que, á pesar de llamársele así por antonomasia, no consintió al pontífice ciertas intrusiones en el poder civil. Por una de ellas dijo cierto día á su embajador en Roma que procurase coger al cursor del papa y le hiciese ahorcar sin forma de pro

ceso [1]; que si los eclesiásticos estaban al papa, él estaba á la capa; que el pontífice obraba mirando su negocio; y añadía: «mas los buenos vireyes atájanlo.» Carlos V toleró, cuando menos, que el condestable Duque de Borbón saquease la Ciudad Eterna, profanase los altares y escarneciese la religión católica. Felipe II puso mano fuertemente en las demasías de los prelados, exigióles impuestos, amenazándoles con el embargo si no los pagaban, y desconsideró al pontífice, haciendo y rompiendo tratados según su interés y despótica voluntad. Estos ejemplos tenía Cervantes á la vista cuando escribió el *Quijote*.

La monarquía y el sacerdocio aprovechan la paz en que la inacción del héroe les deja para discutir asuntos interiores; y aprovéchala también Cervantes para romper lanzas contra los verdaderos libros de caballerías. El poder real muestra predilección por los que relatan empresas guerreras: «A lo menos, de mí sé decir que cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.» Gústale también Félix Marte de Hircania, el guerrero feliz en sus matanzas, propias de hircanos tigres [2]. Leía estos libros el monarca rodeado de muchos segadores, cuya acción es de exterminio, y cuyo atributo es la segur, tan semejante á la guada-

1 Y sépase que el cursor se había limitado extrictamente á cumplir el mandato del pontífice. De modo, que Fernando, al ahorcar al cursor, meralmente hubiera ahorcado al papa.

2 Felix, además de feliz, es gato, *felix tigris*.

ña de la muerte. No dice pastores ó aldeanos, ú otra clase de gente, lo que tal vez fuera más propio en lo externo [1]. Con ruines figuras, ¡qué cuadro simbólico tan bien pintado! Un ventero y unos segadores: el rey con su ejército destructor. Dice el huésped que esta lectura le daba la vida: gran verdad, pues la monarquía vive de la guerra.

También á Maritornes (Roma pontificia) le gustan las matanzas: «...y *á buena fe* que yo también gusto mucho de oir aquellas cosas, *que son muy lindas*» (ejemplo, la noche de San Bartolomé). Pero sobre todos los de caballerías, agrádanle los libros livianos (*El Cantar de los Cantares*): «y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles.»

La religión cristiana, en cambio, invocando á Jesús compadécese de los caballeros con muestras de mucho sentimentalismo; y aún cohibida por los poderes, no vacila en decir la verdad. Ya se ve que está como menor en el Estado: interviene poquísimo en la acción, habla raras veces y sólo cuando la preguntan. Aun entonces le impone su veto la Majestad del rey, siempre atenta á la conveniencia de su real esposo: porque no le parece bien que, cuando éste se entusiasma hablando de guerras, intervenga el caballeresco

1 Dice un crítico: «La verdad es que los segadores no suelen guardar ni fiestas ni siestas.»

sentimiento cristiano. Por esto dice la ventera: «calla, niña, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.» Pero ella replica que, como se lo preguntó el cura, no pudo dejar de responderle.

El sacerdocio condena las aficiones de la realeza por disparatadas; mas ya veremos después como él también cree y defiende otros no menores disparates. La verdadera causa de su disgusto es la ambición de poder temporal, como ahora se dice; los celos que le inspira el Estado. Por eso, además de condenar los libros del Emperador, pretende arrojarlos al fuego: vivo retrato de la Inquisición, que osaba interponer su censura hasta en los alcázares de los reyes: «Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, *que también sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella* [1].» El ventero pregunta con el mismo énfasis con que un monarca podría interrogar á quien á tanto como el cura se atreviese: «¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros?... ¿Pues por ventura son hereges ó *flemáticos*? [2]» «Cismáticos querreis decir...»

El cura pretende quemar solamente dos, uno de

1 Recuérdese el capítulo XVI, donde dijimos que el fuego de la chimenea era el de la Inquisición: ahora se confirma, pues lo quiere destinar el barbero á quemar libros condenado por el sacerdocio.

2 Este calificativo corresponde á los alemanes, y esa condición tan contrapuesta nue[stra] vivacidad irritaba a los españoles cuando vino Carlos

ellos el de Félix Marte de Hircania, en lo cual vuelve á verse que quiere destruir en su provecho el poderío de la corona.

Bien se advierte que estos diálogos son una disputa de preeminencias. La actitud y alegatos de los respectivos personajes convienen perfectamente con las denominaciones por nosotros asignadas. Al poder real no le importa que echen al fuego á Don Gonzalo de Córdoba... No hay sino recordar el poquísimo afecto que á este personaje tuvo Fernando el Católico. Cuanto á los otros, primero dejaría quemar un hijo... Aquí vemos al inhumano Felipe II.

El sacerdocio, no cree las hazañas de Félix Marte, y acepta las de Diego García, «que, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella...» Proeza parecida á la de Sansón, cuando con una quijada de asno, mató él solo mil filisteos. También acepta que el García detuvo con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y por Dios, que este García es Josué deteniendo al sol en la mitad de su carrera, ó no vive ya la lógica en el mundo. Bien que no hay rueda de molino que se iguale á la colosal estrella, centro de nuestro sistema planetario. Libros que tales cosas mantienen, son verdaderos libros de caballerías. De estas hazañas, de estos embustes, de estos imposibles lleno y henchido está el *Año Cristiano*, y rebosante la mayoría de libros místicos, impresos con licencia del Consejo Real y compuestos por ingenios ocio

sos, como de todos los libros de caballerías dice el autor del *Quijote*.

El cura ve la paja en el ojo ageno y no ve la rueda de molino en el suyo: ve las caballerescas aficiones de los reyes, su desmesurada ambición de poder, y no ve, ó ver no quiere, iguales y mayores defectos en la Iglesia que él dirige. El catolicismo es el vivero mayor de libros de caballerías. ¿Queréis caballeros andantes? ahí tenéis á los cruzados y anacoretas. ¿Queréis aventuras inverosímiles y prodigiosas? leed el *Viejo* y el *Nuevo Testamento*, leed las vidas de los santos, contad sus estupendas milagrerías. ¿Deseáis fantásticas doncellas poseídas de tan casto como incomprensible amor? Entrad en los conventos de monjas. ¿Queréis palacios encantados con puertas de esmeralda y pavimentos de diamantes? Ahí está su Paraíso. ¿Buscais dragones y lagos de pez y azufre hirvientes? Pues ya os aguarda el infierno con todos sus horrores [1].

No, no condena el sacerdocio en el poder real sus preferencias por disparatadas, sino por mermadoras de sus privilegios y defraudadoras de su ambición. Primero quiere atemorizarle con la nota de cismático; después, no pudiendo con aquello reducirle, muéstrale los peligros de la vida láica: «*Quiera Dios que no cojeeis del pie que cojea vuestro huésped Don Quijote.*» Esto es: no admitiendo el yugo de la Iglesia, corre el Estado peligro de caer en los abismos de la libertad. Sin

---

1 Porque los libros de caballerías son los religiosos, dice Cardenio que no le harían creer al huesped otra cosa *frailes descalzos*

las riendas de la religión, el pueblo se desboca, el orden social se desquicia y húndense las instituciones. Esto quiere decir el cura; pretende, en una palabra, asustar al poder real mostrándole según una frase vulgar, el coco de la anarquía...

Pero el Emperador le tranquiliza con mucha sorna. respondiendo: «Eso no, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante.» No será tan loco, no tiene tan puros y heróicos sentimientos; impúlsale la ambición personal, no la abnegación santísima de redimir al mundo; es un ventero, no es un Don Quijote. En verdad, no hay cuidado que los reyes se hagan caballeros andantes.

Tal es la conversación que tuvieron los dos poderes. sin recatarse ya del pueblo, porque el héroe dormía.

Mientras tanto, Sancho, sin caudillo, sin norte, confuso y pensativo al ver que eran mentira los ideales del sacerdocio y la realeza, y oir que ya no había caballeros andantes, «propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que el pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo.»

No tiene otro orígen el descorazonamiento popular.

CAPITULO XXXIII

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

La crítica literaria, más atenta de ordinario á la superficie que al corazón de los escritos, dice que *El Curioso Impertinente* rompe la unidad estética del libro *Don Quijote de la Mancha*. ¿Es así? No falta razón á los censores: no hay ligadura aparente que ate al resto de la obra esa novela; quítese, y el libro principal quedará redondo como si nada se hubiese quitado. Ahora bien: ¿es posible que tan claro ingenio, tan primoroso artista como Cervantes no viera lo que nota sin esfuerzo cualquier incipiente literatillo? Y si no pasó para él inadvertido tan garrafal defecto, y lo cometió á sabiendas, ¿qué pudo á ello inducirle? ¿Sería la falta de dinero para imprimir esta obrita? no, porque quien esperaba publicar un abultado volumen, podía mejor hacerlo con un opúsculo. ¿Sería la idea de ganancia? más grande la hubiera obtenido publicando sus dos novelas separadamente. ¿Sería un apasionado cariño, una injustificada preferencia de autor, debilidad tan frecuente en ingenios de nota? si hubiese ya antes de publicarse, sido famoso el *Quijote*, podría suponerse

que quisiera Cervantes avalorar su otra novela engarzándola en tan rica joya; pero ¿acaso la preferencia no excluye el deseo de realzar lo que ya se considera en sí mismo realzado y digno de todo merecimiento?

Hay que subir á mayor altura para hallar la causa de aquel supuesto desbarro.

Así como los héroes homéricos buscaban en los combates al más poderoso de sus enemigos, para reñir con él distinguiéndole entre todos, así el alma épica de Cervantes busca aquí al error omnipotente, para combatirle en señalado lugar; aquí pulveriza la eterna valla opuesta por las religiones al espíritu humano en su constante progresión; aquí responde con un ¡sí! al soberbio ¡no! de los sacerdocios; aquí, en fin, combate intrépido y por separado al dogma de la ignorancia, puesto entre la luz y el hombre.

Además, la acción de este libro pasa en la *Mancha*, en el mundo sombrío, adonde venimos todos con pecado original, según la Iglesia. Sólo una mujer ha tenido el privilegio de parir sin mácula, siendo el único resquicio por donde ha entrado la luz del cielo en el mundo sin mezclarse con las impurezas terrestres. Esto se trata en la presente novela, que no tiene relación con la de *Don Quijote de la Mancha*, como no la tiene la Vírgen con los séres manchados que padecemos en este valle de lágrimas.

Veamos ahora la interpretación del texto.

Anselmo es el nombre de un famoso santo padre, Lotario es Lutero, según la etimología; de modo que

pueden estos personajes encarnar la ortodoxia y el libre exámen respectivamente, ó la fe y la razón. Como los nombres, ajústanse á tales entidades sus aficiones: gustaba al principio Anselmo de pasatiempos amorosos dirección donde predomina el sentimiento; y Lotario prefería el placer de la caza, que pide actividad racional. Estas dos opuestísimas tendencias, cual suelen armonizarse en algunos indivíduos, armonizábanse en la Iglesia primitiva, concurriendo al mismo fin, sin predominar la una sobre la otra, exactamente como acontece entre Anselmo y Lotario.

No podía Cervantes, sin manifestar demasiado su intención, llamar Pedro al esposo de Camila; mas luégo salva la dificultad *identificando á los dos personajes* en una cita de Lotario: «Y para confirmación de esta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo en el fin de su primera parte de las *Lágrimas de San Pedro*, que dice así:

« Crece el dolor y crece la vergüenza
en Pedro cuando el día se hı mostrado... »

La cita es redundante en buena literatura, porque se trae para demostrar cosa indubitada é indubitable: que también el dolor secreto aflige; bastaba la afirmación. Sin embargo, Cervantes anda con mil rodeos, innecesarios para la prueba, necesarios para la creación simbólica.

El catolicismo, en su orígen, fué, según la tradición,

más que Iglesia, una propaganda pura, desligada de lo terrenal: no tenía organización ni pensaba en ella, guiábase por el sentimiento y en él se apoyaba: era, en suma, la idea fecundando al hombre. Pero después hubo necesariamente, como todo lo humano, de organizarse; bajó del cielo á la tierra, buscó arraigo en lo material, y convirtiéndose el amor en poder, Pedro se casó con la idea; de este modo nació la Iglesia Católica. Hízose esto con beneplácito y hasta con ayuda del elemento racional, porque necesario es organizarse á lo que ha de vivir en un mundo organizado; pero desde entónces, y sin perjuicio del afecto, no reinó absoluta intimidad entre las dos tendencias: porque si la razón admitía el hecho como necesario, veía también el gran peligro que en sí llevaba. En efecto, si el libre exámen como entidad activa entraba en la iglesia, ¿no advertiría el mundo que era falsa la naturaleza divina del catolicismo?

Lo que Lotario temía se ha realizado: todo el mundo conoce que lo humano del catolicismo contradice su divinidad.

Aun mediando aquel disentimiento, las dos tendencias vivían en paz y amigablemente, como unidas por un mismo amor; había en verdad trazado el raciocinio una línea divisoria, mas no por impulso del odio sino en virtud del recíproco afecto y mirando por el interés común. Pedro, sin embargo, no se contuvo en los límites de la prudencia; no quiso mantener el *stato quo* aconsejado por su amigo; lejos de eso, acabo por impo-

ner el dogma. Aquí entramos de lleno en la impertinente curiosidad.

Trátase de saber si la Vírgen es pura ¿Cabe mayor impertinencia? No bastaba que María fuese buena hija, esposa y madre; era preciso que, siendo todo esto, fuese además vírgen. El catolicismo encomendó tan absurda prueba al elemento razonador; negóse éste como era lógico previendo los desastrosos resultados, ó siquiera la inutilidad del experimento: «. ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada, persuadir á una honesta, ofrecer á una desinteresada, servir á una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle después que los que ahora tiene? ó ¿qué será más después de lo que es ahora? *O es que tú no la tienes por la que dices*, *ó tú no sabes lo que pides*. A pesar de tan buenas razones, persistió la Iglesia: largas centurias ha ocupado á Concilios y teólogos problema tan extravagante, hasta coronarlo en nuestros días con el dogma de la Inmaculada.

¿Qué significan para la Iglesia la pureza y virginidad de María? pues significan el opuesto absoluto de la procreación. Ensalzando la virginidad, combate la maternidad: la vírgen es más que la madre... Considérese como quiera, la maternidad es más humana y *más divina* que la virginidad: como ley física, como precepto divino; como función natural que perpetúa la

especie, como sublime consagración del amor, alma del mundo. La virginidad en la práctica funda los sombríos y estériles conventos con todas sus aberraciones: la maternidad forma las sociedades, continúa la vida y la fecunda y hermosea con todos sus esplendores. ¿Qué hay virginal y estéril en el universo? Todo genera, todo florece y fructifica, unas criaturas son hijas de otras en la escala de lo infinito, hasta perderse el parentesco en Dios. Lo que quiere la Iglesia es subversivo de la ley natural, porque mata la reproducción; es falso, porque tergiversa el verdadero concepto de nuestro destino; es inícuo, porque encierra el espíritu y el cuerpo en moldes incapaces de contenerlos. Si se le hubiera á la Iglesia antojado que el beber agua es un crímen ¿tendríamos que matarnos de sed? ó que trabajásemos incesantemente ¿y habríamos de agotar nuestras fuerzas sin remisión?

Considerado el asunto por su fase más noble, puede suponerse que el empeño es tal como Cervantes lo pinta: que quiere saberse, por mera curiosidad ó por afán de removerlo todo, si María es ó no pura... El correctivo está en unas líneas ya copiadas. ¡Oh sacerdotes! Puesto que nadie llamaba impura á la madre de Jesús ¿qué ganásteis con hacer la prueba? Y si era pura ¿dejaría de serlo porque alguien lo negase? Y si no lo era, ¿lo sería porque lo mandáseis vosotros? Esta es la impertinencia, impertinencia común á todos los dogmas, pero más que á todos á éste, por ser prototipo de la impertinente curiosidad.

Por esto mismo debió de escogerlo Cervantes para desarrollar su tésis Prestábase también más que todos, por ser menos abstruso, aunque no menos inconciliable con la verdad que los otros dogmas; circunstancia aquélla no de poco momento para quien se jugaba la vida en cada frase que estampaba. ¡Ah, cuán resbaladizo era el tema! ¡Cuán á peligro de caer estaba Cervantes! Había que decir las cosas de modo que no lo entendiesen los de su siglo y lo entendiésemos los de otros siglos; esto es: dar una voz en medio de vastísima plaza para que la oyesen los lejanos y no la oyesen los cercanos. Sólo podía esto conseguirse teniendo, como Cervantes, la potencia de acercarse á lo futuro con las grandes alas del númen.

La dificultad para el investigador estaba en coger las claves. ¿Y quién podía en aquel siglo volar hasta las alturas del sentimiento, donde había puesto esas claves Cervantes Saavedra? Hoy no se necesitan alas: estamos ya en aquellas alturas.

Dar en el *quid*, eso es todo: no dando, el *Curioso Impertinente* es una novela; dando, es una cripta. ¿Queremos ver la entrada? Cervantes la señala con esta inscripción: «...puesto que aquello (la prueba del vaso) sea ficción poética, *tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos é imitados.*»

¿Había que decir que el empeño de la Iglesia atentaba contra la divinidad?

Aquí está dicho: «...ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los

buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir *que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios*. Pues si esto sintió *un* gentil de la amistad ¿cuánto mejor es que lo sienta *el* cristiano?...»

Pretende la Iglesia que se declare á María pura; esto se opone á la teoría católica del pecado original. Cervantes anota la contradicción: «...y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procura, redundan en la carne del marido.» Trasmisión del pecado por la carne.

¿Se quiere ver cómo Cervantes alude en Camila á entidad más alta que una simple mujer? Véase esta diáfana comparación de Lotario: «Háse de usar con la honesta mujer *el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas*.»

¿Búscase tono conveniente á predicaciones sagradas, ya que se toca un punto teológico? Escúchese esta declamación, digna del púlpito: «Mira, pues, ¡oh Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu *casta esposa*; advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto que lo dejaré en su punto, pues me faltan palabras para encarecerlo.» Y atiendase también á este otro dato, expre-

sivo, gráfico y vehemente: «...y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intención de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco ó nada; pues con brevedad, *viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio.*» Concepto que, con sola una coma, queda de este modo: «le podrás decir LA PURA, verdad de nuestro artificio.» Aún hay más. Cervantes se burla de los sacramentos con todo desenfado: hablando del matrimonio dice: «Y tiene tanta fuerza y virtud este *milagroso* sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; *y aún hace más en los buenos casados*, que aunque tienen dos almas tienen una misma voluntad.» ¡Qué ingeniosa y preciosísima afirmación! El matrimonio por sacramento ata la carne, el matrimonio por amor une las almas. ¡Pero y la graciosa manera de decirlo! Alaba con énfasis para dejar caer con toda suavidad la burla. Lo que parece un ditirambo por el tono, resulta una punzante sátira por el pensamiento.

Y hay más (y más aún veremos en los otros capítulos). Con la misma gracia se burla de la fe ciega, burlándose aparentemente de la incredulidad. «Paréceme ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les

han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales* [1].

¿Pero quién no advierte, además, el tono grave y majestuoso estilo en que está escrita la novela, el sabor místico unas veces y racionalista otras, la importancia que da el autor á los más ínfimos pormenores, el desmenuzamiento de los temas, las frecuentes citas de cosas sagradas, el tan rico vocabulario para un capítulo de palabras á la Iglesia referentes? ¿Quién no advierte, en fin, que se debate un asunto teológico, y quién no ve sobre todos estos complementos erguirse el dogma de la pureza de María?

Pedro pide al raciocinio que haga la prueba tantas veces mencionada valiéndose de todas las artes: la elocuencia pasional, la poesía y hasta la seducción: «...y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro día siguiente se comenzaría la obra, que le daría lugar y tiempo cómo á sus solas pudiese hablar á Camila, y así mismo le daría dinero y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza.» En suma: esta es la propaganda hecha en pro de la Vírgen, diosa del catolicismo. A primera vista parece que lo de las alhajas contradice nuestro aserto, porque las da el esposo para corromper á Camila; mas ha de tenerse en cuenta

1 [illegible] participaba también [illegible] voluntario

que Anselmo no lo hace por ver si aquélla es pura, sino para ver que es pura, pues tiénela por honesta, honrada, recogida y desinteresada, y cree que saldrá victoriosa de todos los asaltos. El elemento razonable se opone, como ya hemos consignado, á la impertinente experiencia, y Pedro le responde, convencido de su error, diciendo que sucédele como á algunas mujeres que «se les antoja comer yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse.» En esta crudísima forma califica Cervantes la inmunda curiosidad de saber si María fué ó no Vírgen, para cuya averiguación se necesita en verdad revolver inmundicias.

Opone Lotario al pertinaz deseo de su amigo una falsa promesa, y finje satisfacerle. Antes empleó la persuasión, y ahora emplea la diplomacia; pero con nada logra aniquilar la naciente ansia de absurdos dogmatismos. La buena intención de Lotario se descubre; táchale de mal amigo quien de sí mismo no sabía serlo; y desde entonces el libre exámen, herido en su amor propio, toma por suyo el empeño y entra en la Iglesia enamorado de la religión y dispuesto á verificar la prueba sin estímulo de nadie. Esta es ya la protesta, la Reforma, calcada en lo histórico. Al suceder esto en la vida real, dirígense del seno de la misma Iglesia advertimentos del peligro al Pontificado: el terco Pontificado sigue el mismo temible camino; no mira por su casa, la abandona al enemigo que él introdujo, y el libre exámen no pára hasta dar en tierra

con todo el edificio de misterios, dogmas y falsedades que la religión católica sustenta.

El Pontificado ha cometido muchos, pero en particular, dos grandes errores: uno, fiar en la buena amistad y fieles servicios de Lotario.

Otra causa de ruina, es su ciega y desmedida ambición, retratada así por Cervantes: «Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; *tú eres su cielo en la tierra*, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo *con la tuya y con la del cielo;* pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento, te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tienes y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro de que todo venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza?»

Y la Iglesia, como Anselmo, en vez de afirmarse en los eternos fundamentos del orden moral, lo ha hecho, para su perdición, en los débiles arrimos de la naturaleza humana.

CAPÍTULO XXXIV

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA
DEL CURIOSO IMPERTINENTE

En las últimas páginas del capítulo anterior refléjase la lucha que consigo misma tiene la razón al emanciparse del yugo sacerdotal. Aun sujeto á este yugo el pensamiento, como al fin es libérrimo por esencia y activísimo, claro que ha de tomar á poco una dirección independiente y conforme con su naturaleza. La fuerza es entidad pasiva, y así, sirve ciegamente á quien de ella dispone; pero el pensamiento trabaja por cuenta propia, llegando á la adhesión ó á la rebelión, en virtud de su naturaleza independiente. Todo esto se comprueba en Lotario. Está al servicio de Pedro; el pontífice le tiene por amigo, y le encomienda inquirir y propagar lo que con el pensamiento se relaciona: es la filosofía dentro de la Iglesia. Ya está enfrente del arcano. Su primera actitud es de indiferencia; después se entrega á la meditación: «...lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla...» Después contempla el sublime principio religioso, y siéntese lleno de respeto por su «honesta presencia, la gravedad de su rostro

y compostura de su persona.» La majestad de la religión le detiene; no osa llegar al tabernáculo, ni sondar el misterio, ni hablar de él; pero *si la lengua callaba, el pensamiento discurría* y contemplaba las hermosuras del ideal. El pensador se enamora por fin de la idea pura, y ve con dolor que, sólo por el hecho de adorarla, falta á sus votos y se halla en pleno disentimiento con el pontificado y la Iglesia. Entonces viene el conflicto: la tradición pesa mucho sobre él todavía; lo nuevo le atrae con ímpetu irresistible; quiere huir el nuevo peligro, y no puede; táchase de desleal, y hasta de *mal cristiano;* piensa en su amistad con Pedro, en el juicio de los hombres y en el de Dios; pero todos los escrúpulos se ahogan en el nuevo y poderoso amor, y se rinden por fin al influjo del pensamiento, triunfando así la libertad sobre la Iglesia en el hombre y en la historia.

En el capítulo XXXIV vemos que Anselmo se alegró al tener noticia de que se había comenzado la experiencia, y más cuando supo que su deseo triunfaba: «Las nuevas que te podré dar ¡oh amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente *puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas* [1]. No hay que llamar la atención sobre esta perífrasis, que de precisa manera y en estilo católico califica á la Vírgen, ni hemos de insistir acerca de las infundadas alegrías y esperanzas de Pedro: él creía

[1] En esta pág. me dice Leonela: «Ay desdichada de mí si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo [illegible] *mujeres*, el EJEMPLO DE LA CASTIDAD [illegible]»

triunfante al dogma; también el mundo, mientras no ha pensado por sí propio, lo ha creído; mas lo cierto es que Camila se rindió.

La razón en libre ejercicio no necesita acudir á las mercedes para captarse las simpatías religiosas de los pueblos: bástanle sus naturales atractivos; por esto dice Lotario: «Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas.» ¿Verdad que este levantado lenguaje no corresponde á un adúltero, y menos á un adúltero como Lotario? ¿Verdad que respira una grandeza incomprensible en lo externo de la fábula? Compréndese admitiendo que el amor de Lotario y Camila es un afecto inmaterial entre dos entidades abstractas, entre el espíritu humano y la religión. Cuando estas dos entidades se unen íntimamente en el sublime amor de la conciencia, no intervienen las dádivas; basta la inclinación natural, las naturales hermosuras de ambos principios, y la eficacia de la ley divina que hace girar, unas en torno de otras, las esferas y las almas. La dignísima réplica de Lotario (quien antes de conocer substancialmente la religión no rechazó la impura idea de sobornarla) es un seguro latigazo dado á la venalidad del catolicismo.

Aunque no es Camila el ideal religioso en absoluto, puesto que era esposa de Anselmo ó Pedro; Camila es la religión tal como la consideraba Lotario al estudiarla dentro del catolicismo; y así, aparece en la in-

terpretación con diferentes grados de pureza. El ideal de Lotario es Clori, el verdadero ideal religioso, y por eso lo ve como esperanza, según indica el nombre. Para Anselmo esta Clori es un personaje fingido; para Lotario, igual que para Cervantes, una entidad positiva con disfraz ideológico, y bajo esta forma la dedicaban versos á mansalva delante del catolicismo, que, creyendo engañar á la religión, era engañado.

Claramente se ve que los versos expresan la ansiedad é incertidumbre del pensador. Cuando todo el mundo duerme, él está en vela dando cuenta de sus *ricos* males al cielo: aparece la luz y él no descansa: torna la sombra, y el pensador prosigue su trabajo: lo mismo en lóbregos siglos que en claros tiempos, suspira por lo absoluto; y aunque el espíritu bebe sin tregua, como lo absoluto es lo inagotable, jamás llega á saciar la sed que le devora.

El segundo soneto responde más directamente al sentimiento y labor de Cervantes. Comienza expresando su anhelo de inmortalidad. Como hombre, ha de morir; mas para él, la verdadera muerte consiste en no ser creído, en que yazgan infecundas sus ideas en el sepulcro donde él las enterró. Declárase fervientemente enamorado, y añade: «que acaso muera olvidado y sin gloria, pero en su pecho abierto [1] podrá verse el hermoso rostro del ideal.» Esta reliquia guardaba para el trance de verse olvidado; tenía esa esperanza de inmortalidad; fiaba á lo futuro la tarea de abrir su pecho

1 En el fondo del *Quijote*.

y descubrir sus amores. En efecto, ya está manifiesta su alma esclarecida, aunque navegaba, el cielo oscuro,

«por mar no usado y peligrosa vía
adonde norte ó puerto no se ofrece.»

En este soneto, igual que en todo el libro, mentía como poeta el autor del *Quijote;* pero ¡qué bien hablaba como enamorado!

Leonela es la Corte pontificia. Pertenece al género de Maritornes, aunque, como buena italiana, es menos tosca y más impura. Píntala el autor muy práctica en amores y tercerías: y si bien resulta el personaje innoble en extremo, no excede al original en perversiones. Por Leonela viene la catástrofe, y por la inmoralidad de la corte romana vino la Reforma, gran catástrofe del catolicismo.

Además de todo lo notado hay otros pormenores, como el de metodizar los sentimientos, aprisionándolos en el A B C ó Christus, y frases como esta: «te lo digo de coro,» y otras que verá quien estudie el *Quijote* detenidamente.

Hasta que Leonela entra en juego, Camila procede como entidad pasiva, cuanto puede serlo un personaje novelesco, y como corresponde á la abstracta religión; pero á la sombra ponzoñosa de esa cortesana, la religión se pervierte, baja de lo ideal á la palestra del mundo y muévese empujada por las más violentas pasiones.

Tenía Leonela un amante, cuyo nombre no se dice, sin duda porque el amante de la corte pontificia es el vicio en todas sus formas. Ya antes declara el autor algo de esto por medio de una anfibología; «...ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galán suyo en esta casa.»

Lotario ve á este amante ó barragán de Leonela, ve el escandaloso tráfico de aquella corte impura, que escandalizó á la cristiandad con sus tercerías, y no dando crédito á sus ojos, toma la triste realidad por un fantasma; pero cuando advierte que este fantasma camina y se encubre (marca indudable de lo ilícito), ríndese á la evidencia. Entonces, como siempre ha sucedido, culpa á la idea del mal que hacen los hombres, sin acordarse de que Roma era en el mundo; entonces pierde todo su buen entendimiento, desprecia toda táctica, y en vez de disfrutar en lo íntimo y sosegadamente las dulzuras de sus estudios, declara á la faz del pontificado la verdad tanto tiempo encubierta, poniéndose á peligro de malograr el trabajo de toda la vida. Lotario en este caso es el héroe indignado que arroja en las aras de su ideal todo lo que posee, hasta la existencia: por ejemplo, Giordano Bruno.

Y aquí cambia la escena. Están los personajes en la antecámara *donde guarda sus alhajas Pedro*, en el corazón del catolicismo. Hay un doble escenario, donde el pontífice ve la mentira y los lectores pueden ver la verdad. En un lado los hechos, en otro la filosofía; por una parte los sumandos, por otra la suma; refleja-

se, pues, aquí, gracias al mágico ingenio de Cervantes, la labor interna y externa de la historia.

¿Qué ve Pedro desde su recámara? Ve á la religión, fiel á su persona; á la corte pontificia, adicta á sus intereses; al pensamiento, amigo suyo, aunque disfrazado de enemigo (y ¡qué combinación tan maravillosa! la mentira es aquí la verdad). Ve, por último, triunfante el dogmatismo en la pureza de María... La Religión traza arrogantemente una línea en torno suyo para que el pensamiento no la franquee, so pena de morir.

Ella misma se adelanta en la lucha y trata de herirle «con tales muestras de querer enclavarle la daga, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese.» En tal extremo, la religión no era ya aquella dama que imponía respeto con su honesta presencia, la gravedad de su rostro y compostura de su persona: era una que iba doquier con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio; y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado; que tal fué la religión católica en su apogeo, cuando imponía la creencia con lujo de tormentos inquisitoriales.

Con tan inícuo proceder la esposa de Pedro se hiere a sí misma. La herida es leve para Anselmo y los otros personajes: es leve para el pontificado, porque

nunca conoció cuán gravemente herida quedaba la religión católica en su lucha con el pensamiento: es leve para los otros, porque la verdadera religión sale incólume de todos los combates, si bien pueden retardar su imperio, lo cual es una leve herida.

Leonela *toma la sangre* á la religión ¡qué frase tan gráfica, y qué verdad tan evidente!... Pedro ve en esta obra de vampiro una cura hecha por su *fiel servidora*.

He ahí lo que veía el pontificado en la fábula del *Curioso Impertinente* y en la historia del mundo: la mentira. ¿Qué veía Cervantes y qué vemos hoy nosotros? Lo que parece fabuloso en la novela y en la historia, la verdad... La religión y el pensamiento más enamorados é íntimamente unidos que nunca, la corte pontificia hecha una impura cortesana, y Pedro el hombre más sabrosamente engañado del mundo; porque con tan extraños y eficaces afectos representaron esta tragedia los personajes, que pareció que se habían transformado *en la misma verdad de lo que fingían*.



CAPITULO XXXV

QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO, Y SE DA FIN Á LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

Ya ha cortado Cervantes la cabeza á Pandafilando. Liándose la manta, como muy bien se dice; esgrimiendo en su diestra la invicta pluma, y mostrando *toda su virilidad* de esforzado luchador, decapita á la Iglesia, ó más propiamente á todas las Iglesias. Pandafilando es el gran enemigo de la humanidad, ora imponga su ley con el dogma embrutecedor, ora con la sangrienta cimitarra: es la barbarie, que se opone al vuelo del espíritu; es la embriaguez, todas las borracheras y locuras sacerdotales, que producen el amodorramiento en Asia, el furor mahometano en África y el soberbioso dogmatismo en Europa; es el misterio pesando sobre la inteligencia, el bruto ídolo deteniendo al hombre.

Al acometer Cervantes tamaña aventura, tiene cogida la manta con que atormentaron al pueblo sus verdugos, el recuerdo de todas las iniquidades; ponerla ahora como la Medusa ó las Gorgonas en el escudo de este héroe, es consagrar el carácter homérico de

la hazaña española de nuestro Cervantes, Tirteo por sus cantos bélicos, Aquiles por su arrojo.

Esta olímpica lucha y este triunfo se realizan en sueños: «...fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, *que le hizo soñar que ya había llegado...*» Tenía vida esta epopeya en el cerebro de Cervantes; mas había de reposar unas centurias en el fondo obscuro de su libro, hasta que recobrase la acción á la faz del mundo. *Rompió los cueros* el valeroso paladín, derramó el vino (que al pueblo le parecía sangre), metióse en tal faena denodadamente; pero resguardándose con el mugriento bonetillo del poder real, disfrazando sus ideas con el rancio pensar común de por entónces. Así, amigos y enemigos porfiaban que no había tal vencido gigante, á lo que Don Quijote respondió proféticamente: «...quiero callar porque no me digan que miento; PERO EL TIEMPO, DESCUBRIDOR DE TODAS LAS COSAS, LO DIRÁ CUANDO MENOS LO PENSEMOS [1].» Y ahora lo dice por nuestra pluma, animada del mismo sentimiento que animó al autor del *Quijote*.

Cervantes en esta ocasión es un herege intrépido y terrible, que ataca al dogma y le atraviesa con su espada fulgurante; es, para la Iglesia oficial, el diablo, y así le llama el ventero: «Don Quijote, ó Don Diablo,» y enemigo de Dios y de sus santos al pueblo que le sigue. Además dice: «¡Nadando vea yo en los infiernos el alma de quien los horadó!...» Y añade la

1 Capítulo XXXVII.

ventera: «...derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que ¡por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre (¡furor tradicionalista!) si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro! O no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy.»

Miren los que gozan la relativa libertad de nuestro siglo bajo qué amenazas escribía el autor del *Quijote* para andarse con atrevimientos. Esa que parece graciosa incomodidad de una ventera es la saña feroz de los fuertes, el afilamiento de uñas de la tiranía.

En pleno sueño, en lo más recio de la pelea, siente Cervantes aquellas voces aterradoras, y ve estirarse aquellas garras: golpéale el poder real, la teocracia le echa un jarro de agua fría, y el caballero despierta á la realidad comprendiendo que España verá *la sutileza*, el ingenio de su libro, pero no «la batalla de su ayudador y de su contrario.»

En aquel siglo, donde todas las cosas estaban trocadas y todas las almas sojuzgadas, no veía el pueblo *la cabeza del gigante*, ni en el libro ni en la historia; sentía el mal, y buscaba la causa sin dar con ella «...y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo.» Pasaba el vulgo más fatigas que los soñadores, pues trabajaba y padecía sin compensación ninguna. Cervantes podía gozar con la videncia de lo futuro; para el idealista el mal era breve, pues veía el límite, y para el vulgo era eterno.

Cuando todos los personajes de la venta rivalizaban en furor; cuando los poderes se disputaban la cé-

lebre cola; cuando el rey y su cónyuge maldecían á los héroes, y el cura obligaba á Don Quijote *á dormir*, el sentimiento cristiano callaba, y de cuando en cuando sonreía. Esta sonrisa era la única esperanza de aquella lóbrega y conturbada época, esperanza que nadie como Cervantes podía tener, nadie como el ideal vivo en un gran hombre, solo en su tiempo. Buena muestra de que esperaba da en la siguiente expresión: «Dorotea (la infeliz España del siglo XVI) consoló á Sancho diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él tuviese.» Estó escribió pensando en lo futuro, hoy presente. Letra muerta eran ayer esas palabras; sean ya letra viva. Aún no está Dorotea en pacífica posesión de su reino, mas podemos dárselo, con buena voluntad de cumplir á Sancho la promesa de nuestro genio nacional.

El cura, como se ve aquí, tiene que pagar *los cueros rotos*. Mientras no lo haga; mientras pertenezca a la Iglesia católica ú otra dominante; mientras el libre se esclavice y esclavice á su vez, y el varon mancille su sexo afeminándose ignominiosamente, legítimos serán los mandobles de la libertad, y naturalísima la actitud de Don Quijote al confundirle con una hembra: «...se hincó de rodillas delante del cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer

mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.» Además, esta confusión tiene mucha filosofía y mucha gracia. Cervantes le dice á España en serio lo que se ha trasladado; pero se lo dice también al cura, riéndose en sus barbas, con toda la sal del mundo. En aquel tiempo el cura era España, y por esto se escribió el *Quijote;* porque era vergonzoso que cubriesen unas faldas al pueblo arrogantemente viril de los Padillas y de los Cides. ¡Véase si no dijo bien Sancho que el Quijote había puesto EN SAL al gigante, sal que de hoy más no ha de llamarse ática, sino española, porque no tiene rival en el mundo!

En la aventura de los cueros se da muerte á Pandafilando de un sólo *revés*, de una cuchillada: esta es la acción personal de Cervantes, quien describe magistralmente en lo que resta de capítulo la muerte de la Iglesia.

Vivía Pedro y vive aún descuidado, creyendo que su corte y la religión y el pensamiento le sirven con fidelidad; que el mundo es un pedestal eterno de su grandeza dominante: goza contemplando el inmenso edificio de la Iglesia católica, construído con todas las apariencias de la realidad, pero fundado sobre la universal ignorancia, polvo que ha de barrer la idea. Mínanle ya hace mucho la inteligencia, mal avenida con el perpétuo quietismo; el puro sentimiento religioso,

latente en los pueblos, y la propia corrupción de la Iglesia romana. Socavados están los cimientos; cuando el último empuje los arruine, se desplomará el edificio, y le cubrirán las aguas, y Pedro no flotará sobre ellas. Antes, Dios le hablará al oído, la eternidad le revelará su secreto, y él despertará en esa hora de horror sublime, en medio de su asiática grandeza, para ver la catástrofe y morir de eterna muerte. Visión de Apocalipsis: la onda, la sombra, el trueno y el rayo jugarán con su barca, y el peso de mil crímenes la hundirá. La agonía durará lo preciso para espantarse, mas no para salvarse. En tal naufragio acudirá Pedro á su corte, á su sacro colegio de cardenales, y verá que está prostituído: querrá matar esa serpiente que tanto vivió enroscada á su cuerpo, y se le escapará de entre las manos: anhelará el beso de la sublime religión, y verá que la religión ha huído de su Iglesia sin que él lo notase: buscará ansiosamente al pensamiento para apoyarse en él, y no lo hallará; sin religión, sin amigos, sin cohortes de siervos, sin oro, sin reliquias de su antiguo esplendor, sin apoyo de nadie, y maldecido del cielo, irá á morir en lo ignorado y obscuro, produciendo, cuando más, el asombro de la libre *Florencia* del porvenir, porque entonces ya no habrá reyes.

La causa de esta espantosa guerra escríbela el mismo pontificado en su testamento: «...no estaba ella (Camila ó la religión) obligada *á hacer milagros*, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para

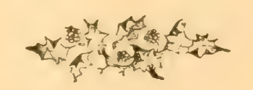
qué...» Al mundo toca acabar la frase pronunciando la sentencia, en cuya ejecución no habrá dolor ni lágrimas de nadie, pues la cabeza que se ha de cortar es una sombra, y lo que en ello ha de ganarse, la universal alegría.

El sacerdocio ha leído esta novela, y le parece bien por la manera de contarla; pero no puede persuadirse de que sea verdad lo que dice el autor. Tan engañado está como el Anselmo de la fábula, que es su *alter ego*.

Morirá, y morirá como Cervantes dice: morirá en el claustro donde se refugia el sentimiento religioso, morirá ese ascetismo hijo del Asia; morirá en la lucha, como pensamiento extraviado, el jesuitismo torcidamente razonador; morirá el pontificado, alta representación mundana de una embrutecedora idolatría, y morirá enfrascándose en toda especie de agios y abocado á la tierra ó con el cuerpo sobre el bufete, en la aldea ó *pagos* donde nació el moderno paganismo.

En las conciencias ilustradas ya ha muerto. Cervantes le corta la cabeza en esta novela, que los censores consideran un ripio.

Pero ahora, ¿está fuera del texto *El Curioso Impertinente*?



CAPITULO XXXVI

QUE TRATA DE OTROS RAROS SUCESOS
QUE EN LA VENTA SUCEDIERON

Mas si Cervantes acaba en sueños la aventura (que es triunfar en lo futuro), sus enemigos triunfan de presente, como veremos en el transcurso de la primera parte. Veremos una pintura de la sociedad humana, de lo ideal en lucha con lo positivo, de la verdad contrastada por la mentira. En este cuadro el sacerdocio quiere, al parecer, celebrar la sublime alianza del pueblo con sus ideales; mas es pura fantasmagoría, porque la alianza no se consuma, no pasa de promesa, como tampoco llegan á realizarse las que hacen á Don Quijote. La Inquisición se apodera de este héroe y le tacha de loco, en la vida real y en la esfera literaria, como hombre y como libro: así él queda encantado en sus dos aspectos.

Cervantes se recrea pintando los amores de Cardenio, Dorotea, el cautivo y D. Luis. Aun teniendo presente la dolorosa realidad, ve en el afecto del hombre por la idea todas las dulzuras que el amor contiene y el munífico ideal ofrece al mundo. Al saborearlas el autor, brotan de su pluma imágenes tan luminosas

como Luscinda, situaciones tan patéticas y alegrías tan celestiales como las de la amada al recobrar á su amado. Cuando describe la hermosura de las doncellas: cuando apura el vocabulario de los epítetos para calificarlas; cuando parece que no sabe cuál es más virginal y hermosa; cuando suma á la suave harmonía de los nombres Luscinda, Dorotea, María y Clara, aquéllas hipérboles de «rostro milagroso,» «hermosura incomparable,» «estrellas,» «soles,» «cielo» y otras que aroman y matizan esta florida invención, el que lee no puede menos de sentir un solemne recogimiento, como si en presencia de algunas altas deidades se encontrara; y en efecto, no son simples mujeres, sino preciosas concreciones de las ideas que exaltan la vida. Así lo percibe el sentimiento y así lo confirma el análisis que daremos al lector, según estas magníficas figuras vayan apareciendo en escena.

La primera que vemos es Luscinda ó la paz, la cándida paz, vestida de blanco, que trae el rostro cubierto, y llora y se conturba porque viene entre gentes de guerra y oprimida por Don Fernando, *que todo lo ordena y manda*. Esta es la paz de aquellos siglos guerreros. Los mercenarios hombres de armas que la fuerzan, no han visto su faz divina, ni oído su dulce voz; suspirar sí, muchas veces y «dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma.»

Dicen estos hombres que ella es monja ó lo va á ser. La paz en los siglos tiránicos, huyendo de los

reyes ambiciosos y conquistadores, desaparece de casa de sus padres, desaparece de la vida social, y se refugia en los monasterios, *aunque ella no se aviene con el monjío*. De allí la saca Don Fernando violentamente, no para coadyuvar á los altos fines de la paz dándosela al pueblo, sino para su real conveniencia. Quiere hacerla esposa suya; mas este consorcio resulta imposible, y la paz en sus brazos está á la contínua amenazada de muerte; porque es falsear y aniquilar ese principio llevarle entre el estrépito de las armas y á la cola de un caballo como ornamento del bárbaro triunfador.

Al ver á la paz en manos de sus opresores dice el amo de la venta: «*Gaudeamus* tenemos.» La satisfacción de este personaje coincide con la de Don Fernando, cosa natural siendo los dos entes uno en substancia, y doble por necesitarlo así el autor para el desarrollo de la alegoría. Obsérvese bien lo que resta de la primera parte y se verá que el ventero se eclipsa casi totalmente desde que interviene en la acción el deseoso de Luscinda, ó mejor dicho desde que éste le manda callar [1]; las poquísimas reapariciones del ventero se verifican, ya en ausencia de Don Fernando, ya en representación de la Santa Hermandad, como miembro de su cuadrilla. Recuérdese, además, lo que dijimos al hablar del barbero.

Tiende la acción del presente capítulo á que la nacionalidad española se una en íntimo consorcio con el

---

1 Capítulo XXXVII.

poder; á que este no sea su barragán, sino su legítimo y desinteresado esposo; á que desaparezcan del mundo la distinción de linajes, los privilegios de alcurnia, las prerrogativas de las coronas, y triunfe sobre todas estas injusticias la niveladora democracia.

Desde luégo, antes de ver su rostro, antes de saber quién y cuántas bondades y hermosuras encierra, muestra España simpatía por la paz y deseos de favorecerla: «...la cual, como había oído suspirar á la embozada, movida de natural compasión se llegó á ella y le dijo: ¿qué mal sentís, señora mía?» La paz, en poder de su verdugo, no responde; pero responde éste como brutal guerrero negando la verdad de ese sumo bien; á lo que ella replica: «antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosa me veo ahora en tanta desventura;» significando que por la sinceridad y candor que á la paz son consubstanciales, sufre tan continuadas derrotas en la historia del mundo.

Mientras está en poder de Don Fernando permanece encubierta, con su eficacia en suspenso; mas al reconocerla por la voz su amante, caésela el antifaz, descubriendo una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecía persona fuera de juício, cuyas señales, sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. En tal momento el Poder la tiene sujeta por la espalda, que es sujetarla á traición; y al

usar tan malas artes en presencia de todos los que ya atentamente le miran, él también se descubre. España ve entonces la pura verdad, ve con sus propios ojos la infidelidad de sus reyes, quienes habiéndola jurado amor, la abandonan después de gozarla y van en pos de su gusto, de su paz, de su victoria. Entonces la nación se desmaya, queda muerta, y como muerto queda también el poder real, que en ella tiene su único fundamento. Al desmayarse la despreciada de Don Fernando cae en brazos del barbero, frase que ahora, en la traducción, resulta sangrienta. El cura le echa agua en el rostro, como recordando por este símil del bautismo que la infeliz le pertenece. En las actitudes de los personajes, en su agitación, en sus opuestas y encontradas pasiones refléjase una lucha terrible; parécese ver en esos deseos, en esos amores y odios, en esas transiciones, en esos silenciosos combates, los humos fosforescentes de la historia subiendo y condensándose en una idealización brillantísima.

Aquí, enmedio de un siglo, la patria (ó la humanidad) con las sombras de la muerte en el rostro, caída en brazos de la teocracia, á los piés del sacerdocio que la sacramenta. Allí, el poder real, asido á la paz, con deseos de gozarla y prostituirla; esta deidad sublime pugnando por desasirse del forzador. En otro lado, la nobleza llena de angustia al ver la desdicha del ideal que adora; más allá, abrumado por mil reveses y víctima de la traición, el heroismo durmiendo. Este es el cuadro, esta es la copia, tal como la trasladó el

autor, poniéndole un marco de pedrería deslumbrante que nosotros no sabemos imitar siquiera.

«Callaban todos y mirábanse todos: Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda y Luscinda á Cardenio.» Aquí una tregua. En la tregua habla la paz. Por sus razones viene Dorotea en conocimiento de quién es Luscinda (á la cual confunde el enamorado Cardenio con España por el grito), y así, en cuanto la nación conoce á la paz, se arrodilla á los piés del poder, interviniendo en favor de Luscinda y en el propio suyo: «Si ya no es, señor mío, que los rayos de este sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad *ó por tu gusto* quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya.» Ella quiere que, pues Don Fernando gozó sus tesoros, la ame y ampare también. Siempre la nación española (y particularmente cuando Carlos I desatendía el nuestro por preferir otros Estados), siempre solicitó á sus monarcas y fué de ellos celosa, porque, ya que la gozaban, disgustábale su apartamiento y ofendíanla sus desdenes. Para persuadir al ingrato, echa mano Dorotea de muchas y fundadas razones: recuérdale los servicios de sus leales vasallos, afirma que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y termina su deprecación con estas enérgicas palabras: «En fin, señor, lo que últimamente te digo

es, que quieras ó no quieras, yo soy tu esposa: testigo son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas [1], si ya es que te precias de aquéllo por que me desprecias; testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo, á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías.» Así hablaba la España del tiempo de Cervantes; y la de ahora, por dar valor á la firma de los reyes, está todavía como aquella infeliz del siglo XVI.

La paz quiere dar consuelo á España, mas no la dejan los brazos del poder real, y sólo cuando vence la nación, queda libre. «*Venciste*, hermosa Dorotea, *venciste*,» dice Don Fernando soltando á la oprimida. Estas solemnes palabras manifiestan que el rey no cede por propio y generoso impulso, sino porque España le ha vencido. Tan es así, que cuando el pueblo abraza á Luscinda y ésta reconoce el derecho que á gozarla tiene su amado, pone aquél mano á la espada con ademán de querer vengarse, lo que hiciera si España no le sujetase *por las rodillas*. Secundan á Dorotea con sus ruegos todos los otros personajes, é interviene eficacísimamente el cura, y sólo entonces se consigue que Don Fernando ceje en su fiera actitud.

La acción del sacerdote es siempre sospechosa por gran enemigo del insigne caballero. Y en efecto, según hemos indicado en el preámbulo de este capítulo, la unión legítima del poder con España no llega á consumarse Mediando el cura, no puede el ideal descen-

1 Palabra de rey.

der sobre el mundo; sus componendas ofrecen, cuando más, la apariencia del bien.

Así, la conversión del señor de Dorotea, su generosidad, la dicha de los otros amantes, todo es fingido; sólo es verdadero lo que redunda en provecho de los poderosos. La España real continúa en su engaño, y el pueblo llora porque ve cada vez más lejano el bien prometido. Pero no lloraba solamente Sancho Panza, el vulgo, sino «casi todos los que allí presentes estaban» (este casi excluye á los beneficiados); porque comenzaron á derramar tantas (lágrimas), los unos de contento propio y los otros del ageno, *que no parecía sino que algún grave y mal caso á todos había sucedido.* El héroe dormía mientras tanto.



CAPITULO XXXVII

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA
DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA,
CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS

Desvanécese á presencia del pueblo el sueño de conquista y civilización, por lo cual España, despojada de las brillantes vestiduras de princesa, torna á ser la dama particular, la humilde labradora seducida por el despotismo, por el gigante Don Fernando. Hay más pormenores confirmatorios: lo que hace llorar al pueblo, regocija al poder real, quien «daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto donde se hallaba, tan á pique de perder el crédito y el alma.» Dar gracias al cielo era dárselas al sacerdocio, que había con su experiencia determinado el fin de la aventura en provecho de aquel alto personaje. También Dorotea se congratula del suceso; este sentimiento corresponde á la España oficial, contenta con una promesa de sus reyes perjuros, como la aflicción de Sancho corresponde á la infelicidad del verdadero pueblo, único que salía perdiendo en esta comedia de sus dominadores. Tal aflicción (con insistencia por el autor anotada), muéstranos la opor-

tunidad de estas frases: «No se podía asegurar Dorotea *si era soñado* el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta.» El secreto de todo revélase en esta otra: «Todo *lo ponía en su punto* el cura, como discreto;» es decir, lo ponía en su Iglesia, en sus intereses de dominación religiosa. Si el sacerdocio lo ponía todo en su punto, la majestad real no descuidaba el suyo, pues entraba á la parte en el negocio. «Pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido.» Todos los personajes estaban, pues, contentos: los engañados y los engañadores. «Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste.»

Con este motivo se suscita un gracioso diálogo entre el pueblo y Cervantes acerca de la famosa aventura de los cueros. Dice Sancho: «Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningún gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluído.» «Eso creo yo bien (responde el sublime idealista que ha matado al dogma), porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida.» Y prosiguiendo Saavedra dice que cortó la cabeza á Pandafilando *de un revés*, ó lo que es lo mismo, indirectamente y guardando el pecho; y añade «que la sangre

corría en arroyos por la tierra como si fueran de agua:» hermosísima manera de decir que la muerte de la barbarie es fuente de vida universal. El pueblo no ve más que lo externo del *Quijote*, y replica: «Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor; porque quiero que sepa vuestra merced, si *es que no lo sabe*, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la p... que me parió [1], y llévelo todo Satanás.» «¿Y qué es lo que dices, loco?... ¿estás en tu seso?» replica Cervantes, advirtiéndole que esas apariencias obedecen al forzoso encantamiento de su libro, al influjo del poder tiránico que le obliga á exponer en forma ridícula una ideología suprema. *Todo lo creyera* Sancho si también su manteamiento fuera cosa fantástica, si la tiranía no hubiera existido; pero existió *real* y verdaderamente, y tan *realmente*, que «el mismo *ventero* tenía del un cabo de la manta» y empujaba á Sancho «con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza;» palabras que no podemos sustituir con otras, por no hallarlas más expresivas. «Ahora bien, Dios lo remediará,» dícese á sí mismo Cervantes, como quien ha hecho todo lo posible por destruir un mal que lamenta.

La novela de estos amores de Dorotea y Don Fernando y Luscinda y Cardenio, bien merece una amplificación. España (dándole el nombre verdadero), está

1 ¿Quién es la madre de Sancho?

en guerra con el poder real por celos más que por odio. Esto tiene un ejemplo en la historia: el alzamiento de las Comunidades. Carlos I se desposa con España, goza sus tesoros y la abandona por correr en pos de Luscinda. Las Cortes claman, el pueblo se ofende y surge la rebelión. Los historiadores están contestes en decir que sin la ausencia del rey tal vez no hubieran desenvainado su espada los gloriosos Padilla, Bravo y Maldonado; este acto lo produjo el descontento de ver á España gozada, pero no amada por la realeza. Si el sacerdocio no hubiera entónces, y antes con su tradicional poderío, viciado la naturaleza heróica de nuestro pueblo, á buen seguro que España no volviera á ser de *Don Fernando*. Véase aquí condensada la acción del precedente capítulo. Ahora bien (siguiendo por breves instantes el paralelo histórico), la avenencia de Don Fernando es la vuelta de Carlos I. Y siendo así, nada más natural que esta confidencia del cura: «...contó á Don Fernando y á los demás que allí estaban las locuras de Don Quijote y el artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora;» lo cual equivale á decir que el pueblo español es un loco, é indicar al rey cómo podía vencerse a este pueblo, de leones ante la fuerza bruta, y de mansísimos corderos ante la astucia sacerdotal. En aquella ocasión, como en esta novela, se quiso contentar y apaciguar al heroismo español presentándole las hazañas guerreras de nuestros soldados en el

extranjero: se le dijo que si Carlos se alejaba de aquí sin calentar la corona y llevándose la sangre y el oro de nuestros reinos, hacíalo para agrandarlos; verdad más aparente que cierta, pues aquellas conquistas (al fin como obra de reyes) desmoronáronse en un segundo á un soplo de la libertad.

Habiendo venido el rey, juzga el cura necesario otro artificio para reducir al héroe, y al efecto ofrécese Cardenio con su Luscinda, diciendo que esta dama podría representar suficientemente la persona de Dorotea. Quiérese, pues, engañar al héroe con la paz en lugar de seducirle con los hechos de armas antes citados, pero el guerrero da á entender que éstos proseguirán, y así sucedió en la historia.

Después de estos conciliábulos se presenta el héroe «armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzón. Suspendió á Don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro, de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y mesurado continente...» ¿Quién no ve aquí al pueblo español, al noble león armado de fuertes garras, pero seco y extenuado por la monarquía y la Iglesia? Y generalizando la idea, como de seguro Cervantes en su intención la generaliza, ¿qué figura han hecho en el mundo los mártires y los héroes más dignamente así llamados, sino la triste figura de Don Quijote? En lo social, para los ojos del vulgo, la rea-

leza aparece magnífica. Alto sobre todas las cosas está el solio: la seda y el oro le cubren y recaman; el rey se sienta allí; consagra su majestad una deslumbrante corona; todos los prestigios le abrillantan, todas las dignidades le adulan y concurren á su esplendor, todos los pavos reales, en fin, le dan sus plumas para vestirle y adornarle. Puesto enfrente de tanta magnificencia el sabio, endeble y pálido tal vez, tal vez llevando en su rostro el sello del hambre y las vigilias, pobremente vestido, severo como un reproche é inmaterial como una idea, es un Don Quijote, es un Caballero de la Triste Figura.

Ese es también Cervantes, obscuro soldado, recaudador de arbitrios, camarero de cardenales, cautivo en África y preso en España por supuesto delito común.

Al ver á su patria otra vez sometida y contenta con el yugo de su forzador, dícela Cervantes en forma caballeresca: Si has vuelto á tu antiguo estado por consejos del despotismo, del rancio saber, que te promete bienandanzas, temeroso del ideal (de que yo te dé la necesaria ayuda), digo que conoce poco el valer del espíritu humano, porque si como yo lo conociera, sabría que á su eficacia se rinden las creaciones de la fuerza, elemento accidental de la historia. La idea es la vida, yo soy su símbolo y te ofrezco mi ayuda. Reina eres por derecho propio y el despotismo se ciñe tu corona. ¡Despierta! Sírvete de mi espada, para la cual no hay en el mundo ningún camino cerrado, y

yo pondré esa corona en tu frente, iluminada por Dios con el rayo de la soberanía.»

España le contesta reconociendo que al héroe debe su relativa felicidad; esto es enunciar una ley. Las tiranías no conceden á los pueblos ningún derecho *motu proprio;* hácenlo obligadas por las heróicas exigencias de abajo. De aquí que las revoluciones sean necesarias mientras hay despotismo. Esto se tratará más ampliamente en el discurso de las armas y las letras.

Presupuesto así, muy oportuna es la alocución comminatoria de Don Quijote: «Ahora te digo Sanchuelo que eres el mayor bellacuelo que hay en España... Voto... *(y miró al cielo, y apretó los dientes)* que estoy por hacer un estrago en tí que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo,» que es dolerse de que el pueblo desconozca la sabia ley histórica. Por otra parte, la amenaza no puede ser más caritativa y conforme con la generosidad del autor; poner sal en la mollera del pueblo es poner la gracia de Dios en su entendimiento, es ilustrar y dignificar al Sancho vulgo que se contentaba con el *panes et circenses* «porque le iba su parte como á cada hijo de vecino.» Don Quijote le dice que «es un mentecato, y basta.»

Estos diálogos del pueblo y Don Quijote son apuntamientos de soliloquios que tendría Cervantes; él se pregunta á sí mismo y se responde: imagínase el efecto que producirá su obra en el vulgo y en los pode-

res. Desde luégo supone que sólo verán la creación literaria. Gustarán principalmente á Sancho las aventuras grotescas, como los cueros horadados y el vino derramado; á las clases cultas, la dicción y el argumento. Después considera Cervantes cuánto peligro hay en exponer ideas tan valentísimas, aunque ingeniosamente, y dícese á sí propio: «al freír los huevos será ella, *cuando el ventero me pida el menoscabo de todo;*» mas luego desecha tales temores figurándose que los poderes verán con gusto la novela sin descubrir su espíritu revolucionario: «Acompañaremos al señor Don Quijote porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta grande empresa.» Esto dice Don Fernando jovialmente y en tono de burla, y así consideraron nuestros monarcas el maravilloso libro. Don Quijote contesta: «Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros... y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinión que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, *ó me costará la vida, y aún más si costarme puede.*» Donde se ve, amén de la ironía, que Cervantes mantenía sus propósitos sin vacilaciones ni desmayos, enérgica y tenazmente.

Continúa la acción y aparece la libertad. Fíjase como tipo de empresas para ennoblecer á España la conquista y civilización del pueblo africano, en la cual empresa simboliza Cervantes la de abatir todos los errores y libertar al mundo. Pues bien: Don Quijote mata á Pandafilando, Cervantes mata al dogma, y en

tonces surge la libertad; pero la libertad en figura de una mora. Africa convertida al cristianismo, evolución natural siendo la católica España del siglo XVI quien había de realizar la empresa soñada por Cervantes.

Con la libertad viene el hombre redimido de su cautiverio y enamorado de la sublime Zoraida. Tampoco estas entidades llevan á cabo su consorcio en este libro; tampoco en la realidad lo han celebrado todavía.

A la España de Felipe II la libertad le parecía mora (ya se sabe que este dictado era un estigma en aquéllos tiempos); mas el cautivo dice: «es mora en el traje y en el cuerpo, *pero en el alma muy gran cristiana.*» Afirmación bien cierta, pues lo genuinamente humano del cristianismo es el sentimiento de libertad, por el cual se trasplantó en Occidente, y se arraigó y creció como protesta contra la pagana y tiránica Roma.

«¿Luégo no es bautizada?» pregunta Luscinda. La respuesta del cautivo, admitida sin exámen, parece natural y satisfactoria, como hecha para cumplir las exigencias literarias; pero ahondando en ella se ve algo más. Zoraida no está bautizada (con su verdadero nombre), porque Cervantes no hallaba lugar para ello, porque no era la ocasión propicia de abrir su pecho á una España que le hubiera quemado. Esta es el alma de la respuesta. Cuanto al cuerpo, decir que no había habido lugar para bautizar á Zoraida en un larguísimo viaje, cuando basta para el caso un minuto, un poco de agua é intención eclesiástica (lo único que faltó); decir que no había estado en peligro de muerte, cuan-

do se lanzaban al mar terrible y traidor evadiéndose, y exponiéndose á mil peligros, al furor de los moros, al naufragio y á los piratas [1]; decir también que no querían administrar á la doncella el mencionado sacramento sin que supiese *todas* las ceremonias que manda la Iglesia, cuando ningún recién nacido, á nuestro parecer, las sabe, y cuando en ello iba la salvación de un alma, es acumular razones que no lo son, es dar un largo rodeo sin ir á ninguna parte, es conocer á la censura eclesiástica, burlarse de la Iglesia, haciéndola creer que el genio se arrodilla, estando en pie, muy erguido [2].

Zoraida, lo mismo que Dorotea y Luscinda, al encontrarse, tienen el rostro cubierto, porque así era ciertamente: su bondad estaba encubierta en aquellos siglos tenebrosos. Pero al quitar á Zoraida el antifaz el hombre redimido, mostró la diosa una hermosura sólo comparable á la de Luscinda y Dorotea. Para Cervantes los tres ideales, la paz, la libertad y España, eran igualmente sublimes y dignos de su férvido amor.

---

1 Léase el pasaje de referencia.

2 Hay tanta sátira en las páginas del *Quijote* que rebosa por todas partes. [illegible] Cervantes [illegible] bautizara á la Libertad [illegible] ceremonias de la Santa Madre Iglesia. Apreciándolo literalmente, tiene gracia, porque apenas habria que esperar hasta que una mora, que ni siquiera entendia el castellano, conociera las mil ni- [illegible] Entendiéndolo [illegible] bauti- zarse á la Libertad cuando conozca bien el catolicismo, y á buen seguro que en conociéndolo [illegible] por la Iglesia, [illegible] Libertad, porque lo será verdaderamente.

¿Quién no vé, además, en esa extensa y vaga justificación del cautivo, una crítica del bau- [illegible]

Delineadas ya estas preciosas deidades, resplandecientes sobre el fondo obscuro de un siglo negro; completo el cuadro; al tener Cervantes reunidos por arte maravilloso á la realeza con su corte, al sacerdocio con su brazo ejecutor, al caballero ideal con la patria, y á la paz y la libertad con el hombre, exclama viendo su triunfo: «Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara y de la suerte que estamos nos viera, *que juzgue y crea que nosotros somos quien somos?* ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es *la gran reina que todos sabemos*, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura *que anda por ahí en boca de la fama?*» Contemplando este arte insuperable de sustancia y forma, se agotan en la mente los elogios. ¿Quién podría decir que Dorotea, la infeliz labradora, era España (la gran reina que todos sabemos), y el escuálido caballero de la Triste Figura una encarnación de todos los heroismos y grandezas, Espartaco, Guzmán, Juan Huss y el Cid Rodrigo.

«Ahora no hay que dudar sino que este arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto.»

Cervantes tenía derecho para decirlo.



CAPÍTULO XXXVIII

QUE TRATA DEL CURIOSO DISCURSO QUE HIZO DON QUIJOTE DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

Ya nos ha mostrado Cervantes á la hermosa Zoraida y en ella el símbolo de redención. Lo que al Africa se refiere puede también referirse á la nueva y vírgen América, á la decrépita Asia y á todas las partes del mundo. Zoraida es la libertad triunfante. Presentarla en la ocasión en que Cervantes la presenta, es mostrarnos hecho carne el sueño máximo de la vida; es poner en lo presente el bien futuro ornado de todas sus galas para mover y seducir al hombre con tanta hermosura y sublimidad.

Ahora va á decirnos cómo podría realizarse el sueño; va á tratar del procedimiento; de la inteligencia y la fuerza, de la guerra y la paz, de la evolución y la revolución, de los dos opuestos polos, que, á semejanza de los de la tierra, por lo mismo de ser opuestos hacen girar al orbe moral, cumpliendo regularmente las leyes universales de la harmonía.

¿De qué armas habla Cervantes? De las que tienen or objeto la paz. ¿De qué letras? De las que tienen

por fin la justicia: «...hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden, fin, por cierto, generoso, y alto y digno de grande alabanza; *pero no de tanta* como merece aquél á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin *la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida.*»

Cervantes encomia las armas en cuanto tienden á traernos la paz. El levanta este bien hasta lo sumo: claro que quien así piensa no juzga bueno lo contrario. ¿Y hay algo más contrario á la paz que la guerra? No la cree buena en sí misma, sino necesaria transitoriamente; es un elemento que acepta porque existe y ha de existir hasta que por completo se verifique la evolución.

Dicen las armas (y este es su argumento Aquiles) que «si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra.» Y este argumento es falso: porque, siendo lo mismo armas que guerra, antes se podría decir que si por la guerra no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra gozarían una paz absoluta: porque, ¿cómo podrían estar sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra no habiendo guerra? Este argumento es como la espuma del mar, que se alza arrogantísima un segundo para caer deshecha en el ins-

tante. La guerra es la bestia que asoma en el hombre, una reminiscencia de su anterior estado... Poniendo Cervantes la paz como objeto y fin de la guerra, es el mayor enemigo de esta barbárie, pues quiere que ella misma busque y realice su muerte, que vuelva las armas contra su propio corazón; quiere una guerra suicida: no quiere la guerra.

Al encontrarse con ese mal, puesto que no puede aniquilarle según el deseo, le marca leyes que entrañan la extinción. No han de ser los soldados como ganapanes, que únicamente con el cuerpo trabajan; no ha de ser la guerra un movimiento del instinto ciego y sanguinario: debe dirigirla el espíritu hacia el último fin, que es la paz. «*Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*» «*Paz sea en esta casa.*» «*Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros.*»

Esto es lo que se deja sentado en el exordio del discurso, donde sale la paz victoriosa, y tan mal parada la guerra, que ella á sí misma se mata; conclusión conforme con la filosofía y con la historia.

El fin que Cervantes persigue es la paz. Ya se ve que acepta como medios la evolución y la revolución: ó las armas y las letras, prefiriendo aquéllas, por ser en su tiempo más necesarias, y dando en general más mérito á los que ejercen esta profesión, porque sufren más trabajos y fatigas. Harto lo experimentó el mismo Cervantes, titánico luchador del pensamiento, que gastó su vida en fieros combates contra un estado so-

cial ominoso, como lo demuestra este libro. Porque las armas que menciona no significan exclusivamente la guerra de espada contra espada, sino el empuje progresivo, la rebelión contra toda tiranía, la dirección del espíritu hacia la justicia y la paz arrollando cuanto se opone al triunfo de estos ideales. «Dar libertad á los encadenados, soltar los presos, socorrer los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos;» esta es la obra del caballero; esta es la guerra de que él habla, guerra de bendición, porque tiende á traer la justicia y la paz con ella. Hemos venido siguiendo dos líneas convergentes, y estamos ya en el vértice donde se confunden las letras con las armas, bien entendidas.

Pero hay letras de letras, y unas caen debajo de otras. Las perlas en el muladar, lo que producen los molinos de viento, lo que no se inspira en las sagradas fuentes; los verdaderos *libros de caballerías;* la Biblia, en cuanto no se considere como símbolo ó historia; el Año Cristiano con sus fantásticas biografías y milagros estupendos; las lucubraciones de los frailes, como ellos infecundas; cuanto tiende á detener el vuelo del espíritu, ¿podrá clasificarse en el grupo de las letras que persiguen la paz? ¿Y podrán las de Cervantes, pues tienden á traer el imperio de la justicia, clasificarse en el grupo de las que quieren la guerra?

En tres grupos pueden dividirse las letras: á un lado las que persiguen el bien, á otro las que fomentan el mal, y a otro las vanas é inconducentes. En el primer grupo forman las artes, pues tienden a suavizar el es

píritu; las ciencias, que trabajan por ilustrarle, y la moral, que se encamina á mejorarle. En el segundo están principalmente las obras de *propaganda fide*, el veto de los sacerdocios, el dogma, la barbárie orgullosa y enmascarada con lo divino. Las letras del primer grupo ellas mismas se alaban; las del último son censurables por lo que dejan de hacer; las otras, las que mantienen al mundo en el embrutecimiento, merecen guerra a muerte. *Vim vi repelere licet.* Lícito es rechazar la violencia con la violencia, porque si no, el triunfo sería de la brutalidad. Pelear en defensa propia es protestar contra la guerra. En este concepto son legítimas las revoluciones. La revolución es una guerra de los oprimidos contra los tiranos. Los que abominan de la revolución deben matar antes la tiranía, como los que quieren que no haya tormentas deben ver antes donde echan la electricidad y las nubes.

Pero las revoluciones no se hacen solamente con las armas: se hacen también con la lira, con la retorta, con el anteojo y con la pluma. ¿Qué tempestades no truenan en la lira de Víctor Hugo? ¿Qué revoluciones no salieron de la retorta de Lavosier? ¿Dónde revolución más grande que descubrir, como Galileo, un infinito de mundos y soles? ¿Qué armas pueden compararse con la prensa periódica, que derrama á la vez en todas partes el maná del pensamiento? Pero estas conquistas no podrían alcanzarse y asegurarse sin el concurso de la fuerza. El ideal tiene dos manos: con una abre el surco y con otra echa la simiente: evolución y revolución.

La revolución es rápida; es un aceleramiento de la vida que ha ido conteniendo el dique de los déspotas; de pronto se rompe este dique y la vida brota á borbotones inundando y fecundando los pueblos, como el Nilo sus ilimitadas riberas. Por eso una revolución hincha de vida muchos siglos. Cuando las aguas vuelven á su nivel ordinario, la evolución, desecando aquí una laguna, plantando allí una floresta, aprovecha aquella vida. La evolución completa la obra de la revolución; son dos hermanas.

Esto es lo que se contiene en las siguientes razones: .Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios... Cervantes da la preferencia á las armas, bien entendido á las que profesa Don Quijote. ¿Y como no darles la preferencia cuando tantos obstáculos había que quitar y tanto enemigo que vencer? De ahí que Cervantes fuese un revolucionario y su libro un combate.

Teniendo todo un mundo enfrente de sus ideas sublimes, enfrente de la virtud hollada, de la justicia escarnecida, necesitaba el grano de pólvora que hace estallar un mundo, al decir del poeta. Prefería la lucha, porque era necesaria. Los otros escritores contempo-

ráneos suyos, atentos solo al comercio de las musas, pulsaban tranquila y dulcemente la lira del arte; pero el estaba siempre alerta en los rebellines de la fortaleza social, sintiendo minar el terreno y «esperando cuando improvisamente había de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad.» Y no podía apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenazaba. Estaba á merced de la Inquisición, de sus invenciones infernales, representadas en el *Quijote* por la artillería, con las que se inutilizaba traidoramente á los caballeros. En aquella situación, combatir era defender la paz; y permanecer inactivo, mantener la guerra. ¿Podrá acaso llamarse paz la atonía que produce la ignorancia? ¿paz la calma precursora de la tormenta? ¿paz la quietud originada del cansancio y el dolor? Cuando un tirano encierra al mundo en el círculo de su cadena, y los pueblos se aletargan en el agotamiento de la postrera energía, sólo puede reinar la paz de los sepulcros, paz mentirosa, porque la verdadera no nace de la muerte, sino de la vida, y de la vida en su apogeo. La paz es la satisfacción de la justicia en la tierra. Bien lejos se hallaba esta diosa en tiempo de Cervantes de mostrarse satisfecha, como lo atestigua la vida del autor. Cualquiera advierte en el capítulo que comentamos una meditada antinomia, cuyos términos son de una parte los héroes que, como Saavedra daban su sangre y su espíritu en aras de la felicidad común, viviendo misérrimamente, desdeñados y aún perseguidos; y de otra,

los sacerdotes de la ambición, que predicando la humildad y la pobreza, mandaban y gobernaban el mundo *desde una silla*, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos. Estas eran las sombras que había de combatir Cervantes para dar el triunfo á la justicia, prefiriendo á las indignas letras de aquéllos falsos apóstoles, las armas que facilitan la restauración del derecho hollado y escarnecido.

Y bien; ¿ostentarán algún día la justicia y la paz todos sus esplendores? ¿Tendremos siempre que acudir á la violencia y á las armas para abrir camino al ideal? ¿No habrá nunca paz en la tierra? Sí. La evolucion y la revolución proseguirán eternamente su camino acompañándose y engendrando el movimiento y la vida; pero la revolución sin derramamiento de sangre. Cuando no haya violencia arriba; cuando la idea pueda libremente desplegar el vuelo, ella hará las revoluciones, las hará la ciencia. Entonces la escuela será un santuario y fuente de vida pura; los hombres acabarán de vencer á la materia, y así podrán remontar sus espíritus al cielo y descubrir nuevas maravillas en nuevos mundos.

Para llegar á tan alta ventura basta el buen deseo, el universal deseo, mirar á Luscinda, estrella de Oriente, que guia nuestros pasos: «¡Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

CAPITULO XXXIX

DONDE EL CAUTIVO CUENTA SU VIDA Y SUCESOS

La historia del cautivo es un paréntesis necesario y oportuno, si bien los críticos han afirmado que esta novela, como la del *Curioso Impertinente*, rompe la unidad del *Quijote*. Así es, en efecto, si sólo miramos la creación literaria; pero ya se verá cómo enlaza en lo interno con los capítulos antecedentes y consiguientes.

Que Cervantes quiso aquí hacer un trasunto de lo que había observado en Africa, está fuera de duda: él mismo lo dice:.... «y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podría ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse.» Con estas palabras establece la diferencia que hay de los otros á este asunto: aquéllos son de curioso y pensado artificio, y éste verdadero. Es, pues, de historia.

Sea el cautivo retrato de Cervantes, ó de otra persona (opinión que ha prevalecido entre la gente erudita), poco hace á nuestro propósito; mas desde luégo puede afirmarse que en esta novela hay muchos senti-

mientos y apreciaciones personales; pues no en vano pasan sobre tan delicado espíritu como el autor del *Quijote* cinco años de cautiverio.

Ahora bien; ¿por qué es oportuna y necesaria la inclusión de esta en la otra novela? Cervantes quiere mover y levantar á España, é incítala mostrándole el próximo continente, extenso y rico. En esta épica empresa los dos pueblos saldrian ganando, y por esto los confunde en una misma entidad: Dorotea, princesa Micomicona; muéstrale luégo el ideal que ha de resplandecer en la conquista; este ideal es Zoraida, ó la libertad. Háblale después del procedimiento, que naturalmente había de ser de guerra, pero con fin pacífico, y ahora le recuerda su historia sintéticamente, y describe la vida del pueblo africano, sirviéndose para esto de un cautivo ya libre, que es á la vez término de relación entre Africa y España, y fruto ó resultado de la empresa: el hombre redimido, ¿puede darse gradación más natural y enlace más oportuno?

La historia del cautivo comienza de este modo:

«En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquéllos tiempos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si así se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condición que tenía de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud...»

El orígen del pueblo genuinamente español, tuvo lugar en las montañas de Asturias (antiguo reino de León), pues allí principia la independencia patria. Fué con este pueblo más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquéllos pueblos todavía alcanzaba fama de rico [1]. Era más pródigo que buen administrador de su hacienda, y esta condición provenía precisamente de haber sido soldado, pues ni la guerra hace mezquinos ni da lugar á aquéllas otras tareas cuando, como entonces, constituye la única y general ocupación.

Casi las mismas palabras, pero de seguro las mismas ideas que Cervantes aplica á su cautivo, hemos aplicado nosotros al pueblo español. ¿Y quién podrá decir con justicia que no resultan tan apropiadas en un caso como en otro? El paralelismo es absolutamente perfecto.

Todo esto es pindárico, y lo que sigue igualmente, porque el autor pone en juego para realzar su canto y prestigiarle el cielo y la tierra, el ideal y la historia; trae á la memoria de su pueblo, con la misma rapidez del gran lírico de Grecia, todos los héroes, desde Pelayo hasta Juan de Austria, y con ellos todas las hazañas y grandezas de la raza española, desde alzar una patria en rocas casi inaccesibles hasta asegurarla contra el poderío turco en las aguas de Lepanto. Si Cervantes hubiera podido exponer sus ideas francamente,

1 Tanto que muchos otros lo codiciaban, y ya por entonces lo habían invadido los árabes como una tierra de promisión.

¿qué efecto no produjeran en sus compatriotas este recuerdo y esta excitación, resumen de lo que venimos interpretando? Españoles: Cuando érais un puñado de hombres unidos pudísteis resistir al mar de agarenos que inundaron á España. ¡Ochocientos años duró la resistencia, y al fin somos libres y grandes! ¿Qué no podríamos hacer si nuevamente nos uniéramos como entónces? Somos libres y grandes por naturaleza, pero estamos encadenados y empequeñecidos. La tiara y la corona nos fatigan; por ellas nos destruímos, por ellas vertemos sangre hermana en Italia y en Flandes, por ellas asesinamos á nuestra familia, mientras Turquía y Africa agonizan también oprimidas bárbaramente. Lo que intentó Alejandro, lo que no pudo acabar César, porque no tenían el ideal por norte, podemos hacerlo nosotros. Hemos descubierto un mundo: nuestros soldados diseminados y heróicos, han abierto caminos en toda la tierra con su espada; tenemos la cultura y el espíritu agudo de Atenas, la sobriedad de Esparta y el valor de Roma. Si esto tenemos siendo esclavos, ¿qué será cuando libres? ¿quién podrá resistirnos? ¡Marchad! ¡Marchemos unidos á los demás pueblos de Europa y demos la paz y la libertad á todos los hombres! Esto es digno de Cervantes, y digno de que aún hoy sirva de lábaro á las naciones civilizadas: no acumular cañones fratricidas para defender los expolios de las coronadas testas, no dividirnos y asesinarnos mútuamente, cuando otros pueblos y otras razas necesitan los beneficios de la redención.

Pero ¡qué mucho si aún están en pie los enemigos de Don Quijote! ¡Si Europa sostiene todavía Iglesias y tronos, y se deja gobernar por ellos, y encauza la vida por las sendas que ellos le señalan!

Iglesia, ó mar, ó casa real: estos eran los caminos que España tenía, según el refrán muy oportunamente recordado por Cervantes al hablar del pueblo español. En otra ocasión dijimos que no había en nuestra patria mas que un sendero que conducía, por una ladera al trono y por otra á la Sede. Ahora lo confirma Cervantes con estas palabras del cautivo: «...el mío (su gusto) era seguir el ejercicio de las armas sirviendo *á Dios y á mi rey*. El segundo hermano *hizo los mismos ofrecimientos*, y escogió el irse á las Indias...» Y el otro también los hizo implícitamente, puesto que quería seguir la Iglesia. No debe pasar inadvertido que éste era *el menor* de los tres hermanos. Había, en resúmen, un solo camino, en cuyo límite estaban los sacerdocios y los reyes imposibilitando el avance de la marea social. Todo se estrellaba en ellos, todo lo absorbían, todo lo gobernaban á su gusto, todo lo inficionaban de su odio: siervas suyas eran las artes, las ciencias agonizaban á sus piés, la guerra les llevaba sus trofeos.

La dominación llegó al *summum* con el fundador del Escorial: en el sombrío monasterio, donde aún vaga el alma del rey demonio, en una célebre silla, y entre frailes é inquisidores, se forjaban los destinos del mundo: de allí salía el ciego furor de las batallas, de allí las sentencias de muerte, de allí el rayo contra el

pensamiento. En el cerebro de aquel déspota se reunían, por maleficio de la Iglesia, todos los hilos de la vida nacional, y así, todo tomaba la forma de la corona ó del solideo, doble cobertor de una cabeza infame.

Si en el reinado anterior las piedras ganadas á costa de sangre española servían para perpetuar la gloria de los reyes, en el reinado de Felipe II no sirvieron sino para hacer eterna la maldad de este fanático; la gloria no era ya posible. Bajo las garras de la Inquisición y el rey todo perecía, y todo demandaba en aquella angustiosa obscuridad una estrella que le anunciase día más claro. Entonces brilló Don Juan de Austria, y las muchedumbres le siguieron anhelosamente. Demostrándole amor demostraban odio á Felipe II. Además, en Don Juan de Austria veían los españoles la estirpe regia y la grandeza de alma, la tradición y el ideal: conciliábanse, por tanto, en aquel amor la educación católica y monárquica de nuestro pueblo con su democracia nativa.

Saavedra habla con cariño y respeto de aquel personaje. «El serenísimo Don Juan de Austria, el señor Don Juan de Austria, el señor Don Juan.» Esta gradual supresión de títulos está en relación inversa del afecto. Natural es que Cervantes dirigiera también sus miradas hacia un príncipe ciertamente ilustre, no por su sangre, sino por sus hechos. Fué valeroso, humano, afable, y tan inteligente como valeroso. En vez de hacer la guerra como un Duque de Alba, la hizo como un Hoche, atrayéndose de esta suerte la simpatía de

vencedores y vencidos. Señal evidente de que la guerra más bruta no es la más eficaz. La nación española adoraba en él por las causas antedichas, y el ejército le seguía entusiasmado. A su influencia se debió el triunfo naval que Cervantes tanto alaba; y si Don Juan de Austria no sacó de aquel combate todo el provecho que se pudiera, el rey Felipe, su hermano, tuvo la culpa, túvola su envidia, que se le comía el alma como después se comieron su cuerpo los gusanos en su lecho de muerte. Sin las órdenes que el rey Felipe dió en contrario, la empresa se hubiera proseguido, porque á ello tendían los deseos de la nación y los de su general; mas Felipe II no quería otra voluntad que la suya, ni otra gloria que su gloria. La patria buscaba con Don Juan una salida á su genio oprimido y tuvo que replegarse otra vez al convento. De los dos hijos de Carlos I, el espúreo por la sangre fué el verdaderamente legítimo, porque heredó su númen y le superó en virtud, y el de legítimo matrimonio fué el espúreo como hijo, como hombre y como rey. Pero esto se explica sabiendo que Felipe II fué la encarnación del fanatismo católico. Con este rey ya vimos á qué mengua y vilipendio llegó España; con su hermano, ¿hubiéramos llegado á donde soñó Cervantes? El camino, á lo menos, no hubiera estado tan lleno de tinieblas encubridoras del ideal.

Pero no hubo lugar de verlo. Felipe II vivió muchos años y dejó bien abonada su mala simiente: de un malvado descendimos á un idiota, de éste á una nega-

ción [1] y de aquí á un energúmeno; porque habiendo pasado los reyes por todas las degradaciones humanas, era necesario que los demonios mismos vinieran á ceñirse la corona.

A tal extremo condujo á España *el menor* de sus tres hijos, el que prefería la Iglesia.



1 A Felipe IV se le comparó con un hoyo, que es más grande cuanto más tierra se le quita.

CAPÍTULO XL

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL CAUTIVO

Al principio de este capítulo pone Cervantes dos sonetos que nos recuerdan las inscripciones con que la antigüedad ensalzaba la memoria de sus héroes muertos en glorioso combate. En dichas poesías no hay alusión á persona alguna determinada; no es un elogio de reyes, sino un recuerdo consagrado á soldados anónimos que sucumbieron en aras de su deber. Al abarcar Cervantes de una ojeada la historia española (que sintetiza en el capítulo XXXIX) considera cuántas muchedumbres fueron víctimas del odio en una eternidad de guerras; ve, hondamente conmovido, que la historia es una contínua hecatombe, y exclama:

«Y este es el suelo *que continuo ha sido*
de mil memorias lamentables lleno
en los pasados siglos y presentes.»

Y al considerar que aquellas muchedumbres perecieron obscuramente sin palma ni laurel, ora por ellas, y deposita sobre el olvidado polvo de sus huesos un recuerdo piadoso, asegurándoles la inmortalidad:

«Almas dichosas, que del mortal velo
libres y exentas por el bien que obrastes,
desde la baja tierra os levantastes
a lo mas alto y lo mejor del cielo...»

Cervantes era, ante todo, humano. Nadie puede negarle esta altísima cualidad que pone las cosas en su punto verdadero: el que es humano está muy cerca de ser justo.

La misma cualidad se observa en el autor cuando habla del renegado Uchalí; pues dice que era «moralmente hombre de bien,» siendo renegado, príncipe y amo suyo, tres cosas que predisponen el ánimo en contra de la imparcialidad cuando el juzgador es respecto del juzgado esclavo ó enemigo de su religión. De Uchalí, dice lo siguiente:.... «y fué tanto su valor, que *sin subir por los torpes medios y caminos* que los más privados del gran turco suben, vino á ser rey de Argel, y después á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquél señorío. Era calabrés de nación, y *moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad* á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales después de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el Gran Señor (que también es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los más hijos que deja el difunto) y entre sus renegados.» Hablar así es ser religioso de la única religión verdadera, es ser humano.

Según la inhumana intransigencia fanática, no hay ni puede haber moral fuera del catolicismo: esto se oye hoy á todas horas. Si tal injusticia se proclama á la faz del siglo XIX ¿qué sería en el XVI? Entonces no se contentaba el sacerdocio con excluir de su comunión á la moral; entonces dominaba plenamente lo inhuma-

no, lo injusto; entonces funcionaba la hoguera, argumento irrebatible.

A pesar de este medio de obscurecer las almas y ahogar su voz, Cervantes sintió y dijo la verdad en cuanto decirla no perjudicase á este sublime principio. Su alma estaba emancipada en absoluto. De aquí el juicio que hace de un renegado, moralmente hombre de bien; de aquí que no considere á la moral virtud exclusiva de una Iglesia determinada. Pero hay más todavía. Dice que Uchalí Fartax significa en lengua turquesca «renegado tiñoso,» y que era costumbre entre los turcos tomar los nombres de alguna falta que tuviesen ó de alguna virtud, y repite, por si no se hubiera entendido, que toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, *ya de las virtudes del ánimo* Lo de tiñoso claro es como tacha corporal; mas, ¿sería en concepto de Cervantes, menester *virtud del ánimo* para renegar de la Iglesia? A mayor abundamiento aún habla después de otro renegado virtuoso, y fiel y leal en guardar el secreto, en dejar íntegro el oro á su administración confiado, y en salvar á los cautivos con peligro de su propia vida.

Ciertamente, el autor habla en este capítulo de Africa, de su barbarie, de los tormentos allí empleados contra los cautivos; mas, ¿no es todo lo que dice aplicable á la España de los siglos XVI y XVII, dominada moral y materialmente por reyes austriacos y pontífices de Roma? Si allí había un Gran Señor que entraba á la parte como hijo heredero con los otros hijos del

difunto, aquí había otro Gran Señor que entraba como padre, y como hijo, y como Espíritu Santo á la parte en los negocios de vivos y muertos. Si allí se ahorcaba, empalaba y desorejaba, aquí... ¿quién ignora los prodigios de inventiva que derrocharon nuestros inquisidores en la aplicación de tormentos?

Por otra parte, ¿no es de extrañar que desarrollándose casi toda la acción de esta novela en Africa no haya en ella ninguna autoridad turca ó mora? Todos los personajes principales son renegados (menos el padre de Zoraida, y ya diremos por qué). Los renegados habían sido cristianos, y eran moros, esto es, cristianos que procedían como moros. Esta Africa sin africanos, ¿sería realmente el Africa que todos conocemos? ¿O abatió Cervantes las columnas de Hércules confundiendo en uno dos pueblos (el Africa y la España del siglo XVI), igualmente bárbaros por obra del pontífice con tiara y del pontífice con turbante, del despotismo, en fin? Semejantes eran las religiones, semejante el fanatismo, idéntica la manera de imponer su fe, las razas parecidas; y si en lo físico las dividía un estrecho, en lo moral no las separaba mayor anchura. Natural es que los cautivos, aun sabiendo que desembarcaban en España, no acabasen de creer que aquella era tierra de cristianos.

«Solo libró bien con él (con Hazán) un español llamado tal de Saavedra, el cual con haber hecho cosas *que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años*, Y TODAS POR ALCANZAR LIBERTAD, jamás

le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera *porque el tiempo no da lugar*, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.» Estas palabras cuadran muy bien al Cervantes cautivo, pero ¿cuadran menos al Cervantes que se veía obligado á convertir *su historia en cuento donde el mandar tenía tanta fuerza*, y precisamente *por alcanzar* libertad para él y los suyos? También él era renegado, no en la estrecha acepción de abjurar una fe estúpida por otra semejante, sino en la de acogerse al raciocinio huyendo de la mentira religiosa, y también á él como al otro, si le hubiesen hallado *estos papeles*, le habrían quemado vivo los moros de su tiempo.

¡Y qué papeles tan primorosos los del *Quijote!* ¡Qué sentimiento de libertad hay en ellos! ¡Qué arte tan asombroso! ¡Qué maravilla de pormenores! ¡Qué riqueza de sustancia! Zoraida es, en sí misma, la libertad; para la España de Felipe II es una mora, para el cautivo á quien redime es una cristiana. Por una parte es la figura literal, la Zoraida hermosísima; por otra, como ya hemos notado, la libertad, hija del santo genio greco-latino; por otra, la libertad de Africa; por otra, la libertad de España. De modo que siempre es el mismo ideal, pero en diferentes actitudes, según conviene á las diversas situaciones en que se colo-

ca, según los varios personajes con quien trata.

A simple vista parece que Cervantes quería libertar al Africa convirtiéndola al cristianismo, y así sería atendiendo á la posibilidad histórica, y á que (tolérese la repetición), el verdadero cristianismo fué una fase del sentimiento libre. Cristiana sí, pero no católica, pues no es creible que después de matar al dogma el autor, redujera á la libertad al gremio de la Iglesia. Mas, ¿á qué causa obedece el afán de Zoraida por entrar en la mencionada religión? No cabe duda que ella desea este tránsito; por entrar en la Iglesia derrama sus tesoros, cruza los mares, camina ardorosamente, no perdona esfuerzo. ¡La libertad en pos de lo católico! ¿Vendrá á parar toda esta odisea de Cervantes en un naufragio á la vista del puerto? Esta creación maravillosa que paso á paso siguiendo venimos, ¿caerá de pronto al fondo del valle estando ya al tocar la cumbre? ¡Oh, cómo parecen á veces obscuras las cosas más claras! La libertad, ¿no es siempre y doquiera esencialmente la misma? Pues bien: cuando Cervantes nos la muestra en Africa prodigando tesoros á los cautivos para que se rediman, Zoraida, hija de un moro á quien abandona por seguir los impulsos de su naturaleza, es la libertad de Africa, la sublime cautiva que tiende el vuelo llevándose á los suyos; cuando el autor, acabada esa empresa de nuestro genio nacional, trae aquí á Zoraida, la divina mora enamorada del español es ó representa la libertad de España.

Entra en la Iglesia y por la puerta de la Inquisicion,

porque allí es donde hace más falta. Llevando Cervantes la libertad á ese alcazar de la tiranía, le destruye: porque ¿dónde irá la diosa que no rompa cadenas sólo con presentarse? ¿Va á la Iglesia despótica? Pues la Iglesia desaparecerá. ¿Va á la Inquisición horrible? Pues la Inquisición se hundirá. No; Cervantes no hace católica á la libertad, es que hace libres á los cristianos.

Es tan idéntica la situación del cautivo y de Cervantes, que más no puede ser. Cautivo estaba el uno entre moros, y cautivo el otro entre moros encantadores. Gracias á esta felicísima idea pudo Cervantes exhalar su alma en alabanzas á la libertad; quien le daba por un agujero los escudos con que había de defenderla contra sus enemigos. Si los empleó bien el amante de Zoraida, dígalo el *Quijote*, donde no hay una idea redentora sin escudo que la preserve de los tiranos. Esta novela secundaria salió bien del combate con un ingenioso ardid: no hay más que invertir algunos términos para ver en ella la verdad. Donde dice cautivos, léase oprimidos; donde dice moros, entiéndase opresores. Cervantes era de aquéllos; pero estaba fervientemente enamorado de la libertad, y resuelto á dársela no al pueblo español ó al africano, sino á todo el mundo, porque en aquellos siglos la *Mancha* lo cubría todo, todo era Africa.



CAPITULO XLI

DONDE TODAVÍA PROSIGUE EL CAUTIVO SU SUCESO

Cervantes confirma este último aserto diciendo: «*Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragón, y á los de Granada *mudéjares*, y en el reino de Fez llaman á los mudéjares *elches*...» De este modo hace notar al lector las relaciones que hay entre nuestra raza y la raza mora.

Aunque todo es historia en la presente novela, no todo es narrativo: sobre la crónica está la idea, sobre el hecho la filosofía. Sobre la cumbre de esta narración brilla Zoraida, y á los piés de la sublime figura vemos arrobado al cautivo, al hombre contemplando á la que ha de redimirle y vivificarle.

Reviste aquí Cervantes dos aspectos, el de cautivo y el de renegado: cautivo era respecto de los poderes, y renegado respecto de sus compatriotas que acataban y reverenciaban la religión oficial. Como cautivo amaba á la libertad platónicamente; como renegado procuraba con eficacia su triunfo: la acción de estas dos entidades se confunde á veces en una y tiende de contínuo al mismo fin porque corresponde á un mismo sujeto. De modo que en la novela del cautivo los prin-

cipales actores son el hombre y la libertad; los otros hacen el oficio del coro en la tragedia antigua.

Al describir á la libertad en la persona de Zoraida, vístela Cervantes con el ropaje de su imaginación, préstala sus mismos deseos, y así dice que ella tiene *doscientos mil escudos españoles* tomándolos por sinécdoque como soldados; fuerte escudo para defender el ideal. Cuando se trata de concretar el hecho á las proporciones literarias, consigna como número suficiente el de *doce de los más libres*, número igual al de los célebres Pares, un verdadero apostolado de la libertad y la redención humanas.

Se ve la predilección de Cervantes por España. Hay momentos solemnes en que sube á las eminentísimas regiones de lo ideal, se identifica con él, ve el mundo entero bajo sus plantas entregado á la miseria y el dolor, y concibe el colosal proyecto de redimirlo. Entonces derrama su espíritu sobre este valle de lágrimas, llora con nosotros, infunde en nuestras almas la imagen de lo absoluto que él contempla... Pero tal esfuerzo no puede perpetuarse por ser superior á la energía humana; la tensión se rompe, la carne gravita y el númen desciende posándose en lo que más amorosamente le atrae, en lo suyo, en su patria. A redimirla concreta sus esfuerzos, y en ella vierte las riquezas atesoradas arriba para que á su vez las extienda por todo el mundo.

Todo es en este capítulo muy expresivo y corroborante. Si van al jardín de Zoraida los que por su me-

diación habían de redimirse, dícese que van por fruta, y por el dulce fruto de la libertad iban en efecto. Si ven á la hermosísima mora, paréceles una deidad del cielo; ella es la lima de sus cadenas, ella la señora de su libertad, y por tal la reconocen en los instantes decisivos. Ir en su compañía es, según ellos, «como salir de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida y de la pena á la gloria.» Hablan una lengua mezcla de todas, que todos entienden: idioma universal en cuyas alas volará el fraterno amor cuando hayamos abatido las fronteras del lenguaje. Finalmente, el toque maestro de esta pintura es que donde va la libertad todos son libres, igualmente cristianos que moros, pues tal es la esencia de ese augusto ser sin el cual todo agoniza y sucumbe.

Tales eran también los sentimientos de Cervantes, y por tenerlos vivos en el alma pudo expresarlos de tan maravillosa manera, aunque en otros lugares donde la ficción no le permitía tanta libertad tuviera que disfrazarlos, y aunque aquí mismo omitiese muchas circunstancias por no enfadar á Don Fernando y al cura. Pero en cuanto eran conciliables la valentía y el bien de la idea, no dejaba de manifestar claramente la verdad, por lo cual dice el cautivo que él la trató con su amo «y *la trata y la tratará* con cuantas personas hay en el mundo.» Como expresión del cautivo, estas palabras no son sinceras, pues la verdad fuera decir á su amo: Yo me redimo con el dinero que hurta á su padre una mora. Mas, tratándose del autor, cobran un

carácter de verdad muy grande, porque consagró su vida á defenderla. Si disfrazó sus sentimientos, *Hazán* tuvo la culpa y *Hazán* fué el único engañado, lo fué el déspota, y de este modo se salvó la verdad. España misma hubiera rechazado las riquezas ideales que Cervantes atesoró en la altura, y él se las guardó y legó en el *Quijote* como joya encerrada en otra joya, maravilla del arte, del ingenio y del heroismo intrépido y perseverante con que burló el recelo y la cavilosidad del amo.

Por los medios y el rumbo indicados en este poema hubiérase llegado al cabo de lo que aquél déspota representaba, al fin de la Iglesia y de toda especie de tiranía, al promontorio de la «Mala romana».

Esto quiere decir Cava rumia, atenuando el calificativo, porque rumia significa literalmente «romana,» y Cava, lo mismo que el apóstrofe fulminado por el ventero contra la Maritornes cuando la atribuía las revueltas del siglo en el capítulo XVI, y otros epítetos semejantes que hay *donde más largamente se contiene.*

Este cabo no fué de mal agüero para los cautivos, pues si bien les recordaba la pérdida de España, sirvióles de puerto seguro de su remedio. Felicísima es la idea de poner la salvación en el mismo sitio de la catástrofe: la Cava recuerda nuestra derrota, y allí hace el ingenioso Cervantes que vayan los cautivos después de conquistar el Africa para la libertad y para nosotros. Por eso se torna el fatídico augurio en gozo y esperanza, y el escollo en puerto seguro de su re-

medio, como se tornará en puerto del remedio universal cuando la libertad trasponga el cabo de la Mala romana. En él quebraron los cristianos sus cadenas, y en él quedaron libres los moros.

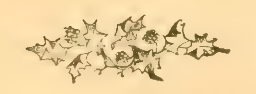
Al desembarcar allí los cautivos, la mar andaba revuelta, porque habían llegado al límite, pero no le habían salvado; estaban en el momento crítico, en el último combate la religión y el hombre; pusieron, pues, los cautivos sus centinelas, y sin dejar los remos de la mano, comieron *lo que el renegado había proveido*, esto es, afirmáronse en sus ideas de emancipación, y se encomendaron á Dios y á la Libertad (Nuestra Señora). Lánzanse por fin al mar, y en cuanto se separan del cabo de la Mala romana, todo cambia y cobra nueva vida; vuelve el viento en su favor, y se tranquilizan las ondas convidándolos á proseguir alegres su comenzado viaje. Libres van en la inmensidad de las aguas; es el hombre que revive y navega llevando la libertad por guía; es el espíritu del mundo que deja en inhospitalarias playas los sacerdocios. Allí queda la «Cava rumia» convertida en peñasco, la piedra donde un Cristo imaginario fundó una falsa Iglesia; abandónala el hombre, y es piedra otra vez. Allí fenece el Africa de Mahoma, el santo moro, vano fantasma sin la libertad y el hombre que le dieron vida. Sublime es su actitud, solemne y trágica la agonía de aquel gigante que llenó con su nombre los siglos y dirigió pueblos y razas, y erguido ahora en la desierta arena y con los brazos alzados á lo infinito, viendo que se le

va la vida, exclama con desgarradores acentos: «¡Vuelve, hija amada, vuelve!» perdiéndose su voz en el espacio, donde libremente camina Zoraida en pos del Renacimiento.

Y aquí termina por ahora el vuelo de Cervantes; desciende á España el esclarecido espíritu, y vuelve á presentarse la triste realidad del siglo XVI. Los que habían librado felizmente en tierra africana, sin recibir daño alguno de los moros, son luego víctimas de la rapacidad de los cristianos. ¡También á Colón se le tornaron en hiel las dulzuras de América al pisar la católica España! ¿Qué importa? Nada puede la tiranía contra el genio y la libertad: cuanto más se los oprime, más de prisa se escapan, como la arena de entre las manos. La libertad es de tal naturaleza que permanece virgen aun entre bandidos. Nadie puede profanar su esencia, nadie gozar injustamente sus tesoros; pues cuando peligran, y antes de que el déspota sospeche que existen, sepúltalos una mano misteriosa en lo insondable, donde permanecen puros é intactos hasta que los buzos de la libertad los recobran para el mundo. ¿No es acaso el *Quijote* un riquísimo tesoro que el renegado Cervantes guardó en el fondo de un mar desconocido para preservarlo de la tiranía? Ahí está el tesoro sin faltarle un quilate. Los déspotas sus enemigos ya no existen: lo bueno prevalece.

Insistamos en lo mismo. Supongamos que Cervantes se hubiera presentado tal cual era á su patria, diciendo: «Estamos oprimidos; hay que renegar de la

monarquía y la Iglesia; te traigo la libertad.» ¿Cómo habría recibido el pueblo al sublime grupo que hemos visto surcando las aguas en busca de nueva vida? Habríale recibido como el pastor, *al pie de un alcornoque*, labrando *á cuchillo* el ídolo y el cetro, símbolos del poder que le oprimía, y gritando: «moro, moro; arma, arma;» habría cargado sobre él toda la caballería de la costa; hubiérale apedreado la ignara gente, y la Inquisición quemado y aventado sus cenizas. No tuvo, pues, más remedio Cervantes que cubrirse el pecho *disfrazándose de cautivo* para que le creyesen cristiano; redújose al gremio de la Iglesia; pero robusteciendo á la libertad española, dándola á conocer el verdadero valor de las imágenes, y sirviéndola de padre y escudero hasta hallar otro padre á cuyo amparo pudieran reposar definitivamente.



CAPÍTULO XLII

QUE TRATA DE LO QUE ADEMAS SUCEDIÓ EN LA VENTA, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE

También agradó á Don Fernando el *modo* de contar este extraño suceso, como había contentado al cura el *modo* de contar *El Curioso Impertinente*. No hay necesidad de aclarar que esta complacencia se refiere á lo literal del texto. Holgárase Don Fernando de que España y Africa siguieran como estaban cuando las retrató Cervantes, aunque el día de mañana, ó lo por venir, les hallara á todos *entretenidos en el mismo cuento*. Parecen cortesías las del poder real y son crueldades, como parecen generosos sus ofrecimientos y son interesados, pues tienden á desvirtuar la libertad asegurando el bautismo de Zoraida. Pero no aceptó el cautivo «la autoridad y el cómodo» ofrecidos por Don Fernando si se volvian con él. ¿A qué debe atribuirse tan extraña negativa? Considerados como personajes novelescos y no como simbólicos, el cautivo y Zoraida no podían estar peor: cansadísimos después de un trágico y penoso viaje, derrotados completamente, sin dinero ni otra cabalgadura que un mísero asno para andar más de ochenta leguas de mal

camino, á cuyo término estaba lo incierto, tal vez el hambre y la desolación: este era su estado. En trance tal, ofrece un aristócrata al plebeyo cautivo protección y ayuda, ocasión y padrino para bautizar á Zoraida, y él rechaza tan brillantes ofertas, prefiriendo que su amada vuelva á cruzar sendas y montes, á pisar abrojos míseramente y á la ventura... ¿Es lógico esto? Podrá argüirse que es un rasgo propio de quien cedió á su padre los dos mil escudos; pero, además de ser muy diferente el caso, en el que motiva este examen, no se trataba de Ruy Pérez, sino de la tiernísima y virginal Zoraida. Tampoco puede decirse que se oponía la dignidad á tal aceptación, pues en aquellos tiempos el padrinazgo de un noble era de mucha honra á juicio de todo el mundo, y á nadie se le hubiera ocurrido que tal merced entrañaba rebajamiento. El cautivo, pues, no aceptó porque como entidad simbólica no debía aceptar mercedes de la realeza á cambio de vergonzosas abdicaciones (que á esto forzaba el volverse con Don Fernando), porque no había aun llegado la hora de bautizar á Zoraida, ni estaba guardado á los reyes ser padrinos de tan excelsa virgen.

Hechas estas aclaraciones, que ayudan á determinar el carácter de Don Fernando, volvamos al camino recto. Después de acabada la conquista, preséntase la magistratura. Si la empresa ideada por Cervantes se hubiera llevado á cabo real y positivamente, ¿á quién tocaba asegurar y consagrar el hecho en la ley? A la magistratura. Nada, pues, más oportuno que su llega-

da después del anterior relato; es, en sustancia, lo que dijimos en el discurso de las armas y las letras: la evolución, hermana de la revolución, completa su obra.

Otra deidad entra en escena. Clara, ó la ley, hermosísima joven de dieciseis años (siglo XVI), oriunda como nuestro pueblo de las montañas de León, hija de un magistrado y de otra ley que murió ó fué derogada al nacer ella (pues á tal extremo lleva Cervantes la exactitud del simil). Cuando quiere el autor describirnos la belleza de Doña Clara (nombre muy significativo en tal doncella), parece que no sabe ya cómo hacerlo, por haber agotado los encomios en alabanza de las otras augustas entidades. ¿Quién no se vería perplejo en su caso? La patria es hermosa, y hermosísima, pero, ¿y la paz? ¿y la libertad? ¿y la justicia ó ley? Cuanto á la última, «á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran, que otra tal hermosura como la de esta doncella, difícilmente pudiera hallarse.» He ahí al autor realista por excelencia, pasando los regulares términos de lo verosímil, concediendo la excelsitud de la belleza á cuantas mujeres concurren á un ventorro de la Mancha! Pero, si en lo literario resulta demasiada la hipérbole, en la alegoría casi se queda corta, pues nada hay más extremado en hermosura que lo ideal. Para trasladarlo íntegro en toda su magnificencia, no basta ni aun la pluma de un Cervantes, que es poner la dificultad en el mayor encarecimiento. ¿Quién como él para describir la belleza? ¿Quién como él sublime y gran-

dilocuente? ¿Qué podría decir nuestra humilde pluma en realce y significación de Doña Clara, que no esté contenido en el acogimiento de Don Quijote al oidor? «Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á *las armas y á las letras*, y más si las armas y letras traen por guía y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, *á quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida!* Es decir, ¡manifiéstese todo ante la ley! ¡Ábranse los palacios y los conventos! ¡Inúndelo todo su *claridad!* ¡Nada le esté vedado, y nada viva donde ella no pueda presentarse! ¡Allánense las montañas para abrirle triunfal camino! ¡Ríndase todo á la justicia, á la reina soberana del mundo! El magistrado se admiró y calló, lo mismo que deben hacer los magistrados de ahora cuando el ideal les hable: admirarse y callar.

Don Quijote termina su discurso con estas palabras: «Entre vuestra merced, digo, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.» Estar las armas en su punto es lo mismo que victoriosas ó en paz, porque este es el verdadero punto de las armas, según se vió en el capítulo correspondiente. No estaba menos en su punto la magistratura representada en un

oidor, pues tal es la actitud que debe adoptar la justicia antes de conocer el hecho, si ha de ser imparcial en sus providencias. Además, el magistrado es hermano del cautivo: ambos proceden de unos mismos padres, juntos vivieron los primeros años; mas siguieron después diferente rumbo sirviendo al rey y á la Iglesia, suspendiéndose por esta causa la eficacia de los lazos que los unían. Cervantes presenta á la magistratura por su lado más noble, como hermana del pueblo, en actitud espectante, y predispuesta á lo justo.

No lo conoce todavía, pero lo siente; echa de ver que son principales las personas que hay en la venta, pero le confunde la figura de Don Quijote. Cáusale extrañeza (como en épocas de revolución acontece), ver mezcladas las ideas de Iglesia, monarquía, libertad, pueblo; y sobre todo, le asombra ver al ideal donde siempre han estado los prestigios sociales, la tradición, las instituciones consagradas por los siglos. Pero no se ríe de Don Quijote como otras entidades groseras; sus palabras le suspenden y admiran, y áun pudiéramos añadir le abruman: no llega á comprender tan levantado lenguaje. Don Fernando, Cardenio y el cura, le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos.. Más llanos, porque la vida heróica con que le brindaba Don Quijote, es empinada, áspera y dificultosa, pues se encamina á lo inaccesible; más cortesanos, por ser quienes eran los que le incitaban á moverse en la llanura. Finalmente el oidor entró confuso en la venta.

Ya tenemos en el mismo lugar al magistrado y á

su hermano el cautivo, que sigue siendo cautivo, á pesar de los sueños trasladados en su historia plásticamente. Acércase la hora del reconocimiento, y con ella la del triunfo de la justicia. El primero que siente los ímpetus de la sangre es el cautivo. ¿Qué hará la naturaleza cuando estén los dos hermanos frente á frente? ¿Qué haría en la vida real si el hombre y la magistratura conociesen el lazo santísimo que los une y estuvieran tan bien dispuestos como aquí Cervantes los presenta? Pues haría que se echasen los brazos y caminasen siempre en amoroso acuerdo por la vía ilimitada de la libertad. Mucho la amaba el magistrado, mucho amaba también al cautivo, como puede verse en las siguientes exclamaciones: «¡Oh, buen hermano mio, y quién supiera ahora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los míos! ¡Oh, quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenías vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh, Zoraida, hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! *¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran!*» Estos serían en verdad los sentimientos de la Magistratura, como se va demostrando en los países modernos; pero interviene el gran tracista, Pedro Pérez, cual si por derecho propio le correspondiera la dirección de todos los asuntos sociales, y no se realizan las bodas del cautivo y la libertad.

Déjeseme á mí hacer esa experiencia, dijo el cura... yo lo trazaré de modo que *todos* quedemos satisfechos. Y en efecto, mintiendo como de costumbre, igualándose con Ruy Pérez en sus virtudes y en sus desgracias (defensa heróica de la Goleta y cautividad en Constantinopla), jugando con los afectos hasta el punto de suspender la alegría y alargar la tristeza, *coge de la mano* á la libertad y al cautivo, celebrando así una especie de consorcio, que no puede menos de ser funesto según es el personaje que lo verifica Ciertamente, el eclesiástico une en esta escena al cautivo y la libertad en presencia de la magistratura, y quizás esto también haya pretendido el catolicismo en la historia. Pero, ¿cómo lo ha hecho? Cogiendo al hombre y la libertad de la mano, con cuya acción evidentemente se convierte á la libertad en tiranía. Esto es hacerla suya, y, ¿cómo se llama en el mundo la libertad de los que mandan? Lo más grave del caso es, que, tras ella, se fueron la paz, la patria y la ley, siguiendo automáticamente la voluntad del sacerdocio que tenía sujetos de la mano al cautivo y á la libertad. Todo lo avasalla Pedro Pérez.

Don Quijote mientras tanto, calla; ¡y calla presenciando una aventura verdaderamente caballeresca! Ancho campo tenían donde desatarse sus desvaríos y locuras. Convidábale la relación del cautivo á ver prodigios y encantamientos: aquellas inusitadas aventuras del baño, aquellos escudos caídos como un maná del cielo, aquella cruz asomada de improviso en un alcá-

zar moro, aquella hermosísima Zoraida encerrada en un palacio contra su voluntad y enamorada de una religión desconocida por ella, aquel misterioso asalto del jardín, aquella huída en el silencio de la noche, aquella trágica aventura de los franceses, y por último, aquel conmovedor desembarco y aquella triste peregrinación de los dos principales personajes de la leyenda. Allí estaban en presencia suya; allí estaba el cautivo, objeto del amor de Zoraida; allí la mora de incomparable hermosura, vestida en su propio traje; allí estaba el magistrado con los severos esplendores de su cargo y dignidad, abrazando á un hombre míseramente vestido; y Don Quijote que solía ver princesas en las rústicas labradoras, y titánicos combates en el movimiento de unas aspas, no ve en la maravillosa hija del moro ni en el sorprendente reconocimiento de los dos hermanos, nada que le incite y mueva á salir por los fueros de la virtud y la hermosura oprimidas. Ni uno de tantos hechos como oyó de labios del cautivo, bastantes para exaltar al hombre más sesudo, ni uno sólo le conmueve: no profiere una frase, no exhala un grito, no hace un movimiento que denuncien al soñador, al loco, ni aun al hombre. ¿Por qué? Tratemos de explicarlo. Cervantes lee la historia, palpa la realidad, quiere vencerla y encaminarla á un fin altísimo; no puede: la monarquía y la Iglesia se lo impiden... refleja en un libro esa lucha y traslada su espíritu al de un caballero ideal que acomete todas las hazañas de los héroes... éste es Don Quijote, y el libro donde

campea, una condensación de la historia y una previsión de lo futuro. Pero el deseo, sube más; y en ocasiones, derramando Cervantes su fantasía por la esfera de lo absolutamente abstracto, da por acabadas las empresas, como si los poderes tradicionales, los eternos azotes de la humanidad, no opusiesen resistencia á los heroismos del redentor. Esta es la historia del cautivo. Mientras tanto, Don Quijote permanece mudo y sin vida, porque habla su *alter ego*, el mismo Cervantes. La novela del cautivo es un paréntesis en la otra novela, un sueño dentro de otro sueño. Luego torna á pesar la realidad sobre la fantasía, y el sueño mágico se desvanece, como digimos cuando el desembarco del cautivo; siendo lo maravilloso que lo soñado se enlaza con lo real en lo interno y en lo externo de la obra; pero más en lo interno que en lo externo. Ahora bien: con estas salvedades, claro está que Zoraida es la misma princesa Micomicona, triunfante en su reino por obra de otro Don Quijote (el cautivo), Zoraida y su amado tienen relieve mientras se relatan sus sucesos: después, caen bajo la jurisdicción del cura, se eclipsan, desaparecen. Dorotea, cuyas funciones de princesa habían estado en suspenso mientras intervino con eficacia la mora, vuelve á ser la princesa destronada, y Don Quijote, el caballero que le ha de poner la corona en la cabeza. Todo torna al mismo estado que antes de venir el cautivo: su historia ha sido un sueño, un sueño de Cervantes.

Vuelve el cura á gobernarlo todo, y por tanto,

vuelve la realidad á obscurecer la idea. Allí Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Quimérica ha resultado la alianza de la libertad y el hombre, hecha ó simulada por el sacerdocio, y quimérico el reconocimiento de los dos hermanos; quienes concertaron volverse á la vieja España. De este modo acabó por entonces lo que tanto bien prometía. El oidor, llenísimo de buenos deseos, pero consecuente con su nombre de Juan, determinó marcharse á las Indias en seguimiento de la fortuna sin aguardarse á las bodas de Zoraida, que se dejaron para cuando el cautivo estuviera con su padre (aun no están casados). Finalmente, todos acordaron de recogerse y reposar, menos el ideal, que «se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante ó otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba.»

Velando el ideal, no dormía, aunque *reposaba* la patria, quien de pronto oyó una voz encantadora, y asimismo la oyeron las otras deidades. Era la voz del derecho, que muy pocos conocian en aquel siglo de tinieblas. «Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno.»

Lo que cantó se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLIII

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MULAS, CON OTROS EXTRAÑOS ACAECIMIENTOS EN LA VENTA SUCEDIDOS

«Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego, sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy una estrella,
que desde lejos descubro,
más bella y resplandeciente
que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé á dónde me guía;
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuanto más verla procuro.
¡Oh, *clara* y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.»

Esto fué lo que cantó el derecho en el siglo XVI; navegaba sin esperanza de llegar á puerto alguno; fija la mirada en una clara estrella, más hermosa y resplandeciente que las del cielo físico, porque es la justicia que mantiene el orden universal. *Recatos im-*

pertinentes, honestidad contra natura impedían el último consorcio del derecho y la ley, por lo cual estaba el primero á los pies de los caballos. Pero era «muy grande estudiante y poeta» y cantaba. Huyendo de la guerra, refugiábase, como todos los sentimientos oprimidos, en la poesía, y de ahí, entre muchas obras, los dramas jurídicos del autor de *La vida es sueño*.

Tenía Don Luis *dieciseis* años, los mismos que Doña Clara, y era natural del reino de Aragón: allí, en efecto, como dicen varios historiadores, había que buscar el derecho si se perdiese; allí los monarcas, en una edad donde tenía su imperio la violencia, juraban guardar y hacer guardar las leyes, comprometiéndose á descender del trono si las violaban, y á ser sustituídos por otro, *encara que fuese pagano*. Además, Cervantes pudo aún admirar aquel monumento del derecho patrio, aquel sublime Justiciazgo aragonés, aquel *muro y defensa contra toda opresión y fuerza* [1], aquel escudo de la justicia, última institución democrática que resistió á Felipe II, aunque cayó por fin bajo el hacha del verdugo en Zaragoza, para deshonra de la monarquía y admiración de los siglos futuros.

La patria, que estaba en vela, oyó la voz del derecho, y despertó á la ley llamándola *niña*. Más adelante, repite el calificativo: «¿Qué es lo que dices, *niña*?» Y después añade el autor: «No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuán como *niña* hablaba Doña

[1] Zurita.

Clara.» Por su parte el oidor, dice en el capítulo XLIV: «...¿qué *niñerías* son estas, señor Don Luis?» Ambos, el derecho y la ley, eran, en verdad, niños en el siglo á que estas escenas se refieren. Clara responde á la patria con esta significativa exclamación: «¡*Ay señora de mi alma y de mi vida!*» Añadiendo:... «no es (el derecho) sino señor de *almas y lugares*... y del que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado *eternamente*.» Pero así como Clara no había entendido á Dorotea, Dorotea no acaba de entender las razones de Clara: delicados matices de esta pintura, por los cuales se ve cuán imperfecta era la relación de la patria y de la ley en aquellos siglos, aunque ya había entre ellas afinidad de sentimientos. A ponerlas en armonía tiende el *Quijote*, y á ello consagró su vida Cervantes, quien se duele de la dificultad en la segunda poesía que cantó Don Luis. Dulce era su esperanza, él se fingía y aderezaba el camino, él se daba ánimo á sí propio, él luchaba por el triunfo del amor; y como

> «amorosas porfías,
> tal vez alcanzan imposibles cosas.»

no recelaba

> «de no alcanzar desde la tierra el cielo.»

La ley lloraba al oir estas querellas, la patria le preguntaba el por qué, y Clara *le contó en secreto* la historia de sus amores. Distinguíanse por el candor, eran verdaderamente celestiales. Aunque la magistratura oponía á la luz sus *lienzos y celosías*, entró el

alma del estudiante en el santuario sin saber cómo ni por donde. Viéronse los dos mancebos en la iglesia [1], ó en otra parte, y se amaron. Castísimo era su amor, y castísimos los favores de Clara, pues consistían en alzar un poco el lienzo ó la celosía *dejándose ver toda.* Bástale á la ley mostrarse tal cual es, para ser amada. Don Luis hacía de esto tanta fiesta que daba señales de volverse loco. Cuando la ley se deja ver por entero de su amante, cuando ambos se sienten atraidos, parece que el derecho se trastorna, hay una revolución de ideas, cae destrozado lo vetusto, lo nuevo se levanta sobre las ruinas, y la humanidad asciende en el cielo: á esto llaman los reaccionarios desórden, siendo la satisfacción del amor, el arcangel que vence á Satanás. La magistratura dependiente de la Iglesia y de la monarquía, es la primera en oponerse en la realidad á estos amores, porque la magistratura, tal cual se consideraba en el siglo XVI, y aún ahora, es un sacerdocio con toda la soberbia del privilegio, la casta y la tradición. Fundados eran los temores de los dos amantes, manifiestos en estas frases de Clara:... «él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos» .... «y hay más, que cada vez que lo veo ó le oigo, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos.»

1 Tal vez en los tiempos góticos, cuando la ley se hacía por el poder civil y el religioso mancomunadamente.

Clara no podia vivir sin Don Luis, como la ley no puede vivir sin el derecho. Cuando se escribió el *Quijote* no había ley. ¿Cómo había de haberla estando á los pies de un déspota monstruoso? ¿Cómo, si el derecho andaba en hábito de *mozo de mulas*? Oía su voz España, pero sin saber dónde estaba y quién era el cantor: parecíale unas veces que en el patio, otras en la caballeriza, siempre de escaleras abajo, en el último lugar, porque el despotismo ocupaba los primeros. La ley, como efecto esencial de Don Luis, ya conocia su voz, y á él mismo, áun viéndole en traje tan impropio de su alteza: sabia que era señor de almas y lugares, y que ella no podía ser ni aún criada suya, porque la ley es servidora del derecho. Sírvele á él para los fines de nuestra vida, y sólo cuando le sirve es justa, y por tanto verdadera ley.

Esto dijo en sustancia Clara á Dorotea, la que habiéndose enterado de quién era el derecho, quién la ley y cuáles sus amores, habló de esta suerte: «No digaís más, señora Doña Clara..., y esto besándola mil veces: no digaís más, dijo, y *esperad que venga el nuevo día,* que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.» A lo cual respondió Clara que se oponía al deseado consorcio la calidad del derecho, y que ella en ninguna manera pensaba casarse á hurto de la magistratura. Estos eran y son los obstáculos máximos de tan alto fin como perseguian los dos amantes; porque es dificil que el ideal

encarne en la ley, hecha y administrada por hombres imperfectos, y evidente que esa unión no puede hacerse á hurto de la magistratura. En puridad no toca al derecho, no toca al ideal descender hasta nosotros, sino á nosotros subir hasta el ideal, y por los medios indicados en el *Quijote*, evolución y revolución. Combatir los obstáculos cuando son fuertes y tradicionales, cuando lo dominan todo, exige el empleo de la violencia. La ley, en el texto, los señala como insuperables, pero la patria se rió «oyendo cuán como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: reposemos, señora, *lo poco que creo queda de la noche y amanecerá Dios y medraremos*, Ó MAL ME ANDARÁN LAS MANOS.»

«Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio...» Todos reposaban menos Maritornes y el engañado sentimiento religioso: la Inquisición urdía en aquella misteriosa lobreguez sus fatídicos planes para encadenar al ideal. También él velaba, también Cervantes estaba despierto en aquella noche de siglos [1]. ¡Qué triste aquel, que no ofrecía á la entrada de la luz más que un agujero por donde echaban la paja desde fuera! ¡Y aun ese miserable resquicio estaba interceptado por la fatídica Inquisición!

«A este agujero se pusieron las dos semidoncellas,

---

1 Cervantes vivió en la más sombría del XVI y del XVII, precisamente en la época más negra de la historia nacional, cuyo trasunto vemos en las páginas del *Quijote*. La crítica ha notado que casi todos los sucesos de la venta están comprendidos en una noche inverosímil por lo larga, ó mejor, en dos (pues los personajes cenan dos veces) sin día intermedio. Siendo como son las indicadas escenas un reflejo de aquellos dos tenebrosos siglos, de aquellas *dos noches sin día*, ¿no parece la censurada falta cronológica, más que un defecto literario, un primor de pensamiento?

y vieron que Don Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, *archivo del mejor donaire*, depósito de la honestidad, y últimamente, IDEA DE TODO LO PROVECHOSO, HONESTO Y DELEITABLE QUE HAY EN EL MUNDO! ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros por sólo servirte de su voluntad ha querido ponerse?»... Parécenos ver á Cervantes en el silencio de la noche, tal vez junto al prosaico agujero de un pajar, en una cárcel, sentado, y recostada en la palma de la mano su noble cabeza, con las cuartillas delante, sintiendo vehementísimo amor por la patria, y considerando el desprecio y olvido en que ella le tenía. «...¿Y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en *tu cautivo* caballero?» Bien agena estaba de suponer que por ella y en ella ardía en amor patrio un genio heróico cual no le tuvo nunca Grecia, ni Roma coronó con los laureles del triunfo; bien agena estaba de pensar en él para asegurarle la inmortalidad, cuyo anhelo palpita en las siguientes amorosas frases: «Dáme tú nuevas della¡ oh luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya

puesta de pechos en algún balcón, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazón padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, *qué vida á mi muerte,* y qué premio á mis servicios.» ¡Cuán hermosa personificación del ideal de patria! Complácese el autor en prestarle suntuosos palacios, cuando él acaso vivía en el estrecho recinto de una prisión, y consuélase esperando que á lo menos dará buena vida á su muerte, ya que tan pobre y olvidado le tuvo. ¡Infeliz soldado, dependiente del fisco, hombre oscuro, hombre heróico, Miguel de Cervantes! Tú luchaste á un tiempo por el cielo y la tierra; por el cielo de justicia que querías trasladar á nuestro mundo, y por este mismo mundo que te desdeñó; luchaste por el pan que había de sustentar tu cuerpo, y por lo infinito que había de sustentarnos á todos; amaste á la patria siendo su víctima, y siendo pobre le diste la mayor riqueza, y estando triste la mayor alegría, y estando cautivo la mayor libertad. ¡Loor y bendición á tí, hombre bueno y hombre santo, loor en nombre de la patria Dulcinea!

Natural es que en aquella angustia volviera los ojos hácia la religión. Estaba entonces la luna en toda su claridad, es decir, estaba la tierra iluminada con toda la luz de la noche. Creyó el caballero que otra vez como la pasada iba á solicitarle la religión cristiana, y acudió al agujero, que él creia guarnecido de doradas rejas, diciendo:... «lástima os tengo, fermosa señora,

de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y *gentileza*...» Soñaba Cervantes con un alto ideal religioso, y áun creia verlo palpitar en el sentimiento cristiano; pero no podia amarle, estando como estaba la doncella acompañada y gobernada por Maritornes. El soñador encontrábase, como siempre, con una realidad impura, con una cortesana llena de deseos, con una religión verdaderamente gentil. El estaba obligado á servir á esa religión, impuesta á la conciencia española por la fuerza bruta; pero no la amaba:... «y si del amor que me tenéis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros *que el mismo amor no sea*, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosla incontinente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.» Para esto sí le ofrece su brazo y su espada, para combatir el mal y traer á la tierra la espléndida luz del sol; y Maritornes rechaza tan sublime ofrecimiento: «No ha menester nada de eso mi señora,» dice. Irónica y arrogante por extremo es la réplica de Don Quijote: «¿Pues qué ha menester, *discreta dueña*, vuestra señora?» Si no quiere que se extirpe el mal de este mundo, si no quiere el advenimiento de la luz, ¿qué es lo que quiere la religión cristiana? «Sólo una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido»...

Una tenía Cervantes, la que trasladó del pensamiento al libro el inmortal *Quijote*, y aquella mano es la que Roma hubiera querido para desfogar sus deseos, hubiera querido que el genio fuese la sirena de su *religion* y encantase con ella al mundo. Esto pretendió de todos los grandes hombres, y cuando se resistieron los atormentó, como luego atormenta en la persona de Don Quijote al heróico Cervantes.

La corrompida Maritornes dice que peligra tanto la religión al tratar con el caballero, «que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.» «Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote.» Asombra ver con qué jovialidad trató Cervantes los asuntos más trágicos, y aún sus mismas penas. Puede decirse de este sabio autor lo que ha dicho un poeta cantando á Quevedo:

«De las amargas olas de tu llanto
nacieron las espumas de tu risa..»

No pudo el autor de *Don Quijote* protestar á voz en grito de aquella Iglesia deshonrada por inquisidores, y el dolor se deshizo en carcajadas, con lo que resultó su sátira absolutamente completa, reuniendo á la amargura del fondo lo punzante de la burla.

Don Quijote prosiguió: ...« pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.» Parece esto en lo literario una bravuconada del loco, y es en la alegoría una consecuencia lógica; porque ¿qué

resultaría al padre de la religión si la matase? Tener el fin más desastrado que padre tuvo en el mundo. Pero él se guardará bien deso También es toque graciosísimo el de llamar delicados á los miembros de la Iglesia. Bien se conoce que el autor estuvo en Roma y vió á los afeminados y almibarados príncipes de la corte pontificia.

En fin, Don Quijote dió la mano, mas no para que las semidoncellas desfogasen sus lúbricos deseos, sino para lo que él mismo dice aquí: «Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni áun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.» ¿Es otra cosa el *Quijote* que esa misma mano, por donde se ve la grandeza del alma de Cervantes? La Iglesia no vió más que la mano, pero si más hubiese visto, habría hecho con Saavedra lo que con el pobre caballero, aunque ya lo hizo indirectamente obligándole á atarse la mano. Pero lo que aquí se censura es el tormento inquisitorial, es lo que hizo la Maritornes en el mismo capítulo donde el idealista suspira por la patria en tan tiernas y elocuentes frases como hemos copiado al principio. Censúrase que la religión manejada por una infame, viviese en un agujero como

los reptiles, y que esa misma infame atormentara á los redentores, apoyándose en la fuerza de un pueblo ignorante (cabestro del jumento de Sancho). Tan puros y generosos como son los sentimientos de Don Quijote, tan groseras y brutales son las acciones de su enemiga. Está en el agujero de un pajar, de allí desciende á la caballeriza, coge un cabestro, sujeta con él la mano de Don Quijote haciendo una lazada, y ata el cabestro «al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.» Así, y á una acción de Rocinante (la condición social), queda el héroe sufriendo el tormento de la garrucha, tormento no diremos el más terrible, por serlo todos los inquisitoriales en sumo grado, sino el más conforme con el prodigioso esfuerzo que exigió á Cervantes la tarea de combatir el catolicismo encubierta y descubiertamente, como si dijéramos, á toca no toca.

Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: ...«no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo.» Esto mismo se ha dicho de mil maneras luego. Los mártires reviven de sus cenizas; quiso la Iglesia matar la idea rompiendo el vaso que la contenía, y no consiguió sino desparramar la esencia inmortal por el mundo. Nunca ha mostrado más su falta de fe en e espíritu, su materialismo repugnante.

Don Quijote relaciona esta desgraciada aventura con la del arriero y el cuadrillero, sucedida la otra vez

que estuvo en la venta, y en efecto, se recordará que también entonces fué víctima de la Inquisición, y por culpa de Maritornes como ahora. Las angustias de Don Quijote y el modo de expresarlas cuadrarían perfectamente á un condenado del Santo Oficio: el que entraba en sus calabozos no esperaba salir jamás á la luz del sol, y así él se tenía por eternamente encantado. Inclina este pasaje á creer que Cervantes debió de pensar en lo que resultaría de atreverse á combatir la Iglesia al descubierto. No hay duda que él está identificado con Don Quijote. Para sí y para todos los que padecieron las ferocidades del Santo Tribunal, desea la ardiente espada, el concurso de Urganda y el de los sabios Lirgandeo y Alquife. Fortalécese con el recuerdo de la patria querida y llama al pueblo, que entonces dormia profundamente, sin acordarse de la madre que lo había parido. Pero de lo que más se dolía el caballero era de la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado. Este sentimiento, además de encajar en la índole generosa de todos los redentores, justifica la sabia y heróica prudencia de Cervantes, quien de haberse expuesto como cándido cordero á la rapacidad del tigre, hubiera privado al mundo de esta su presencia en el verdadero Don Quijote, sublime Cid, enamorado de la patria humana.



CAPÍTULO XLIV

DONDE SE PROSIGUEN LOS INAUDITOS SUCESOS DE LA VENTA

Todavía estaba colgado de la cuerda Don Quijote cuando llegaron cuatro servidores del derecho, quienes tomaron al héroe por rey ó dueño de la venta. Pudiera serlo en justicia; mas como suele de ella estar la realidad tan distante, y la monarquía tan divorciada de la virtud, contesta Don Quijote socarronamente: «¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero?» En este y en los otros puntos que tocan, disienten los criados de Don Luis y el hidalgo; mas en ninguno es sustancial el disentimiento. Afirma Don Quijote que la venta es castillo, y sostiene un caminante por todos que la venta es venta. Castillo era la mansión donde se fortificaban y defendian los poderes, y venta era también, pues allí vendian y compraban al pueblo, allí traficaban con las ideas, allí en resumen hacian su negocio. Por tanto, el autor dice la verdad de dos maneras, valiéndose de tantos personajes cuantos son los aspectos considerados. Dice asimismo Don Quijote... «y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés (contesta la parte contraria), el cetro en la cabeza y la corona

en la mano.» Con lo primero declara la alta condición social de los personajes, y con lo segundo se burla desenfadadamente del modo como faltaban á su deber los que ceñian corona. Llámalos, á mayor abundamiento, cómicos, pues esta era la acepción más general de la palabra representantes en el siglo XVI. También se entendia el vocablo por tener representación de alguno; y como todas las entidades del *Quijote* la tienen, no hay que insistir por ahora sobre la oportunidad de aplicarles la palabra [1]. El ingenio de este diálogo estriba en que, discrepando al parecer ambos mantenedores, dice cada uno de por sí la verdad que ve desde el sitio donde se coloca, y entre los dos la verdad completa.

Lo que vamos tratando corresponde al capítulo XLIII, y hémoslo dejado para el presente en beneficio de la claridad y enlace de la obra. En el mismo anterior capítulo se dice que, así como los servidores del derecho *llamaron con furia* á la venta, despertaron todos, *siendo las primeras en levantarse, cuando ya aclaraba el día*, Dorotea y la hija del oidor, ó la patria y la ley, la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle. En el XLIV se añade á esta causa del movimiento general, la de haber voceado y hecho ruido el que estaba en la garrucha, el mísero Don Quijote; y está bien que llamen con furia al palacio de la maldad los que

1 Remitimos al lector, á propósito de esto, al capítulo XI de la segunda parte, donde se trata la aventura del carro de la muerte.

representan la condición activa del derecho, cuando grita angustiado de dolor el que padece contra justicia.

Al llegar aquellos y despertar los otros, desató Maritornes á su víctima misteriosamente, como procedía el Santo Oficio, y lo primero que hizo el héroe, sin responder á los que le preguntaban la causa de sus voces, fué decir, puesto sobre Rocinante y en tren de batalla:.. . «cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora [1] la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla.» Don Quijote es siempre el adicto, el buen defensor, el enamorado de la justicia! No se cuida él del dolor físico que le desencaja el brazo, sino del dolor moral que le martiriza el alma. Pregunta es la que hace digna de grabarse en bronces. ¿Fueron con justo título encantados los sabios, los héroes, los mártires; fué con justo título encantada la vida entera que la Inquisición robó al mundo?.. Bien se ve en el despecho que causa á Don Quijote el silencio de los cuatro que á ellos se dirigia la pregunta, como más autorizados para contestarla; pero ninguno le respondió por haberles enterado el ventero de *su locura*.

Los cuatro seguidores del derecho preguntan por éste al dueño de la venta, y él les responde que no ha reparado en el que buscan por estar llena de gente la

1 Varías veces le da este título en el transcurso de la aventura. Su *señora* era Dulcinea su patria, pero la princesa Micomina lo era también, y por eso le concede el dictado en la misma forma como si en ofensa de su adorada no fuera.

casa; y habiendo uno de ellos visto el coche del oidor, dijo: ...«aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue,» é incontinente rodearon la venta, *temiendo que el derecho se les fuese por las bardas de los corrales.*

¿Cuál es el carácter y oficio de los que buscan á Don Luis? No puede ocultársenos que quieren separarle de su amada la ley. «Esto no haréis vosotros (responde él á tan injusta pretensión), si no es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me llevéis *será llevarme sin vida.*» Su acción tiende, pues, á matar el derecho, y por consecuencia la ley, quien al sólo anuncio de lo que ellos querian... quedó tan fuera de sí, que si Dorotea (ó la patria) no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo.» Mas por otra parte vemos que son servidores suyos, y que verdaderamente le aman y respetan; si quieren separarle de la que adora hácenlo por dar la vida al padre de Don Luis, puesto á peligro de perderla con la ausencia de su hijo: vemos también que este padre es un obstáculo á la alianza de los dos amantes, según se desprende de los temores de Don Luis y de las órdenes que los cuatro llevan. Pero la personalidad del padre no está definida, no se manifiesta en la acción mas que como vínculo, y con la eficacia intermedia de otras personas... La casa paterna de Don Luis significa el anterior estado del derecho, y los que á ella quieren llevarle son fieles servidores suyos y hombres de buena voluntad sin duda, pero siervos á la vez de lo tradicio

nal ó consuetudinario, empeñados, con la mejor intención, en mantener las cosas en quietud perpetua.

Niégase el Derecho á seguirlos, diciendo primeramente: «Eso sera como yo quisiere, ó como el cielo ordenare.» Cuando le preguntan la causa de su negativa, responde que no puede volver hasta dar fin á un negocio en que le va *la vida, la honra y el alma*, y últimamente añade: «Yo soy libre,» condición esencial del Derecho, á quien sólo puede hacer fuerza la razón, como afirma uno de los cuatro. Dígasenos ahora si este levantado lenguaje es propio del niño Don Luis, ó digno de la figura ontológica que representa.

La magistratura, encarnada en *Juan* Perez, le acoge con sincero cariño, asombrándose del estado en que le encuentra. Recuérdese á este propósito lo que digimos á la llegada del oidor. Admirado y confuso quedó entonces de ver al ideal con las otras entidades, y admirado y confuso le dejan ahora los amores de la ley y el derecho: en ninguno de los dos casos sabe por qué partido decidirse; siempre en actitud espectante, da tiempo al tiempo, y aplaza el conflicto en vez de resolverle. Ya conoce él cuán bien le estaría aquel matrimonio á Doña Clara; pero no se atreve á consentirlo sin la aprobación del padre; lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo real y lo ideal, y desea conciliarlo todo. Esta actitud es muy propia de la magistratura, ligada á lo bueno por su misma atracción, y á la Iglesia y monarquía por los lazos tradicionales. La propiedad sube de punto teniendo en cuenta que el ma-

gistrado guarda esa actitud precisamente cuando no hacen más que empezar los amores del derecho y la ley.

Mientras pasan estas cosas entre Don Luis y el magistrado, ocurre en la venta un caso de derecho que podría formularse así: ¿Debe el heroismo patrio defender á la realeza? Aprovechando unos huéspedes el instante en que todos están ocupados en el asunto de Don Luis, intentan irse sin satisfacer la paga, y con este motivo riñen de palabra y obra con el monarca ó ventero, que lleva la peor parte en la contienda. La majestad y la religión demandan ayuda á Don Quijote (aunque le tenían por loco). Ahora bien; ¿qué hará el caballero? ¿Defenderá al monarca echando por tierra el alto concepto que de él habíamos formado? Lejos de eso, responde con mucho «de espacio y flema» á la demanda en esta guisa: «Hermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición;» añadiendo después de mil circunloquios que él solicitará el permiso de la princesa Micomicona, como lo hace grave y solemnemente á usanza de la andante caballería, después de lo cual se dirige á donde muelen al ventero, y en llegando, se siente acometido de otro tal escrúpulo, y es el de que no puede poner mano á la espada contra gente escuderil, y mientras tanto siguen aporreando al monarca con gran escándalo y dolor de la majestad y de la Iglesia. ¡Con qué deleite escribió el autor este pasaje! ¡Con qué satisfacción pinta la parsimonia del caballero! ¡Con qué gusto dice que andaban las puñadas y moji-

cones *muy en su punto*, y «que estaban moliendo al ventero como cibera.» Y finalmente, ¡qué enérgico sentimiento el de estas palabras aplicadas al poder real! «Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, y si no, sufra y calle el que se atreve á más de lo que sus fuerzas le permiten.» Nótense además estos accesorios. La flema del caballero saca de quicio á Maritornes. ¡Pecadora de mí! (exclama): primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.» Esta es Roma, mezclada en lo mundano y temerosa de la muerte; esta es la *espiritual* Iglesia católica, á cuyo incrédulo lenguaje opone Don Quijote en son de burla este otro excesivamente crédulo, pero en armonía con el que la Iglesia emplea para las agenas angustias: «Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo... que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté *en el otro mundo*, que de allí lo sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga [1]. En definitiva, dice Don Quijote que al pueblo toca, si él quiere, la defensa del rey; pero no se añade si Sancho quiso, aunque se ve por la obra que no. Lástima es, sin embargo, que Cervantes no introdujera al gracioso vulgo en la aventura, para ver cómo ayudaba al que le manteó *real y verdaderamente*; á bien que en aquellos siglos todo podía esperarse de su pacientísima condición, puesto que Dorotea concedió el permiso que favorecía á la majestad. Cervantes hace

---

1 Se comprenderá el valor de esta burla dirigida al catolicismo condensándola de este modo: Se saca ánima.

que el caballero pida la licencia mencionada á la princesa Micomicona, al ideal de redención, como diciendo: ¿Es justo que malgastemos nuestras energías en defender los intereses dinásticos (error de que está llena la historia), cuando nos aguarda esta empresa nacional y humana? Empero como Dorotea era la humilde España, aleccionada por el cura, concedió el permiso, y Don Quijote dió otro ingenioso sesgo á su negativa. Igualmente ingenioso es el término de la pendencia, descrito así: «Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasión y buenas razones de Don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que *él quiso.*» De esta anfibología resulta que los huéspedes pagaron al ventero todo lo que quiso D. Quijote. Queda á la discreción del lector pensar cuál sería la paga.

Apenas se apacigua esta disputa nace otra de grandísima trascendencia. Llega á la venta ó castillo aquel barbero á quien Don Quijote ganó el yelmo de Mambrino, y viendo á Sancho arremete contra él llamándole ladrón y exigiéndole la albarda. Sancho se revuelve intrépido, y de tal manera se defiende, que el héroe le iguala á sí mismo. Toma la pelea incremento, acuden todos, y el interés se hace general. «Aquí del rey y de la justicia,» clama el barbero defendiendo su albarda; y estas entidades son, en efecto, los principios causa de la disputa: la justicia y el rey.

Versa la discusión sobre si es jaez la albarda y yelmo la bacía; trátase de averiguar si las dignidades so-

ciales son cargas ó frívolos adornos. ¿Qué son las tiaras, las coronas, las mitras, las púrpuras, los hábitos, los mantos, las togas, los entorchados y las fajas? ¿Son meramente brilladoras apariencias, ó albardas que la virtud se pone para llevar la pesada carga de sus deberes?

Albardas son por su naturaleza, jaeces por el uso que de ellas se ha hecho en la historia.

Las cosas no son lo que su nombre indica, sino lo que son esencialmente. Una piedra, cuando sobre ella eleva el hombre su alma á Dios, es un ara santa. El altar donde se prepara de comer, es una cocina; y si come en él un mulo, el altar es un pesebre. El manto regio que cubre á un asno es una enjalma; la corona que ciñe un idiota es una *vacia*, y si el idiota es además un malvado que sangra y rapa á los hombres, la corona es una bacía de barbero.



CAPITULO XLV

DONDE SE ACABA DE AVERIGUAR LA DUDA DEL YELMO DE MAMBRINO Y DE LA ALBARDA, Y OTRAS AVENTURAS SUCEDIDAS, CON TODA VERDAD

Puesto que ya tenemos delineados todos los personajes que han de intervenir en la discusión, hagamos lo mismo con el que la promueve, con el barbero, amo de la albarda.

Desde luego, aunque riñe con el buen Sancho, se atrae este pobre hombre las simpatías del lector, porque dice la verdad honradamente. Él sabe que la albarda es albarda, y así lo sostiene ante Dios y ante los hombres, deseándose la muerte si dice mentira. Este es el pueblo que de buena fe cree posible el ideal de la monarquía absoluta; este es hoy el carlismo, las honradas masas. Decir lo que se siente es digno de admiración; tanto se ha falseado la sinceridad en política. Consideradas así las cosas, ese barbero que defiende la verdad á costa de su sangre es atractivo porque es honrado; aún más, heróico. ¿No lo es también el carlista que se echa á la montaña y lucha con su hermano el vulgo, exponiendo su corazón á las balas enemigas por defender una idea? ¿Qué es lo que le impulsa á ba-

tirse tenazmente en vez de labrar su yermo ó aparroquiar su tienda, sino el nervio de nuestra raza, el aliento del Cid, la lealtad española? Y entiéndase que al hablar así hablamos del pueblo, no de Roma que le ha envenenado y enloquecido, arrojando entre la virgen multitud de esas legiones épicas monstruos como el cura de Alcabón, y el cura de Flix y el cura de Santa Cruz. Ahora bien; á ese pueblo, ya lo hemos dicho, le han envenenado; sano está su corazón, pero padece error de entendimiento. Desear que un hombre eche sobre sí la carga de todos los deberes sociales, que una sola mano tenga y dirija las riendas de los mil indómitos corceles del gobierno público, es, además de querer un imposible, un atentado contra natura. Socialmente hablando, el hombre sin derechos no es hombre, y lo que quieren los absolutistas es, en sustancia, quitar á la sociedad sus derechos y dárselos al rey, ó lo que es lo mismo, que haya solo un hombre en un pueblo de eunucos. ¿Es esto conveniente, es justo, es posible siquiera? Dos reyes se han acercado algo á ese ideal que mira á la noche y han sido los más funestos: Luis XI y Felipe II.

La condición social del que esto desea es en el *Quijote* la misma del vulgo, la de un asno: ambos llevan albarda [1], con la diferencia de que el uno la lleva porque se la ponen y el otro porque se la pone él mismo; difieren además en otra circunstancia: Sancho es labra-

1 Este nuevo barbero dice en el capítulo XLIV que la albarda es suya y que le está pintiparada á su asno, á él mismo.

dor, fecunda la tierra; el otro es barbero, sangra y manosea á la humanidad. El que realizara el ideal de este hombre sería también asno, pues tendría que considerar como carga la realeza; pero sería á su vez carga ó albarda de la nación á quien mandase.

Don Quijote fué á buscar la corona en esta representación del pueblo absolutista, porque él es la causa y el rey el efecto; al apropiarse el ideal ese símbolo del poder monárquico, lo transforma en símbolo del poder verdaderamente popular.

Desde luego es para él arma de guerra ó yelmo encantado, y quien lo contrario dijere, miente si fuere caballero, y si escudero, remiente mil veces, pues nadie como el pueblo debe conocer su propia soberanía y fuerza. Añade Don Quijote que le falta la *babera* al yelmo, como indicando que el gobernar naciones no es cosa de niños. Por su parte el absolutista dice que la bacía es *señora de un escudo*. ¿Puede expresarse más gráfica y discretamente que es una corona? El sacerdocio, la realeza y sus secuaces bien saben que la corona es *vacía*, pero afirman que yelmo por burlarse del ideal, lo mismo exactamente que ha sucedido en la historia. El sincero absolutista, á quien debe parecerle en efecto *vacía* la que no ha coronado á su ideal (puesto que *no se ha estrenado)*, exclama: «Cosa parece esta que puede poner en admiración á toda una Universidad por discreta que sea.» Sancho piensa de la bacía lo mismo que este buen hombre, pero reconoce que sirvió de arma á su caudillo. Y ha de tenerse en cuenta

que Don Quijote no suelta la bacía de las manos en todo el transcurso de la discusión, según se ve por esta cita: «Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo, y así como Don Quijote la vió la tomó en las manos...» Y esta otra, en que habla el barbero de la Iglesia: «Y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor (Don Quijote) tiene en las manos...» La bacía queda, pues, por yelmo, y yelmo es en manos del ideal.

La albarda está en el suelo, fuera de todo contacto; nadie influye en ella, y nada ni nadie influirá en los juzgadores. Al ideal le parece carga la realeza. «A mí albarda me parece, dijo Don Quijote; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.» Verdaderamente, en el capítulo XLIV dice: «En lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razón sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería.» Luego añade en el XLV: «Por Dios, señores míos... que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de

encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora *en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario.*» De todo lo copiado se desprende que el poder es carga, que lo han transformado en jaez los encantadores, y que no dejó á Cervantes hablar claro el veto de la Inquisición.

Si al ideal le parece carga el poder, no difieren sustancialmente de esta opinión el rey y el sacerdocio con sus adláteres; ya saben que es albarda la que hay allí manifiesta, pero como ellos la han convertido en jaez por el uso y el abuso, así lo declaran paladinamente; y buen cuidado tiene Cervantes de advertir que no va de burlas esta confesión de los poderosos: «quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas de este castillo *como ellas son real y verdaderamente*, y no como á mí me parecían.» De modo que aquí no se juzga en términos ideales, sino en términos de realidad.

Cuando el que mantiene el ideal de la monarquía absoluta oye decir que la realeza es jaez; cuando ve que se le trueca la albarda en adorno, su sistema político en mera vanidad; cuando ve que echan por tierra sus ilusiones nada menos que los reyes y el sacerdocio

que los unge, protesta invocando á Dios y la salvación de su alma, y concluye dolorosamente: «allá van leyes...» do quieren reyes, que este es el final del adagio.

Al Derecho y sus servidores, como consustanciales con la justicia, les parece el mayor disparate del mundo discutir lo que ellos ven tan claro. Uno de los cuatro dice: «Si ya no es que esto sea *burla pensada*, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son *ó parecen todos* los que aquí están, *se atrevan* á decir y afirmar que ésta no es bacía ni aquélla albarda...» Este es el Derecho juzgando el hecho. Unos dicen lo que es, y otros lo que debe ser. *No carece de misterio la porfía.* De la cual resulta, por tanto, hasta ahora que las dignidades sociales deben ser carga, según opina el ideal apoyado por el Derecho y el pueblo, y que son jaeces ó adornos, como afirman los poderes que las ostentan.

Pero no sólo es para el rey la albarda jaez de caballo, sino jaez de caballo *castizo;* como si dijéramos, adorno propio para dinastía, para raza ó *casta* privilegiada. Y no importa, según el sacerdocio, que se trate de una hembra (ley sálica): «Bien podría ser de borrica, dijo el cura.» ¡Cuán propio y gracioso es el distingo y cuán ingeniosamente acoplado está en la disputa! Pero aún es más relevante la contestación del que sirve al Derecho: «*Tanto monta*...» Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando. Este era el mote de los Reyes Católicos, y con él significaban la absoluta

igualdad en el poder de los dos sexos y las dos coronas unidas. Dígasenos ahora si hay frase más correlativa que el «tanto monta» al «bien podría ser de borrica», que dijo el cura. De gran importancia es también el veredicto de Don Quijote: «Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.» Recobre el pueblo su poder, y pues el cielo se lo dió, bendígaselo el cielo. Esta es la consagración del derecho natural, único que puede en justicia llamarse divino.

Hasta aquí la discusión es pacífica, puesto que los personajes, más que discutir, exponen sus ideas, donde están condensadas las que han agitado al mundo; pero intervienen los sayones del Santo Oficio, y uno de ellos dice lleno de cólera y enfado: «Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva.» Antes de pasar adelante debemos explicar la actitud de este cuadrillero. Precisamente por ser cuadrillero ó esbirro de la Inquisición, en cuyo nombre persigue al ideal, este hombre lleno de cólera y enfado resume en sí toda la soberbia católica en el grado mayor de la violencia. Su espíritu es el espíritu de aquellas famosas palabras de Gregorio VII: «El Papa es el sol y los reyes son sus lunas, y así ellos han de obedecer al Pontífice como al sol sus planetas, como á su centro natural.» Gregorio VII supo reducir en esta alegoría todo el espacio entrevisto por la ambición del Pontificado. Los pueblos en

el hondo valle, los reyes en las bajas cumbres, la Santa Sede en la suprema cumbre. ¡Qué hermosa perspectiva! ¿Dónde se queda la frase de los pobres reyes «el Estado soy yo?» El pontificado había dicho infinitamente más: el Universo soy yo. Ahora bien; ¿ha producido este soberbioso catolicismo nada de su misma especie más perfecto que la odiosa Inquisición? ¿Puede representarse al negro espíritu de esa soberbia mejor que por un cuadrillero, puesto que un inquisidor hubiera sido peligroso en la obra de Cervantes? El cuadrillero dice: «tan albarda es como mi padre,» y su padre es el Santo Oficio, la carga máxima que ha resistido la humanidad. Quedan, pues, de ese modo dichas las dos cosas: que la Inquisición es albarda del género humano, y albarda la realeza. Mas, ¿por qué confiesa esto último el cuadrillero sinceramente? Porque el Santo Oficio quería que los reyes fuesen sus asnos, como lo indican las citadas palabras de Gregorio VII y lo manifiesta la historia. Recuérdese á propósito de esto la acción impositiva de Torquemada sobre los Reyes Católicos. Explícase después de estas aclaraciones la violencia del cuadrillero: quiere que la dignidad real sea carga, y así lo manifiesta con la autoridad y la barbárie de un inquisidor. Pero, ¿por qué le desmiente y amenaza Don Quijote, opinando lo mismo que él opina? Trátase de decir la verdad, y todos la dicen; solo desentona el cuadrillero, porque sabiendo que el poder real es jaez ó adorno, afirma lo contrario, lo que él desea. Entonces Don Quijote grita: «Mentís

como bellaco villano.» Y miente, no porque el poder sea jaez en realidad, sino porque el cuadrillero afirma que es albarda, sabiendo que sirve de adorno á las dignidades del mundo.

Cervantes intenta castigar en el violento personaje la soberbia y la mentira de la Iglesia, dándole un golpe en la cabeza con el lanzón ó la pluma: esto es, llevando al oscuro cerebro el rayo de luz de su ingenio sublime; pero no puede: la pluma se rompe antes de conseguirlo; el buho evita el sol.

Aquí se reproduce en mayores proporciones la lucha social que vimos en el capítulo XVI. Antes de parafrasearla hagamos una aclaración. Se dice que en lo más recio de la pelea los poderosos favorecían al ideal; esto parece á simple vista absurdo, y es perfectamente lógico. Ya se ha visto que la Inquisición se pone frente al monarca en lo tocante á si la realeza es carga ó adorno; el rey hace más, llega á patear al cuadrillero. Los luchadores están divididos en dos bandos: de una parte el pueblo, de otra el absolutismo; estos son los héroes de la epopeya, la libertad y la reacción; los demás personajes hacen oficio de genios, amigos ó enemigos; unos pelean por la Inquisición y otros contra ella. Los poderosos van en contra; luego favorecen al ideal. La lucha es como sigue.

Los inquisidores, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz en demanda de auxilio. El ventero acudió en su ayuda con la varilla y con la espada. Los servidores del Derecho custodiaron al Derecho porque

con el alboroto no se les fuese; el pueblo absolutista y el que secundaba al ideal tornaron á disputarse el campo y el poder; el heroismo puso mano á su espada y arremetió á los inquisidores; el Derecho decía á los suyos que acorriesen al ideal y á todos los que le favorecían; el sacerdocio daba voces, la majestad gritaba, el cristianismo se afligía, Roma lloraba, *la patria estaba confusa*, *la paz suspensa y la ley desmayada*. El pueblo golpeaba al pueblo; el Derecho, defendido por la magistratura, maltrataba á sus mismos servidores; el poder real pisoteaba á la Inquisición; la Inquisición pedía favor á la Santa Hermandad; de modo que todo el siglo era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusión de sangre.

No hemos hecho más que sustituir los nombres que en el texto llevan los personajes con los que desde el principio les hemos dado. Siempre corresponden á ellos las acciones, pero donde esta correspondencia resultaría asombrosa, si no obedeciese á designios de Cervantes, sería en el complicadísimo nudo de la lucha parafraseada. Ahí está retratada en unas cuantas entidades ó vulgares ó ridículas la sociedad humana, sus anhelos, luchas y miserias; que tal es el poder del genio: abarcar de una sola ojeada el conjunto humano reduciendo á términos concretos las relaciones sociales y encerrando en una especie de fórmula algebráica las grandes revoluciones de la Historia.

El mismo héroe levanta en el ánimo de los lectores

el concepto de la lucha: «Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entendemos». «Y en la mitad de este caos, máquina y laberinto de cosas», el ideal toca las almas invocando la paz, la paz que es el fin de esta dolorosa exposición de las tristezas y aberraciones sociales. «Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida». Para el que vea en la escuálida figura de Don Quijote á Cervantes, y un trasunto de la vida humana en estas escenas, vibrará en el llamamiento copiado una suprema angustia y un inagotable deseo de paz. Todos obedecieron al héroe y la paz se restableció, y así tambien sucedería en la Historia si las almas pusiesen la mira en el ideal.

Solo los cuadrilleros no querian sosegarse; solo la intransigencia religiosa tiene empeño en proseguir la guerra; pero, en fin, «el rumor se apaciguó por entonces y la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio», hasta el día de la sensatez humana.

Como Cervantes acumula todo el fuego del fanatismo católico en el cuadrillero, el cura aparece más humano. Además, al encargarle la pacificación, colócale como *sobrino* bajo la autoridad de la magistratura; pero, no obstante, estúdiese este capítulo y se verá que no es el licenciado quien pone en paz a los combatientes, sino Don Quijote, á cuya voz se aquietaron todos. La magistratura, por otra parte, es quien suaviza las diferencias, ó bien los interesados.

Como siempre, la solución de los conflictos resulta incompleta, pues se acordó que el Derecho se fuese con el poder real á Andalucía, y esto con plena conformidad de la magistratura, y por haber dicho Don Fernando *quien él era* á los servidores de Don Luis, frase en la cual se yergue la regia autoridad arrogantemente.

Ni la paz se había restablecido de veras. Nada hay más perjudicial para los dominadores que sus luchas intestinas, porque resulta de ellas escándalo y quebrantamiento de la autoridad. Esto mismo dijo en una epístola harto amenazante el católico rey Felipe II al papa: «De lo cual (de sus desavenencias) se seguirá desacato á la Santa Sede apostólica, que según los tiempos que corren es lo que más debemos evitar.» Conociéronlo así los cuadrilleros, y dejaron dormir el odio que les inspiraba la rebeldía del poder real; pero al mismo tiempo despertóse con más furia el que tenían á Don Quijote, é hicieron valer contra el héroe sus fueros, con lo cual tornó á trabarse la suspendida lucha. Redúcela esta vez el autor á términos aún más esenciales, reflejándola en solo dos entes: la Inquisición y el ideal, las tinieblas y la luz, el cuadrillero y Don Quijote. «El cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, *puesta la cólera en su punto*, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa.» Este

cuadrillero es precisamente el que pateó el poder real, de quien ya no se cuida, ofendiendo en cambio á Don Quijote. Por su parte Don Fernando separa á los combatientes cuando el cuadrillero está en situación desfavorable, cogido y oprimido por la garganta, mientras que él sujeta al otro sólo por el collar del sayo. Se ve, pues, que tratándose de ir contra el ideal, la Inquisición y el rey, las dos formas del despotismo, olvidan sus resentimientos y se ayudan mutuamente.

Pedía á los circunstantes el cuadrillero que le dieran al héroe atado y entregado *á toda su voluntad* y llamábale robador y salteador de sendas y carreras. «Reíase de oir decir estas *razones* D. Quijote, y con mucho sosiego dijo: Venid acá, gente soez y mal nacida; ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, socorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad»...

No subrayamos nada; todo ello está grabado á buril, todo es claro, gráfico, elocuente. Donde dice caballero andante entiéndase redentor, donde dice andante caballería, entiéndase redención humana. En las accio-

nes que D. Quijote ensalza están compendiadas las virtudes, resumida la obra de los héroes, cifrado el sumo ideal de la vida; en el cuadrillero están representados los vicios disfrazados de santidad, demonios que se han opuesto eternamente al triunfo de las virtudes maldiciendo, atormentando y destruyendo á los grandes hombres que las defendían. ¿Pero qué ni quién resiste al ideal? ¿Qué puerta habrá para él cerrada? ¿En qué prisión le tendrán seguro? ¿Qué abismo habrá tan ancho que él no salve? ¿Qué injusta ley alcanzará á detener su vuelo? ¿Cuándo ha estado él sujeto á las estrechuras de nuestras miserias? ¿Qué rey podrá afirmar que no le tiene á su lado? ¿Y qué alma, en fin, no se le aficionará y rendirá cumplidamente?

He aquí la médula de la interrogación original, donde osó Cervantes mostrar al descubierto su espíritu revolucionario. La expresión con que terminan el párrafo y el capítulo es también clara y viril: «y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?»

Ya no existen los cuadrilleros ni las instituciones que les dieron vida. No puede quedar más demostrada la eficacia de los *caballeros andantes*.



CAPÍTULO XLVI

DEL FIN DE LA NOTABLE AVENTURA DE LOS CUADRILLEROS, Y LA GRAN FEROCIDAD DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE

El sacerdocio declara loco al héroe en el mismo momento en que éste enuncia las grandezas del ideal y fustiga á los tiranos. Por ellos tuvo que desfigurarle el autor, y tantas locuras supo hacer, que más locos ó más idealistas que él fueran si no dejaran libre al *Quijote.* De locos tildó á los sabios la tiranía cuando no pudo contestar sus axiomas ni domeñarles en el terreno de la fuerza, y de loco tildan el cura y los cuadrilleros á Don Quijote cuando no pueden rebatir sus enérgicas y verdaderas razones ni vencer su rebeldía; porque nada debió de persuadir tanto á los «ladrones en cuadrilla» como este poderoso argumento del astuto sacerdocio: *Por esta vez* no le habéis de llevar, *ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.*

Vista la imposibilidad de vencer al redentor, conformáronse los cuadrilleros con escarnecer sus ideas poniéndole el sambenito de la locura, y áun mediaron como miembros de justicia en la contienda popular. Lo que parece una condescendencia en el texto es en lo

simbólico una dominación, puesto que la tremenda lucha social se resuelve á gusto de los inquisidores. Por su veredicto el pueblo absolutista recobra la albarda, persiste en sus erróneas ideas de monarquía imposible y en su condición de asno [1]. Sancho pierde el trofeo de la victoria ganado por su caudillo, y ambas representaciones del vulgo quedan en la misma opresión que antes, conservan las mismas ligaduras, pues no se trocaron las cinchas y jáquimas.

Pero no todo es lamentable en el fin de esta aventura. El valeroso Don Quijote no pierde el símbolo del poder. ¿Cómo perderlo cuando acaba de demostrar que lo posee y lo merece, atacando intrépido á los dominadores? Cierto que le declara falto de juicio la teocracia; ¿pero no estaba peor antes de que le temieran y dejaran por invencible? Cierto que el poder real se lleva al Derecho y la Ley; ¿pero no los tenía antes bajo el imperio de la fuerza y separados? Cierto también que no todos los sucesos de la venta se conformaban con la Libertad; pero Zoraida se alegraba de algunos. Los buenos salen ganando en esta revolución, como en todas las revoluciones; el Derecho y la Ley ganan la recíproca compañía, con la esperanza de unirse eternamente; el héroe la probada seguridad de su poder; el pueblo las consecuencias de este triunfo de su caudillo; la magistratura haberse instruido de la

1 El cura le da *ocho reales* por la bacía o yelmo, como diciéndole: ya que te es imposible alcanzar lo absoluto, conténtate con lo relativo: pierdes el yelmo, símbolo de tu reino fantástico, pero ahí tienes ocho; son peores, pero son más, y sobre todo *son*.

vida social y acercado á sus hijos la Ley y el Derecho; el cautivo recobra á su hermano; de la patria no hay que decir sino que en ella recaen las victorias de los otros; la libertad tiene por qué alegrarse; y cuanto á Luscinda, de la lucha salió «una paz y sosiego que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano.» Este es el resultado del *desorden* que promueven los defensores del ideal; esta es la obra de la revolución; antes la tiranía en su apogeo, el quietismo malsano; luégo la tempestad, después la paz fecunda. Esta paz se debía al héroe, «y *fué común opinión* que se debían dar las gracias á la buena intención y mucha elocuencia del señor cura y á la incomparable liberalidad de Don Fernando.» Creíase que los reyes y sacerdotes daban la paz cuando eran la guerra; créese que los revolucionarios promueven la guerra cuando son la paz. Miopes los que no penetran en la esencia de las cosas, los que no ven todavía que la grandeza de este siglo se debe á la grandeza de una revolución.

Los malos salen perdiendo en el tumulto de la venta, los malos lo pagan todo, el sacerdocio y el poder real; siendo lo más gracioso que el ventero exige á Don Fernando el importe de los daños causados por el redentor á la monarquía, y como ya en este pasaje no representa el primero la fuerza de la Inquisición, el poder real se exige á sí mismo la paga y se paga á sí mismo.

Ufano de este primer triunfo Don Quijote, despliega su alma á mayores vuelos y apréstase á dar cima á la magna empresa de redención, creyendo llegada la hora de dar fin «á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido» ¡Cuántas veces lo anheló Cervantes! ¡Cuántas reflejó en su obra este anhelo, poniendo el ángel de luz frente al ángel de tinieblas, y cuántas cerró éste al otro las puertas del tiempo, aunque no las de la eternidad que el primero tiene por suyas! De rodillas se lo pide esta vez el autor á la patria. Vamos, le dice; seamos diligentes, aprovechemos las ventajas de este efímero triunfo, prevengamos los discursos del enemigo, que tal vez se está ya fortificando contra nosotros; no yazgamos en esta inacción, «que podría sernos de tanto daño que lo *echásemos de ver algún día.*» Harto hemos visto ya que aquella *estada* de nuestros mayores fué en perjuicio de la patria. Quien respondió á las palabras del generoso caudillo en la imaginación de Cervantes con ademán señoril (como si fuera poderosa y árbitra de su destino) y acomodado al estilo de Don Quijote (como si fuera también idealista): «Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; *y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla*, para que veáis que hay *agradecidas* mujeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, *que yo no tengo más voluntad que la vuestra; disponed*

vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona *y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos*, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.» Al suponer y sentir tamaña dicha corre fogosamente, al par de los deseos, la imaginación de Cervantes: «A la mano de Dios, dijo Don Quijote; pues es así que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de *levantalla* y *ponella en su heredado trono:* la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante y acobarde [1], ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafrén de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.» Dramático es este apercibimiento de Don Quijote, enérgico y sonoro el lenguaje, rápido y desordenado el estilo, el tono levantado, la acción viva, el conjunto magnífico en todo y digno de un generalísimo al dar principio á una inmortal batalla. Pero se alza luego la voz del buen sentido, Sancho, que dice al héroe meneando la cabeza: «¡Ay señor, señor, y cómo hay más mal en el aldehuela que se suena!» Aquí se trasforma el monólogo de Cervantes en diálogo de sus entes predilectos, el realismo y el idealismo popular ó humano. La parte heróica prorrumpe: «Dí lo que

---

1 Ni espera el premio ni le espanta la condenación del sacerdocio

quisieres, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que si tú lo tienes, haces como quien eres, y si yo no lo tengo, hago como quien soy.» El conocimiento responde: Imposible te será realizar la empresa que imaginas, porque España concede sus favores al poder real, y más parece dama cortesana que reina de tan gran reino, y cuanto hagamos será para nosotros perdido; todo vendrá á redundar en provecho de la tiranía, en «cojer el fruto de nuestros trabajos *el que se está holgando en la venta.*» Con que así, lo más prudente será no esforzarse, no soñar, no caminar, no sacrificarse por defender las ideas; «mejor será que nos estemos quedos, y cada puta [1] hile, y comamos.» El espíritu heróico se indigna contra la cobarde materia, y la apostrofa: «¡Oh bellaco, villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente...» Téngase en cuenta que este diálogo es una lucha donde se manifiestan los temores y los deseos de Cervantes, el conocimiento de la realidad accidental y de la realidad sustancial, una lucha mantenida por el misterioso dualismo del espíritu humano, en que se pesa el pro y el contra. Cervantes conoce que la realidad accidental tiene su razón de ser, que la bestia no alada tiene el derecho de arrastrarse, que la voz que le manda detenerse no suena sin justa causa; pero quiere apartar de

1 Estampamos esta palabra, escudados con la autoridad de Cervantes, [illegible] del idioma [illegible] sin energía al concepto, que es el pueblo que [illegible] con su esclavitud porque le da de comer, vive de la prostitución.

sí esta sugestión de lo mezquino que se opone á las empresas heróicas: «*Vete de mi presencia* (le dice), monstruo de naturaleza, depósito de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, *enemigo del decoro que se debe á las reales personas.*»

No olvida que está haciendo un libro simbólico, y en este último inciso afina la puntería, poniendo á las reales personas como blanco de los tiros del pueblo y estorbo de su ideal. Los insultos que dirige á Sancho (cuya voz es aquí la misma de Cervantes al considerar la realidad que se opone á sus propósitos), son ciertamente irónicos y áun burlescos por su misma extraordinaria abundancia y por la ridícula actitud de Don Quijote .. «enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo...» Luego, de repente, se calma y bendice al pueblo; esta era *la gran ferocidad* de Don Quijote. Bien sabía Cervantes que Sancho tenía razón.

Pero continúa el monólogo... ¡Y qué! se pregunta el héroe, ¿es cierto que España está amancebada con el poder real, y libre y espontáneamente se le rinde? España misma le responde: «Como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Y Cervantes jura *por el omnipotente Dios* que la patria *ha dado en el punto*, reconoce la pureza nativa de Es-

paña, la sinceridad y buena intención del pueblo, y achaca toda la culpa de nuestras desdichas á los opresores ó encantadores. A esto dice Sancho que no todo sucede por vía de encantamento, porque lo de la manta *realmente* sucedió por vía ordinaria. Como se ve, el vulgo confirma lo dicho por Don Quijote, pues de ambas especies resulta cierta la infelicidad de la nación; el uno dice que se debe al arte de los malos encantadores, y el otro que estos encantadores son de carne y hueso, afirmaciones que siendo al parecer contrarias, se completan y manifiestan la verdad en absoluto.

El resultado de este trabajo mental del autor es fortificarse en su convencimiento de que era imposible ser franco en la exposición y defensa de sus ideales. De aquí que forzosamente hubiera de encantar al héroe vestirle de loco, suspender las manifestaciones de su vida, como hacen los encantadores con las personas á quienes encantan. Obligáronle á ello los poderes tiránicos, y principalmente el sacerdocio; por esto es el cura quien traza la máquina del encantamento.

La escena es como sigue. Estando el héroe dormido y disfrazados y encubiertos el poder real y el sacerdocio con sus adláteres, «llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los piés (¡le atan de piés y manos!); de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de

lo que su contínua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto *como había pensado que sucedería el cura trazador de esta máquina.*» Hecho esto métenle en una jaula de fuertes barrotes, tan bien clavados «que no se pudieran romper á dos tirones,» y después acomodan la jaula en una carreta de bueyes.

«Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura,» solo el pueblo español no está disfrazado en el libro de Cervantes. Ahí puede vérsele, simple y gracioso, agudo por naturaleza, tosco en su aspecto, sano de corazón, desdichado sin culpa y alegre en su desdicha. Su pasiva actitud al ver el encantamento del héroe es copia exacta de la realidad; pero, ¿cómo había de acudir á su defensa el sin ventura, teniendo sobre su frente el peso de tantos siglos de tiranía? Sacudiólo de sí Cervantes porque era un genio. No obstante, tuvo que hablar en todo el libro como quiso la teocracia. Pero en una ocasión hizo decir á la teocracia todo lo que él quiso: esta es, la profecía de la sabia Mentironiana.

En ella resplandece la inmensa, la inagotable fe de Cervantes; el cual, encontrándose con su hijo amado, á quien desfigura para salvarle de los enemigos, dícele como si en efecto fuera de carne y tuviera alma: No te acongoje, ideal mío, que nuble tu luz con esta túnica de sombra, y sujete y equipare tu vuelo rápido y atre-

vido al lento caminar de la perezosa rutina: empaño tu luz para inmortalizarla, detengo tu vuelo para que sea más raudo, te oscurezco para que el mundo pueda admirar tu inmaculada blancura. Día llegará en que descienda el ideal al corazón del hombre, en que una el cielo al eterno Don Quijote y Dulcinea, de cuyo consorcio saldrá poderosa y espléndida la vida. No te desmaye ni descontente (dice al pueblo) ver encantado al *Quijote*, que así conviene para su bien y el tuyo. Sigue las huellas de ese ideal que oscurecido te presento, y en breve te verás en tan sublime altura, que tú mismo te asombres y desconozcas. Tal fué la voz augusta que guió á Cervantes en la oscura y difícil empresa de redimir al mundo desde la mazmorra del esclavo. Lleno de estas dulces y consoladoras esperanzas, ruega á Dios que se realicen, que no permanezca el *Quijote* eternamente encantado: «que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso.» Y no me desampares en buena ni en mala suerte (vuelve á decir al pueblo), que si no alcanzo á darte el gobierno prometido, á lo menos ahí tienes mi Don Quijote, donde se *declara* que te lego, no lo que mereces, sino lo que yo puedo legarte, cuanto tengo y soy, mi amor, mi gloria y mi alma.

CAPITULO XLVII

DEL EXTRAÑO MODO CON QUE FUÉ CONDUCIDO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, CON OTROS FAMOSOS SUCESOS

La humanidad estaba encantada en el siglo XVI, y por lo mismo hubo que encantar al héroe que representaba sus más grandes virtudes. Al quedar encantado el libro, concluye propiamente la acción, por lo cual dice el autor á Sancho *que ya está hecho su testamento*. Los capítulos siguientes son, pues, un codicilo, que contiene varios dialogos donde se aclara el concepto de los libros de caballerías, y una demostración de que era imposible desencantar la obra. Este codicilo es el verdadero *Buscapié* del *Quijote*.

Principia declarando que este género de encantamento no es como el de los otros libros de caballerías, donde se lleva á los encantados «con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube ó en algún carro de fuego [1], ó ya sobre algún hipógrifo ó otra bestia semejante,» mientras á Don Quijote le llevan sobre un carro de bueyes. Y añádese para más acla-

1 «Y aconteció que yendo ellos hablando (Elías y Eliseo), he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó á los dos, y Elías subió al cielo en un torbellino.» Lib. 2.º de los Reyes, cap. II, vers. II.

ración del punto: «Pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos.» Así enuncia Cervantes la peculiaridad de su obra. Luego dice al pueblo que emita su opinión acerca de los encantadores, y él contesta: «Osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.» Este ha sido por mucho tiempo el parecer del pueblo lector, que no representaban Don Fernando, el cura y los demás enemigos de Don Quijote entidades esencialmente católicas; y esto suponía y deseaba el autor del libro que comentamos.

Después de eliminar á estos encantadores de la especie comunmente conocida, clasifícalos en el orden á que pertenecen: «¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote: *¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios* que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten más de en la apariencia.» El pueblo *ve,* el héroe *filosofa;* el pueblo dice que los encantadores son de carne y hueso, el héroe que no consisten más de en la apariencia. Sancho dice verdad y el filósofo tiene razón: porque el déspota sin pueblo ¿qué es sino aire? La tiranía muere al descender del sólio que sustenta el pueblo. Pero arriba los déspotas son demonios, y como dice Don Quijote, *llevan el infierno consigo.* Con todo esto, el pueblo afirma que las apariencias de los opresores

tienen algo de agradables, á lo que responde en conclusión su caudillo: «si á tí te parece que ese demonio que dices (el poder real) huele á ambar, ó tú te engañas, ó él *quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio.*»

Ya está iniciado el tema, cuyo desenvolvimiento interrumpe el autor para terminar el desenlace y proseguir luégo más desembarazadamente su discurso.

Temiendo los poderes que el pueblo acabara de comprender su invención, *á quien andaba ya muy en los alcances*, determinaron precipitar los sucesos en la forma que á sus intereses convenía. Aquel «ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafrén de la reina,» que entrañaba la directa intervención del pueblo en los destinos sociales, viene á parar en que el ventero ensille las cabalgaduras del héroe y de Sancho; es decir, en que el *Quijote* y la vida en general sean á gusto de los reyes. Ya en esto el cura se había concertado con los sayones de la Inquisición, y el cortesano Cardenio había colgado de la silla del infeliz Rocinante el yelmo y la adarga, el poder ofensivo y defensivo de Don Quijote, mandando además que custodiasen aquellos emblemas los cuadrilleros. La majestad y la religión romana despidiéronse de su víctima «fingiendo que lloraban de dolor;» hipocresía semejante á la de aquella expresión con que la Iglesia fingía compadecerse de los que mandaba quemar vivos: MUERTO SIN DERRAMAMIENTO DE SANGRE. «Si estas calamidades (dice Don Quijote) no me acontecieran, no me

tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, *que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes* y á muchos otros caballeros *que procuran por malas vías destruir á los buenos.*»

Desde este momento queda Don Quijote exclusivamente en poder del sacerdocio, y el rey, pues el cura y el barbero se despiden de la libertad y su amador y de todas las demás señoras, *especialmente de Dorotea y Luscinda*, ó España y la paz.

En estas despedidas hay un toque digno de notarse, y es el regalo que al cura hizo el ventero: dále nada menos que la historia de Rinconete y Cortadillo, escuela de truhanerías. Al recomendar esta lectura Cervantes al clero católico, ¿quiso hacer un cáustico epigrama comparando costumbres á costumbres, ó indicar al sacerdocio la existencia de un grave mal que debiera corregir en vez de atentar contra el noble pensamiento? Recuérdese que en aquella época la Iglesia ejercía jurisdicción pública, bajo la cual más probabilidades tenía de escapar sano y salvo un Monipodio que un Galileo, y se verá que no dejaba de ser pertinente la recomendación.

Púsose en marcha la comitiva por el orden siguiente: iba primero el carro, luego Sancho Panza sobre su rucio *llevando de la rienda á Rocinante*, y detrás el sacerdocio y el poder real montados sobre *sus podero-*

sas mulas, siguiendo todos el tardo paso de los bueyes. Grandísimas eran las precauciones con que llevaban al redentor: atado iba de piés y manos, metido en una fuerte jáula, conducido en un carro y custodiado además por la fuerza del Santo Oficio. El escudero estaba entre los cuadrilleros y el sacerdocio, y no guiaba Rocinante al asno, sino el asno á Rocinante, el vulgo á su caudillo: la vida corría por tanto en dirección contraria del sentimiento heróico. No marchaba la triste y perezosa comitiva en pos de arriesgadas aventuras, sino en busca de yerba y de cebada; no tenía por estímulo el ideal, sino el grosero sustento de las bestias: «fué de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabía que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba había un valle de *más yerba...*»

En tal sazón aparece un canónigo, figura singular, cuyas ideas y sentimientos sobre materias literarias le dan un cierto atractivo, muy oportuno al final de la primera parte del *Quijote*. Este discreto personaje es una dedada de miel, que á buen seguro paladearía la censura eclesiástica con deleite, por cuanto se lisonjea la vanidad de la Iglesia pintando un ejemplar del alto clero adornado de tan buenas partes literarias como pudieran concurrir en el mismo Cervantes. Pero, ¿qué tiene este nuevo personaje de eclesiástico? No toca en su larga conversación puntos religiosos, sino de literatura ajustada á los cánones del buen decir; por esto es *canonicus* ó clásico. Oirle es oir á Cervantes, al clásico Saavedra, que viene á ilustrarnos acerca de su *Quijote*,

y bastará para convencerse de ello seguir atentamente el curso de los capítulos donde el canónigo habla.

El Cervantes heróico que lucha solo contra la sociedad entera, va montado en un mísero rocín, el Cervantes clásico camina sobre seguro fundamento en una rozagante mula, y en ambos casos con diligencia, bien se exprese esto dotándole de un ánimo fogoso como á Don Quijote, bien notando la actividad del *canonicus* en oposición á la flema y reposo de los bueyes y de aquellos que los seguían.

El héroe pregunta al canónigo y los suyos: «¿Por dicha vuestras mercedes, *señores caballeros*, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decirlas.» Y el canónigo responde: «en verdad, hermano, *que sé más de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando*; así que, si no está más que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes.» Antes preguntábamos: ¿qué tiene este nuevo personaje de eclesiástico? y ahora él mismo nos da la contestación diciendo que entiende de literatura profana más que de teología.

Pues así es (dice Don Quijote abriendo su corazón), quiero, *señor caballero*, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se

acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.» Varias veces usó Cervantes el mismo artificio de hacer decir á los personajes lo que la reflexión le sujería. Aquí está como si dijéramos hablando con su libro, y su libro le dice que alcanzará la inmortalidad á despecho de la misma envidia y de todos los SACERDOCIOS, pues sacerdotes son los magos, bracmanes y gimnosofistas que nombra. El párrafo trascrito respira una digna grandeza, y es profético, igualmente que estas palabras puestas en boca del cura: «Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos á quienes la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, el caballero de la Triste Figura, si ya le oistes nombrar en algún tiempo, *cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos.*» Como ha podido observarse, Don Quijote habla con una claridad asombrosa en esta ocasión, y el cura en contra de sí mismo y denunciándose á sí propio. Por esto dice el autor que cuando «oyó hablar

al *preso* y al *libre* en semejante estilo estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podía saber lo que le había acontecido.» Natural es que se admirase el mismo Saavedra del buen éxito con que esforzaba su ingenio inconcebible. En solas tres páginas, y á vuelta de mil primores literarios y de forzosas envolturas, ha dicho ya cuanto esencial había que decir de su libro para diferenciarlo de los caballerescos, ora valiéndose de la ignorancia de Sancho, ora *prendiendo* en las redes de un arte exquisito al sacerdocio, ó haciendo hablar *como libre* al enjaulado Don Quijote.

Sancho niega el encantamento de su caudillo al ver que discurre tan bien ó mejor que antes, y *para adobarlo todo*, volviéndose hacia el cura, como si de repente se hubiera descorrido el velo de su inteligencia, exclama: «¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensará vuestra merced *que no le conozco*? ¿*Y pensará que yo no calo y adivino á dónde se encaminan estos nuevos encantamentos*? *Pues sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes*. En fin, donde *reina* la envidia no puede *vivir* la virtud, ni á donde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa así de la bondad de mi señor el de la *Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios.» ¡Qué bien habla Sancho, confundiendo en un «su reverencia» al diablo y al cura! Mal

haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta sería la hora en que el ideal y el hombre estarían unidos íntimamente, y el pueblo se gobernaría á sí propio, que no podía esperarse otra cosa de la grandeza de sus sacrificios, como de la bondad de sus guías y redentores. Si consideramos que el pueblo confunde al cura con el diablo á poco de decirle su caudillo que los tiranos son de naturaleza diabólica, admiraremos, cada vez más, la perfecta relación de términos que hay en el *Quijote*.

Sancho concluye de este modo su filípica: «Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, *y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.*« El sacerdocio dice que ha de quedar el pueblo tan encantado como su guía en lo que toca á las ideas heróicas, y añade: «En mal punto os empreñastes de sus promesas.» «Yo no estoy preñado de nadie, responde el pueblo, *ni me dejaría empreñar del rey que fuese.*» Esta gran réplica es muy difícil de interpretar en buena literatura, aun acudiendo á todos los eufemismos de que tan rica es nuestra lengua; ni con ser Víctor Hugo nos atreveríamos á estampar el significado, que es tan bajo y tan sublime como la frase de Cambrone comentada por el gran novelista en dos sendos capítulos de sus *Miserables*. Dejamos al lector

el trabajo de interpretar la frase de Sancho Panza. No le costará mucho si se siente tan grande como el Cid y Cambrone contra la fuerza bruta de los reyes.

Pero no acaba en eso la magnífica réplica de Sancho: «y si ínsula deseo, *otros desean otras cosas peores;* y cada uno es *hijo de sus obras*, y *debajo* de ser hombre *puedo venir á ser papa*, cuanto más gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y *algo va de Pedro á Pedro.* Dígolo *porque todos nos conocemos*, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, *Dios sabe la verdad;* y quédese aquí, *porque peor es meneallo.*» Conforme camina á su fin la primera parte, vémosla tan nutrida de sustancia, son las frases tan claras é insustituibles para quien ha seguido paso á paso el estudio de la obra, que no pueden amplificarse sin mengua de la concisión que resplandece en el original. Estas reflexiones nos sugiere el párrafo anterior, y no obstante, hemos de tratar un punto de importancia, sujetando la pluma cuanto más se pueda. Y asimismo quisiéramos que nuestros lectores no dejaran sin examen las últimas palabras del escudero «(en esto del encanto de mi amo Dios sabe la verdad, y quédese aquí porque peor es meneallo)» que señalan otra vez la durísima tarea de Cervantes.

El punto de referencia es que Saavedra dice: *cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puede*

venir á ser papa, cuanto más gobernador. En dos líneas ha enunciado las ideas fundamentales de la democracia librepensadora, á cuyo fin se enderezan todos los combates del *Quijote* y de la sociedad entera. Ser hombre es para Cervantes lo primero, y ha de medírsele por sus obras, y no ha de cerrársele ningún camino, desde el gobierno público á la religión, pues nadie con más derecho que él puede administrar sus intereses y dirigir á lo infinito la actividad de su alma. ¿Por qué se abrogan los sacerdocios y las monarquías esta dirección de la eficacia del hombre? Dicen que porque él no sabe administrar lo suyo, ni amar á la causa suprema. ¡Le tratan como menor! ¿Lo es? Responda la conciencia de cada uno. El que se sienta cobarde para reconquistar su derecho detentado, no se denigre hasta el punto de censurar á los valerosos como Cervantes, que ponen las tiaras y las coronas bajo la egregia condición humana.

Continúan los diálogos aclaratorios, y ahora es el mismo Saavedra quien va á decirnos cuáles son los libros de caballerías. Principia afirmando que son perjudiciales y que «atienden solamente á deleitar y no enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas (como el *Quijote)* que deleitan y enseñan juntamente.» Satirizando los libros católicos mejor estaría engañar ó corromper que deleitar; pero, ¿cómo decirlo sin declararse demasiado? Hartos indicios nos dará luego para que no pueda dudarse acerca de su intención. Por lo pronto ya dice que son perjudiciales, calificativo que

no debe aplicarse en justicia á los libros de mero deleite, y añade que no sabe «cómo pueden deleitar yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues, ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula DONDE UN MOZO DE DIEZ Y SEIS AÑOS DA UNA CUCHILLADA Á UN GIGANTE COMO UNA TORRE Y LE DIVIDE EN DOS MITADES COMO SI FUERA DE ALFEÑIQUE?

¿Quién negará que este mozo y este gigante son David y Goliath [1]? El primer ejemplo que Cervantes pone de libros caballerescos es uno de los más vulgares de la Biblia. Pero veamos la segunda proposición:

«Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla, y después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por solo el valor de su fuerte brazo?» En el libro de los Jueces vence Gedeón á los madianitas «que estaban tendidos en el valle como langostas en muchedumbre, y sus camellos eran innumerables, como la arena que está á la ribera de la mar en multitud.»

---

1 Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Goliath.» Prólogo del autor.

Trescientos hombres llevaba este *señor del libro*, y con solos trescientos mató á CIENTO VEINTE MIL *que sacaban espada*, y á QUINCE MIL MÁS que se habían dispersado.

Y vuelve á preguntar Cervantes: «Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero?» Lo mismo que de Rebeca, que se va de buenas á primeras con Eliazar desde Mesopotamia al Sur de Caldea, sin haber mediado mas que una simple proposición del andante y no conocido mensajero.

«¿Qué ingenio, *si no es del todo bárbaro é inculto* (concluye el discreto autor del *Quijote)*, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo ni las vió Marco Polo?» Y á esto podemos responder que muchos ingenios, no sabemos si bárbaros é incultos, se han contentado leyendo la maravillosa aventura del arca de Noé y otras mil tan inverosímiles de que las Sagradas Escrituras están llenas. Ya veremos en el capítulo XLVIII algunas del libro de los Jueces á que el mismo Cervantes nos remite, y entonces tendremos ocasión de preguntarnos: si las fábulas mentirosas se han de casar con el entendimiento del que las leyere, ¿cómo casaremos con el nuestro estas *divinas historias?* Historia Sagrada, libros religiosos, fuente de errores, veneno de la inteligencia: he aquí la verdadera efigie de los libros de caballerías.

Y si los ejemplos citados cogen de medio á medio á la Santa Escritura, no le alcanza menos este juicio general de la literatura sagrada: «No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera de esto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil. «De la cristiana como inútil y de la humana como perjudicial, que así lo ha dado á entender antes no concretando á quien perjudican especialmente tales libros.

Este diálogo que Saavedra sostiene con el cura no ha de entenderse que es entre dos personas (espejismo que engaña muchas veces en las páginas del *Quijote*), sino entre dos entidades, el autor del famoso Hidalgo y el sacerdocio. Cervantes dice á éste en particular y á los lectores en general que los libros de caballerías por él censurados son aquellos donde se narran las precitadas aventuras. Es indudable que Saavedra hablaría en la misma forma con algunos sacerdotes por vía de ensayo, antes de publicar su libro, y que ellos no darían en el quid de que los libros satirizados eran

los religiosos, como después no dió en ello la Inquisición con toda su malicia. Considerado esto, no causará extrañeza que el cura fuera de la misma opinión que el clásico, y áun le tuviera por hombre de buen entendimiento figurándose que á combatir libros de caballerías lo dedicaba. Gran rencor les tenía también el sacerdocio, pero á los de redención humana, á los de Don Quijote, y así se lo dice al clásico, refiriéndole además el escrutinio y quema de los libros del caballero, de que no poco *se rió Cervantes*. Quien después de haber dado tantos y tan buenos indicios al lector, acaba el capítulo diciendo que halla de bueno en los libros religiosos, ó de caballerías, el ancho campo que ofrecen á un claro ingenio para que pueda espaciarse *mostrándose prudente y previniendo las astucias de sus enemigos*. Felicísima era en verdad la concomitancia de unos y otros libros, pero aún fué más feliz el talento que vió tal relación y supo sacar una tercera donde concurriesen las otras. No daríamos descanso á la pluma si hubiéramos de trasladar á este libro todo lo que nos incita en el *Quijote*. Coteje ambas obras el lector y verá qué fielmente retrata el clásico Saavedra su fábula incomparable. Cuanto á la concepción del héroe, dice que puede el autor mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinón [1], la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de Cesar,

1 Alude indirectamente al artificio con que el *Quijote* burla á sus contrarios.

la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre.»

Este es Don Quijote; héroe de una epopeya más grande que todas las celebradas desde la remota antigüedad; porque en el sujeto principal de ellas se canta una virtud, y el famoso caballero las encierra todas: aquellos son grandes ciertamente; pero éste es único y sólo en eminencia; aquellos son hombres, y éste es el hombre.



CAPITULO XLVIII

DONDE PROSIGUE EL CANÓNIGO LA MATERIA DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SU INGENIO

«Yo á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentación de hacer un *libro de caballerías* guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondían á mi estimación las he comunicado con hombres apasionados de esta *leyenda*, dotos y discretos, y con otros ignorantes que sólo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa *agena de mi profesión*, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme *al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros.*»

Parece desprenderse de estas cultas frases del canónigo que tuvo Cervantes intención de hacer un libro

clásico, donde no se abatiese el catolicismo y la monarquía. Saavedra en este caso es el pensador que desciende de las regiones abstractas y trata de ajustarse á lo posible. Imposible era en aquel siglo exponer sin máscara el ideal humano, imposible redimir á la patria desde el ínfimo sitial de Cervantes; y de esta imposibilidad es fiel espejo el mismo Don Quijote, el anacrónico, el demente, el perseguido y derrotado Don Quijote.

Fiar al tiempo y á la ventura la interpretación de unas ideas que de propósito y con tanto esmero se encubrían para salvarlas de la inquisición sagaz y maliciosa de todos los poderes, era tan triste é inseguro como fiar á un pergamino lanzado en la inmensa soledad del Océano la esperanza de la vida puesta en riesgo inminente. Justo es que el autor buscara un punto de salvación más próximo, que viera si podía regenerar á nuestro pueblo sin señalarle nuevos rumbos, haciéndole caminar derechamente por los antiguos, levantando el concepto de la religión católica y de la monarquía á la más alta cumbre á donde pueden subir estas instituciones. Ya vimos asomar tal propósito en el capítulo XVI, y en el XLIII hubo también cierta vislumbre de ello, y en ambos casos se impuso la realidad demostrando que el catolicismo no puede ser más de lo que es: una impureza. Por esto no prosiguió el clásico en su empeño, ni pasó, ni era razón que pasase de las cien hojas el libro donde había de preconizarse el ideal católico. Que á este género de literatura se

refería Cervantes, indícanlo algunos apuntamientos del pasaje que venimos interpretando, tales como la palabra *leyenda* (aplicada también á obras evidentemente católicas en el capítulo L.), la agradable aprobación que á su manuscrito dieron los sabios y los ignorantes, y sobre todo la especie contradictoria contenida en las últimas líneas del párrafo copiado.

En efecto, al canónigo le parecía bien su comenzada tarea, sometióla al juicio de todo género de gentes, y vió confirmado el suyo por la opinión general, y sin embargo no prosiguió la obra «por no sujetarse al confuso juicio del desvanecido vulgo.» La inconsecuencia es palmaria: parece que ya no faltaba al autor para dar fin á su libro sino el asenso del público, y al obtenerlo se arrepiente y desiste de terminarlo; esto es como tener sed, ir en busca de agua, hallarla, y por lo mismo volverse sin ella. La contradicción consiste en que no es sujetarse al confuso juicio del desvanecido vulgo, escribir tal obra que merezca y obtenga el aplauso así de los ignorantes como de los doctos y discretos, de todas las inteligencias en suma, y este era el caso en que el canónigo se hallaba. De la misma especie es la proposición incidental «y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios,» peligro á que no estaba expuesto en manera alguna el autor de una obra aplaudida por todos.

Vemos, pues, que las frases analizadas no responden al pensamiento literal del *Quijote*: son como vestido

hecho á diferente medida de quien ha de usarlo; pero responden al pensamiento oculto, al cual se ajustan galanamente todas las prendas y atavíos del libro de Cervantes, el manto, el birrete, la gorguera y áun los dijes más primorosos.

Siendo el propósito de Saavedra sublimar la religión católica y la monarquía (caso que en ellas cupiese tanta virtud), aparece justificada la inconsecuencia y deshechas las contradicciones. Presupongamos que comenzó el libro buscando por esta vía el progreso de la nación española: es indudable que su misma labor le iría demostrando que aquellas decrépitas instituciones, cerradas por su naturaleza á la luz del eterno sol, no podían albergar más que vicios y errores, ni modificar su condición sino seguir siendo el obstáculo perpetuamente hostil á la felicidad de los hombres. De manera que el trabajo resultaba contraproducente, porque no pudiendo trasformar en bien el mal, todo lo que tendiera á entronizarle iría por ende contra la perfección humana y en mengua de las ideas del autor. Claro que un libro de tal naturaleza había de granjearse en aquellos siglos la estimación de doctos é indoctos; pero con todo esto no prosiguió Saavedra adelante (respetando casi todas sus palabras), así por parecerle que hacía cosa agena de sus convicciones, como por ver que era *más el número de los simples* que de los prudentes, y por no sujetarse al confuso juicio de desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte *tocaba leer semejantes libros.* Tal sujeción hubiera sido insensata como ence-

serrar por gusto entre los barrotes de la jaula y caminar en la carreta al lento paso de los bueyes, ó en otra forma, contraer de grado la mortal enfermedad de su siglo sin procurar la medicina para aquel ó para los venideros.

Y lo que más le indujo á no reducir su ingenio ni subordinar sus planes á la estrechez del catolicismo y la monarquía, fué considerar que ellos tenían la culpa de la ignorancia del vulgo. Esto trata el clásico en lo que resta de su notable disertación, poniendo autores y representantes por entidades gobernadoras y vulgo por pueblo en su acepción más lata, de cuyos términos simbólicos se viene como por la mano á calificar de comedias la acción de los dominadores.

Lo primero que reconoce y afirma en este importantísimo estudio es la existencia del mal:... «Estas (comedias) que ahora se usan, así las *imaginadas* como las de *historia*, todas ó las más son conocidos disparates y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas estando tan lejos de serlo...» ¿Qué más puede decirse de las ceremonias del culto católico y de las ostentaciones de la majestad? ¿Qué más también de la subyugación del pueblo? Y están tan aferrados los poderes (aun hoy) á esas fascinadoras vanidades, que nada puede persuadirles á que las sustituyan con la forma racional de las ideas, como Cervantes pide, asegurándoles más fama y aceptación en el recto camino de la verdad y la armonía que en el tortuoso de la feal-

dad y el engaño. A esto responden ellos que el vulgo se paga más de las formas groseras que de las hermosuras inmateriales. Pero Cervantes, y con él la experiencia y la justicia, declara rotundamente que «no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa.» No tiene el pueblo la culpa de comer manjares envenenados, sino el que no le da otros para satisfacer su hambre. El vulgo elabora el pan, edifica la casa, teje el vestido que aseguran la existencia de quien á otros cuidados se dedica y debe en justa reciprocidad proveer á la sustentación espiritual del vulgo; y así como éste no inficiona las espigas ni llena de precipicios la vivienda que aquél utiliza, aquél no debe emponzoñar la idea que envía al cerebro y al corazón de quien suda y trabaja y se sujeta por nosotros á todas las inclemencias y rigores. La responsabilidad es infinitamente mayor en los gobernantes que en otras personas, porque tienen cogidas todas las riendas, y un mal movimiento de su mano produce una catástrofe general en los organismos sociales.

Convencido Cervantes de lo inútil que sería proponerse hacer luz de las tinieblas, de que por el contrario había que rasgarlas y dispersarlas (porque el ideal fulgura de contínuo, aunque á nosotros nos lo encubran pertinaces nubes), lanzóse resueltamente en perseguimiento del mal, yéndose al corazón é hiriéndole con la daga, ya que con la espada era imposible. De aquí la rase del prólogo: «*debajo de mi manto al rey mato*,»

su manto era su ingenio, su daga, buida y cincelada, es el *Quijote.* En este capítulo dice que las inteligencias directoras son responsables de los extravíos de la opinión, y que deben por tanto encauzarla en buena senda. Él cumplió como pudo su precepto; de haber hecho todos lo mismo, no habría tenido Cervantes que valerse de la daga; pero estaba solo, solo contra el pueblo que no le comprendía, solo contra todos los poderes de la tierra, solo contra la fuerza de todos los siglos.

La primera dificultad que hubiera hallado para reformar el catolicismo habría sido la intransigencia del sacerdocio, actitud que retrata en la peroración del cura. «En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, .. que ha despertado en mí *un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan*, *tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías...*» Ya sabemos que estos libros eran los del héroe, la norma de una civilización grande y segura. Ahora bien: teniendo en cuenta que el teatro es como un efecto de esos libros, uno de los más poderosos medios de infundir el ideal en las muchedumbres, y una válvula por donde respira la libertad en tiempos de opresión, explícase la inquina del sacerdocio, inquina que albergaron en su pecho y desahogaron en sus obras los santos padres más templados y prudentes. Cuando apareció el teatro en las naciones modernas quiso la Iglesia católica destruir á sangre y fuego esa *invención de Satanás;* pero el arte impuso á todos su atractiva ley: en-

tró al principio en los alcázares de los reyes como un agradable entretenimiento, ganóse en breve las simpatías generales, y por fin hasta los clérigos buscaron en él un refugio contra el rigor inhumano de sus votos. Calderón, Lope de Vega, Luis Tellez, Góngora y otros eclesiásticos, dejando el caliz por la copa de los dioses, calzándose el coturno ó manejando el tirso, mostraron que en vez de la sombra conventual necesitaban la munificencia del arte, su luz sin término y su espacio sin medida.

Y no transigía la Iglesia con el teatro, por ser materia incoercible, rebelde como el pensamiento á sus tiránicas imposiciones; porque veia en él un fuerte enemigo, y no un amigo. Gustábale en cambio cuando caía de lleno bajo su jurisdicción y daba realce á sus principios, como sucedía con los autos sacramentales.

Donde no podía llevar el aniquilamiento llevaba la restricción: limitando con su ascendiente el ancho campo de la dramática, queria diluir el arte en una ética incolora y anodina para que no sondeara los grandes misterios de la naturaleza ni arrebatara al mundo en alas de la libertad. Pero estas predicaciones eran ineficaces, porque el numen rompía todos los límites, y el pueblo se extasiaba contemplando aquel nuevo sol que aparecía en la obscura noche de su existencia. Ya era impotente el prestigio del sacerdocio, y érale preciso imponer su voluntad, El teatro representaba cosas *en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes;* «y todos estos inconve-

nientes cesarían (dice el cura), y *aún otros muchos más que no digo,* con que hubiese en la córte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen, no sólo aquellas que se hiciesen en la córte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobación, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna.» Esta es la censura previa.

En todos los puntos esenciales de su discurso muéstrase el cura partidario de la represión del pensamiento: no ve con gusto que los profanos toquen el santuario de la Iglesia, desvirtuando los privilegios sacerdotales. «¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! y aún en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos le llaman, *para que gente ignorante se admire y venga á la comedia.*» Esto critica el sacerdocio; mas por ventura ¿no hace él lo mismo? ¿no finge milagros en las *comedias divinas* y altera la verdad en las humanas, *para que gente ignorante se admire* y VENGA Á LA COMEDIA? Pero celoso de sus intereses no tolera que la sociedad civil intervenga directamente en las funciones apostólicas ni se llegue á los principios religiosos, aunque sea con buena intención; porque abierta el arca Santa desaparece el misterio y cesa el encanto. Esta recelosa actitud del sacerdocio es el primer valla-

dar que se hubiera opuesto al propósito de Cervantes. La religión católica es sagrada, no varía ni debe variar; como sagrada y divina, no puede ser mejor de lo que es; quien la censura, censura á Dios; quien la reforma, reforma á Dios: tal es el espíritu del catolicismo, tal es la soberbia de los sacerdocios.

Sujetándose el teatro y el arte en general á la pauta de la Iglesia, no tendría el cura inconveniente en permitir *ese honesto pasatiempo*, «*pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación.*» En llegando á este punto dice el barbero: *aquí*, señor licenciado, *es el lugar* que yo dije que era bueno *para que sesteándo nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.* Ya está, pues, calificada la lícita recreación. Mientras los fieles comen y rumian perezosamente la espiritual alfalfa que les concede la Iglesia, bien puede el sacerdocio descansar en las praderas de la molicie.

A esto habría conducido un libro religioso hecho con su beneplácito, á esto idealizar el catolicismo para encaminar hasta él las energías humanas. Los sacerdotes no hubieran sufrido la luz que iba á desvanecer sus misterios: no cabía alianza entre el amor y la soberbia, entre el genio y el sacerdocio, y Cervantes dejó al catolicismo en su sombra y siguió caminando hacia el día. Propio de un alma grande como la suya es buscar el bien sin dolor de nadie, y este nobilísimo sentimiento le guió en su fracasada tentativa, sonrojándose al

águila que explora desde la altura todas las cumbres antes de elegir aquella donde ha de hacer el nido para sus pequeñuelos. Mas como la idea de salvar á los hombres por la religión católica resultó inconducente, y áun contraria á la que en su libro inmortal siguió Cervantes, dice Sancho cuanto esto se trata, que el *Quijote* va *embaido y tonto*, añadiendo que lleva *trastornado el juicio*. También lo dice porque Saavedra aparece en figura de canónigo, y por lo que se verá en el capítulo XLIX.

Cierra el XLVIII un ingenioso diálogo del autor y de Sancho Panza, quien, considerando los personajes del *Quijote* como son literalmente, dice:... «aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son *el cura de nuestro lugar y el barbero*, y imagino han dado esta traza de llevarle de esta manera de pura envidia, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos [1].» Y Saavedra, anticipadamente destruye por boca del hidalgo esta forzosa ilusión de los lectores respondiendo:... «Bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; *pero que lo sean realmente y en efecto*, ESO NO LO CREAS EN NINGUNA MANERA: *lo que has de creer y entender es*, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado (él) habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les an-

1 Véase [illegible] D. n Q [illegible] los caballeros valerosos tienen envidiosos [illegible] y valentía [illegible] príncipes.

toja, y habrán tomado la de estos nuestros amigos *para darte á tí ocasión de que pienses lo que piensas* Y PONERTE EN UN LABERINTO DE IMAGINACIONES, QUE NO ACIERTES Á SALIR DÉL AUNQUE TUVIERES LA SOGA DE TESEO.» Mejores que esa soga son sin duda las claves que Saavedra puso, pues con ellas resulta pasmosamente claro lo que encubre la esquisita naturalidad de los caracteres; porque de tal modo es perfecta la realidad literaria de este libro, que el satisfecho y regocijado lector no ve ni desea más que la maravillosa apariencia, y cuando el autor le revela los secretos de su obra.... cree oir una conversación de Don Quijote y Sancho ¡A tal extremo llega el arte fascinador de Cervantes!

El cual concluye diciendo que ha encerrado en la jaula á su héroe por obligarle á ello fuerzas sobrenaturales, que tanto no alcanzarian las humanas: con lo natural hubiera luchado en campo abierto; mas, como sus contrarios se apoyaban en lo divino, tuvo que ocultarse: en verdad, la manera de su encantamento «excede á cuantas tratan de caballeros andantes que han sido encantados.»



CAPÍTULO XLIX

DONDE SE TRATA DEL DISCRETO COLOQUIO QUE SANCHO PANZA TUVO CON SU SEÑOR DON QUIJOTE

Sancho insiste en que el *Quijote* no va encantado; porque, aun yendo en la jaula y lleno de ligaduras, *tiene gana y voluntad* de satirizar las antiguas ideas, y lo satiriza tan cáusticamente como puede observarse al final del capítulo XLVIII. Pero no lo hace al descubierto (y esto es ir encantado), y así responde á Sancho Panza: «*Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia*, que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.» Y por encima de esta consideración que con ánimo generoso el mismo Saavedra se hace, no salió de la jaula en libertad absoluta porque hubiera malogrado el fruto que ahora da su ingenio.

No necesitaba para la tranquilidad de su alma hacer la prueba; mas quiso demostrar á lo porvenir cuán in-

sensato habría sido exponer la idea en brazos del arrojo, y lo hizo anticipándose á esta solicitud de Sancho:... «Digo que para mayor abundancia y satisfacción sería bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y áun sacarle della...» Esto, como voz del pueblo que ofrece ayuda á su redentor, es grande; pero sería mezquino como inculpación del vulgo, porque no la magnánima sabiduría, sino la sórdida ignorancia es capaz de exigir al heróico Saavedra un valor suicida y estéril, y más dependiendo del mismo *Sancho* que la pide la libertad de Don Quijote: «Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano,... y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, *yo te obedeceré en todo y por todo;* pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia.» Porque no consistía en el autor, sino en los déspotas que le obligaban, y en el pueblo que no los combatía.

A Cervantes hay que agradecerle su obra sin ponerle condiciones, pues como él dice, «contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer consecuencias.» No le dejaban sus enemigos discutir serenamente como Platón, y érale forzoso ponerse la carátula de Aristófanes, arrojar sobre las instituciones opresoras toda la ignominia de su conducta, combatirlas sin tregua ni descanso con el majestuoso pensamiento y la burla despiadada, hiriendo todos los organos del innoble enemigo, desde el cerebro hasta el vientre. Mas la generosidad de Saavedra llegaba al

punto de dolerle la forma que á su sátira imponía el ir en la jaula, y así dijo al cura, valiéndose de Sancho, que si no le dejaban salir *no iría tan limpia la prisión como requería la decencia.* Y añadió Don Quijote que su libertad sería en provecho de todos, «y del no soltarle les protestaba que no podía dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban.»

El sacerdocio teme que haciendo la más mínima concesión al heroismo se le escape, y él le da palabra de no hacerlo, «cuanto más, dice, que el que está encantado como yo *no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere*, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar EN TRES SIGLOS.» Los mismos trascurridos desde que el héroe iba en la jaula hasta hoy que sale de ella, como profetizó Cervantes.

También salió entonces; mas aquella libertad fué artificio de Saavedra para demostrar que en efecto el *Quijote* no podía gozarla. ¿Ni cómo había de ser libertad la que se daba con permiso del cura, y tomando el autor á Don Quijote de la mano, y fiándole al sacerdocio de la fuga el pueblo, Cervantes *y todo*? No es que el héroe cobra libertad, sino que se toma ciertas libertades, como la de estirarse todo el cuerpo, dar á su cabalgadura dos palmadas en las ancas y decir lo que podrá interpretar el lector avisado leyendo este capítulo y el fin del que antecede. Ya desahogado, toma el héroe la defensa del catolicismo enfrente del canónigo que defiende el libre pensamiento: inversión

necesaria para preparar la última aventura. Y aunque parece absurda la nueva actitud de Don Quijote, hay que tener en cuenta, primero, la necesidad de acudir á todos los medios para hacer una obra de dos caras, y segundo, que no hay violencia en la inversión, pues Don Quijote es aquí el libro tal como se presentó al mundo, con vestidura católica y sin mostrar el alma.

Es, pues, el libro superficial el que tenemos delante hablando como católico, y el que Saavedra consideraba al decir movido de compasión: «¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan *vuelto el juicio* de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad?» De otro modo: ¿tanto poderío tiene esa malaventurada religión que me ha obligado á profanar el ideal trocando su vestidura de luz en ridículo traje de cascabeles? ¿Y es posible que el vulgo ignorante y los más esclarecidos ingenios, el mundo en fin, crea las mil necedades que contienen los libros *religiosos*? «De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y áun diera con él en el fuego si cerca ó presente estuviera, bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y *fuera del trato que pide la común naturaleza*, y *como inventores de nuevas sectas* y

de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasión que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen...» Ea, Cervantes (continúa diciendo en segunda persona), duélete de tí mismo y redúcete al gremio de la discreción, y usa de la mucha que el cielo fué servido de darte, empleando el felicísimo talento de tu ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de tu conciencia y en aumento de tu honra...»

Si cupiere duda acerca de que los libros caballerescos fustigados sin piedad arriba son los religiosos, véanse estas palabras del clásico: «y si todavía llevado de su natural inclinación quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, LEA EN LA SACRA ESCRITURA EL DE LOS JUECES, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes.» Ocioso es decir que la primera proposición no podía ir sin la segunda; aquella es el dardo y ésta el escudo; pero aunque el soldado se oculta, el dardo ha salido ya recto y sibilante. QUIEN QUIERA LEER LIBROS DE CABALLERÍAS, LEA EN LA SACRA ESCRITURA EL DE LOS JUECES. Quien lea el libro de los Jueces verá que no lo citó Saavedra al acaso. Allí la traidora Jael mata á su enemigo Sísara clavándole una estaca en la cabeza: allí están las matanzas de Gedeón, indicadas en el capítulo XLVII: de Gedeón, padre de setenta hijos, *que salieron de su muslo;* de Gedeón, que mandó construir con los zarcillos de sus contrarios un ephod de oro, *tras del cual fornicó todo Israel*, hablando con la pulcritud de la Sagrada Escri-

tura; allí Abimelech mata á sus setenta hermanos sobre una piedra para reinar él solo; allí Jephté sacrifica á su hija en aras de la victoria; allí Sansón desgarra leones como si fueran humildes cabritos, y arranca y lleva al hombro las puertas de una ciudad, y derrumba con sus manos un templo; allí, en fin, se respira por todas partes odio, y sangre, y olor de carnicería, cuya barbárie inspira y dirige sin empacho el mismo Jehová trocado en fiera. Y aquí encaja decir, parodiando á Don Quijote: quien dijere que estas hazañas no igualan y áun superan en falsedad y brutalidad á las de los verdaderos libros de caballerías, miente si fuere caballero, y si escudero remiente mil veces.

Después de esta indicación atrevida y directa aglomera Cervantes nombres y nombres, como quien echa tierra sobre un tesoro para que no lo descubran. «Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un Conde Fernán González Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernández Andalucía, un Diego García de Paredes Extremadura, un Garci Pérez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de León Sevilla, cuya leción de sus valerosos hechos puede *entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren.*» Al libro de los Jueces no le pone más alabanza que el necesario escudo, y á estos libros *humanos* los ensalza cuanto ha podido notarse, añadiendo á mayor abundancia: «esta sí será letura digna del entendimiento de vuestra merced, *señor Don Quijote mío*, de la cual

saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do según he sabido trae vuestra merced su principio y origen.» De manera que este canónigo que llama á Don Quijote *Don Quijote* mío, y á quien Don Quijote dice *señor hidalgo,* se ajusta en sus discursos al más severo clasicismo, y recomienda la *historia profana* como fuente del verdadero conocimiento; en cambio, la única vez que habla de religión lo hace para condenar la *Historia Sagrada*, señalando sus gravísimos errores. En verdad es un canónigo bien raro, á quien no falta más que el nombre para ser el clásico, el hidalgo Saavedra.

El libro personificado en Don Quijote le pregunta si ha enderezado su plática á negar que hubo en el mundo todos los caballeros de que las ESCRITURAS están llenas [1]. «Todo es al pié de la letra como vuestra merced lo va relatando,» responde el *canonicus*. Y Don Quijote replica: «Pues yo hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas *blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la misma pena que vuestra merced dice que da á*

1 Ya [illegible] el [illegible] Clemencín que escrituras á secas sin otro aditamento, suele significar [illegible] los que damos también el nombre de Biblia.

los libros cuando los lee y le enfadan.» No puede ya darse una referencia más explícita de los libros católicos sin nombrarlos; y aunque parece réplica es asentimiento, porque el verdadero loco y el verdadero encantado, según aquí se entienden estas palabras, ¿quien era sino Cervantes?

A continuación enumera el *Quijote* una serie de fábulas caballerescas y otra de andantes caballeros, juntando en el mismo grado de verosimilitud, como era corriente en aquel siglo, la fábula y la historia, pues históricos fueron los hechos que últimamente cita, y entre las dos series encierra esta pregunta: «¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues áun hasta hoy día se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca; de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides y otros caballeros semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van.»

La argumentación de Don Quijote viene á ser, bien interpretada: ¿Quién podrá negar que es verdadera la historia de la Iglesia y el pontificado? ¿Que Pedro representa á Dios en la tierra legitimamente? ¿Que tiene á su arbitrio las llaves del cielo? Vaya quien lo dude al Vaticano (donde los reyes tienen su más temible armería), y verá la llave, y junto á la llave la silla en que

un tiempo se sentaba el Señor, y do ahora se sientan por derecho divino sus apóstoles.

La esencia del párrafo original es tan rica y trascendente que no cabe en la forma: ingenioso es aprovechar los nombres de una fábula agena para encubrir el sentido de una propia, y asimismo escogerlos tan semejantes como Pierres lo es á Pedro y á Pontificado. Pues simbolizar la religión en la *linda Magalona* cuando se discute la leyenda del Evangelio y sus consecuencias, es ingeniosísimo, porque la Magdalena y Jesús son inseparables en la tradición, y el epíteto linda aplicado á esta Magdalena del Pontífice indica que no le ha llegado aún la hora del arrepentimiento. Lo mismo que llave de Pedro es clavija de Pierres, y más considerando que Cervantes aumenta el diminutivo al decir que era tan grande como un timón de carreta, con lo cual la clavija queda en su ser de llave. Junto á la llave dice que está la silla de Babieca: y como Babieca era el caballo del Cid, que quiere decir señor, de un solo rasgo se expresa que en ella se sentó el Señor ó Cristo, y también que es de un babieca la Santa Sede.

De donde se infiere que hubo doce apóstoles, que hubo Pedro, que hubo Cristo, y mil especies de curas que á sus conveniencias van.

El hidalgo Saavedra admite que en efecto hubo caballeros andantes, en la recta acepción de la palabra, aludiendo al catálogo que cita Don Quijote de hazañas verdaderas, y asimismo *quiere conceder* que hubo doce apóstoles, pero no cree todo lo que de ellos cuenta el

torpe sacerdocio (arzobispo Turpín). Harto significativo es ya este nombre, pero recuérdese además que en el capítulo VII Don Quijote confunde al cura con el arzobispo Turpín. Admite, sí, que fueron «todos iguales en valor, en calidad y en valentía: *á lo menos si no lo eran, era razón que lo fuesen.*» Para completar los términos de relación que hay entre los Doce Pares y los doce apóstoles, dice que componían «una religión *como las que ahora se usan* de Santiago ó Calatrava.» No hay duda, añade, que hubo Señor ó Cristo, ni menos Bernardo (ó santos padres), mas sí de que hicieron tantas hazañas como les atribuyen. El nombre Cid aquí empleado por Señor ó Jesús, confirma esta misma especie, porque suma en uno dos personajes agrandados por la leyenda.

Respecto de la llave y la silla del pontífice, *confiesa su pecado:* ha visto la silla, pero no la llave; esto es, ha visto el poder temporal, mas no el espiritual. «Pues allí está sin duda alguna,» replica Don Quijote, «y por más señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. ¡Gran elogio de su *continuo* uso! Natural es que Cervantes niegue por las órdenes que recibió haber visto una llave del cielo que no abre sus puertas, y que vuelva á exhortar á Don Quijote á romper con los disparatados libros religiosos.

CAPITULO L

DE LAS DISCRETAS ALTERCACIONES QUE DON QUIJOTE Y EL CANÓNIGO TUVIERON, CON OTROS SUCESOS

«Bueno está eso, respondió Don Quijote, los libros *que están impresos con licencia de los reyes*, y con aprobación de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros; finalmente, *de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean;* ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y día por día que tal caballero hizo ó caballeros hicieron?»

¿Puede generalizarse más una cosa? ¿Ha de referirse esto á los libros de caballerías? ¿No había otros que combatir de más trascendencia social y á quienes cuadrasen mejor las referencias de Don Quijote? En la desdichada época de Cervantes no leía «todo género de personas, de cualquier estado y condición que fuesen,» libros caballerescos, porque eran contadas las que sabían leer, áun entre las clases altas; *el pueblo no*

lcía, y por tanto, no le alcanzaba el influjo de aquellos libros sino muy indirectamente. Pero el catolicismo le salía al encuentro en el albor de la vida, en la pila bautismal, poníale el escapulario en la cuna, presentaba la cruz entre él y su madre para que besara el símbolo religioso, guiábale en sus primeros pasos á la iglesia, casaba su alma y enterraba su cuerpo; y hacíalo con los pobres y con los ricos, con los ignorantes y con los sabios, con los pastores y con los reyes; «finalmente, con todo género de personas de cualquier estado y condición que fuesen,» porque había llegado con su influencia á envenenar los tuétanos y el corazón de la sociedad española. Tal enemigo sí merecía que Cervantes moviera contra él todas sus armas.

Los discursos del clásico Saavedra pueden resumirse de este modo: Os presento en mi héroe el prototipo de la perfección humana combatiendo con sus eternas enemigas las religiones: ved lo que se opone al triunfo de la virtud, destruidlo, y seguid al ideal si queréis ser buenos y felices.

Sus últimas palabras califican de disparatados los libros religiosos, ó caballerescos, á lo que replica Don Quijote: «Calle vuestra merced, no diga tal *blasfemia*, y créame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no léalos, y verá el gusto que recibe de su *leyenda*.»

Esta apología obedece, como ha podido notarse, á un plan estrictamente lógico, y se ajusta en absoluto á las reglas literarias. Para probar su tésis afirma pri-

mero Don Quijote que hubo Cristo y apostolado, esto es, trata del origen histórico de la religión cristiana. También afirma que hubo Pedro (origen y legitimidad de la Iglesia), y reconoce el poder espiritual y temporal de esta representación divina: dice luego que la religión católica es creida y aplaudida de todo el mundo, y termina describiendo en la aventura del lago las ventajas que esta religión ofrece á los hombres. Dejadme á mí el dominio de la tierra, les dice, y en cambio os daré la gloria. Renunciad á los placeres de este mundo, pasad aquí el infierno y tendréis el cielo en la otra vida. «Tú caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres gozar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete hadas que debajo desta negrura yacen.»

Cervantes describe los lugares que encuentra el caballero al trasponer el lago con tal esmero y elegancia de estilo, que descubren su deseo de llegar á lo primoroso en la pintura; el siempre natural y espontáneo conviértese aquí en artista de la forma. Para representar el cielo con objetos materiales tenía que poetizarlos, *el arte imitando á la naturaleza había de vencerla:* se explica, pues, el esmero que puso el autor del *Quijote* en esta aventura. Verdad que el Paraíso cristiano se presta muchísimo á esta clase de repre-

sentación por haberle revestido la fantasía popular y la misma Iglesia (pagana de origen) de aquellas hermosuras que aprecian los sentidos. Y no basta que algunos doctores hayan querido explicar este sensualismo diciendo que es alegórico, pues contradice su aserto la resurrección de la carne. De todas maneras es indudable que el autor del *Quijote* había de atenerse á la creencia vulgar (que no persiguió la Iglesia como corruptora de su doctrina), según la cual el cielo es de metales riquísimos y piedras preciosas. «Acullá de improviso (dice Don Quijote), se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcazar cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura » Y esta hiperbólica imagen se avalora con otras de que está lleno el discurso, como son las misteriosas vírgenes que acogen y regalan al caballero, el agua y el ambiente perfumados, la luz que da claridad nunca gozada, la excelencia de los manjares, el maravilloso silencio que allí reina, solo interrumpido por una divina música, y otras cosas que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia.

Pero tenemos aún otras declaraciones que pasan los términos del indicio. Dícesele al caballero que debajo de las negras aguas hay siete castillos correspondientes á otras tantas Fadas (que pudieran simbolizar las

virtudes), aludiendo á la serie de cielos que componen la gloria; y el caballero antes de arrojarse en el lago se encomienda *á Dios y á su señora* (la Iglesia), encontrándose deseguida «en unos floridos campos *con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa.*» ¿Qué hay, para un católico, superior al cielo de la antigüedad pagana? Evidentemente el paraiso, el cielo cristiano. También es muy significativa la progresión de placer continuado que goza el caballero, y que deja Saavedra sin término definido, pues no lo tiene la eterna bienaventuranza.

¡Qué blando y suave era para la Iglesia el yugo que á los demás imponía! ¡Qué fácil prometer una gloria que nadie había de exigirle en este mundo! Ella sí que gozaba el verdadero cielo, disfrutando los bienes de la tierra que le abandonaba el hombre en pago de un cielo ilusorio, y como tal cielo no existía, el hombre sólo tocaba el infierno de la vida presente. Saavedra pinta este infierno á semejanza del de Satanás, diciendo que es un lago de pez que hierve á borbollones, en donde nadan y cruzan muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables.

La triste voz de ese hondo y obscuro lago dice al hombre excitándole al dolor y la penitencia: «Huye de las tentaciones de la carne, que es vil enemiga de tu espíritu; macérala y desgárrala para salir incólume de las asechanzas del pecado; renuncia á tus ensueños y placeres; no te alces á los cielos en alas atrevidas, ni

pretendas sondear los arcanos del Universo, vedados á tu finita naturaleza... Aquí, bajo las negras bóvedas del convento, domeñarás la soberbia considerando en ese cráneo vacío que eres un poco de polvo: *pulvis eris*, y tus glorias vanidad de vanidades » Y mientras esto le dice al hombre y el hombre se abisma en la tumba, la alondra remontándose en los aires entona un himno al sol.

El mundo moderno ha visto que el cielo está en la tierra; pero hay que ganarlo con la actividad fecunda. Duérmase el hombre, aunque sea soñando con Dios; no labore su campo y caminará sobre espinas, no ilustre su inteligencia y le cegarán las sombras, no mejore su corazón y le destrozarán las pasiones: el infierno es el ocio, el cielo es el trabajo.

Aquí terminan los diálogos de Cervantes y su libro: el clásico queda relegado á un segundo término, y Don Quijote vuelve á ser el Don Quijote de siempre, el caballero andante, el valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, prisiones y encantos, que espera salir de la jaula y sublimar la vida. Y cuando torna á ser la representación del ideal, pone las *obras* más altas que la *fe*, y desea con toda la efusión de su alma dar al pueblo, que es lo mejor del mundo [1], la verdadera gloria, el goce de la tierra. Asáltale un escrúpulo no obstante, y es si tendrá el pueblo *habilidad*

1 «A este pobre Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo.»

para gobernar su estado; el mismo pueblo desvanece ese escrúpulo diciendo cuán mal andaba el gobierno público en manos de las clases privilegiadas ó del señorío, *que se estaba á pierna tendida gozando de la renta sin curarse de otra cosa.* Y añade: «tanta alma tengo yo como otro, y *tanto cuerpo como el que más*, y tan rey sería yo de mi Estado como cada uno del suyo, y siéndolo haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haría mi gusto, y haciendo mi gusto estaría contento, y en estando uno contento no tiene más que desear, y no teniendo más que desear acabóse; y el Estado venga, y adios y veámonos, *como dijo un ciego á otro.*»

Estas son las ventajas que el sistema democrático lleva á los otros sistemas de gobierno; el rey y el pueblo son dos fuerzas heterogéneas que no pueden sumarse en la felicidad común: el pueblo, en cambio, no tiene que complacer á nadie más que á sí mismo. ¿Quién conocerá como él sus gustos y necesidades? ¿Quién gobernará tan rectamente en provecho suyo? ¿Quién mejor que el propio interesado? Por lo demás, necesaria es la ciencia en el gobierno, pero «principalmente la buena intención de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines,» como dice el clásico, y prueba el mismo Sancho en la segunda parte del *Quijote.*

CAPITULO LI

QUE TRATA DE LO QUE CONTÓ EL CABRERO
Á TODOS LOS QUE LLEVABAN Á DON QUIJOTE

En el mismo capítulo L comienza otra aventura, y con ella la demostración de que no podía ir desencantado el genio heróico ni descubrirse francamente el autor de Don Quijote. Y esta aventura se inicia cuando los que acompañan ó más bien conducen al redentor están comiendo sobre la yerba á la par de los perezosos bueyes, circunstancia esta última que puntualiza bien Cervantes en dos capítulos, pues dice por boca del barbero en el XLVIII: «Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno *para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto*:» y en el LI:.. «haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos altos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho...» por donde se ve cuán importante preferencia daban á los bueyes y la yerba los que reducían á Don Quijote.

Estando así muy satisfechos y en calma, como quien saborea las delicias del triunfo; sometido el héroe por

el encantamiento, y dueños del campo los poderosos, aparece *á deshora* otra representación (parcial) del catolicismo, tratando de someter á una guía descarriada. Esta es la razón, siempre en pugna con los dogmas religiosos; esta es la que los clérigos llaman heterodoxia ó heregía, que tiende á las alturas y no deja risco del pensamiento sin escalar. Por esto la representa Cervantes en forma de cabra, como al diablo, y la dice el cabrero: «¡Ah *cerrera*, *cerrera*, *manchada*, *manchada!* y ¡como andais vos *estos días* [1] de pié cojo!..» No hay que poner en duda la oportunidad de esta aparición, aunque ocurrió *á deshora*, pues claramente se ve que el modo advervial subrayado vale como decir «cuando menos lo esperaban;» y bien agenos estaban los vencedores de creer que la rebelión del pensamiento seguia en otra forma, porque es eterna. En vano la Iglesia sometió sucesivamente en todos los siglos de su historia á las sectas heréticas que minaban sus fundamentos, porque segado el árbol, nacían nuevos retoños de la planta inmortal, que casi llegaron á cubrir la tierra con la Reforma en tiempo de Cervantes. Cuando este gran hombre se ve obligado á desfigurar su creación y á esconder en una tumba su pensamiento; al verse en la impotencia, aunque momentánea muy dolorosa, cierra el ciclo de su poema á gusto de los poderes dominantes; mas no sin hacer constar que no han sojuzgado á la razón definitiva-

---

1 Los de Don Quijote.

mente, pues cuando creen tenerla sujeta en una jaula, ella salta el aprisco, y, según la expresiva locución vulgar, siempre tira al monte. Esto es lo que dice Saavedra al pastor en diferente forma: «Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decís, *ha de seguir su natural instinto, por más que vos os pongais á estorbarlo.*»

No deja de tener grandeza (que recuerda á Dante), la presentación de esta figura alegórica. En unos amenos prados, y á la hora del sesteo, están los encantadores victoriosos, gozando el placer de una suculenta comida, y entonces, de improviso, preséntaseles, como el «Thecel Mane Phares» del trágico festín, el símbolo de la gran derrota: .... « á deshora oyeron *un recio estruendo* y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas, que allí junto estaban, sonaba; y al mismo instante vieron salir una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo.» Realmente una simple cabra y su pastor, no podían causar en medio del campo, donde los sonidos se adelgazan y atenúan, un recio estruendo; pero esta calificación conviene á los tormentosos efectos de la inteligencia, cuando rompe con la opresión que la tiene encadenada; como lo enmarañado del lugar donde la cabra aparece (las zarzas, espesas matas y malezas), guarda analogía con los intrincados laberintos que la razón vence antes de salir á campo abierto en la vida huma-

na. Nótese que la cabra era hermosa, y que, huyendo de su perseguidor, temerosa y despavorida, se fué «á la gente como á favorecerse de ella, y allí se detuvo.» Ademas el cabrero la hablaba como si fuese capaz de discurso y entendimiento; y al disponerse á referir la historia de Leandra, «parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, *estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo.*»

Ya se ve que el pastor Eugenio quiere servirse de la razón sugetándola, para encaminar á los fieles; y así, la exhorta á volver al aprisco, donde si no *tan contenta, estará segura.* Cervantes, ademas de indicar al cabrero cuán vano es su propósito, le da *con la punta del cuchillo* los lomos de un conejo fiambre, como diciéndole que se conforme con las conquistas pasadas y goce lo material presente, pues lo futuro ha de escapársele, de cierto. La amabilidad del clásico es sólo aparente, porque tras el obsequio está la punta del cuchillo, como bajo la amena superficie del *Quijote* está el arma que hiere.

Desde que aparece el cabrero hasta que termina la historia de Leandra, el fondo de la alegoría está muy oculto, y áun enrevesado, bien que puso Cervantes llamadas harto significativas, como decir el pastor Eugenio:... «no querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad *que no carecen de misterio las palabras que le dije;*» y el cura: ...«ya

yo sé *de experiencia* que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.» A lo que el cabrero replica: «á lo menos, señor, acogen hombres escarmentados.» Don Quijote ve en todo ello una sombra de aventura caballeresca; y el vulgo, para cuyo juicio son las lucubraciones manjar de mucho peso y poca sustancia, vase con una empanada adonde pueda hartarse por tres días, «porque ha oido decir á su señor Don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder más, á causa que se les puede ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada, que no aciertan á salir della en seis días; y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, *hecho carne momia.*» Con esto último nos previene Saavedra contra la obscuridad del cuento de Leandra, que refiere Eugenio, *probando la verdad del sacerdocio y la suya.*

Va á dar principio el último combate (imaginario, pues se da para demostrar que por entonces hubieran sido imposibles ó contraproducentes), y hácese al efecto un resumen histórico de la Iglesia, fijando de esta suerte al final las posiciones del enemigo. La aventura tiene semejanza y enlace con el Curioso Impertinente, porque se trata el mismo asunto. Leandra, igual que Camila, es la religión cristiana en su pureza según la consideran los teólogos que anhelan representarla.

---

1 No debe olvidarse que esta historia la refiere una entidad parcial del catolicismo.

No hay en el texto nubes que encubran la alteza y resplandor de esta figura simbólica: de niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima, según el cabrero. Este cabrero, este Eugenio es una representación del clero secular, y su nombre está tomado del primer obispo de Toledo, que luego fué el primado de España. En Anselmo su competidor se encarna el monaquismo, y aunque el santo de su nombre no fué clérigo regular, combatió con gran energía la propiedad y defendió el comunismo, base de las comunidades religiosas. Los demás pretendientes de Leandra, indefinidos en el texto, representan las variedades que dentro y fuera de la Iglesia aspiraban á desposarse con el ideal cristiano. Justamente en el siglo XVI el pontificado se abrogó la autoridad universal, quitándosela á los obispos con la famosa bula *In cœna domine* y los decretos del Concilio de Trento, confirmados por Paulo IV. La mencionada bula prohibía la apelación de los decretos pontificios al Concilio general, y condenaba el principio de que el Concilio ecuménico es superior al Papa. Esto fué lo que hizo Vicente de la Roca (nombre que vale tanto como vice ente, vicedios de la roca, *petram);* despojó á la religión en provecho exclusivo de la Santa Sede.

Con dificultad podrá hacerse en alegoría una imagen del pontificado más perfecta que la de este Vicente de la Roca. Hemos ya visto la similitud del nombre; para ver la residencia histórica no hay sino observar

que venía de las Italias y se encaminaba á Nápoles, *la ciudad más viciosa del mundo:* en lo cual está declarada también su tendencia. Además, tenía tres vestidos (alusión al misterio de la Trinidad) con sus *ligas y medias;* que nos recuerdan los famosos tratados de guerra hechos por los pontífices bajo aquel expresivo nombre [1], y nótese que Cervantes no enumera otros pormenores del traje, sino las *ligas* y las medias ó partijas del botín.

Este personaje era quien tenía á todos con la boca abierta pendientes de su relato. «No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tiene Marruecos y Tunez, y entrado en singulares desafíos que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba; y de todos había salido con victoria sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Ya no hay más que copiar al pié de la letra, pues lo mismo que Vicente de la Roca y con las mismas palabras, dice de sí mismo el pontificado. Él afirma que ha puesto su planta y llevado su pensamiento *urbi et orbi;* él ha muerto más moros que Africa encierra, y vencido á sus contrarios en singular combate sin sufrir herida, sin menoscabo de la religión católica ni de quien la representa; como que, en efecto, cuanto él se atribuye lo ha hecho el heroismo universal, la espuma de la historia. Mas también, á semejanza del

---

1 El combate naval de Lepanto, donde Cervantes quedó manco, lo dió contra el turco la Liga veneciana formada por el Papa.

fanfarrón Vicente de la Roca, muestra señales de heridas que nadie ve; y así, unas veces seduce á la multitud con la moción de afectos, otras con sus galas y preseas, pintadas, de poco peso y menos tono, como Cervantes dice; otras con sutiles *cadenas de acero;* otras apelando al ingenio de las *plumas* ó á la brutalidad de las espadas, según desea exaltar á los fieles ó atraerse la conmiseración de los pueblos. Así es, pues, soldado, y bravo, y galán, y músico, y poeta, y de cada niñería que pasa en el pueblo compone un romance de legua y media de escritura, como puede verse en sus libros. «Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado (no de ser hombre, como Sancho dijo), al mismo rey no debía nada;» toque este último que acentúa lo dicho y fija el carácter del pontificado: aquí revienta el orgullo de la fuerza bruta con que el catolicismo sujetó al mundo.

Leandra ó la religión cristiana tenía diez y seis años en el cuento del cabrero (siglo XVI). «La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas:» ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y áun se entró *por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que, como á cosa rara ó como á imagen de milagros, de todas partes á verla venían.»* Exigencia grave sería pedir mayor claridad que la de las frases copiadas y subrayadas; pero áun si lo dicho ne-

cesitase refuerzo daríaselo el nombre de Leandra, que viene á significar en griego hispanizado La Humana, y es, históricamente, el del gran sacerdote cristiano San Leandro, que presidió el tercer Concilio de Toledo, donde Recaredo abjuró el arrianismo y se declaró oficialmente como única verdadera la religión católica.

He aquí, pues, concretos y definidos la religión evangélica y el pontificado; quien, sin amarla, sólo por ambición, llevósela á la oscuridad de una cueva en un monte y la despojó de sus tesoros, á despecho y pesar de cuantos, bien ó mal encaminados, pretendían representarla en la tierra, y contraviniendo la voluntad del padre, que es Dios. Esto miradas las cosas por el aspecto que el cabrero las veía: quien á la postre afirma con pena que Leandra está en el convento. Tal era la actitud del clero secular frente á la dominación religiosa de los frailes, á sus privilegios y al monopolio que hacían de las almas; pero no se contenta el cabrero con manifestar su despecho de esta suerte, sino que, además, vitupera á la mujer á semejanza de los santos padres, que la ponían bajo el nivel de los alacranes y escorpiones y otros animales inmundos y ponzoñosos.

Así estaban las cosas de la Iglesia en tiempo de Cervantes. La religión despojada y oculta en lugares escondidos y oscuros, victorioso y avasallador el pontificado, los sacerdotes divididos, llenos de ambiciones mundanas ó presos y revueltos en los giros de la mística extravagante. «A imitación nuestra, otros muchos

de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos.» Allí estaban todos suspensos y *encantados*, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué temian. Ya nadie trabajaba, todo se esperaba del cielo. La religión, ó más bien el extravío fanático de sus adoradores, lo consumía todo. Diez mil clérigos holgaban en el obispado de Calahorra, y por esta muestra puede colegirse á qué extremo llegaría el número de curas, frailes, monjas, eremitas, cenobitas, templos, conventos y santuarios. Las almas, inclinadas en la misma dirección habían rebajado su naturaleza, yendo en efecto de una esperanza ilusoria á un temor insensato como el de los irracionales. Esta era una gran vergüenza que había que combatir á todo trance; estos eran los verdaderos caballeros andantes, dignos de reprobación, porque habían hecho de la vida una tragedia, cuyo fin aún estaba pendiente; pero ya sabía Cervantes que había de ser desastrado.



CAPITULO LII

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DISCIPLINANTES, Á QUIEN DIÓ FELICE FIN Á COSTA DE SU SUDOR

Verdaderamente, la vida estaba encantada ó en suspenso. Un alma tan grande como la del autor del *Quijote*, no podía presenciar sin conmoverse la tragedia del mundo. Había que poner sobre la adoración estéril el trabajo próvido, y sobre los errores homicidas la verdad saludable. Por esto en el capítulo que comentamos, resumen y corolario de la obra, declara Cervantes que, á ser posible, él hubiera libertado á la religión pura, al ideal sin mancilla, descubierto la fuente de la verdad, cegada por los sacerdocios, poniéndola á disposición del que cumpliese las leyes naturales, para que el raudal siguiera su curso fecundando la historia. Este es el ofrecimiento que al cabrero hizo Don Quijote. Clara estaba para el autor la imposibilidad de acometer tan alta empresa; mas esperaba en Dios que no había de durar eternamente la enemiga del mundo: tenía fe en la victoria del ingenio contra la fuerza, de los buenos contra los malos encantadores, y más siendo la profesión suya favorecer á los desvalidos y menesterosos.

A tan magnánimo ofrecimiento responde el clericalismo diciendo que quien tal propone debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza; declaración de locura con que la soberbia ignorante ha vilipendiado á todos los redentores. A esta indudable vaciedad, Cervantes, que sabe muy bien cuán lleno está su libro, y su personaje principal, y su entendimiento, replica, devolviendo el insulto trocado en verdad grandiosa:... «Vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy h... p... que os parió.» Bien puede el ingenio, el impulsor de la vida, el que teje y labra, el que pinta y esculpe, el sabio, el artista, el hombre que por el trabajo se eleva hacia Dios, apostrofar así al ocioso degradador de la especie humana; bien merecen las instituciones aliadas para esterilizar las almas y la tierra el calificativo enérgico, duro y resonante que les aplica Don Quijote. Para más ver que esta disputa es la del ocio y el trabajo, Don Quijote concluye dando al cabrero *con un pan en la cara*, que es condensar materialmente su argumentación y su idea: y para que no quepa duda acerca de quién es el cabrero, le señala el rostro, dejándole la cara *roma*; pues, aunque le da en toda la faz, sólo le remacha las narices.

Vése, pues, en esta alegoría la primera dificultad que hubiera hallado la redención: los mismos que al parecer suspiraban por el ideal religioso, no le querían puro y verdaderamente humano, sino como escabel de su orgullo y ambiciones. Para conseguir esta innoble

satisfacción no vacilaban en apelar á la violencia, y así, el cabrero pretende ahogar al *Quijote*, al redentor, al enamorado de los grandes ideales; y trábase una pelea, de la que ambos contendientes salen molidos, si bien el caballero queda á inconmensurable altura sobre su contrario. Grandemente repulsiva es la actitud del cura, el barbero y los cuadrilleros [1], y más parangonándolos con Don Quijote, generoso al ofrecer su ayuda, sincero al exponer su idea, valiente y noble al sustentarla, y digno de compasión al estar caido. . «Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados...» Sancho y el barbero ayudan respectivamente á su caudillo, como Duguesclín á Trastamara en Montiel, poniéndolos en situación ventajosa: y por esto, y otras circunstancias que equilibran las fuerzas de ambos mantenedores, la pelea queda en escaramuza, á la cual va á seguir el último verdadero combate.

Cervantes pide una tregua de una hora al *hermano demonio* que tiene encima: anula imaginariamente la influencia poderosa de los enemigos, olvida que existen las ligaduras con que ataban á los héroes el catolicismo y la realeza representados en los demonios ó malos

1 Dice algun crítico que la risa del cura y el canónigo en esta ocasión no corresponde al carácter é ilustración de dichos personajes. Ya se ve que, por lo que respecta al cura, en lo interno del poema sí corresponde: alegrábase de ver á su enemigo por tierra. El canónigo, que es Cervantes, reíase como autor del pasaje que comentamos, bien festivo en la forma.

encantadores, y se dirige valientemente al mal para aniquilarle. La aventura comienza al triste son de una trompeta, que hizo volver el rostro á cuantos estaban con Don Quijote y da un tono lúgubre á la escena, engrandeciéndola solemnemente, como si se acercara el juicio final. Lo que al héroe impresiona es ver muchos hombres vestidos de blanco que bajan por un recuesto en procesión llevando una enlutada imagen. «Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia *y les lloviese;* y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había.» Tenemos, pues, aquí en acción lo que se trata especulativamente en varios pasajes del codicilo ó buscapié del *Quijote:* á la humanidad en holganza religiosa, solicitando de Dios el sustento y la abundancia que da el trabajo; una tergiversación de la vida; los hombres, en vez de abrir la tierra pródiga con el arado, abriéndose las carnes sin fruto y clamando al cielo: una epilepsia universal. Don Quijote, ó Cervantes, resuélvese á poner en práctica el ofrecimiento que el cabrero había rechazado, y dice en alta voz y á la faz del mundo: Ahora veréis cuánto importa que haya hombres que adoren la verdad y se arriesguen á todo por alcanzarla; ahora veréis en libertando al ideal supremo de la vida si se ha de estimar el heroismo que tanto bien trae á la

tierra; ahora se verá si esta epopeya, si este libro, si este mi *Quijote* es digno de burla ó de alabanza. Y en efecto, del descanso forzoso y la inacción pasa á la actividad; su cabalgadura está paciendo, y la apercibe para el combate: pónele el freno, embraza la adarga, pide su espada y váse á galope á donde están los ensabanados. El cura, el barbero y el mismo Cervantes quieren detenerle: ni el autor puede ya contener su espíritu, ni alcanza tanto esta consideración del buen sentido que Sancho hace, abriendo las puertas de la verdad completamente: «¿A dónde va, señor Don Quijote? ¿QUÉ DEMONIOS LLEVA EN EL PECHO, QUE LE INCITAN Á IR CONTRA NUESTRA FE CATÓLICA? Advierta ¡mal haya yo! que aquella es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir *que no es lo que sabe.*» No era lo que sabía: olvidaba la prudencia y el artificio en todo el curso de su obra observados; porque tan resuelto estaba el heróico batallador á dar fin á su propósito, que no se detuviera *si el rey se lo mandara.* Viril por extremo es la actitud del Don Quijote literario en esta ocasión: aquí resplandece casi íntegra la figura ideal del fondo; pero, ¿qué mucho? si las palabras de Sancho esculpen el alma de Cervantes, reflejan claramente la tendencia de este libro maravilloso, la intención precisa del caballero? «*¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica?*» Y corroborando lo dicho,

Don Quijote increpa así á los disciplinantes: «Vosotros, *que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros*, atended y escuchad lo que deciros quiero.» Sus discursos son breves, sus réplicas imperativas, su acción pronta y sin vacilaciones. Toda esta escena tiene algo de rebato. Cuanto quiere Don Quijote es que los encubiertos den libertad á la hermosa señora que llevan presa, á quien sin duda han hecho algún notorio desaguisado. Cervantes pide en el último capítulo de su obra, condensando la aspiración de toda ella, que se dé á la Verdad la *deseada libertad que merece*: anhelo incomparable en que se cifra la vida del mundo, que significa el abatimiento de todos los errores, la terminación de todos los despotismos, la victoria de todas las virtudes, el cumplimiento de la ley natural dictada por el cielo. Esto, que tanta sangre ha costado á los héroes y á los mártires, tantas lágrimas á los desvalidos, tantos desengaños á los buenos, y á los siglos un trabajo tan colosal, que ha formado tantas borrascas en la historia, esto pide el *Quijote*, síntesis del bien frente á los genios del mal que van destruyendo la labor humana.

Con risa y desprecio recibieron esta sublime pretensión, tomando al que la formulaba por *un hombre loco*, cual aconteció siempre en la vida; mas el caballero, á quien no detienen ya palabras ni burlas, siente crecer la cólera con el escarnio, y arremete á las andas, como si dijéramos, al sustentáculo ó fundamento de la ficción; y con esto llega la hora de ver la impo-

sibilidad del triunfo en aquella época terrible. El caballero cae vencido por un golpe de *horquilla* que le dan en un hombro *por el mismo lado de la espada;* queda, pues, desarmado é imposibilitado para luchar. Este hubiera sido el fin del atrevimiento de Cervantes. Para completar el cuadro admírese la dignidad y mansedumbre de los clérigos en esta descripción maestra: «Llegaban todos los de la compañía de Don Quijote á donde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imagen; y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con intención de defenderse y áun de ofender, si pudiesen, á sus acometedores.» Antes se dice que el agresor de Don Quijote «creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.» En verdad, era bien villana la fuerza que había derrotado al caballero. No por la virtud de los opuestos principios, no en lucha noble de espada contra espada, sino por la fuerza bruta vencieron á Cervantes; quien tuvo que dar por concluida su empresa encantando á Don Quijote definitivamente, escribiendo un libro al parecer muerto, sobre el cual las generaciones han hecho, como él presagiaba, el más doloroso y risueño llanto del mundo. El pueblo, sin comprender que la alegre fábula trata sus hondos pesares, limítase á llorar de risa, que es un *doloroso y risueño llanto.*

El magnífico ideal sentido por un alma justa y grande; el ideal que tal vez se alzaba en el espíritu de Saavedra como un Apolo resplandeciente y lleno de eterna juventud, como un Cristo inmaterial, verbo y redención del mundo, aparece desfigurado por los *malos encantadores*, convertido en un ente huero, flaco y amarillo, con la púrpura irrisoria y el cetro de caña y la corona de espinas. La angustia de Cervantes se deja bien comprender, aunque no podamos sentirla tan hondamente como el venerable anciano. Cambió la hermosa faz de su hijo en máscara grotesca, rompió la armonía de sus líneas suaves, enturbió y desvió su relampagueante mirada, trastornó su juicio, le entregó al escarnio de los hombres; y este sacrificio que sólo pueden medir los padres y los genios, lo hizo por una cosa tan abstracta como la idea, que desprecian tantos, é hízolo careciendo de la satisfacción material, privado hasta del sustento por el bien de sus semejantes y pensando en lo futuro.

Puede decirse que al morir no voló su alma á donde van todas las que dejan la carne: quedó presa ó enterrada en su libro inmortal, esperando que el espíritu de los tiempos abriera la urna y destruyera el encanto. Indudablemente vaciló el autor de Don Quijote: vaciló entre la desesperación y la esperanza, temiendo unas veces que el tesoro oculto no se descubriese jamás y creyendo otras que la ocultación sería pasajera. Aun así le duele, porque, faltando Don Quijote, había de quedar el mundo lleno de malhechores, «sin temor de

ser castigados de sus malas fechorías,» como dice Sancho. Mas tuvo que someterse á las duras exigencias de su tiempo, *seguir el camino que quiso el cura*, y dejar pasar *el mal influjo de las estrellas* que entonces corría.

Aunque oscurecida y enrevesada la obra de Cervantes es tan sublime, que bien puede decirse de ella que entró *en la plaza pública donde estaba toda la gente*, *en la mitad del día*, *que acertó á ser domingo;* pues la aparición del *Quijote* fué un día de fiesta para la humanidad. Caminaba, al parecer, con su siglo en una carreta al paso tardo de los bueyes, entre el heno blando de una agradable literatura, sin cuidarse de los grandes problemas del mundo; pero la sustancia interna circulaba á escondidas en gestaciones fecundas para lo porvenir. Entretanto, el ideal había ensayado su fuerza y probado sus armas, y el pueblo, además de los escudos recogidos en el corazón de la patria, tenía la esperanza de alcanzar el gobierno con ayuda de sus héroes. Ambas entidades aguardaban otro tiempo más claro para remover los obstáculos insuperables entonces y alcanzar la victoria. También el sacerdocio y la sociedad á su férula sumisa temían la resurrección, *y así fué como ellos se lo imaginaron.* Ya está rota la losa del sepulcro, y vivo y en pié el verdadero Don Quijote. Todos hemos oido en estos tres últimos siglos de su encanto tronar las tempestades en el cielo de la historia: el rayo ha herido muchas cabezas, incendiado muchas almas, fundido algunas coronas y agrietado mu-

chos cimientos... La materia es más esclava y la idea más libre que lo eran cuando aquel viejo soldado recogió las armas de la antigüedad llenas de herrumbre y las dió brillo en nuevos combates, encaminados á conquistar la paz y traer la justicia.

De hoy más, Don Quijote no será la representación de lo estrambótico, sino el ejemplo que debe seguir la humanidad en su peregrinación por la tierra. El escarnio debe caer sobre los verdugos y no sobre la víctima, y Don Quijote es la víctima ilustre ante quien todas las frentes deben inclinarse, reverenciando en él la virtud de los grandes hombres, pues suma á cuantos han dado su talento y su vida por la humanidad.

No tiene su poder en los músculos acerados, ni en los nervios, ni en sus armas de buen temple y bruñidas, ni lleva cota y casco relucientes, ni debe buscarse el lugar de su nacimiento ó la figura de su rostro... Es inmaterial como la idea, y tiene tantas y tan variadas formas como Proteo. Nace en la India y legisla en Atenas, pelea en el Lacio, escribe en España, habla en el Foro y muere en el Coliseo: pero al caer resucita, y anima todos los tiempos, ya le abarroten en una jaula ó le crucifiquen en un calvario, y avanza siempre al través de todos los combates, mirando á lo porvenir y soñando con su Dulcinea.



APÉNDICE

Después de acabado el libro, hace aún Cervantes señas á la posteridad para que comprenda la índole de su singular epopeya. Este es el objeto de los versos que vamos á interpretar.

En la última parte del capítulo anterior dícese que Don Quijote, «la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento.» Dejamos la interpretación de estas palabras para cuando se presente la oportunidad que piden.

Lo que á esto sigue en el *Quijote*, aunque está en pretérito, debe ponerse en tiempo futuro, pues claramente se ve que trata del encantamiento del libro y de su interpretación. El antiguo médico puede muy bien ser el tiempo, y la caja de plomo la forma externa que oculta el sentido verdadero del *Quijote*. Cuando se arruine la Iglesia, y la luz del nuevo día ilumine sus cimientos, podrá verse la grandeza del ideal, sus hazañas olímpicas, la hermosura de la patria humana, la fidelidad del pueblo; en una palabra, el corazón del poema que hemos estudiado. Cervantes pide al mundo por única recompensa de su heróico esfuerzo, que dé tanto crédito á su obra como ha dado á los libros religiosos,

que le merezca tanta fe la verdad como le ha merecido la mentira. Y para que aquella no quede oculta por siempre, pone sobre la tumba que la encierra multitud de lápidas, por lo irrisorias semejantes al *Inri* de la crucifixión. Cuando Pilatos, obligado por un pueblo, consintió el escarnio y la muerte de Cristo, echó la responsabilidad sobre la multitud que le inducía, pronunciando la frase famosa *quod scripsi scripsi*. Cervantes, al verse forzado á presentar ante el mundo su *Don Quijote* escarnecido por culpa de la tiranía, dice también: *quod scripsi scripsi*, me lavo las manos, vuestra es la culpa.

Dícelo en plural, porque su persona está representada por varios imaginados académicos, cada uno de los cuales retrata una actitud del autor. Fué Monicongo ó imitador porque su sátira tiene la forma de un libro caballeresco; fué Paniaguado y no independiente con relación á su obra y á su siglo, según puede verse en su biografía; fué Caprichoso y discretísimo, como prueba su excepcional y originalísima fábula; fué Burlador, porque despistó á sus contrarios y los atacó sin darse ellos cuenta; fué Cachidiablo ó *casi diablo*, porque, siendo diabólicos sus enemigos, tuvo que emplear las mismas artes diabólicas con que ellos le sujetaban.

He aquí la interpretación de los versos:

El Monicongo, académico de la Argamasilla,
A la sepultura de Don Quijote.

En este primer soneto declara Cervantes que su

libro *adornó* el mundo de despojos, aludiendo á lo externo de la fábula, tan primorosa literariamente; pero falta de la substancia interna, de la clave, sin la cual el arco más portentoso es despojos ó ruinas. Está hecho con juicio agudo para evitar los peligros, cuando hubiera sido mejor que el héroe apareciese en toda libertad y hermosura. Su poder era grande: atacó todos los errores, desde la antigua India hasta la nueva Italia, y despreció á los ambiciosos encumbrados por la ignorancia y la tradición. Su musa fué por tanto horrenda para los azotes del mundo, y discreta, pues supo sortear los escollos con arte peregrino. Finalmente, por él la paz triunfará de la guerra bruta (Belianis, ó *belli annis)*. Tan gran espíritu yace oculto en el *Quijote*.

Del Paniaguado, académico de la Argamasilla,
In laudem Dulcinæ del Toboso [1]

Cervantes en este libro holló todos los errores, los bajos y los encumbrados, con mucha fatiga por culpa de su triste condición social. Hízolo en honra de Dulcinea, de la patria ideal fecunda (alta de pechos); mas no le fué dado mostrar á los hombres la hermosura de esta patria, que «dejó, muriendo, de ser bella.» El, aunque alcanzó fama y realizó sus anhelos en el fondo oculto del *Quijote*, no pudo ver saciado su amor ni

1 En este soneto se dice que Don Quijote anduvo siempre *a pié*, lo que confirma, una vez más, nuestro aserto de que la cabalgadura es una ficción representativa.

confesarlo al mundo libremente, porque se lo impedían la mentira y la violencia.

Del Caprichoso, discretísimo académico de la Argamasilla En loor de Rocinante, caballo de Don Quijote de la Mancha.

En medio de los destrozos causados por la guerra, el *Quijote* alza su estandarte de paz, cuelga sus armas y trae á la vida otra especie de combate. Si Grecia fué famosa y ensanchó sus dominios por las hazañas de sus guerreros, no merecía menos el *Quijote*, cuyo cuerpo literario es superior en gallardía á otros libros célebres, cuanto más su idea.

Del Burlador, académico argamasillesco, á Sancho Panza.

Aquí está el pueblo, mezquino aparentemente, pero grande en valor. *¡Milagro extraño*, en verdad! Hubiérase gobernado á sí propio, si no se conjuraran contra él las insolencias y agravios de un siglo que no le perdonaba su condición de siervo [1]. El pueblo siguió á sus héroes en busca de la paz y la dicha; mas la esperanza se deshizo, y todo paró en sombra, en humo, en sueño.

---

1 Los versos: Insolencias y agravios del tacaño
Siglo que aun no perdonan á un borrico,

dan además á entender que ya Cervantes suponía que no le habían de perdonar su pensado olvido del asno. Dice también luego que Sancho Panza anduvo sobre el borrico, y añade: *con perdon se mienta*. Con este juego de palabras manifiesta que el olvido fué intencionado. Pero los críticos han visto el error de Cervantes y no el suyo propio, quedando presos en la red que el *burlador* les puso.

El Cachidiablo, académico argamasillesco,

en la sepultura de Don Quijote.

Este epitafio y el que sigue tratan de lo externo del libro; están en las *sepulturas* de Don Quijote y Dulcinea; declaran que hay dos muertos.

Esto fué lo que pudo leerse en tiempo de Cervantes, y no más, *por la carcoma que corroía las letras.* El insigne académico declaró lo otro *por conjeturas* á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, para sacarlo á luz con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

Forsi altre canterá con miglior plettro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

ERRATAS IMPORTANTES

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
20	10	esclarido	esclarecido
23	18	nuestros	vuestros
221	1	Enrique VII	Enrique VIII
336	25	antecámara	recámara
406	6 y 7	peegrinación	peregrinación
414	1.ª de la nota	en la más sombría	en lo más sombrío
425	2.ª de la nota	Micomina	Micomicona

